150

ALREVÉS

Delfines de plata

FÉLIX GARCÍA HERNÁN

La novela en la que se basa la nueva película de Javier Elorrieta

Hay amores que no entienden de razas ni religiones, clases ni edades. Hay pasiones prohibidas que temen al murmullo y al qué dirán. Y todos se ocultan a los ojos de los demás y hallan su razón de ser en los pasillos y habitaciones de un céntrico hotel de lujo entre cuyas paredes se ocultan anhelos, deseos y secretos que es, también, el objetivo de una organización criminal que busca dar un golpe sangriento que asombre al mundo.

Así, sin quererlo, las muchas vidas que giran en torno al hotel, las públicas y las privadas, las de sus clientes y empleados, las de políticos y artistas, policías y toreros, porteros y camareras, botones, divas y padres de familia se verán implicadas en un complot que pondrá en peligro su propia existencia e incluso el rumbo del país.

Delfines de plata es una novela vertiginosa, adictiva y ajustada al milímetro, que nos quitará el sueño, que no nos soltará hasta que lleguemos a su última página, que habla de pasión, de solidaridad y de entrega y que ha sido adaptada al cine una película dirigida por Javier Elorrieta y protagonizada por Rodolfo Sancho que recoge a la perfección el audaz ritmo narrativo característico de Félix García Hernán, un autor tan eficaz como siempre sorprendente.

Félix García Hernán (Madrid, 1955).

Días sin sol es la tercera novela que publica con Editorial Alrevés. Las anteriores, *Cava dos fosas* (2020) y *Pastores del mal* (2021), recibieron una entusiasta acogida por parte de público y crítica.

Cava dos fosas resultó finalista al Premio Negra y Mortal a la mejor novela negra en español por ser «uno de esos libros donde la mano del autor hace que sea muy fácil de leer, pero difícil de olvidar». Atresmedia compró los derechos de esta novela para la producción de un film que será dirigido por el laureado David Pérez Sañudo.

Pastores del mal confirmó al autor como una voz de referencia de la novela negra escrita en castellano. Los derechos audiovisuales de *Pastores del mal* ya han sido adquiridos por Atlantia Media para una próxima producción cinematográfica.

En *Días sin sol*, Félix García Hernán ratifica su madurez narrativa, a la vez que desarrolla con maestría la trayectoria de sus ya inseparables personajes.

En el 2020, Félix García Hernán obtuvo el Premio Estandarte.com al autor revelación del año por su «espectacular potencia narrativa, que brinda una trama adictiva donde las páginas parecen fotogramas y los capítulos secuencias». El jurado también destacó que Javier Gallardo, el comisario protagonista de sus obras, es «un personaje cuidadosamente construido, complejo, de múltiples aristas, con un singular magnetismo que nos hace recordar otros comisarios de éxito del panorama literario».

En la actualidad se encuentra en postproducción el film *Delfines de Plata*, basado en la novela del mismo título de Félix García Hernán, dirigida por Javier Elorrieta y con Rodolfo Sancho en el papel del comisario Javier Gallardo, y que próximamente reeditará Alrevés.

Delfines de plata

Delfines de plata

FÉLIX GARCÍA HERNÁN

ALREVÉS
BARCELONA-2023

Para Josep Forment, siempre con nosotros

2015, Félix García Hernán
de la presente edición, 2023, Editorial Alrevés, S.L.

A María, que nos trajo la luz, y a Leonor,
que nos inundó con ella

ADVERTENCIA

Esta novela ha de valorarse como producto de la imaginación del autor. Por tanto, no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

I

A pesar de que aún quedaban varias semanas para que entrase oficialmente el invierno, el termómetro digital de la plaza marcaba tres grados bajo cero. A las siete de la mañana, el tráfico era tan denso en la calzada como en las aceras, por donde los abrigados peatones caminaban con paso vivo, con miedo a empezar la semana llegando tarde al trabajo, y con el deseo de que llegasen pronto las vacaciones de Navidad y del nuevo año 2012. Solo la pareja de leones de bronce se mostraba indiferente al brusco cambio de temperatura de las últimas horas.

En el recoleto jardín de la plaza, la figura de Cervantes semejaba desde su alto pedestal al jefe de pista de un circo americano poniendo orden en todo ese bullicio. Enfrente, el anciano e imponente edificio del Congreso de los Diputados se mostraba ajeno a todo ese fragor, indiferente a los problemas cotidianos de los ciudadanos a los que legislaba.

A muy pocos metros, el ajetreo se había apoderado también de los tres hoteles que escoltaban al Congreso. La mole majestuosa del Palace miraba por encima del hombro a sus dos colegas, el Don Quijote y el Atheneum, sabiéndose más alto, más veterano y creyéndose más exclusivo que ellos. Pero el día empezaba de la misma forma en los tres. En el Atheneum, una brigada de limpiadoras se afanaba en adelantarse a los primeros clientes dejando impoluto el *hall* que rodea la recepción. Los camareros terminaban de montar la sala de desayunos, que en pocos minutos estaría repleta de huéspedes demandado con urgencia el café con el que acompañarían al zumo de rigor y las provisiones que se habían servido en los repletos bufés.

El personal de recepción estaba efectuando el cambio de turno. El recepcionista de noche, que debido a la alta ocupación apenas había tenido tiempo de dar una cabezada durante su turno, estaba deseando llegar a casa para acostarse. Pero sabía que cuando lo hiciera no tardaría mucho en despertarse. Llevaba más de veinte años haciendo ese turno en diferentes hoteles y no recordaba haber dormido seguidas más de tres horas. «Puta noche, no me voy a acostumbrar nunca», pensó, recordando que cuando no eran los ruidos de la calle eran los de dentro de su casa los que terminaban desvelándole. Pero aunque había tenido ocasión

varias veces de cambiar a los turnos de día, no lo había hecho. Por la noche no había jefes y tenía la impresión de ser el *factotum* del hotel a esas horas. El trabajo era mucho menor y las ocasiones en que se presentaba el director general o alguno de los propietarios eran escasísimas, y él ya había desarrollado un sexto sentido para adivinar su llegada antes incluso de que hubieran traspasado la puerta automática.

El Atheneum era un recién llegado a la hostelería madrileña, pero en los apenas cinco años que llevaba abierto se había labrado ya reputación de hotel vanguardista y rompedor. A la apuesta de sus propietarios por una decoración audaz se unía la calidad de los materiales empleados en su construcción y la gran cantidad de piezas de arte que, sabiamente diseminadas entre sus ciento cincuenta habitaciones y salones, otorgaban a los huéspedes la impresión de ser propietarios de ellas, aunque solo fuera por unas horas. Pero el reto había ido mucho más allá del *hardware* empleado en su construcción. Salvador Cano, su director, se había sabido rodear de un equipo de colaboradores de primer orden, entre los que destacaban el jefe de cocina, que había pasado de ser una promesa para consolidarse como uno de los príncipes de los fogones de la restauración madrileña, y que hacía un tándem perfecto con la directora de comida y bebida, una de las primeras mujeres galardonadas con el Premio Nacional de Gastronomía. Esta última había recorrido todos los peldaños de su profesión y estaba pendiente del más mínimo detalle para conseguir de sus camareros un servicio eficiente y servicial, nunca servil. Entre todos habían logrado que el Atheneum se convirtiera en el nuevo faro del *afterwork* madrileño, así como el punto de referencia de la «gente guapa» nocturna que vagaba de local en local, pero que tenía el bar del hotel como parada obligatoria.

La noche anterior, el hotel había cerrado con sus ciento cincuenta habitaciones ocupadas. Para ese día se esperaban cuarenta y ocho reservas, lo cual implicaba que al menos otras cuarenta y ocho habitaciones deberían quedar libres antes de las doce de la mañana. Carlos del Valle, el jefe de recepción que ya se había incorporado a su puesto, sabía que muchas de esas cuarenta y ocho reservas llegarían en el transcurso de la mañana, por lo que no podrían darles la habitación hasta que las camareras las hubieran limpiado. En definitiva, tendría que luchar con las malas caras que con seguridad le pondrían los clientes que no pudieran acceder de inmediato a su habitación.

El *hall* principal ya empezaba a adquirir su habitual actividad matutina cuando Akín Okafor abrió la puerta de servicio de comunicación y lo atravesó para llegar a la entrada principal. Según caminaba, iba saludando a los huéspedes y empleados con los que se cruzaba, mientras comprobaba que su uniforme se encontraba en orden. Golpeó con la mano algunas arrugas que quedaban en su levita de lana blanca y se aseguró de que la gorra de plato encajara a la perfección en su cabeza. No necesitó revisar sus zapatos de charol; les acababa de

dedicar cinco minutos para dejarlos impecables.

Al llegar a la entrada, abrió ceremoniosamente la pequeña alacena donde guardaba un intercomunicador que encajó en su oreja izquierda y que le serviría para recibir las instrucciones que le vendrían dadas desde la recepción. Salió a la calle para comprobar si ya había taxis en la parada situada a pocos metros del hotel. Más de veinte esperaban, con la esperanza de conseguir una buena carrera al aeropuerto. El frío de la mañana le azotó en el rostro. Se estremeció. Qué diferente de la agradable temperatura matutina de su Nigeria natal, donde no recordaba que bajara nunca de los doce grados.

No tuvo mucho tiempo de pararse a pensar. Ya tenía un huésped que le pedía un taxi. Sacó su silbato y lo hizo sonar, abriendo la puerta del vehículo al cliente mientras lo obsequiaba con una sonrisa, que fue correspondida con una moneda de dos euros.

Según regresaba a su puesto, observó, treinta metros más a su derecha, cómo el personal del hotel entraba por la puerta de servicio. Saludó con la cabeza a su paisano Abdul, miembro del equipo de mantenimiento. Abdul, nigeriano también, provenía de la capital, Abuya. En realidad, el puesto de trabajo que tenía en el hotel se lo debía a este, que había intercedido por él cuando quedó libre una de las plazas de portero. Aunque también había ayudado mucho a conseguirla el impactante físico de Akín, que, a sus veintiocho años, lucía imponente desde su metro noventa de estatura y su bien proporcionada musculatura, como su dominio del inglés y el francés. Abdul y Akín se veían a menudo fuera de las horas de trabajo, aunque no podría definirse como amistad íntima lo que había entre ellos. Abdul, musulmán, llevaba mal el cristianismo de Akín, e intentaba por todos los medios convencerlo para que acudiera con él a la mezquita de la M-30 con la idea de que cambiara de religión.

Una vez Abdul hubo desaparecido por la puerta de servicio, en la lejanía creyó ver cómo Amelia Bermejo, la gobernanta general del hotel, doblaba la esquina de la plaza y se dirigía también hacia la puerta de servicio. Sin embargo, no se detuvo y siguió su camino hasta la puerta principal. Cuando llegó a la altura de Akín, en vez de saludarlo, reclamó la atención del mozo que estaba limpiando una de las cristaleras exteriores del *hall*. Habló con él un par de minutos y, obviando de nuevo a Akín, regresó hacia la puerta de servicio. A pesar de no hablarle, pasó por su lado casi rozándolo.

Akín sintió que le flaqueaban las piernas. El aroma que desprendía Amelia era el mismo que había olido una hora y media antes, cuando, después de ducharse, ella se había acercado a él en la cama para besarlo en la boca.

Amelia, uno de los activos más importantes del hotel Atheneum, transmitía a sus jefes y subalternos una profesionalidad excepcional en el desempeño de su trabajo. Acababa de cumplir cuarenta y tres años y

seguía teniendo el cuerpo de una veinteañera. A pesar de no ser en absoluto lo que se denominaría como una mujer despampanante, poseía algo indefinible que llamaba la atención de todos los hombres. Akín se olvidó por un instante de su trabajo mientras la admiraba por detrás, disfrutando del recuerdo de desnudarla la noche anterior.

El nigeriano sentía una atracción irresistible por ella. Habían empezado a verse a escondidas hacía dos meses, pero ya estaban durmiendo juntos casi todas las noches. Amelia se derretía en sus brazos, y a él le pasaba lo mismo. Tenía que acallar como podía tanto sus gritos como los de ella cada vez que llegaban al orgasmo, para que Faith y Patience, las hijas mellizas de Akín, que dormían en la habitación de al lado, no se despertasen.

La noche había dado paso a la luz de un día gris y plomizo se había adueñado de la plaza. Eran las ocho y media cuando Salvador Cano llegó caminando a la puerta principal. Debido a la proximidad de su vivienda, el director del Atheneum no necesitaba utilizar el coche para acercarse al establecimiento.

Sonrió a Akín y lo saludó por su nombre. El botones de guardia en el *hall* se cuadró casi militarmente cuando Salvador pasó a su lado. A cinco metros de la recepción, saludó al jefe de esta, inquiriéndole a través de un lenguaje de señas solo conocido por ellos si todo estaba en orden. El jefe de recepción asintió y el director del hotel se dirigió a su despacho. Aún no había llegado su asistente. Se sentó frente a su mesa, encendió el ordenador y echó un vistazo a la hoja de producción y al parte de novedades. Al observar que todo estaba correcto, sonrió satisfecho y se dirigió a la sala de desayunos.

Tres plantas más arriba, en su minúsculo despacho, Amelia cerró la puerta, saboreando el morbo de la visita que acababa de hacer en la entrada principal. Al rozarse en silencio con Akín, había disparado la adrenalina de su cuerpo aún más que las dos veces que habían hecho el amor la noche anterior.

Era muy consciente de la bendita locura que estaba cometiendo, pero ni podía ni quería ponerle fin. Instintivamente, extrajo de su cuello la medalla de la virgen de la Luz que siempre llevaba. La besó y la volvió a colocar en su sitio. Al hacerlo, no pudo resistir la tentación de introducir la mano por debajo de una de las copas del sujetador y acariciarse el pezón. Notó que este se erizaba al recordar cómo Akín lo había besado mientras la penetraba. Respiró profundamente, se alisó el uniforme, cogió de la mesa su carpeta y abrió la puerta, dispuesta a enfrentarse con el complicado día que le esperaba.

En el primer sótano, Abdul ya se había puesto el mono negro de mantenimiento. Recibió de su jefe las órdenes de trabajo y se dispuso a acudir a uno de los salones, donde la climatización había fallado. No le había pasado inadvertida la presencia de Akín en la puerta; de hecho, conocía de memoria todos sus turnos de trabajo. Sonrió mientras

comenzaba a reparar el termostato del salón. Todo estaba saliendo según lo previsto.

II

Salvador Cano había elegido una de las mesas de rincón de la sala de desayunos. Desde allí no daba la espalda a ningún huésped y podía observar tanto la actividad del personal de sala como a las personas alojadas que entraban. Sabía que el café y el zumo que había pedido le llegarían de inmediato, pero también que tendría que levantarse varias veces para saludar a clientes conocidos.

Mientras saboreaba el café, hizo un repaso mental de lo que le iría deparando la jornada. En quince minutos empezaría una reunión con todos sus jefes de departamento, para analizar el fin de semana y los eventos de la semana entrante. Al terminar la reunión llevaría a cabo con la gobernanta y la directora de comida y bebida un examen a conciencia de todos los rincones del hotel. Era la única manera de que el hotel se mantuviera en perfectas condiciones. Él, como los generales del Imperio romano, debía estar siempre en primera línea. Sabía que ese era el secreto para ganarse el respeto de todos sus colaboradores. Sus largos años de experiencia le habían enseñado que el cargo te lo pueden dar, pero el respeto te lo tienes que ganar tú solo y mantenerlo día a día; una vez perdido, ya no se recupera nunca.

Salvador había empezado en la profesión desde muy abajo, treinta años atrás. Con quince años entró como botones en un hotel que entonces tenía bastante buena imagen en la ciudad y se enamoró de su trabajo desde el primer día. Sus jefes se fijaron de inmediato en ese chico tímido, voluntarioso e inteligente que ya daba la impresión de llevar el bastón de mando en la mochila.

Poco a poco fue recorriendo todos los departamentos del hotel, al mismo tiempo que iba ascendiendo de categoría. A los veintidós años era el jefe de personal más joven de la hostelería madrileña. Eso sí, trabajaba una media de doce horas diarias. Media que, por cierto, no consiguió rebajar ya nunca más. Sabía que estaba sacrificando su juventud, pero no le importaba. Se consideraba muy afortunado al poder realizar un trabajo que le llenaba por completo. Entre otras ventajas, había elegido una profesión que le permitía conocer a personajes admirados por la sociedad y que él tenía el privilegio de tratar personalmente.

Su primera dirección le llegó a los veinticinco. Desde luego no fue en

el Ritz, pero en aquel pequeño hotel del extrarradio adquirió el rodaje necesario para empresas mayores. Allí fue donde descubrió por primera vez la soledad del cargo. Entendió que eso sería ya una constante en su profesión. Para los propietarios para los que trabajaba era un mero administrador, casi un mayordomo de alto nivel. Sin embargo, el personal que tenía a sus órdenes lo consideraba parte de la propiedad, por lo que su posición era muy endeble, siempre moviéndose en el filo de la navaja.

Salvador, padre de un hijo adolescente, se había divorciado hacía tres años. Desde entonces se volcó aún más en el hotel. Tuvo, por supuesto, nuevas relaciones, pero siempre eran esporádicas. A veces, cuando el sueño se le resistía, pensaba que estaba tirando su vida a la basura, sacrificándola por una profesión que, estaba seguro, no tendría piedad de él cuando ya no lo necesitase.

Dejó el café en la mesa y se levantó cuando vio aparecer en el salón de desayunos a Noelia Palacios. Venía acompañada de su marido y su entrada hizo que los comensales, que ya casi llenaban la sala, se volvieran de inmediato a mirarla.

Noelia, la gran figura de la lírica mundial, tenía casa en Madrid, pero cuando venía a la ciudad por solo un par de días prefería alojarse en un hotel en vez de reabrir su piso. Cliente habitual del Ritz, cambió al Atheneum cuando el comisario Javier Gallardo, íntimo de ella, le presentó en una cena a Salvador, con quien el policía mantenía también una profunda amistad.

Noelia no estaba de buen humor. Saludó a Salvador cuando se acercó a ella y, antes de que este pudiera hablar, le dijo:

—Ya sabes el cariño que te tengo, Salvador, pero no voy a volver a permitir que tenga que esperar dos minutos, ¡dos minutos!, a que el agua de mi baño salga a una temperatura adecuada para que me pueda duchar. Espero que no vuelva a suceder.

Salvador hizo de tripas corazón. Conocía bien los arranques de divismo de Noelia.

—Tomo buena nota, Noelia. No volverá a suceder. Por lo demás, ¿estás cómoda en tu *suite*?

—Sí. —Cambió su rictus distante por una mueca que quería ser una sonrisa—. Por cierto, gracias por las flores.

Salvador volvió a su mesa, terminó el zumo y salió del salón, no sin antes asegurarse de que el bufé se mantenía impecable, y de saludar a varios clientes conocidos.

Cuando atravesaba el *hall* en dirección a su despacho, se cruzó con Amelia, que caminaba apresurada, y se paró a saludarla. Le caía muy bien. Era una gran profesional que hacía que su trabajo como director fuera más sencillo y de paso más agradable.

—Buenos días, Amelia, ¿dónde es el fuego?

—Perdone, don Salvador. La reunión empieza en cinco minutos y aún

tengo que dar instrucciones al personal de limpieza del *hall*.

Salvador se fijó detenidamente en el buen color de la cara de su gobernanta.

—La veo fenomenal. Parece que alguien la está tratando muy bien…

Lo que a todas luces era una broma del director causó un efecto inmediato en Amelia, que enrojeció.

—Eso es que usted siempre me mira con buenos ojos.

Salvador se despidió de ella y continuó su camino, sorprendido por su reacción. Archivó el dato en su cerebro. No era normal en Amelia, siempre tan segura de sí misma. Como director del hotel, una de sus obligaciones no escritas era velar por el equilibrio emocional de sus colaboradores. Si ese equilibrio se rompía, sin duda repercutiría en su trabajo y, por tanto, en el hotel que dirigía.

Se detuvo un momento en la recepción, donde pidió ver la relación de las llegadas previstas. Efectivamente, ya había cinco futuros huéspedes esperando habitación.

Detrás del mostrador estaba un botones manejando uno de los ordenadores. Era una costumbre habitual que a los más aventajados se les permitiera ir practicando en la recepción, a fin de que estuviesen preparados de cara a un posible ascenso. En este caso, el agraciado era Ramón Buendía. Ramón, todo el hotel lo sabía, era el ojito derecho del director. Quizás porque, en él, Salvador se veía a sí mismo treinta años atrás. El joven, de manera profesional, solo hizo una inclinación de cabeza cuando Salvador lo saludó.

Cuando llegó a la sala de reuniones para el *briefing*, ya estaban todos los puestos ocupados. Salvador se sentó en la presidencia. A su derecha, Carlos del Valle, jefe de recepción y director en funciones ante cualquier ausencia de Salvador, Amelia y el jefe de mantenimiento. En el otro lado de la mesa se encontraban la directora de comida y bebida, el jefe de cocina y el de administración. Todos sabían que Salvador quería reuniones rápidas y eficientes. En esa mesa, cada uno no solo podía, sino que estaba obligado a decir lo que de verdad pensaba de cada tema que se abordara, sin miedo a ninguna represalia posterior. Todos sabían que, aunque solían saltar chispas, en el fondo era como una Tabla Redonda en la que nadie mandaba más que nadie. Salvador procuraba mantener encendida la llama del debate, sabiendo que el cambio de impresiones, por muy acalorado que fuera, acabaría mejorando la calidad del servicio. Nada más sentarse notó que el ambiente estaba muy tenso.

—Aunque deberíais estar alegres por los datos de producción que he visto esta mañana, parece que la guardería está revuelta hoy —bromeó—. Ya sabéis que siempre quiero primero las malas noticias, así que empecemos por ellas.

Ante el silencio general, fue el jefe de recepción Carlos del Valle quien tomó la palabra.

—Lo siento, Salvador. Ha vuelto a suceder.

No necesitó decir nada más. Salvador ya sabía a qué se refería. Desde hacía cuatro meses se estaban produciendo sustracciones en las cajas de seguridad de las habitaciones. Sucedía cada diez o quince días y el método era siempre el mismo. Un cliente bajaba a recepción para denunciar que le había desaparecido parte del dinero que guardaba en la caja de seguridad. Nunca desaparecía el total depositado. Los robos rondaban entre los novecientos y tres mil euros. El ladrón no dejaba ningún tipo de huellas. Al principio pensaban que eran denuncias falsas de los clientes para cobrar el seguro, pero la repetición del *modus operandi* les convenció de que tenían entre manos una de las pesadillas más temidas en los hoteles: había un ratero que con toda seguridad pertenecía a la plantilla. Todos los controles de llaves electrónicas que habían hecho en las cerraduras informatizadas de las habitaciones habían dado resultado negativo: los empleados que habían entrado en las habitaciones tenían un buen motivo para ello y, además, al cuadrar los casos no quedaba aislado ningún empleado del que poder sospechar.

Salvador suspiró. Lo menos importante era la cantidad sustraída, fácilmente recuperable por el alto seguro contratado por el hotel. Era la imagen de este la que más sufría con estos hechos. A veces no se conseguía calmar al huésped y este terminaba contándolo en las redes sociales, con el impacto negativo que eso suponía para el prestigio del hotel. Salvador sabía que vivían en una aldea global y que una reclamación que hace quince años se saldaba con una carta a la dirección o como sumo a la redacción de un periódico, en la actualidad tenía un eco imposible de evaluar. Sentía escalofríos cuando recordaba lo que le pasó a un hotel de la más alta categoría de la misma ciudad, cuando un recepcionista hizo un comentario jocoso acerca de un parapléjico norteamericano, pensando que no le entendía. Desde la misma silla de ruedas y utilizando su *smartphone*, el aludido mandó un mensaje a su cuñado, presidente del Comité Paralímpico de los Estados Unidos. Este tuiteó el hecho. Una hora después, el tuit se había retuiteado a… cuatro millones y medio de personas. El hotel en cuestión tuvo que pedir de inmediato excusas y despedir al empleado, pero el daño ya estaba hecho.

En el caso del Atheneum no era la primera vez que detectaban a un ladronzuelo entre el personal, pero siempre tardaban poco en desenmascararle, ya que solían ser personas jóvenes necesitadas de dinero rápido para vicios, lo que les hacía cometer errores con facilidad. Esta vez, Salvador sabía que no sería tan sencillo. Quien quiera que fuese tenía acceso a las claves de seguridad de las cajas fuertes y una discreta investigación que se había hecho entre los que las poseían había dado resultado negativo. Además, sabía que estos casos atacaban a la línea de flotación de la moral del personal directivo, al temer cada uno que el ladrón perteneciera a su mismo departamento.

Tras mantener un intercambio de opiniones con sus colaboradores

sobre este tema, Salvador pasó a la revisión de las incidencias, visitas y actos más importantes previstos. Comentó la conversación con Noelia Palacios, aun sabiendo de antemano la respuesta del jefe de servicio técnico; era imposible garantizar el flujo inmediato de agua caliente en todas las habitaciones si más del ochenta por ciento de ellas usaban el servicio de ducha al mismo tiempo. Aun así, conociendo a la soprano, estaba seguro de que los dos minutos que había reportado no habrían sido más allá de treinta segundos.

Para alegrar el ambiente, Carlos del Valle comunicó que se había recibido la reserva de Shirin Ebadi, abogada iraní y Premio Nobel de la Paz en 2003, y que llegaría el 23 de diciembre. Esa misma noche habría una cena de gala en su honor en el hotel organizada por Unicef. Se esperaba la asistencia de la reina, presidenta de honor de Unicef, así como de diferentes personalidades del mundo de la cultura, ministro incluido. El mismo día 23 se celebraría también un almuerzo, esta vez de menos personas, organizado por la comunidad judía de Madrid, y en donde estaba prevista la presencia del embajador de Israel. Carlos del Valle comentó que se había recibido la confirmación de la cena de gala de los periodistas destacados en el Congresos de los Diputados para el día 22, tres días antes de Navidad. Ese evento se lo habían «robado» al Palace y otorgaba bastante prestigio al hotel, ya que acudían representantes de los partidos parlamentarios, algún ministro y, hace dos años, incluso se acercó durante unos minutos el presidente del Gobierno.

—Vamos a tener que meter en nómina esos días a los expertos de seguridad de la Policía Nacional —bromeó Salvador—, porque no van a dar abasto. Y si no recuerdo mal, en el transcurso de un mes tendremos aquí a dos premios Nobel de la Paz, ya que el exvicepresidente estadounidense Al Gore vendrá a primeros de enero.

Diez minutos después, levantó la reunión y salió de la sala charlando con Amelia, dispuesto a empezar la revisión semanal de las instalaciones. La gobernanta parecía más calmada, hasta que se cruzaron en un pasillo con Abdul, quien, al pasar a su lado, masculló un saludo. Amelia se lo devolvió nerviosa. «Algo raro pasa», pensó Salvador. Él se conocía muy bien y sabía que este dato iba a archivarse en su cerebro en la misma carpeta donde había colocado el nerviosismo anterior de Amelia. Desestimó el primer pensamiento que le vino a la cabeza, un posible coqueteo entre Abdul y Amelia: Abdul tenía un carácter taciturno que le impedía hacer amigos en la plantilla. Era considerado como un bicho raro por los demás empleados. «Cada cosa a su tiempo», pensó Salvador, y tomó con Amelia el ascensor que los subiría hasta la terraza del edificio, desde donde iniciarían una revisión integral del hotel.

III

A las diez de la mañana, el Atheneum había alcanzado ya su velocidad de crucero. A pesar de ser un hotel de mediano tamaño, el ratio de personal estaba por encima de la media para un cinco estrellas Gran Lujo: 1,2 empleados por habitación. Esto era debido al altísimo movimiento que se producía a diario en los diferentes restaurantes y bares del hotel. Las ciento ochenta personas que componían la plantilla eran de muy variadas nacionalidades, predominando las de América Latina y países de Europa del Este.

Los proveedores hacían ya cola ante la puerta de servicio para entregar las mercancías necesarias para abastecer los más de seiscientos menús que estaban previstos para hoy. Los dos bares del hotel despacharían cerca de sesenta botellas de champán, mil doscientas coca-colas, cuatrocientas tónicas y más de cincuenta botellas de diferentes destilados. Eso sin contar con las doscientas botellas de vino que requerirían los menús a servir en el restaurante principal del hotel y en los diferentes eventos que había previstos en la agenda del día.

Ramón, el niño bonito del director, estaba fuera de la recepción y se dedicaba a ayudar con el equipaje a los clientes que entraban y salían del hotel. Se sabía querido y apreciado por todo el personal. Su aspecto serio y profesional había calado hondo entre sus compañeros y sus jefes, que confiaban en él plenamente. Notó cómo el bolsillo derecho de su pantalón empezaba a pesar. En las tres horas de servicio que llevaba había conseguido, según el cálculo mental que hizo, más de sesenta euros. Raro era el cliente que no le premiaba con un mínimo de dos o tres euros por cada equipaje que subía o bajaba. Sonrió satisfecho. Si el día continuaba así, podría ganar más de ciento cincuenta euros. Sabía que esa no era la media normal, que estaría sobre los ochenta o noventa, pero noventa euros multiplicados por los veintiún días de trabajo que tenía un mes acercaban sus ganancias solo en propinas a los dos mil euros. Limpios y libres de impuestos. A los que tendría que añadir los mil provenientes del salario que percibía. Total, tres mil euros. Cantidad que superaba las ganancias de muchos jefes de departamento. Ese era uno de los motivos por el cual los botones se apalancaban en su posición sin ningún interés en promocionarse. Sin embargo, Ramón consideraba su paso por el puesto solo como una etapa más en sus aspiraciones, que

desde luego no eran continuar en una profesión donde se había percatado de que a lo máximo que podría aspirar era a ser un lacayo de mayor o menor grado de los privilegiados a los que tenía que servir. Él quería estar al otro lado de la película. Y nada le iba a detener hasta que lo consiguiera. La noche anterior había dado un pequeño paso para lograrlo: en su casino virtual favorito, «888bet», había ganado tres mil novecientos euros jugando al Omaha Hold'em, una variedad de póquer en la que se había especializado. Se pasaba horas encerrado en su cuarto conectado al casino. Sus padres le habían dejado por imposible, imaginando que algo extraño pasaba con su hijo, pero callando ante los mil quinientos euros que Ramón, con solo diecisiete años, aportaba cada mes a la economía familiar.

Cierto que a menudo las partidas no salían como él quería, pero no le preocupaba. Estaba convencido de que cualquier noche daría el petardazo y haría saltar la banca del casino virtual. Y para cubrir las pérdidas pasajeras, siempre tenía el recurso del hotel. Y ese recurso no era precisamente pedir un anticipo en el departamento de administración; estaban los huéspedes, que, a través de las cajas de seguridad de sus habitaciones, le reportaban el importe suficiente para recuperarse. Volvió a sonreír al recordar lo sencillo que le había resultado descubrir el método que le permitía acceder con tanta facilidad al interior de las cajas, pero sabía que lo que le hacía inmune a cualquier sospecha era su reputación de chico formal y cumplidor. Además, estaba seguro de que Salvador Cano siempre estaría ahí para responder por él.

Al observar que un señor salía de uno de los ascensores portando una maleta y un bolso de mano, se acercó raudo, tomándole los bultos antes de que el cliente pudiera reaccionar. Su sonrisa lo desarmó cuando iba a protestar. Ramón le preguntó si deseaba un taxi mientras lo acompañaba a la puerta.

* * *

Abdul ya había terminado la reparación del termostato del salón cuando observó que los directivos del hotel salían de la sala donde se habían reunido. Al cruzarse con Amelia y el director, disfrutó al observar que ella empezaba a enrojecer al acercarse. «Furcia infiel —masculló—. Ya llegará tu hora, y no falta mucho para ello.» Amelia no era tonta y Abdul sabía que eran muy altas las posibilidades de que imaginara que él conocía su aventura con Akín. Amelia estaba al corriente de la amistad que unía a los dos nigerianos y, a pesar de que Akín le había jurado que no le había contado nada, no podía evitar, cada vez que cruzaba la mirada en el hotel con Abdul, tener la convicción de que algo sabía, porque ya no bajaba los ojos cuando se dirigía a darle alguna orden, como hacía antes. Ahora se limitaba a

mirarla con sorna, fijando con insistencia los ojos en el pecho de Amelia.

Abdul pasó por la sala que acababan de abandonar los directivos y, al verla vacía, desplegó la escalera portátil que llevaba, situándola debajo de uno de los focos centrales de la sala. Se subió a la escalera y empezó a manipular la lámpara, cuando entró un *maître*.

—¿Algún problema, Abdul? —preguntó.

—No problema, jefe —contestó en un deficiente castellano, a pesar de los dos años que llevaba en el país—. Roto foco y yo cambiando.

—Muy bien, pero dese prisa. Hay que volver a montar esta sala. Dentro de dos horas hay una reunión de consejo.

—Tranquilo tú, jefe. Solo dos más minutos.

El *maître* salió, dejando de nuevo a Abdul solo. Extrajo el foco de su sitio e introdujo la mano por el hueco que este había dejado. A apenas cinco centímetros, incrustada en el bajo techo, su mano encontró una diminuta cámara que, aprovechando un minúsculo agujero, grababa todo lo que ocurría debajo. Cambió la batería de la cámara y la tarjeta de memoria, volviendo a colocarla en su sitio. Volvió a colgar el foco y se aseguró de que la abertura por donde grababa la cámara no quedara obstruida y siguiera pasando desapercibida. Guardó la batería y la tarjeta de memoria en el bolsillo de la camisa, recogió la escalera y salió del salón.

* * *

Daniel Ruiz-Mansilla, el flamante nuevo ministro del Interior del Gobierno español, traspasó la puerta automática del Atheneum seguido por dos guardaespaldas. Cruzó con ellos el *hall* hasta la zona de ascensores. Una vez allí, ordenó que lo esperasen mientras él bajaba al *spa* del hotel, donde había hecho reserva para la sauna y un masaje. A la una tenía que comparecer en el Congreso, por lo que disponía de un par de horas. Entró en el amplio y moderno recibidor del *spa*, cuya recepcionista le suministró una toalla, zapatillas y un pequeño eslip.

—Dígale a Federico que llevo bastante prisa, hoy no tomaré la sauna.

Después de cambiarse en el vestuario, se dirigió al reservado que le había indicado la recepcionista, donde solo tuvo que esperar un minuto a que apareciese Federico. Este, fisioterapeuta de gran reputación en la ciudad, llevaba varios años dando masajes semanales a Ruiz-Mansilla, prácticamente desde que obtuvo su acta de diputado en las últimas elecciones.

—Buenos días, don Daniel —se anunció.

El ministro, que se había tumbado boca abajo en la camilla, le contestó sin mirarlo.

—Hola, Fede. En media hora tengo que estar fuera.

—No se preocupe, don Daniel, abreviaré. Por cierto, no le he felicitado por su nombramiento.

Treinta y cinco minutos después, Ruiz-Mansilla ya se había cambiado y pagado el importe del masaje. Llamó al ascensor y una vez dentro pulsó el cuarto piso, mientras rogaba que el aparato no se detuviera en la planta baja. Suspiró cuando los diodos de la pantalla cambiaron el «0» por el «1». Se le hicieron eternos los pocos segundos que transcurrieron hasta que el ascensor paró en la cuarta planta. Salió al descansillo con el corazón en un puño. Miró a su derecha y a su izquierda. El pasillo estaba desierto. Solo se atisbaba a ver en la lejanía un abandonado carro de servicio de camarera; estaba en dirección contraria a donde debía ir. Giró hacia su izquierda y se detuvo cuando llegó a la habitación 432. Hizo caso omiso del cartel de «No molestar» que colgaba del pomo. No llamó al timbre, dio cuatro toques rápidos con los nudillos y no tuvo que esperar mucho. La puerta se entreabrió y un brazo desnudo tiró de él hacia dentro. El mismo brazo cerró la puerta y, tomando la nuca del ministro, lo atrajo hacia sí fundiéndose en un interminable beso en la boca. A los dos les costó separarse. El ministro notó cómo unos dedos empezaban a desabrocharle el cinturón.

—Has tardado mucho, ministro.

—No me lo recuerdes. Te puedo contar los segundos que llevo esperando este momento.

Ruiz-Mansilla se vio empujado hacia la cama, ya casi desnudo, y sintió ganas de llorar de gozo, sabiendo que en la próxima hora Rafael de Utrera, el triunfador del último San Isidro, no podría escaparse de sus brazos.

Setenta minutos después, Ruiz-Mansilla bajó al *hall* del hotel, donde los guardaespaldas ya lo esperaban cerca del ascensor con aspecto preocupado. Les hizo una inclinación de cabeza y se dirigió con paso rápido hacia el edificio vecino del Congreso. Por dentro daba saltos de alegría, todo había salido bien. Era consciente del peligroso enganche que tenía con el torero, pero pensó que la fortuna le había colocado cerca de uno de sus centros de trabajo el lugar ideal para tener sus encuentros clandestinos. Había pedido a Rafael de Utrera que cambiara su hotel de siempre en la capital, el Wellington, por el Atheneum. Su presencia en este establecimiento siempre estaría justificada por la proximidad al Congreso y su fidelidad a Federico. Eso sí, antes se había asegurado de que, como en la mayor parte de los hoteles de lujo, y con el objeto de mantener la privacidad de sus huéspedes, en los pasillos de las habitaciones no existieran cámaras de seguridad. No dio ninguna importancia a la camarera de agraciados rasgos andinos con la que se había cruzado al poco de salir de la habitación. Con toda seguridad, no le había reconocido y, además, no creía que hubiera visto de qué puerta salía. Un pequeño estremecimiento le recorrió el estómago al pensar en Rafael. Se había enamorado como un adolescente.

IV

Patricia Quispe, peruana estilosa y educada, fue escogida para formar parte de la plantilla fija del hotel entre las limpiadoras que, apuntadas en Empresas de Trabajo Temporal, ocasionalmente acudían al Atheneum a realizar sustituciones de camareras. Ella estaba encantada. Había una gran diferencia entre limpiar retretes en la Estación Sur de autobuses a moverse en el ambiente de lujo del hotel. Allí hasta los retretes olían mejor, o eso le parecía a ella.

A la una y media de la tarde, Patricia ya había limpiado junto con otra camarera más de dieciocho habitaciones. La subgobernanta les ordenó recoger los carros de limpieza y bajar al comedor a almorzar. Patricia respiró contenta. El comedor de personal del Atheneum no tenía nada que envidiar a muchos restaurantes económicos españoles y podía superar a la mayoría de su Lima natal. El primer turno, que había entrado media hora antes, ya había abandonado el comedor dejando su sitio al segundo. En el bufé había tres primeros platos y tres segundos para elegir, además del postre. Lo único que tenían que abonar a un precio casi testimonial era la bebida, si no querían beber de las jarras de agua dispuestas en las mesas.

Patricia tomó una bandeja y la rellenó con macarrones y un filete empanado. Fue a sentarse en una de las mesas del comedor, la más cercana al televisor de plasma que dominaba la estancia. En la misma mesa, otras dos camareras, un recepcionista, Ramón Buendía y Abdul habían empezado ya a comer. Poco después de sentarse apareció Roberto, uno de los camareros más antiguos del hotel, que pidió, con educación, permiso antes de sentarse al lado de Abdul, que había quedado aislado en una de las esquinas de la mesa. Patricia estaba dando fin a sus macarrones cuando señaló el televisor con el dedo y se dirigió a sus compañeros de mesa.

—¡Acabo de ver a ese señor en el hotel!

Todos volvieron la vista a la televisión, donde, en directo, un político se dirigía a los parlamentarios en el hemiciclo del vecino Congreso. El recepcionista no pudo reprimir sus ganas de hacerse notar.

—Es Ruiz-Mansilla, el nuevo ministro del Interior.

—Pues sí que ha tenido que darse prisa —dijo Patricia—, porque ahí pone que esto es en directo y le acabo de ver hace un rato salir de la

habitación 432.

—Imposible —continuó ampuloso Eduardo—. La 432 está ocupada desde ayer tarde por Rafael de Utrera, el torero. Yo mismo le formalicé el registro.

Roberto el camarero intervino en la conversación.

—Sea lo que sea no es nuestro problema, bastante tenemos con procurar que nuestros huéspedes estén bien atendidos.

Otra de las camareras, ya bastante veterana, intervino riendo.

—Desde luego, Roberto, lo tuyo no tiene remedio. Ni que fueras a heredar el hotel…

Después de un corto silencio, la misma camarera encaminó la conversación hacia la cantidad de trabajo que llevaban en los últimos días. Abdul, que había permanecido callado durante toda la conversación, no había perdido detalle. Tomó nota mental de todo lo escuchado. Fue el primero en levantarse de la mesa. Dejó la bandeja en la zona de lavado y se dirigió al cuarto de mantenimiento. Su jefe estaba ausente. Sin llegar a sentarse en la mesa de este, manipuló el ordenador y entró en el programa de gestión del hotel. Allí comprobó que, en efecto, la habitación 432 había sido ocupada el día anterior, pero por un apellido distinto al que había dicho el recepcionista. Figuraba como Rafael de la Fuente Heredia. Abandonó el programa de gestión y entró en internet. No tardó en comprobar lo que esperaba: el nombre y los apellidos pertenecían al diestro sevillano. Salió apresuradamente del cuarto y escribió en una libreta el nombre del político y el del torero. El día no podía estar resultando mejor, pensó. Estaba deseando llegar al piso que compartía con otros dos nigerianos en el barrio de Lavapiés, descargar en su ordenador la tarjeta de memoria que tenía en el bolsillo de la camisa y enviar esos datos a una anónima cuenta de correo de Yahoo. Sabía que no tardarían en conectarse desde Abuya a esa misma cuenta para descargar los informes. Incluiría también la historia que acababa de conseguir respecto al ministro y el torero. No sabía si podría tener valor, pero sus instrucciones eran bien precisas: en caso de duda, mandar siempre la información.

* * *

Amelia contaba los minutos que faltaban para terminar su turno. Ni siquiera la enorme tarea que suponía mantener impoluta la imagen y limpieza de un hotel con tan alta ocupación conseguía apartar de su pensamiento a Akín. A la hora de almorzar no pudo coincidir con él, ya que los directivos del hotel tenían un comedor aparte. Pudo a duras penas contener el deseo que le acuciaba asomándose a uno de los balcones que daban a la plaza de las habitaciones que estaba repasando. Al bajar la mirada lo vio, erguido y sonriente, saludando con ligeros toque en su gorra a los clientes que cruzaban la puerta. Tuvo que hacer

un esfuerzo para no chistar desde el balcón con el objeto de que él la mirase. Después de comer continuó con su cometido. A pesar de que sus tres subgobernantas revisaban el trabajo de las limpiadoras antes de dar libres las habitaciones, ella tenía como prurito personal revisar aleatoriamente algunas de ellas y, si podía, todas las consideradas vips, denominación que el director odiaba, ya que siempre les recordaba que estaban en un hotel de lujo, y todos los huéspedes pagaban a la salida y deberían recibir el mismo y exclusivo tratamiento. Pero ella revisaba la lista de clientes cada día en su pequeño despacho y marcaba los clientes habituales, así como los que Carlos del Valle, el jefe de recepción, le había recomendado que cuidara con especial atención. Entre ellas estaba, por supuesto, Noelia Palacios y Rafael de la Fuente, cuyo nombre nunca hubiera asociado con el torero si no fuera por la información que le había pasado Carlos.

Cuando la subgobernanta de área la contactó por el *walkie* para informarla de que ya habían quitado el cartel del «No molestar» en la 432, subió a comprobar que todo estaba en orden. La subgobernanta la estaba esperando en la habitación, cuyo baño la camarera ya había empezado a limpiar. En su listado figuraba que la habitación había sido registrada como individual, pero el ojo experto de Amelia apreció enseguida que, o al torero le había entrado el baile de San Vito, o lo había pasado muy bien en la cama con alguien más.

Había también una botella de champán semivacía en el suelo, dos copas de tallo alto en la mesilla y unos sospechosos restos de polvo blanco en el escritorio. Echó una mano a sus subordinadas para que todo quedara perfecto en la estancia.

Cuando salió de la habitación miró por enésima vez su pequeño reloj de pulsera: las tres de la tarde. Antes de dos horas estaría otra vez más con Akín.

* * *

Para Salvador Cano la jornada apenas había superado el ecuador. Pero a partir de las cinco de la tarde el teléfono no sonaría con tanta asiduidad, permitiéndole dedicarse a la parte que más amaba de su profesión: el contacto con el cliente.

A Salvador se le podía acusar de cualquier cosa menos de burócrata. Le encantaba recorrer el *hall* por la tarde, dejándose ver por los clientes y charlando con ellos, sabedor de que una vez que estos habían acabado sus gestiones en la ciudad eran mucho más receptivos a comentar con él su estancia en el hotel.

Sentado en uno de los sofás frente a la recepción, contestaba el correo en su iPad mientras intentaba controlar todo lo que sucedía a su alrededor.

Se levantó para saludar a uno de los huéspedes que lo había

reconocido. Mientras salía a su encuentro observó cómo Amelia, ya sin uniforme, entregaba unas llaves en el mostrador de recepción. Sus ojos se cruzaron un instante. Ella los bajó enseguida, pero Salvador halló de nuevo en ellos un brillo que no había visto en los años que llevaban trabajando juntos.

Acompañó al huésped al bar, mientras se alisaba el pelo con su mano derecha y miraba a Carlos del Valle. Este entendió el gesto. Pasados quince minutos debería mandar un botones para anunciar al director que preguntaban por él en uno de los salones. Se acomodó con el huésped en una de las mesas del bar. Hacía ya varios años que había decidido perder la vergüenza y pedía siempre agua con gas. Recordaba tiempos pasados, cuando al terminar la jornada echaba cuenta de las consumiciones tomadas y percibía que estaba al borde de caer en el alcoholismo. Respiró satisfecho; en el Atheneum, aparentemente, todo funcionaba a la perfección.

V

Akín Okafor había nacido veintiocho años atrás en Ekhor, aldea cercana a Benín City, una de las ciudades más populosas de Nigeria. A ella se trasladaron huyendo del hambre los padres de Akín y sus seis hijos cuando este tenía un año. Dos de sus hermanos murieron antes de cumplir los cuatro años en una de las epidemias cíclicas de meningitis que azotan el África Occidental. Akín consiguió sobrevivir a una mortalidad infantil que en Nigeria superaba, en 1990, el veinticinco por ciento de los menores de cinco años.

Se consideró muy afortunado cuando a los catorce años encontró un empleo como estibador en una compañía maderera. Se casó muy pronto, a los dieciocho, con una bellísima joven de su mismo clan. Vivía de alquiler en un barrio de mayoría cristiana a las afueras de Benín, en un piso donde tenía acogida a su madre y a una de sus hermanas que no se había casado aún. Su padre había muerto en un accidente laboral antes de que Akín hubiera cumplido los quince años. Los mil quinientos *nairas* que cobraba al mes (unos quince euros) le permitían, aunque con muchas estrecheces, hacer frente a sus obligaciones familiares. Blessing, su mujer, se quedó muy pronto embarazada y dio a luz mellizas que habían heredado la belleza de su madre y hacían que Akín se derritiera cada vez que las miraba.

Todos los domingos acudía con su familia a los actos que en la iglesia evangelista de la zona oficiaba un pastor inglés. Era muy feliz, pero todo se desplomó de golpe cuando, en medio de una ceremonia bautismal, miembros del grupo étnico norteño Hausa Fulani atrancaron la puerta de entrada. A través de uno de los ventanales que habían destrozado introdujeron unos hachones de petróleo ardiendo que provocaron un incendio que acabó causando más de sesenta víctimas entre las trescientas personas que había dentro de la capilla. Akín, ante el dilema más duro de su vida, tuvo que elegir a quién intentar sacar primero de la iglesia. Blessing no le dio opción a decidir. Lo obligó a tomar a una niña en cada brazo, empujándolo hacia la puerta que otros hombres estaban ya intentando abrir. Ella misma cogió un niño de pecho que había quedado en el suelo y trató de llegar también a la puerta. No lo consiguió. La avalancha que se había producido la tiró al suelo, siendo pisoteada, mientras el denso humo que se había formado en cuestión de

segundos inundaba sus pulmones. Antes de perder el conocimiento pudo ver cómo Akín, con las dos niñas en brazos, forcejeaba intentando escapar del infierno.

Akín alcanzó el enorme tapón que se había formado en la puerta cuando el humo empezaba también a asfixiarlo. Pero su extraordinario físico le sirvió para hacerse valer entre la multitud y alcanzar la salida. Allí los estaban esperando con palos y cuchillos los atacantes. Aprovechó la confusión y, sin soltar a las mellizas, escapó como pudo del campo de batalla en que se había convertido la explanada que había frente a la iglesia. Corrió con el corazón saliéndosele del pecho hasta que torció por un pequeño callejón donde dejó a las dos pequeñas. Les pidió que se estuvieran quietas allí y retornó a la explanada. Varias unidades de Policía que acababan de llegar estaban intentando reducir a los atacantes, que empezaban a recular. La capilla, construida en madera, estaba ardiendo en su totalidad. Ningún coche de bomberos había hecho acto de presencia. Sin dudarlo, se lanzó hacia las llamas que se atisbaban tras la derribada puerta, y ya la estaba atravesando cuando se vio sujeto por dos policías que le impidieron entrar.

Tardaron varios días en poder identificar a todas las víctimas. De Blessing solo quedó reconocible una pequeña cruz de plata casi derretida que la madre de Akín le había regalado el día de su boda.

La profunda fe cristiana de Akín y, sobre todo, el ver cada día a sus hijas, lo ayudaron a ir poco a poco superando el terrible episodio. Las niñas quedaban a diario al cuidado de la abuela mientras él acudía a realizar su jornada de doce horas a la maderera.

Las desgracias nunca vienen solas. La empresa para la que Akín trabajaba hizo una reducción del setenta por ciento de su plantilla. Este se encontró sin trabajo, sin posibilidades reales de conseguir otro y teniendo que sacar adelante una familia de cinco miembros. Pero él no iba a permitir que quedaran en la indigencia. Como muchos nigerianos, había oído hablar de las posibilidades que se podrían abrir para un hombre sano, con estudios elementales y trabajador, en Europa. Habló con su madre, que lo intentó convencer de que permaneciera con ellas, pero la decisión estaba tomada. Vendió todo lo que no era imprescindible de su casa, incluida la motocicleta de cuarta mano con la que iba todos los días a trabajar. Dejó el piso, cuyo alquiler ya no podía pagar, y regresaron todos a la angosta casucha que, aunque en pésimo estado, aún conservaban en Ekhor. Entre lo que sacó y los pocos ahorros que Blessing mantenía escondidos tras un azulejo del baño, consiguió juntar el equivalente a trescientos cincuenta dólares. Miembros de su congregación evangelista le habían explicado cuál era la mejor ruta para acceder a Europa. También le entregaron mapas y una gramática-diccionario francesa y otra española. En una mochila introdujo algo de ropa. Guardó lo mejor que pudo el dinero y se despidió con lágrimas de sus hijas, hermana y madre, prometiéndoles que pronto volvería a por

ellas.

Ni en sus peores sueños pudo imaginar Akín la pesadilla que le esperaba.

Necesitó tres meses para atravesar, casi siempre andando, Níger, Argelia y llegar a Marruecos. En este último país permaneció dos meses más, viviendo amontonado en una tienda de campaña proporcionada por la Cruz Roja. Aprovechando una noche de temporal, saltó la valla que en Ceuta separaba Marruecos de España por una zona que estaba en obras. Fue interceptado por una patrulla de la Guardia Civil española que lo obligó a volver a Marruecos.

Desesperado, decidió no esperar más y se escondió en la localidad de Ben-Yunes, donde pactó con una de las mafias que controlaban el paso del Estrecho un puesto en una andrajosa patera a cambio de los ciento ochenta dólares que le quedaban. Tres noches después embarcó en un cayuco hacia Tarifa.

En la actualidad, desde la perspectiva que le daba su diametralmente distinta situación, Akín aún se hacía cruces al pensar el milagro que supuso que semejante bañera llegase a la costa española sin incidentes. Nada más pisar tierra, mientras el centenar de compañeros de viaje se ponían de rodillas para agradecer a sus diferentes dioses el haber llegado a salvo, Akín salió corriendo para evitar la previsible llegada de las fuerzas de orden españolas. Solo llevaba consigo la mochila con un par de pantalones, una camisa y los libros.

Evitó durante días el contacto con la población. No quería acabar en otro campamento de refugiados donde tendría muchas posibilidades de que lo mandaran de vuelta a Marruecos. Decidió avanzar tierra adentro, alimentándose de los frutos que en el final del verano le ofrecían las arboledas próximas a los caminos por los que transitaba.

Este período del año se puso de su parte. Antes de llegar a Lebrija observó cómo trabajadores con apariencia de subsaharianos se afanaban en la recolección de uva. Venció su aprensión y, acercándose, les preguntó en inglés si habría trabajo para él. Uno de ellos asintió y avisó al capataz, que después de echar un rápido vistazo a Akín le preguntó si tenía papeles. Cinco meses de odisea sin nada con que entretener los momentos de descanso le habían hecho aprenderse de memoria las dos gramáticas que llevaba consigo. Entendió bien la pregunta, pero se limitó a negar con la cabeza. Al capataz le debió de gustar que no le mintiera o le contestara con evasivas, y le dijo que podía unirse a la cuadrilla. Las ganancias de esos quince días le permitieron comprar ropa y calzado y llegar hasta Madrid, imaginando que en una ciudad tan grande le sería posible encontrar un trabajo que le permitiera regularizar su situación.

No solo no lo encontró, sino que descubrió la desagradable experiencia de sentirse rechazado por el color de su piel y por su fuerte acento. Tuvo que subsistir vendiendo bolsos de imitación en los

aledaños de la Puerta del Sol o el parque del Retiro. Allí conoció a una de las empleadas en la jardinería del parque, con la que trabó amistad. Ella empezó por invitarlo a tomar algún bocadillo en los quioscos del parque, para pasar a llevarlo a dormir ocasionalmente a su casa, aprovechando que su hija de veinte años, fruto de un matrimonio roto, ya no dormía en su piso de San Cristóbal de Los Ángeles.

También fue ella la que le encontró un trabajo para cuidar jardines de chalés en la zona de Rivas. Allí tuvo la fortuna de caerle bien al propietario de uno de ellos, militar de alto rango, que al enterarse de su falta de papeles no solo no lo despidió, sino que se brindó a legalizarle su situación.

Su historia con la jardinera terminó poco después, pero Akín ya se había adaptado a la ciudad. Con gran satisfacción, comenzó a enviar dinero a su madre, trabajando sin descanso y soñando con poder traer lo antes posible a sus mellizas.

En una de sus visitas burocráticas a la embajada de Nigeria fue abordado a la salida por una persona malencarada, que cojeaba ostensiblemente y que le pidió fuego en un inglés con acento nigeriano.

A Abdul no le costó mucho entablar conversación con Akín. A partir de ese día se veían ocasionalmente, ya que este insistía en invitarlo a fiestas donde se degustaba comida nigeriana y de esta forma podía matar la morriña que a veces le embargaba y conseguía noticias de primera mano de su país. A pesar de ser el único cristiano en esas reuniones, fue muy bien acogido por el resto. Abdul insistía en atraerlo hacia el islam. El recuerdo de la iglesia evangelista ardiendo y su profunda formación cristiana hacían que ni siquiera se planteara la cuestión. Aun así, Abdul siempre era muy amable con él. A veces, cuando en su habitual soledad nocturna pensaba en Abdul, se avergonzaba del ambiguo sentimiento de rechazo que experimentaba hacia el tullido. No era cristiano tener esos pensamientos, pensaba. Sobre todo, con alguien que se estaba comportando tan bien con él.

Cuando Abdul le habló de la posibilidad de conseguirle un trabajo fijo de portero en el Atheneum pensó que la deuda con él sería eterna. Seis meses después de empezar a trabajar en el hotel, su madre sufrió una embolia y falleció. Aunque las hijas habían quedado al cuidado de su hermana, decidió que las importantes propinas y el salario que recibía en el hotel le permitirían, por fin, cumplir su gran sueño. Uno de los momentos más felices de su vida fue cuando vio aparecer a sus hijas, acompañadas por una azafata, por una de las puertas de llegadas del aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid.

Se había comprado también un utilitario de segunda mano y alquilado un piso con dos habitaciones para poder acoger a las pequeñas en el distrito de Vallecas. Las niñas, que ya tenían nueve años, podrían acudir a uno de los colegios públicos de la zona y su edad posibilitaría que esperasen solas a que su padre regresara del trabajo.

* * *

Akín también se había pasado la mañana echando de menos a Amelia. En cuanto podía, levantaba la mirada hacia los balcones, buscándola. A las cuatro de la tarde pasó el turno a su compañero, un mocetón vasco tan alto como él. Una vez fuera del hotel, enfiló la calle San Agustín y comenzó a callejear hasta llegar a una tasca situada cerca de Atocha. Entró, se sentó en la mesa más alejada de la puerta y pidió una cerveza. La vida se le antojaba maravillosa. En unos minutos, Amelia entraría por esa puerta.

VI

Pocas compañeras de clase en el colegio de La Milagrosa de Cuenca podían recordar el primer apellido de Amelia. Todas la conocían por *Amelita la Fantástica*. El mote se lo había puesto una de las monjas de San Vicente de Paúl, en concreto sor Luisa, la profesora de Lengua.

Amelia se había ganado el apelativo a pulso. A sus trece años, en vez de aprovechar su privilegiado intelecto para asegurarse las mejores notas del colegio, se dedicaba a leer compulsivamente cualquier libro que cayese en sus manos. Llegó al extremo de ser pillada in fraganti por la hermana prefecta cuando, mientras aparentaba leer con devoción la Biblia en la capilla del colegio, lo que en realidad tenía en sus manos era un ejemplar de *Servidumbre humana*, la novela de William Somerset Maugham. Amelia había arrancado las pastas de la Biblia y las había colocado encima de la magistral obra del autor británico.

La enorme bronca que le cayó tanto en el colegio como en su casa solo sirvió para que a partir de entonces Amelia tuviera mucho más cuidado a la hora de esconder los libros que conseguía «distraer» de la biblioteca de su abuelo, el notario más ilustre de la ciudad castellana.

Debido a aquellas lecturas, Amelia quedó fascinada con esos escenarios de hoteles lujosos y viajes a países exóticos que tan bien describían Vicki Baum o Arthur Hailey. Ella quería llegar a formar parte algún día de ese mundo.

Cuando terminó el bachillerato, no hubo forma de que sus padres, él registrador de la propiedad y ella de profesión «sus labores», la convenciesen para estudiar Filología, Historia o cualquier carrera de señorita «bien», y prepararse para encontrar un novio formal, a ser posible de su misma condición social, pasear del brazo con él por la calle Carretería del centro de la ciudad todos los sábados durante los cuatro o cinco preceptivos años de noviazgo, celebrar una boda de postín en Las Angustias y tener dos o tres hijos que continuaran de nuevo ese bucle sin fin.

Amelia se horrorizaba con solo pensarlo. Hija única, utilizó todas las zalamerías posibles con su padre para convencerlo de que la dejara ir a Madrid a estudiar la carrera de Turismo. Este se aterraba solo de imaginar a su hija en una profesión que creía lo más cercana a la de cómicos que pudiera haber. Pero Amelia era tan obstinada como

inteligente. Finalmente, sus padres transigieron con una condición: debería alojarse en un colegio mayor que en el centro de Madrid pertenecía a la misma congregación de San Vicente de Paúl. Amelia aceptó a regañadientes, sabiendo que sería la única manera para que le permitieran ir. El colegio se regía por una férrea disciplina que obligaba a las estudiantes a estar dentro de sus muros antes de las diez de la noche. A Amelia no le importaba. Durante el día estudiaba en la Escuela Oficial de Turismo y por la noche se dedicaba, en el colegio mayor, a la que seguía siendo su distracción favorita: la literatura.

De novios, pocos. Un par de mediocres experiencias con compañeros de carrera le hicieron tomar la decisión de dedicarse por completo a estudiar para terminar la carrera con las mejores notas. En la intimidad de su dormitorio, cuando se masturbaba de manera apresurada, se preguntaba dónde estarían esos momentos plenos de romanticismo que tanto la embaucaban en sus lecturas.

Cuando se graduó, de nuevo sus padres intervinieron a la hora de elegir el hotel donde llevaría a cabo las obligatorias prácticas de fin de carrera. La elección fue el Westbury, el hotel más exclusivo de Dublín. Allí no solo podría mejorar su nivel de inglés, sino que les aseguraba que ella seguiría siendo controlada por la misma orden religiosa, que disponía de otra estricta residencia en las afueras de la ciudad. Pero Amelia se transformaba cuando entraba cada día en el Westbury para formar parte de aquello que tanto había deseado. Cayó muy bien desde el principio a la directora del establecimiento, que le permitió rotar durante sus prácticas por los departamentos más importantes del hotel al objeto de conseguir la mejor formación posible.

A la vuelta de Irlanda se encontró con veintidós años, la carrera terminada, una sólida formación para empezar a desarrollarla y un muy pobre conocimiento en el trato con los hombres. Sus padres movieron todos los hilos para que pudiera empezar a trabajar en el Parador de Cuenca, a la sazón el hotel más prestigioso de la ciudad. Esta vez, Amelia se cuadró. Ya era mayor de edad y no iba a consentir que siguieran dirigiendo su vida. Le dijo a su padre que tenía dos opciones: permitirle marcharse a Madrid, encontrar allí trabajo y establecerse en un piso en la capital, o negarse. Si se negaba, lo único que conseguiría sería perder a su hija, puesto que ahora ya no estaba dispuesta a ceder.

Su padre tampoco era tonto. Vio en los ojos de su hija que cumpliría su amenaza. Cedió, no sin antes ofrecerse a ayudarla a encontrar trabajo en un buen hotel. Ella volvió a negarse. Sabía que tenía que romper las cadenas de una vez por todas. A regañadientes, aceptó la ayuda económica que le ofrecieron y regresó a Madrid. Recorrió todos los hoteles de cinco estrellas de la ciudad, intentando conseguir entrevistas de trabajo con los directores o encargados de personal. En algunos lo consiguió y en otros se limitó a dejar su currículum. No tardó en recibir la llamada de uno de ellos: el Castellana Hilton necesitaba cubrir una

posición como ayudante de recepción. Pasó con éxito las diferentes entrevistas a las que fue sometida y se encontró por fin con el sueño que tanto había ansiado. El primer día que se asomó tras el mostrador con su uniforme nuevo al esplendoroso *hall* del Castellana sintió que su vida empezaba en ese momento.

Había alquilado un apartamento en la calle Cuchilleros, cerca de la plaza Mayor de Madrid, y dedicaba el tiempo libre que le quedaba para realizar un máster en la Universidad Politécnica con el objeto de completar su formación. Se había especializado en adelantarse con disculpas a las peticiones de salir con la que la acosaban sus compañeros de trabajo, quizás con la íntima esperanza de que apareciese ese príncipe con el que soñaba, y que en poco se parecía a los atolondrados y poco cultivados jóvenes que conocía en el Castellana. Los días libres los pasaba con sus padres en Cuenca y sus escasas salidas en la ciudad eran para ir al cine o a alguna obra de teatro.

Tuvo que ser la insistencia de uno de los clientes habituales del hotel la que la hiciera salir de la urna de cristal que había construido para aislarse emocionalmente. Hacía varios años que Pablo Herrera se alojaba un par de días a la semana en el hotel. Este, director comercial de una de las bodegas de Jerez más prestigiosas, llevaba meses intentando convencer a Amelia para que se vieran fuera del hotel. Alto, guapo y con un gracejo andaluz que a Amelia se le antojaba irresistible, consiguió que aceptara ir con él a una cena de gala, con la excusa de que necesitaba una acompañante. Después de la cena y de hacerse rogar mucho, Amelia consintió también en tomar una copa con él en uno de los sitios de moda de la noche madrileña. Amelia, que no bebía ni siquiera el vino de las comidas, había tomado un par de copas de champán durante la cena y aceptó a regañadientes el gin-tonic que él había pedido para los dos. Al día siguiente, al recordar, quiso echar la culpa a la ginebra, pero sabía que se estaba engañando; Pablo la envolvió con su conversación mientras cada vez se acercaba más a ella en el sofá que ocupaban. Aprovechó un momento en que ella cerraba los ojos mientras lo escuchaba embelesada para besarla. Amelia, no solo no lo rechazó, sino que le devolvió con ansia el beso. Asintió como una autómata cuando Pablo le ofreció ir juntos a otro sitio. Solo le pidió que no fuera en la habitación de él en el Castellana.

Se despertó por la mañana en un aséptico cuarto de hostal barato, sola y desnuda en la cama. Tenía una resaca horrorosa y apenas recordaba nada de la noche anterior. Había una nota de Pablo de disculpa en la almohada explicando que había tenido que salir muy temprano, ya que cogía el primer AVE a Sevilla. Le indicaba que la habitación estaba pagada y que la llamaría al hotel durante el día. Ella miró la hora: las once de la mañana. Por primera vez en su vida iba a llegar tarde a algún sitio. Debería estar en el hotel desde las nueve. Llamó a su jefe para excusarse diciendo que estaba en cama resfriada.

Recogió sus cosas y se marchó a su apartamento. Había tomado le decisión firme de no volver a quedar con Pablo, porque entre otras cosas, y ahora lo recordaba horrorizada, estaba casado y tenía dos hijos.

Pero el infierno está lleno de buenas intenciones. Después de varias semanas de insistencia por parte de Pablo y de prometerle que estaba en trámites de separación, Amelia accedió de nuevo a verse con él. No sabía si estaba enamorada, ya que nunca lo había estado. Sin embargo, él la trataba de una manera muy respetuosa y lo pasaba muy bien en su compañía. Las malas experiencias que había tenido anteriormente le hicieron creer que la insulsa vida sexual que mantenía con Pablo era la normal en una relación.

Los dos entraron en la dinámica de verse a escondidas cuando él estaba en Madrid. De vez en cuando pasaban la noche juntos en el apartamento de Amelia. Él le comentó que se había divorciado y que mantenía la custodia compartida de los niños, que quedaban al cuidado de su madre cuando tenía que venir a Madrid. Así transcurrieron varios años. Cuando Amelia lo apremiaba para legalizar la situación, él le decía que estaba a la espera de recibir la confirmación judicial del divorcio para empezar con ella una nueva vida.

Una tarde de diciembre, Amelia tuvo que acudir con urgencia a Cuenca. Su padre había sufrido un infarto y estaba agonizando. Esa misma noche murió. El palo para Amelia fue tremendo. Necesitaba como nunca la presencia y el apoyo de Pablo. Intentó localizarlo por teléfono sin éxito. Angustiada y deshecha por el dolor, decidió llamar, a pesar de la hora, a la casa de la madre de Pablo, con quien este le decía que dormía en ocasiones. La madre de Pablo, que conocía a Amelia de oídas, escuchó su petición para que la ayudase a localizarlo. Después de un silencio que a Amelia se le hizo eterno, y quizás enternecida por lo que estaba pasando, le contestó:

—Hija, Pablo no vive aquí, lo hace con su mujer y sus hijos en su casa de siempre. No se ha separado.

Nunca más volvió a ver a Pablo. Este se cambió de hotel en Madrid y a ella se le quitaron las ganas de nuevas aventuras.

Fue Salvador Cano, su director en el Castellana, quien se acordó de ella cuando lo contrataron para la apertura del que prometía convertirse en el nuevo éxito de la hostelería madrileña: el Atheneum. A pesar de ofrecerle un puesto en el que Amelia no estaba muy familiarizada, gobernanta general, aceptó encantada. Tenía en gran estima a Salvador, le suponía un ascenso y la ayudaría a olvidar de una vez su desagradable *affaire* con Pablo.

Fue una casualidad que un día del pasado septiembre coincidiera con Akín y sus hijas en El Corte Inglés de la plaza de Callao. Ella no los vio, fue Akín quien la llamó cuando pasaba cerca de él en la planta baja.

—Buenas tardes, señorita Amelia.

Tardó en reconocerlo sin su levita de trabajo. La ausencia de la gorra

de plato le hacía parecer más joven y el polo que llevaba puesto remarcaba su atlética complexión. Venía acompañado de dos preciosidades que la saludaron muy educadamente en un aceptable castellano. Akín, que había acudido a la tienda a comprar ropa para las niñas, le dijo que iba a merendar con ellas en la cafetería del centro y que le encantaría que los acompañara. Ella ya tenía una excusa en los labios cuando una de las pequeñas le tiró de la blusa y asintió varias veces con la cabeza, reiterando de esta forma la invitación de su padre. No se pudo negar.

VII

La bonanza que había supuesto la desaparición de ETA del panorama nacional permitía dedicar las unidades policiales que durante décadas se habían volcado en la lucha contra la organización terrorista a otros menesteres más intangibles, pero no por eso menos peligrosos. El instinto de Javier Gallardo, que había leído repetidas veces el informe que tenía en la pantalla de su ordenador, le estaba mandando continuas señales de alarma.

Era ese instinto, en el que confiaba ciegamente y que lo había llevado a resolver con éxito numerosos casos, alguno de ellos muy mediáticos, el que había hecho que su prestigio en el cuerpo subiera como la espuma. Algunos de esos casos se estudiaban como ejemplo en las academias de policía de diferentes países. Desde su ingreso en el cuerpo, hacía ya treinta años, trataba con igual deferencia a sus superiores y al personal subalterno, lo que había ayudado a crear un aura de respeto hacia su persona, incluso entre compañeros con ideas reaccionarias, muy alejadas de las suyas.

Debido a todos estos factores, el pasado octubre le ofrecieron la posición más complicada y deseada en la carrera policial: comisario general de Información. Después de mucho cavilarlo, aceptó, sabiendo la paradoja que suponía para un policía de ideas progresistas, rallando con posiciones de izquierdas, dirigir lo que durante muchos años fue el brazo ejecutor de la represión: la policía secreta.

Pero también estaba convencido de que la sociedad actual estaba inmersa en una guerra subterránea, cuyo pistoletazo de salida se dio el 11 de septiembre de 2001 en la ciudad de Nueva York. Esa guerra solo podría ser ganada por los servicios de Información. Los atentados de Madrid en 2004 le reafirmaron en esa creencia.

Javier, a pesar de haber rebasado ya la cincuentena, conseguía mantenerse en buena forma a base de gimnasio, tenis y caminatas. Seguía pesando lo mismo que cuando tenía treinta. De estatura media y rasgos agradables, llamaba la atención por la limpieza de su mirada, producto de unos ojos verdes que resaltaban con su cabello azabache que ya empezaba a clarear. Pulcro en el vestir, abusaba de la ropa de *sport*, que ya le había causado más de una mirada condescendiente en alguna recepción o representación de ópera, en especial entre el estirado

público del Teatro Real. Alternaba su amor a la ópera con una afición, casi enfermiza, por el cine y la literatura.

Javier había conseguido mantener en su nueva posición su querido despacho en la calle Julián González Segador, así como que le permitieran conservar su núcleo más próximo de colaboradores.

Después de servirse un café en la máquina que tenía instalada en un aparador, volvió a su ordenador y releyó de nuevo el informe que le habían enviado desde la Unidad Central de Información y que tan preocupado le tenía. En el documento, elementos infiltrados manifestaban la seguridad de que en Madrid se estaba formando una célula de Boko Haram. Tenía muy bien estudiado a este grupo terrorista nigeriano, que había saltado tristemente al estrellato con el secuestro masivo de 276 niñas. Boko Haram, cuya una de sus traducciones es «la educación occidental es pecado», llevaba sembrando el terror ante las fuerzas del orden nigerianas desde 2002, pero fue a partir de la ascensión al poder de Abubakar Shekau cuando se radicalizó, comenzando a atacar a civiles, preferentemente religiosos o educadores no musulmanes. Estas agresiones acarreaban ya la macabra cifra de veintisiete mil muertos. Lo que más preocupaba a Javier era la patente realidad de que ese grupo se encontraba al margen de otras organizaciones yihadistas como ISIS, lo que le hacía mucho más peligroso, al no existir un histórico que permitiera un seguimiento eficaz.

En el informe figuraba una relación de más de cincuenta nombres. Tres de ellos estaban marcados en rojo. La mayor parte eran nigerianos, muchos de ellos con permiso de residencia, pero en la lista también había siete nombres de españoles nacidos en España.

El listado era muy completo. En una hoja de Excel, aparte de los nombres figuraban domicilios, números de identificación, lugar de trabajo y edad. Releyó con cuidado la lista. Los nombres no le decían nada. Los domicilios de muchos de ellos pertenecían al extrarradio de Madrid, y la columna destinada a los lugares de trabajo estaba vacía en casi la mitad de la lista. De los que figuraban, la mayoría eran empresas dedicadas al sector de servicios y construcción. Cinco de ellos pertenecían a hoteles, y le llamó de inmediato la atención de que dos de los nombres compartían el mismo lugar de trabajo, el hotel Atheneum. Uno de ellos, Abdul Eze, estaba marcado en rojo. El otro era Akín Okafor. El nombre del hotel le trajo enseguida a la memoria a Salvador Cano. Su relación con Salvador venía de largo, en concreto de la época en que Javier trabajó como inspector jefe del CNI. Una de las misiones de Javier era contactar con directores de hotel para pedir su ayuda «extraoficial» en caso de necesidad. Esto es, para evitar la montaña de burocracia que tenían que lidiar cuando necesitaban obtener información con urgencia de alguna persona alojada en un hotel. Por regla general, los directores del hotel, una vez asegurada la identidad de

su interlocutor, se prestaban a colaborar desinteresadamente. A cambio, recibían también ayuda «extraoficial» del CNI si necesitaban acceder a los archivos policiales por si algún huésped o empleado les resultaba sospechoso. Muchos de los directores nunca recibirían ninguna petición a lo largo de los años, pero Salvador Cano, cuando aún dirigía el Castellana, tuvo que verse varias veces con Javier para facilitarle datos de un personaje que se alojaba a menudo en el hotel y, como comprobaron después, pertenecía a uno de los cárteles de droga de Sinaloa.

Hacía menos de un año, en Nochevieja, el hijo de Salvador, Alfonso, de dieciséis años, se vio involucrado en una pelea multitudinaria en una macrofiesta en la plaza de toros cubierta de Leganés. Hubo varios heridos y un fallecido por arma blanca, y la Policía detuvo indiscriminadamente a veintitrés jóvenes, uno de los cuales era Alfonso. Antes de que lo esposasen y lo subieran al furgón policial, pudo mandar un *whatsapp* a su padre. Salvador, que estaba en el hotel supervisando la fiesta de Fin de Año, consiguió localizar a Javier Gallardo. Este, a pesar del día y la hora, se movilizó de inmediato. Su intervención fue clave para que, una vez demostrada su inocencia, en unas horas Alfonso quedara libre sin cargos. Desde entonces, Salvador, muy agradecido, se veía a menudo con Javier, normalmente a comer fuera del Atheneum. Salvador, al contrario que Javier, no era aficionado a la ópera, pero entre los dos había otras afinidades que habían cristalizado en una buena amistad.

Javier reprimió el impulso de tomar su móvil para llamar a Salvador. En vez de eso llamó a Fernando Luengo, su mano derecha, que se encontraba en el despacho de al lado.

Fernando, que conocía muy bien a su jefe, entró en el despacho con el expediente de Boko Haram preparado.

—Por lo que veo ya lo has leído —dijo a Javier.

—Sí, malas noticias, lo último que me esperaba era encontrarme con esto. Boko Haram nunca ha actuado fuera de Nigeria.

—Están crecidos. Saben que todo el mundo los mira desde el secuestro de las chiquillas, pero no te engañes, esto no viene de hoy. Algunos de los elementos de esa lista llevan años en España.

—Explícame lo de los nombres en rojo.

—Muy fácil. Parece que esos son los que actúan de reclutadores de los otros. Como ves, casi todos son nigerianos. En principio, hubiera quitado de la lista de sospechosos a los cristianos, pero he decidido mantenerlos. Todos ellos, de una forma u otra, tienen trato con los captadores. Me imagino que estarás tan preocupado como yo. Esto nos pilla de nuevas.

—¿Hasta qué punto ves creíble el informe? —preguntó Javier, aunque ya sabía la respuesta.

—Al cien por cien. Esto no es el informe de un iluminado. Han estado trabajando durante meses varios infiltrados de los diferentes cuerpos

policiales y todos coinciden en que Boko Haram está detrás.

—Bien, manda hacer un seguimiento férreo pero discreto de los marcados en rojo. Hablaré con el ministro para pedir más efectivos y poder controlar al resto.

—Y tu instinto, ¿qué te dice? —sonrió Fernando.

—Que las vamos a pasar putas. Todo esto es muy raro. No creo que Boko Haram haya montado aquí una célula para visitar el Museo del Prado.

—¿Qué piensas de lo del Atheneum?

—Veo que también te has percatado de la coincidencia. Creo que es la única noticia buena. Por lo menos tenemos algo por dónde empezar.

Mientras Fernando salía del despacho, Javier ya estaba buscando en su móvil el teléfono de Salvador Cano. No pudo reprimir una sensación de desasosiego mientras marcaba. «De nuevo el puto olfato», pensó, mientras notaba cómo una bandada de murciélagos empezaba a revolotear por su estómago.

VIII

El lunes agonizaba y el restaurante del Atheneum estaba ya a plena actividad sirviendo las cenas a los huéspedes que habían decidido resistirse a la suculenta oferta gastronómica y de ocio que ofrecía la ciudad fuera del hotel. Salvador Cano había cerrado ya su ordenador y se estaba despidiendo de un recepcionista. Miró el reloj: las diez y media. Hoy no había estado mal; catorce horas de trabajo. Y dio gracias a que no tenía ninguna cena de compromiso, aunque sabía que en cualquier momento su presencia podía ser requerida de nuevo en el hotel. Por ese motivo, cuando se divorció, eligió un apartamento lo suficientemente cerca del hotel para poder llegar en diez minutos andando y lo convenientemente alejado para que el paseo le despejase la mente. Aun así, no podía quejarse; al igual que Amelia, lo suyo era vocacional. Además, el día no había estado mal, pensó. El hotel estaba lleno y no había tenido ninguna incidencia digna de mención con los huéspedes.

Solo dos puntos oscuros ocuparon su cerebro cuando ya estaba traspasando el portal de su vivienda. Javier Gallardo no había sido demasiado explícito cuando lo llamó hace un par de horas preguntándole si podían comer juntos mañana. Salvador, que lo conocía bien, notó urgencia en su voz. Aunque tenía un almuerzo para el día siguiente decidió cancelarlo y aceptó. Javier le dio el nombre de un chiscón de la calle Ballesta, donde hacían una comida casera bastante pasable y podían pasar desapercibidos. A Salvador esto no le extrañó. Desde que conocía a Javier pocas veces se habían visto en el hotel. Por razones obvias, Javier prefería intentar refugiarse en lo posible en el anonimato para sus encuentros. «Algo pasa, no es normal tanta prisa en él», pensó Salvador. Pero la vida de ajetreo que suponía dirigir un hotel tan complejo como el Atheneum le había enseñado a tomarse las preocupaciones según vinieran. Solo le faltaba adelantarse a ellas…

El otro punto que le inquietaba era Amelia. Seguía dándole vueltas a su extraño comportamiento, acrecentado esta vez por haber sido testigo de lo inusual de su hora de salida del hotel. Aunque había realizado de sobra su horario, no era normal que Amelia Bermejo dejase el hotel antes de las siete de la tarde, y menos un lunes con ocupación completa. Una de principales virtudes de un buen director de hotel, y Salvador era

de los mejores, es estar pendiente siempre de todos los detalles, por mínimos que estos parezcan. Observar un mal gesto en el comportamiento de un camarero a la hora de servir el café, la mirada hastiada de un recepcionista al encarar a un cliente, o el mohín de disgusto de un huésped al hablar con un empleado, permite a ese director adelantarse a los acontecimientos, tomando medidas para que estas aparentes nimiedades no deriven en un problema mayor. Salvador sonrió al recordar uno de los lemas de su amigo Javier Gallardo, que este le había comentado una vez y que describía a la perfección la manera de pensar de Salvador: «La definición de "suerte" es el cuidado minucioso de todos los detalles».

Seguía pensando en ello cuando se encontraba ya sentado en el sofá del salón con cocina americana de su apartamento dando cuenta a un sándwich que se acababa de preparar. Reprimió la tentación de, con una excusa peregrina de trabajo, llamar a Amelia para ver si ella se le abría y le contaba algo. «Joder, Salvador, no seas paranoico, que no eres su padre, déjala descansar, que la pobre no para de trabajar en el hotel.»

* * *

En lo último que estaba pensando Amelia era en Salvador Cano y en el hotel cuando entró en la tasca de Atocha y vio cómo los blanquísimos dientes de Akín se extendían en una franca sonrisa de bienvenida nada más verla aparecer. Amelia se fundió con él en un prolongado beso.

Por fin se despegaron y ella pidió una cerveza. No podía apartar los ojos de él y ni siquiera se percató del empleado cuando vino a depositar la caña en la mesa. Akín, que no le soltaba la mano, habló por fin en un castellano sorprendentemente bueno para el poco tiempo que llevaba en España.

—No pensé que tú poder escapar tan pronto.

—Ni yo. Lo malo es que me ha visto el director cuando entregaba las llaves y él sabe que nunca me voy tan temprano. Hoy me ha mirado de una manera extraña. A veces pienso que todo el hotel está al tanto de lo nuestro.

—Bueno, ¿y qué? Tú eres soltera, yo soy soltero. Yo te quiero, tú me quieres. Yo trabajo bien, tú trabajas bien. ¿Cuál es problema?

Amelia, con la mano que le quedaba libre, acarició el corto y ensortijado cabello de Akín. ¿Cómo decirle —pensó— que la cerrada y clasista familia que aún le quedaba en Cuenca no perdonaría el «oprobio» que significaría para ellos verla aparecer con Akín por la calle Carretería? Por no hablar de las miradas y sonrisitas que ya adivinaba en sus camareras y sus compañeros del Atheneum.

—Cariño, ya sabes lo que te quiero, pero te pido que esperemos un poco más —le dijo, mientras sus ojos se sumergían en los de él, sintiendo, como siempre, un placer que la hacía flotar: de nuevo tenía

diecisiete años, pero ahora la novela la estaba viviendo desde dentro.

Akín le había caído muy bien desde que este entró en el hotel a trabajar, pero fue observar el cariño con el que se comportaba con sus hijas cuando merendaron juntos en El Corte Inglés lo que le hizo fijarse en él no como compañero de trabajo, sino como una persona educada y amante de su familia. Un hombre, además, por el que empezó a sentir una atracción física desconocida para ella.

Amelia sabía que mientras viviese no podría olvidar la primera vez que hicieron el amor. Al día siguiente del encuentro con las mellizas en El Corte Inglés, Akín se dirigió a ella en la puerta principal, aprovechando una de sus visitas de control de limpieza, y le entregó una carta. Sorprendida, Amelia esperó a encontrarse en soledad de su apartamento para abrirla. Con un español muy ceremonioso, Akín le daba las gracias por haber aceptado la invitación del día anterior y le pedía volver a verla a solas. Para ello le había escrito su móvil. Se despedía pidiendo perdón por si la había ofendido. A Amelia se le erizó la piel al leerla. No pudo dormir por la noche pensando en él. Sudorosa, a las cinco de la mañana se levantó y, quitándose el camisón y la ropa interior que llevaba, se colocó de pie delante del espejo de cuerpo entero que tenía en el recibidor. Vio a una Amelia que no conocía. Por primera vez en su vida se sintió hermosa y deseada. Lascivamente, y sin dejar de mirarse en el espejo, se recostó contra la pared y, también por primera vez, se masturbó sin prisas, sin que le abrumase la sensación de estar haciendo algo prohibido. Al día siguiente mandó un mensaje a Akín, citándolo en la misma tasca en la que se encontraban ahora, que conocía solo de paso cuando iba a trabajar y que le pareció muy discreta. Allí notó que la atracción que sentía por él era correspondida. Sin apenas poder contener la emoción que la embargaba, Amelia aceptó cuando él le propuso ir a una pensión que conocía donde «estarían más tranquilos».

Una vez allí, ya tras un apasionado beso que le pareció que no terminaba nunca, aceptó de buen grado que la fuese desnudando lentamente y la depositara sobre la cama. Akín empezó a descender por su cuerpo, besándole el cuello, el pecho y el vientre, hasta encontrar con pericia el clítoris, acariciándolo con la lengua.

Un chillido hondo y continuo comenzó a escaparse del pecho de Amelia. Akín siguió hasta que ella llegó al final del orgasmo. Segundos después, la hizo sentarse encima de él, sintiendo cómo la humedad del sexo de ella encharcaba el final de su vientre. Sin poder resistir más, la izó con sus fuertes brazos para hacerla caer sobre su miembro. Amelia, a pesar del dolor por la repentina penetración, el volumen del miembro de Akín y sus furiosas acometidas que le infligía, comenzó a sentir una oleada de placer desconocido hasta ahora. Según el nuevo orgasmo se apoderaba de ella, se dio cuenta de que su vida empezaría de nuevo a partir de ese día. Akín, que aguantaba como podía, al ver que los

gemidos empezaban a remitir, se dejó llevar, inundando con todo su deseo contenido la vagina de Amelia. El abrazo con el que se fundieron al terminar era también desconocido para ella.

Cuando horas después, cuando salió del apartamento con Akín, se dio cuenta de que no solo había descubierto una nueva dimensión del placer, por fin había vislumbrado lo que tanto había buscado y que ya creía que era solo un recurso manido utilizado en las novelas: el amor.

* * *

Ramón Buendía estaba sudando. Se había olvidado por completo de la pizza que se enfriaba frente a su ordenador de última generación. Su cuarto era pequeño, pero estaba repleto de aparatos de tecnología. Debajo de una gran pantalla de plasma reposaban una PlayStation de última generación, un sintonizador de televisión y un sofisticado equipo de música, que trasladaba a sus oídos, a través de unos cascos Bose, los últimos éxitos de rap y hip hop. Hijo único de una familia de clase media, Ramón había conseguido, debido a su alta contribución a la economía familiar, un estatus que le permitía mantener su habitación como una isla dentro del piso de aceptables dimensiones que sus padres habían comprado hacía años en el barrio de Hortaleza. Despierto e inteligente, pero con fobia al estudio, a los dieciséis años dijo a sus padres que colgaba los libros y que empezaba a trabajar en el Atheneum, trabajo que había conseguido al contestar una oferta de empleo que leyó en InfoJobs.

Sus padres estaban encantados con él. El carácter afable de Ramón y sus éxitos en el Atheneum les llenaban de orgullo. Aun así, temerosa de lo que ocurría en el mundo con los jóvenes, su madre se colaba de vez en cuando en su cuarto para mirar si había algún rastro de droga, sin éxito. Su padre también intentó averiguar qué páginas de internet mantenían a su hijo durante horas frente a la pantalla, pero el ordenador estaba muy bien protegido y temió que Ramón se diera cuenta.

Pero la madre de Ramón estaba equivocada. La única droga de su hijo era el juego. Al verse con unas cantidades incontrolables por sus padres, debido a las propinas del hotel, empezó a visitar las salas de juego *online*. Comenzó con simples apuestas de deportes, pero el veneno de la ludopatía lo fue empujando hacia otras opciones que calmaran de manera más inmediata su ansiedad. Empezó a visitar webs de juegos de cartas, enganchándose con el Omaha Hold'em. Fue pasando de apuestas sencillas que rondaban los cinco euros a salas donde la apuesta mínima era de treinta. Aunque el día de hoy se le había dado muy bien en el Atheneum con las propinas, ya llevaba más de novecientos euros perdidos con el juego.

Por segunda vez en la noche tuvo que hacer una transferencia desde la

tarjeta de débito de su banco hacia la casa de apuestas para seguir jugando. De los cinco mil euros que le quedaban retiró tres mil, que la mala racha y su incontrolable ambición devoró en apenas hora y media. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no hacer una tercera transferencia y se retiró de la sala apagando el ordenador. La depresión en la que le habían sumido las pérdidas se fue mitigando al pensar en el día siguiente. Tocaría otra vez «ordeñar» la caja fuerte de alguna habitación.

Sabía que por primera vez no mantendría el colchón de seguridad que se había impuesto, dejando pasar un mínimo de quince días entre robo y robo. Pero necesitaba sentir que su cuenta del banco se recuperaba de nuevo. Una mueca parecida a una sonrisa se dibujó en su cara, al recordar lo fácil que había resultado todo. Una de las primeras obligaciones que tuvo al incorporarse al Atheneum fue la de ayudar al departamento de seguridad en las rondas de control. Es decir, cada cuatro horas debía recorrer todos los pasillos de las habitaciones, estando pendiente ante cualquier incidencia. Ramón observó perplejo que rara era la ronda donde no observaba que algún huésped se había dejado la puerta mal cerrada. Entre ciento cincuenta habitaciones, no era tan extraño que un uno por ciento de los huéspedes, que no tenían cogido el tacto a las puertas de las habitaciones como las tenían a las de su propia casa, cometieran ese olvido. Ramón se limitaba a cerrarlas una vez que se aseguraba de que no había nadie dentro.

Llevaba seis meses trabajando cuando una noche de muchísimo tráfico en la recepción el jefe de turno recibió una llamada de una habitación donde el cliente lo informaba de que no podía abrir la caja fuerte, al haber olvidado la clave. El recepcionista, que estaba solo en el mostrador, ya que su compañero estaba cenando, incumplió una de las órdenes más estrictas que tenían: ante un caso como ese debería acudir en persona a la habitación y abrir en presencia del huésped la caja con el código especial que solo conocían los jefes de turno. Al ver que Ramón estaba en el *hall* y sabiendo el buen cartel que el botones tenía entre los jefes, le encomendó subir a la habitación, para lo cual le comunicó verbalmente el código de seguridad. En el informe de turno, el recepcionista se limitó a reflejar la incidencia, ocultando que había enviado al botones en su lugar.

Ramón subió a la habitación, abrió la caja, lo cual le reportó una buena propina, y sobre todo apuntó en su teléfono móvil el código de seguridad. A partir de entonces fue coser y cantar. No necesitaba nada más que aprovechar alguna de sus múltiples subidas a las habitaciones para estar pendiente de si alguna tenía la puerta abierta, introducirse dentro y, siempre protegido por unos guantes sanitarios que llevaba, hacerse con parte del dinero que había en la caja. El código se había cambiado varias veces, pero el acceso que tenía a los ordenadores de recepción debido a su impecable reputación le permitía acceder a los nuevos códigos, que se guardaban en uno de los archivos del programa

de gestión. No era estúpido. Sabía que tarde o temprano tendría que acabar con este método. Pero ya saldría otro. O mejor, habría dado ya el pelotazo en el póquer que buscaba con tanto ahínco y no necesitaría volver a hacerlo.

Se le habían quitado las ganas de cenar. Se acostó y tardó en dormirse. Tenía la adrenalina por las nubes al pensar en el día que le esperaba mañana.

IX

Abdul Eze no necesitó pasar penurias ni cinco meses de viaje para poder llegar a España: tan solo las cinco horas y media que dura el vuelo directo de Iberia entre Lagos y Madrid. De familia musulmana y acomodada, estudió Ingeniería en la elitista Universidad Central de Lagos. Allí entró en contacto con grupos próximos al yihadismo que radicalizaron aún más su ya extrema forma de interpretar el islam.

Cuando se graduó con las mejores clasificaciones, desoyendo los consejos de su familia, y de hecho rompiendo con ellos, se trasladó a Maidaguri, capital del estado de Borno, para inscribirse en la escuela de Estudios Legales e Islámicos. Su actitud en clase y sus soflamas belicosas llamaron la atención de un compañero de estudios, Abubakar Shekau, que estaba llamado a proclamarse en el futuro líder de Boko Haram.

Al poco tiempo ya pertenecía al exclusivo y poco numeroso círculo pretoriano que Shekau había reclutado en la escuela. La dialéctica de este, llena de odio hacia Occidente, prendió pronto fuego en el carácter violento y rencoroso de Abdul. Cuando Shekau abandonó la escuela para integrarse de lleno en las filas de Boko Haram, entonces dirigido por Mohamed Yossuf, Abdul lo siguió ciegamente.

Los objetivos de Boko Haram estaban enfocados hacia activistas militares simpatizantes de Occidente, contándose en muy pocos años por cientos las víctimas de sus atentados. En 2009, el ejército nigeriano lanzó un gran ataque contra el corazón de Boko Haram. El resultado fue más de un millar de terroristas muertos, entre ellos Mohamed Yossuf. Shekau tardó más de un año en reponerse de las heridas y a Abdul le quedó una cojera permanente en su pierna izquierda. El grupo resurgió de sus cenizas bajo la batuta férrea de Abubakar Shekau. Las metas, en principio solo militares, pasaron a abarcar cualquier espectro que conllevase occidentalización. Los miembros de la fanática guardia pretoriana que siempre había acompañado a Shekau pasaron a ocupar puestos claves en la organización. Shekau, que admiraba la organización y fundamentalismo de Al Qaeda al principio y de ISIS después, empezó a imitar su *modus operandi*. Una de sus obsesiones principales pasó a ser el montaje de células terroristas de su organización en países enemigos. Así, utilizando fondos y contactos de sus miembros benefactores, fue enviando, progresiva y secretamente, elementos muy próximos a él a

actuar como cabeza de puente, organizando dichas células en ciudades como Nueva York, Londres, Berlín, París, Roma y Madrid.

De esta forma, Abdul se encontró en el aeropuerto Adolfo Suárez, muy bien documentado, con la cartera repleta de dólares y con instrucciones de dirigirse a un piso de Lavapiés donde lo esperaban dos paisanos nigerianos. Estos, que habían recibido una fuerte cantidad por adelantado y que no tenían ni idea de la pertenencia de Abdul a Boko Haram, se limitaron a indicarle su dormitorio, donde se había instalado un ordenador.

Abdul, aparte de los dólares, traía en la carpeta un permiso de trabajo por seis meses y el contacto del director de recursos humanos del Atheneum, donde, aprovechando sus estudios de Ingeniería, había sido recomendado para optar a un puesto en el departamento de mantenimiento del hotel. Abdul nunca supo por qué resultó tan fácil que fuese escogido entre los más de treinta candidatos que había para un puesto tan deseado en tiempos de crisis, aunque empezó a darse cuenta de que la sombra de Abubakar Shekau era más alargada de lo que pensaba. También imaginó que no era casualidad que el Atheneum estuviera a apenas ciento cincuenta metros del Congreso de los Diputados.

Sus instrucciones eran muy sencillas. Observar todo lo que ocurría y pudiese llamar la atención en el hotel, empezar a realizar labores de proselitismo utilizando como base la mezquita de Madrid y los restaurantes musulmanes de Lavapiés y reportar cada pocos días directamente a Shekau, utilizando cuentas de correos falsas, informando de sus progresos. Le pidieron que enviara planos del Atheneum. No le costó ningún esfuerzo, al tenerlos a su disposición en el cuarto de mantenimiento. Tenía también diseminadas por el hotel diminutas cámaras de vigilancia, al estilo de la que había cambiado en la sala de reuniones.

Al poco tiempo, en el cuartel general de Boko Haram tenían más información de lo que pasaba en el Atheneum que el propio Salvador Cano. El carácter agrio y ascético de Abdul solo le permitía entablar amistad con los nigerianos que abordaba en la ciudad. Gracias a ello pudo cumplir una orden que le llegó de Lagos, consiguiendo introducir en la plantilla a un paisano con un perfil muy parecido al que le pidieron. Pensaba descartarlo al ser cristiano, pero le confirmaron que no importaba, que siguiera adelante. Su odio hacia Occidente se había acrecentado aún más desde que estaba en Madrid. Observaba las miradas de recelo con que era obsequiado tanto en el trabajo como en la calle. Su relación con mujeres era nula, aunque tenía una peligrosa obsesión con Amelia. Había disfrutado al observar su azoramiento cuando se cruzaban en el hotel. «Todo a su tiempo», pensó.

Ya era martes por la mañana y se acababa de incorporar de nuevo a su puesto de trabajo. Ayer había enviado su informe nada más llegar a

su casa y apenas dos horas después le sorprendió la rapidez en que fue contestado. La orden era tajante: hacer inmediato seguimiento y control, utilizando medios de grabación en caso de que fuera cierta, de la relación entre el torero y el ministro.

Tuvo que esperar a que su jefe abandonase su oficina para entrar otra vez en el sistema informático. Allí comprobó que Rafael de Utrera no tenía prevista la salida hasta el próximo jueves. Respiró aliviado. Solo tenía que esperar a que el diestro saliese de la habitación para, con la excusa de una avería por si alguien lo interceptaba, introducirse en la estancia e instalar una de las pequeñas cámaras de grabación de las que siempre disponía en su taquilla personal del vestuario.

Dejó pasar la mañana imaginando que Rafael se despertaría tarde y sobre las doce y media subió a la cuarta planta. En el pomo de la puerta estaba colgado el cartel de «Limpiar la habitación», claro indicativo de que el cliente había salido. Abrió con su tarjeta de acceso la puerta de entrada y maniobró con rapidez, colocando la minúscula cámara dentro de una de las vitrinas que contenía una pieza de porcelana de Sèvres del siglo XIX y que estaba situada frente a la enorme cama *king size*. El objetivo quedó integrado a la perfección, haciendo muy difícil su localización. En menos de cinco minutos había terminado la operación, así que salió de la habitación sin que nadie le hubiese observado. Al día siguiente debería volver a entrar para cambiar la tarjeta de memoria y la batería de la cámara.

Al salir al pasillo, y cuando ya se disponía a abrir la puerta de la escalera de servicio, se cruzó con Ramón Buendía, que llevaba unos sobres en la mano. Los dos se cruzaron la mirada, levantando la cabeza como saludo y sin llegar a dirigirse la palabra.

* * *

A Ramón Buendía, como a casi todo el personal del Atheneum, Abdul le daba mal rollo. Sobre todo hoy, que lo último que deseaba era encontrarse con nadie en los pasillos. Ya había recorrido sin éxito tres de las plantas del hotel. «Parece que los huéspedes están especialmente cuidadosos», pensó. Al igual que Abdul, había elegido esta hora, pasado el mediodía para evitar en lo posible la presencia de las camareras por los pisos, al encontrarse casi todas ellas comiendo. Llevaba en las manos unos sobres con revistas que siempre tenía en su taquilla y que usaba en sus excursiones por si algún jefe le preguntaba el motivo de su presencia por los pisos. Avanzó por el pasillo de la planta, y cuando ya estaba llegando al final observó con alivio que la puerta de la 458 estaba entornada. Llamó con los nudillos y al no recibir contestación decidió entrar, no sin antes echar un vistazo general al pasillo.

No vio a nadie. Sabía que debía moverse con rapidez. En cualquier momento podía presentarse el cliente o una camarera, y le costaría

mucho explicar su presencia. Abrió con rapidez la caja fuerte, encontrando en ella unos dos mil euros, mil quinientos dólares, un reloj Omega de oro, varias tarjetas de crédito y un porta-documentos. Decidió coger solo los euros. Ya estaba cerrando la caja cuando oyó pisadas en el pasillo. Con el corazón en un puño cerró el armario que contenía la caja y se asomó por la puerta. A lo lejos, en dirección opuesta, vio cómo una pareja avanzaba por el pasillo. Cerró la puerta de la habitación (nunca la dejaba de nuevo abierta; haría sospechar al huésped, que seguro que no recordaba no haberla cerrado) y se dirigió rápido hacia el ascensor.

A medio camino, el corazón le dio un vuelco. En sus prisas había olvidado los sobres que llevaba encima de la caja fuerte, donde los había depositado para poder manipularla. Tenía que volver. Y lo peor, tenía que retornar el dinero, ya que debería usar su llave magnética personalizada para abrir la puerta y sabía que en caso de inspección por denuncia de robo lo primero que se comprobaba era el registro de entrada a la habitación.

Volvió sobre sus pasos y abrió de nuevo la habitación. Con manos temblorosas recogió los sobres, volvió a introducir la clave en la caja fuerte y depositó los dos mil euros. Volvió a escuchar pasos por el pasillo. «Joder, se han puesto todos de acuerdo.» Esta vez observó a un cliente que había salido de su habitación y se dirigía hacia los ascensores de clientes. Esperó a que desapareciera y salió al pasillo, demudado. Se le habían quitado las ganas de seguir con su excursión particular. El día estaba gafado. Pero aún le quedaban dos mil quinientos euros en la cuenta. Seguro que esa noche se recuperaría en la mesa de juego.

X

En La Tasquita de Enfrente, el restaurante que había elegido Javier Gallardo en la calle Ballesta para su encuentro con Salvador Cano, empezaban a quedar libres las pocas mesas con las que contaba el local. En la esquina más apartada, los dos amigos estaban terminando el cocido que habían encargado. Javier no había querido aún entrar en cuestión, habiéndose limitado los dos a hablar de banalidades. Fue finalmente Salvador quien rompió el fuego.

—Bueno, querido, ¿no me vas a contar a qué vienen las prisas?

Javier miró a su alrededor. Un camarero terminaba de recoger la única mesa que quedaba ocupada. Los clientes ya se estaban levantando.

—Tienes dos empleados de Nigeria en el hotel, ¿no?

—Imagino que sí. Eso parece la ONU: tenemos diecisiete nacionalidades. A vuelapluma, creo que uno de los tres porteros lo es.

Javier sacó un pequeño bloc de notas.

—Abdul Eze y Akín Okafor —anunció.

—En efecto, Akín es el portero enorme que seguro has visto en alguna ocasión en la puerta principal. El otro es un empleado de mantenimiento. Ya sabes lo serios que somos con el tema de los papeles. Ambos los tienen en regla y hasta donde llego el comportamiento de los dos es normal. Muy bueno diría en el caso de Akín: se está convirtiendo en uno de los activos del hotel, por su simpatía y laboriosidad. El otro no cae bien a la gente. Es muy huraño, pero realiza su trabajo sin problemas y su posición en el hotel es para mantener bien las instalaciones, no para ganar ningún premio de popularidad.

Javier se mantuvo sin contestar durante un minuto, mientras el camarero servía los cafés que habían pedido. Sabía que no podía dar a Salvador la información que tenía, pero tampoco podía dejarlo preocupado, sin saber qué pensar de sus dos empleados.

—En principio, ninguno tiene antecedentes. Pero, como ya sabes, desde los atentados del 11-M las altas esferas están muy sensibilizadas con todo lo que atañe a los emigrantes musulmanes.

—Tengo entendido que Akín es cristiano —apuntó Salvador.

—Sigues siendo tan buen director como siempre. Pero Abdul es musulmán. Estamos haciendo una investigación rutinaria de emigrantes legalizados por nacionalidades y al pasarme los listados me chocó ver

dos en tu hotel. ¿Recuerdas algo de ellos que se salga de lo normal y me pueda ayudar?

Ahora fue Salvador el que se quedó pensativo. No pudo evitar recordar el incidente con Amelia al encontrarse con Abdul en el *hall* el día anterior. Javier se dio cuenta de inmediato de su desazón y lo volvió a interrogar, esta vez con la mirada. Salvador dudó antes de contestar. Al fin y al cabo, no estaba desvelando ninguna intimidad y estaba seguro de que Javier no había forzado una comida tan urgente por un mero asunto rutinario. Pero también entendía y casi agradecía que no fuera más explícito con él. Finalmente, decidió no contarle el encuentro entre Abdul y Amelia y el azoramiento de ella. Negó con la cabeza.

—Nada importante. Si me entero de algo te llamaré de inmediato.

—Como te he dicho, los dos cuentan con un expediente limpio en Madrid, pero te agradezco que me mantengas informado si notas algo raro.

—Cuenta con ello —respondió Salvador, mientras con gestos pedía la cuenta al camarero.

—Olvídate, que paga el ministro de Hacienda.

Cinco minutos después, los dos salían por la puerta. A Javier lo estaba esperando un coche oficial. Lo había citado el director general de la Policía en el Ministerio del Interior, donde habían pedido audiencia con el nuevo ministro para explicarle los descubrimientos con respecto a Boko Haram. Salvador volvió andando al hotel, que estaba a menos de veinte minutos. Le venía bien para pensar. Al llegar al hotel llamó a Rubén Moral, el jefe de administración y recursos humanos, y le pidió que le subiera el expediente de los dos nigerianos. Tal y como le había dicho a Javier, comprobó que los dos estaban inmaculados.

* * *

Amelia estaba realizando lo que para ella suponía una auténtica hazaña: encontrar aparcamiento para su pequeño utilitario en las estrechas callejuelas del pueblo de Vallecas, ya que al ser edificaciones de más de cuarenta años casi ninguna tenía garaje.

Después de salir de trabajar se había acercado a la calle Serrano para buscar un regalo para las mellizas de Akín. Hoy cumplían ocho años y Akín le había pedido que cenase con ellos. Amelia estaba avergonzada por si acudía alguien más, pero él le aseguró que estarían solos.

Por fin encontró plaza a dos manzanas del piso de Akín. Este vivía en una tercera planta sin ascensor. A pesar de su corta edad, Faith y Patience ayudaban a su padre a mantener una limpieza y un orden ejemplar en el domicilio. Las dos habían tomado cariño a Amelia, aunque era muy corto el tiempo que las llevaba tratando. Las noches que de común acuerdo pasaba en la casa de Akín, antes de cenar las ayudaba con los deberes del colegio, a veces enrevesados para ellas,

debido a su parco conocimiento del castellano.

Cuando llamó a la puerta acudieron ambas corriendo a abrir, quedándose con los ojos bajos y avergonzadas cuando Amelia les entregó un paquetito a cada una. Los levantaron para pedir permiso a su padre con la mirada, y una vez que este asintió los abrieron con alborozo. En cada cajita había un estuche con un juego de pendientes representando unos delfines de plata. Esta vez abrieron los ojos desmesuradamente y se echaron en brazos de Amelia. Akín y Amelia cruzaron una mirada de complicidad. Amelia se inundó de orgullo cuando observó en la de él sorpresa y agradecimiento; un par de noches atrás, Akín, después de hacer el amor, le había comentado que recordaba con especial cariño de su travesía en patera hacia España la imagen de libertad que proyectaban el grupo de delfines que acompañó a la destartalada embarcación durante parte de su recorrido.

Las niñas la tomaron de la mano y la llevaron al comedor, que contaba con una decoración bastante espartana. La mesa ya estaba preparada. Akín, que había vuelto a la cocina, salió llevando en las manos un puchero que contenía un guiso de arroz muy especiado y una fuente con trozos de carne y pescado.

—Es arroz *jollof* —le explicó Akín—, el plato de fiesta típico de Nigeria. Espero que te guste.

Amelia no sabía bien qué pensar. Por un lado, estaba embelesada por la felicidad que Akín producía en ella. Sin embargo, su recia educación castellana y el sentido común le indicaban peligro por todos los lados. ¿Estaba preparada para adaptarse a una vida familiar tan diferente a su fácil, aunque solitaria, existencia actual? ¿Podría hacer el papel de madre ante unas niñas que apenas conocía, con una cultura de la que no sabía nada? ¿Sería capaz de mantener la llama del deseo encendida en Akín por mucho tiempo, sabiendo que tarde o temprano la diferencia de edad pasaría su factura?

Se sobresaltó alarmada cuando oyó sonar el timbre de la puerta. No fue la única que se inquietó. Akín la miró, sorprendido. Estaba claro que no esperaba visitas. Se levantó y fue a abrir. A Amelia se le alteró la respiración y casi se queda sin ella cuando vio entrar en el salón a Abdul. Este, ante el nerviosismo de Akín y la perplejidad de Amelia, se hizo dueño de la situación.

—Humm, arroz *jollof*, no te perdona que no invitado a mí —dijo mirando a Akín, y dirigiéndose a todos en español—. Ya sabes lo que gustar. Pero no preocupes, no quería pasar día sin felicitar a sobrinas, porque hoy cumplir años, ¿no? —Las niñas asintieron.

Abdul miró entonces a Amelia como si la viera por primera vez.

—Pero señorita Amelia, disculpe por no saludar. No haber visto. Qué alegría usted aquí.

Amelia intentó que no se le notara el temblor de sus piernas, manteniéndolas bajo la mesa. No se atrevió a contestarle. Abdul sacó de

una bolsa de plástico dos pequeños paquetes que entregó a las niñas. En cada uno había dulces típicos nigerianos.

—Esto para no olvidar Nigeria.

Akín le ofreció de inmediato que se quedara a cenar con ellos. Abdul se lo agradeció, pero le dijo que no podía. Antes de marcharse se asomó a la ventana del salón, que daba a la calle. Se despidió de las niñas dándoles un beso, a Amelia le hizo una inclinación de cabeza, sin llegar a tocarla, y a Akín le dio la mano mientras se despedía de él en la puerta.

Akín retornó a la mesa sombrío y avergonzado. No se atrevía a mirar a Amelia. Las niñas, conscientes de que pasaba algo extraño, mantenían la mirada en el plato, sin tocar los dulces.

—No entiendo, Amelia. No solo no había invitado, no comprendo cómo averiguar que era cumpleaños de niñas. No comentado por ilusión que tenía que vinieras tú y no encontrar con nadie.

Amelia seguía temblando. Hizo un sobresfuerzo antes de hablar.

—Déjalo. No estropeemos la fiesta de las niñas.

Tenía unas ganas inmensas de llorar. Aunque sabía que tarde o temprano se acabaría sabiendo, lo último que deseaba era que el desagradable mecánico la hubiera visto allí. Akín le tomó la mano y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Mírame, Amelia, juro que no saber que Abdul venir. ¿Me crees? —Amelia hizo una mueca que quería ser una sonrisa e intentó devolverle el apretón en su mano. No pudo. Quería que la tierra se la tragara.

* * *

Abdul bajó los escalones de los tres pisos muy preocupado. Había acudido a casa de Akín utilizando la información que poseía del amplio expediente que le habían proporcionado desde Abuya. Su intención era meter presión a Akín, dándole a entender que sabía más de él de lo que creía, pero había matado dos pájaros de un tiro al encontrar a Amelia en la casa. Se felicitó por ello. Esa información le podría venir muy bien para el futuro y, a partir de esa noche, pensó, la zorra infiel tendría muchos motivos para temerlo. Pero su preocupación venía por lo que había observado por la ventana. Llevaba dos días con la impresión de que alguien lo seguía. Pensó que eran ilusiones suyas, pero en el metro que lo trasladaba a Vallecas se había fijado en un joven con mala pinta que viajaba en su mismo vagón. El joven se bajó en la misma estación, pero tomó una salida diferente, por lo que no pensó más en él. Hasta que al asomarse por la ventana del piso de Akín lo había visto recostado en el capó de un coche, leyendo o haciendo que leía un periódico deportivo. Cuando llegó a la calle, el joven había desaparecido. No lo volvió a ver durante el trayecto hasta Lavapiés. Abrió el portal de su casa, encendió la luz, pero no subió las escaleras. Esperó quieto cinco

minutos y salió de golpe a la calle. Ni rastro del joven. Suspirando, volvió al portal y ahora sí subió a su piso, sabiendo que al ser interior no podría asomarse a la calle por las ventanas.

Mañana estaría muy pendiente de nuevo. Al pensar en el día siguiente recordó que debía retirar la cámara de la habitación 432. Estaba deseando ver la grabación.

XI

Amelia no se quiso quedar a dormir en casa de Akín después de la cena de cumpleaños. Alegó una fuerte jaqueca, se despidió de las niñas y, ante un abatido Akín, se marchó a su casa. Ni siquiera quiso que este la acompañara hasta donde había aparcado; necesitaba como nunca estar sola. Al entrar en su vehículo se desmoronó y empezó a sollozar con fuerza. Así estuvo durante cinco minutos, pasados los cuales empezó a calmarse. Respiró profundamente, intentando analizar la situación. En el fondo, era muy sencilla. Había llegado la hora, antes de lo que había previsto, de poner en un lado de la balanza todos los problemas e inconvenientes que le reportaría una relación seria, estable y pública con Akín y en el otro el amor y el furibundo deseo físico que experimentaba por él. Así de claro. Se dio cuenta también de que esta vez no le valdrían los grises: o blanco o negro. Terminar con Akín de raíz, o aceptar compartir su vida, con todos los componentes que eso significaba y que tanto la asustaban. Se secó las lágrimas y arrancó el coche. El estómago empezó a encogérsele según el vehículo bajaba por la avenida de la Albufera en dirección a su casa, somatizando la angustia que a pasos acelerados empezaba a embargar su ánimo. «Dios mío, ayúdame, no puedo vivir sin él.»

Por primera vez se dio cuenta de que Akín era lo mejor que le había pasado nunca. Solo a su lado se había asomado al balcón de una dicha desconocida para ella. Lo amaba, y la existencia que hasta ahora había llevado sin él se le antojaba insípida y aburrida. No quería volver a sentir, como le había pasado muchas noches de desvelo, el sentimiento de que la vida se le estaba escapando a chorros.

Subió desde el ascensor del garaje hasta su apartamento, se quitó los zapatos arrojándolos a un rincón, y se dirigió al salón, donde cogió una botella de brandi que tenía para las visitas sirviéndose una buena ración. El alcohol le fue dando fuerzas según hacía efecto en su sangre para autoafirmarse en la decisión que ya había tomado mientras subía en el ascensor. Tomó su móvil y llamó a Akín. Solo tuvo que escuchar un tono. Él descolgó sin contestar. A Amelia se le quebró la voz cuando, por primera vez en su vida, de su boca salió la frase que pensó que nunca diría: «Te quiero». El otro lado del teléfono seguía en silencio. Amelia apagó como pudo un amago de sollozo que le subía desde muy adentro.

Hubo de esperar aún varios segundos hasta escuchar la voz quebrada de Akín:

—Yo también te quiero, Amelia.

Esta colgó, no necesitaba decir más. Ahora debería encontrar en sí misma toda la fuerza que nunca le había faltado a lo largo de su vida para conseguir desnivelar la parte de la balanza que la tenía aterrorizada. Pero sabía que esta vez no estaba sola. El tembloroso «Yo también te quiero» de Akín sería el cayado en el que se apoyaría cuando las fuerzas le fallasen. El sentimiento de paz que la invadió se vio de golpe interrumpido por el recuerdo de la sonrisa semidespectiva con que Abdul la había obsequiado al encontrarla en casa de Akín. Esa sería su primera prueba: enfrentarse a su mirada cuando mañana se encontrase con él en el hotel.

Los acontecimientos del día, unidos al brandi al que tan poco estaba acostumbrada, hicieron su efecto. Los ojos se le fueron cerrando y, sin fuerzas para desplazarse hasta la cama, se quedó dormida en el sofá del salón.

* * *

La crueldad de Abubakar Shekau iba pareja a su inteligencia. Cuando diseñó su política de expansión de células terroristas en Occidente, prohibió a los infiltrados comunicarse entre sí, aunque estuviesen en la misma ciudad. Deberían hacerlo siempre vía internet a través de su cuartel general en Nigeria, cuya posición cambiaba cada pocos días para evitar el continuo acoso al que era sometido por las tropas y la Policía nigeriana. En cada ciudad de Occidente elegida había enviado tres correligionarios, cuidadosamente seleccionados, buscando siempre que no se conocieran entre ellos. Ninguno sabía de la existencia de los demás y, al estarles vedado comentar con nadie su afiliación a Boko Haram, el ardid debería funcionar a la perfección. Shekau había utilizado sus influencias y dinero obtenido a través de simpatizantes yihadistas en todo el mundo para colocar a sus enviados en puestos estratégicos en cada ciudad. Así, en Madrid, aparte de Abdul, colocado en uno de los hoteles más próximos al poder legislativo, tenía otros dos afines. Uno trabajaba como supervisor de equipajes en el aeropuerto Adolfo Suárez y el otro como limpiador en las instalaciones de RTVE. A pesar de los oficios elegidos, los tres eran universitarios, habían nacido en diferentes ciudades de Nigeria y demostrado de sobra su fidelidad a Shekau. Los tres tenían las mismas instrucciones: informar de todo lo que se saliera de lo normal en el ámbito de su trabajo, manteniéndose alerta para cuando fuesen «despertados» y tuvieran que entrar en acción. Abdul había sido ubicado en un hotel frente al Congreso en la seguridad de que podría beneficiarse de cualquier información de los parlamentarios que visitaban de continuo las instalaciones del Atheneum. Shekau tenía

previsto, cuando llegara el momento, atacar donde más daño pudiera hacer a la infiel España, antiguo país amigo y que, sin embargo, desde su alineamiento con los aliados occidentales en la guerra de Irak estaba en el punto de mira para atentados ejemplarizantes, como el de marzo de 2004 en los trenes madrileños. Desde luego, poco podría tener tanta repercusión mediática como un atentado en el aeropuerto, la televisión oficial o el Congreso de los Diputados.

Sus lugartenientes en el cuartel general le acababan de pasar el informe semanal que recibían de las células occidentales. Todo normal excepto en Madrid. Había tres noticias, dos de ellas muy interesantes. La primera era la posibilidad de haber sorprendido al ministro del Interior de España en una relación homosexual extramatrimonial, aunque Shekau tomó con pinzas esta información hasta que no estuviera contrastada con pruebas. Se había documentado en internet sobre el ministro; era homosexual declarado, ya que estaba casado desde hacía años con otro hombre, e incluso tenía dos hijos de siete y nueve años que la pareja había adoptado.

La segunda eran los actos que tendrían lugar en el Atheneum en los próximos días. Estaba prevista la llegada de Shirin Ebadi, la abogada iraní que se había atrevido a desafiar a su religión, demandando la sacrílega igualdad de educación entre sexos. Unicef le daría un homenaje, y se esperaba que acudiera la reina de España, así como personalidades de la política, cultura y las artes. Por si fuera poco, ese mismo día un grupo de oligarcas judíos tenían previsto un almuerzo en el mismo hotel, con la presencia del embajador israelí. Asimismo, los periodistas destacados en el Congreso organizarían su cóctel de Navidad, con la segura presencia de parlamentarios y algún ministro.

La tercera noticia no era tan alentadora: el infiltrado que tenían en el aeropuerto llevaba dos días con la sensación de que lo estaban controlando. Mandaron a los tres infiltrados e-*mails* donde los apremiaban a agudizar el ingenio para confirmar este punto. Shekau llevaba invertido ya mucho tiempo y dinero en las células y pensaba que ya había llegado la hora de dar un golpe de efecto en alguna de las ciudades europeas, sobre todo después de la insufrible presión a la que estaba sometida la organización por parte del Gobierno nigeriano.

* * *

Cuando Abdul leyó, antes de ir a trabajar, el *e-mail* con el aviso de la organización, reprimió el deseo de contestar de inmediato reportando que también tenía la impresión de estar controlado. Siempre miraba el correo después de levantarse, pero pensó que era mejor asegurarse durante el transcurso del día de que sus sospechas eran ciertas.

Se vistió y desayunó a toda prisa, con el objeto de ganar tiempo. Bajó renqueando las escaleras de su piso y, en vez de desplazarse andando

hasta el hotel, a apenas dieciocho minutos callejeando, decidió tomar la línea 1 de metro, con la intención de ver si lo seguía de nuevo el joven del día anterior. Solo había una parada hasta la estación de Sol, donde debería descender para ir andando por la Carrera de San Jerónimo hasta la plaza de las Cortes. Los vagones iban bastante ocupados y no observó nada extraño. Intentó memorizar todos los rostros que su vista abarcaba en su vagón y, a través de las plataformas abiertas, los del vecino, ya que había montado en el de cola.

En vez de bajar en Sol continuó hasta la siguiente estación, Gran Vía. Allí descendió y cruzó el andén por el puente para tomar la misma línea en dirección contraria. A los tres minutos llegó el convoy y de nuevo volvió a montar en el último vagón. Al poco de arrancar, la vio. Iba en el vagón de delante, cerca de la plataforma y aparentemente enfrascada en la lectura de un *e-book* mientras se agarraba con la otra mano a la barra superior. Tenía todo el aspecto de una funcionaria acudiendo a su trabajo. Más bien feúcha, sobre los treinta y cinco años y con un anorak tres cuartos que ocultaba lo que aparentaba ser una figura mediocre. Abdul sacó su móvil e hizo que contestaba un *whatsapp* cuando en realidad estaba intentando tomar fotos de ella.

Cuando llegó a Sol, volvió a bajar. Se agachó para abrocharse un zapato, observando de reojo el andén, hasta que el tren partió, con ella dentro. Se maldijo por haber sacado el teléfono. Seguro que se había percatado de que Abdul la había visto y había decidido no seguirlo. «¿Para qué?», pensó. Ya sabrían perfectamente dónde trabajaba. Pensó en volver a su casa para desde allí mandar el informe a Nigeria, pero recordó la importancia de retirar lo antes posible la cámara de la 432. Tampoco podía comunicarse con Shekau de otro modo. Tenía prohibido usar el correo del móvil o de otros ordenadores, solo el suyo había sido manipulado para obtener una encriptación perfecta. Se dio cuenta de que, de una manera u otra, sus vacaciones en Madrid tocaban a su fin. Y se alegró. Estaba deseando entrar en acción.

Ya cambiado de ropa en el hotel, comprobó que la 432 había quedado libre a primera hora de la mañana. Decidió no esperar, desobedeciendo la orden de su jefe que lo había mandado a reparar un problema en una de las calderas del hotel. Como siempre, las camareras se afanaban en limpiar lo antes posible las habitaciones que habían quedado libres para asignarlas a los huéspedes que esperaban. Se cruzó con una de ellas, que llevaba en los brazos un montón de toallas. En el pomo de la puerta de la 432 no había ninguna indicación de que la camarera o gobernanta estuviera en ella, como era de obligado cumplimiento con el objeto de que, si un cliente entraba en su habitación, no se asustara. Hasta hace un par de años la norma era dejar las puertas abiertas mientras trabajaban dentro, pero decidieron cerrarlas, ya que había sucedido varias veces que falsos clientes se introducían en la habitación estando la camarera, se hacían pasar por el auténtico huésped de la habitación y

la mandaban salir con el pretexto de que tenían que ir al baño. La camarera se encontraba con la incómoda situación de tener que pedir la documentación y consultar en recepción, con el cliente esperando delante. Aun así, Abdul llamó a la puerta para evitar sorpresas y abrió con su tarjeta. Solo necesitó un minuto para retirar la cámara de la urna donde la había puesto.

La jornada se le hizo larguísima, deseando estar fuera para visionar la tarjeta de memoria y contactar con Nigeria. Le costó mucho no hacerse el enfermo y solicitar permiso para acudir al médico. Si en realidad lo estaban controlando, era lo peor que podía hacer. Aprovechó para consultar en el ordenador de control si Rafael de Utrera había realizado reserva para otro día; comprobó, sorprendido, que retornaba el próximo domingo. Pensaba que tardaría más en regresar, imaginando lo ocupado que deberían de estar los toreros viajando por las diferentes plazas, desconocedor de que la temporada taurina ya había terminado en España.

A las cinco de la tarde salía por la puerta de servicio dirigiéndose con paso vivo hasta su casa. A pesar de que se detuvo de repente varias veces e hizo un par de bruscos cambios de dirección, no observó nada raro.

Ya instalado frente a la pequeña mesa donde tenía el ordenador portátil, introdujo la tarjeta de memoria y empezó a reproducirla a quince veces la velocidad normal. Una ventanilla en la pantalla le iba indicando la hora del día de la acción que se visualizaba. A los veinte minutos obtuvo el premio. A las 17:32 de ayer, el torero, con solo una toalla cubriéndole, abrió la puerta y empujó hacia dentro a una figura que para Abdul ya era inconfundible. Daniel Ruiz-Mansilla se echó en los brazos del diestro. Bajó a velocidad de reproducción normal para tener acceso al audio. Una hora después, Abdul estaba alucinado. Las escenas que había visto de sexo y cocaína eran muy reveladoras. Ahora sí respiró animado. Comprimió el archivo para poder enviarlo e incluyó un informe detallado de las personas que lo habían seguido ayer y hoy, incluyendo las fotos que había tomado en el metro. Encendió un cigarrillo y apretó el botón de «enviar» el correo, sabiendo que por fin había empezado el trabajo que tanto tiempo llevaba demandando al cielo.

XII

Charles Okoro conocía a Shekau desde su infancia. Ambos habían nacido en una pequeña aldea del estado de Yobe, al norte de Nigeria. Desde los cinco años eran inseparables. De hecho, Shekau no murió en el asalto de las fuerzas armadas nigerianas en 2009 gracias al heroísmo de Okoro, que no dudó en jugarse la vida actuando de escudo humano con él. Desde entonces se consagró como número dos de Boko Haram y se había convertido en confidente y lugarteniente de Shekau. Aunque no lo superaba en sagacidad, su ferocidad iba pareja a la de su jefe, al que estaba dispuesto a seguir hasta la muerte. Hacía cinco días que habían trasladado el cuartel general a una minúscula aldea de difícil acceso a ciento veinte kilómetros de Abuya. Charles estaba volviendo a leer el *e-mail* de Abdul antes de pasárselo a su jefe. En efecto, todo indicaba que la Policía española estaba sobre la pista de la organización de Madrid. Por otro lado, había visionado el vídeo del ministro y el torero. Tomó el ordenador portátil y se acercó a la habitación de al lado, donde Shekau se encontraba en ese momento rezando arrodillado. Se unió a él y esperó que terminase sus oraciones. Shekau se mantuvo en silencio con los ojos cerrados. Cuando los abrió, le hizo una seña para que los dos se sentasen en un desvencijado sofá que hacía las veces de cama. Okoro abrió el ordenador y le enseñó la grabación y el *e-mail* de Abdul. Shekau se quedó pensativo. Finalmente, le dijo a Charles que ordenase al resto de su consejo personal que se personasen en la habitación.

—Charles, ¿sigues con el pasaporte con el que viajaste a Roma hace dos meses en orden?

—Por supuesto, aunque ya sabes que es más falso que un infiel.

—Perfecto. En cuanto terminemos el consejo, te quedas aquí con Kingsley.

—¿El filólogo hispanista?

—El mismo. Os vais de excursión a Madrid.

* * *

La semana estaba transcurriendo muy tranquila en el Atheneum, pensaba Salvador Cano. Las ocupaciones y los precios medios eran superiores a los presupuestados y apenas había habido quejas por parte

de los clientes ni fricciones entre los empleados. «La calma antes de la tormenta», aventuró Salvador, habituado a los bruscos cambios que ocurrían en su profesión. Desde el lunes había despachado varias veces con Amelia. Notó cómo el estado de ánimo de ella tenía continuos altibajos. Ahora ya estaba seguro de que algo extraño le ocurría. Una de las veces intentó que se abriera a él, sin conseguirlo. A lo más que llegó fue a reconocer que últimamente se encontraba un poco fatigada. Salvador le ofreció que se tomara unos días libres, que ella no aceptó. No quiso insistir, pero la conocía desde hacía muchos años. Se hizo el propósito de no volver a preguntarle, el tiempo le daría la solución. Por otro lado, había indagado con discreción sobre Abdul y Akín. Los informes no podían ser mejores. El jefe de mantenimiento, sabedor de que el carácter de Abdul no era el más adecuado para la convivencia con sus compañeros, consideraba sin embargo que sus conocimientos técnicos excedían las funciones que le asignaban. Y los de Akín eran impecables: clientes y compañeros lo adoraban.

Carlos del Valle, el jefe de recepción, entreabrió la puerta de su despacho. Al ver que estaba dentro se limitó a pedir permiso para pasar. En sus manos traía el expediente de un huésped, el señor Ronald Peterson, que quería hablar con él. De un vistazo comprobó que estaba hospedado en la habitación 458. Natural de Michigan, la reserva se había realizado a través de una empresa de componentes electrónicos con sede en Madrid y, según le comentaba Del Valle, solo deseaba hablar con él, negándose a decir el motivo. Salvador leyó el expediente, por si encontraba alguna pista. Del Valle le confirmó que había preguntado a Amelia sin que a esta le constase ninguna incidencia en la habitación del cliente.

Salvador salió del despacho acompañado por Del Valle. En el mostrador los estaba esperando el señor Peterson. Del Valle hizo las presentaciones y los dejó solos. Salvador, en su académico inglés, le ofreció acercarse al bar a tomar un café. El señor Peterson lo declinó. Entonces Salvador le indicó uno de los sofás más alejados de la recepción.

—Ante todo, quiero felicitarle. Es la tercera vez que me alojo en el Atheneum y aquí me siento como en mi casa.

—Muchas gracias, señor Peterson, he estudiado su expediente y me encantaría saber si puedo ayudarle en algo. Su compañía es uno de nuestros mejores clientes.

—Iré al grano, los dos estamos muy ocupados. Quería hablar con usted en privado no para formular una queja, sino para ponerle sobre aviso de algo que ha pasado en mi habitación.

—Usted dirá.

—Soy ingeniero electrónico y por mi formación y profesión estoy obligado a llevar un orden estricto en todo lo que tenga que ver con mi trabajo. Esto lo he trasladado a mi vida privada. Cada cosa debe estar en

su sitio y no permito a nadie, yo el primero, que trastoque esta regla.

Salvador lo miraba atentamente esperando que el señor Peterson explicara el motivo de la charla. Abrió los brazos, animándolo.

—Alguien manipuló ayer el contenido de mi caja fuerte.

«No, por Dios. Otra vez no», pensó Salvador.

—¿Qué le han sustraído?

—Nada. Esto no es una queja, como le acabo de decir. Es solo una información que, en atención al comportamiento que han tenido siempre conmigo, creo que estoy obligado a darle. Estoy seguro de que la disposición de los elementos de la caja fuerte que encontré ayer por la noche cuando la abrí no era la misma que cuando la cerré.

—¿Ha notado algo más extraño en la habitación, señor Peterson?

—No, nada más.

—Le agradezco muchísimo su información, que por supuesto provocará una investigación por parte del hotel. Veo en su documentación que aún le quedan un par de días de estar con nosotros. Si le parece bien y para su tranquilidad, le cambiamos de habitación, por supuesto de una categoría superior.

El cliente dudó unos instantes.

—Me parece perfecto. Así se arreglan las cosas en Michigan, rápido y por derecho. No me extraña que a pesar de este incidente todo funcione tan bien en este hotel.

Salvador se despidió de él dándole la mano y una tarjeta donde le había escrito su móvil particular. Acudió a recepción e hizo una seña a Del Valle para que lo acompañase al despacho. Allí lo puso en antecedentes.

—Hace unos meses hubiéramos pensado que era el excéntrico de turno, pero con la que nos está cayendo con los robos puede tener razón. Realiza de inmediato una lectura de la cerradura de esa habitación durante los dos últimos días.

Del Valle salió, mientras Salvador atendía una llamada que le acababa de entrar. Regresó al cabo de media hora con un listado. Pasó una copia al director.

—Aquí tienes todos los movimientos de la cerradura. Los remarcados en verde corresponden a camareras, un *valet* (mozo de apoyo a las camareras) y una persona de mantenimiento que dispone de coartada al ser requerida su presencia para cambiar una bombilla.

—Hostias, Carlos, no me lo hagas más difícil. ¿A quién corresponde el único que está remarcado en rojo?

Del Valle carraspeó antes de contestar.

—A Ramón Buendía, el botones.

A Salvador se le nubló la mirada durante un par de segundos.

—Imagino que si está en rojo es porque no había motivo para que estuviese en la habitación…

—En principio, ninguno. He hablado con los recepcionistas que

compartieron turno con él y no les consta que hubieran tenido que mandarle a esa habitación. Habría que hablar con él, a ver qué nos cuenta.

Salvador reflexionó durante medio minuto.

—No hagas nada todavía. Si es inocente, no pasa nada por esperar. Pero si es culpable, mejor que no sepa que nos hemos enterado. Al fin y al cabo, no se ha producido ningún robo, y si se entera sería complicado volver a pillarle en un renuncio.

—Tienes razón, Salvador, pero ¿Ramón?… Me parece increíble.

—No hurgues en la herida. Como se confirme, me voy a llevar un auténtico palo, ya sabes lo que le aprecio. Obra como si no nos hubiéramos enterado de nada. Ya te diré. Gracias, Carlos.

Mientras Del Valle salía, Salvador se recostó en su silla articulada y suspiró. En Ramón se veía a sí mismo hace muchos años. No podía ser que les tuviera tan engañados. Finalmente tomó una decisión. Sacó su móvil y marcó el número de Javier Gallardo. A los dos timbrazos le contestó.

—Como te adelanté ayer, he hablado con los empleados próximos a los dos nigerianos y todo es normal. Pero no te llamo solo por esto. Me temo que ahora soy yo el que te tiene que invitar a comer y otra vez fuera del hotel. ¿Cuándo te viene bien?

—No podrá ser hasta el martes, ¿puedes aguantar?

—Sí, claro.

—Perfecto, pero tenemos que cambiar de sitio. No quiero que nos vean juntos otra vez.

—¿Casa Alberto, en la calle Huertas, a las dos?

—Allí estaré.

Quid pro quo. Salvador tardó en colgar. Quería creer en la inocencia de Ramón, pero no daría ningún paso sin consultar primero a un experto, y sin duda Javier era de los mejores. Tampoco pasaba nada por esperar cuatro días.

XIII

Charles y Kingsley llegaron al aeropuerto de Madrid el domingo por la mañana con apenas dos horas de diferencia. Obedeciendo instrucciones de Shekau, cada uno había tomado un vuelo diferente. Charles usó Ethiopian Airlines, haciendo escala en Adís Abeba, y Kingsley la más elitista, Qatar Airways, vía Doha.

Kingsley, hijo de un antiguo ministro de Energía nigeriano, había vivido durante dos años en Córdoba, donde realizó estudios de grado de Filología Hispánica en la universidad. Islamista furibundo, a su vuelta a Lagos fue reclutado por Shekau, que había visto en él grandes posibilidades, no solo por sus antecedentes familiares, sino también por su porte y modales aristocráticos y por su alto conocimiento del español. Estaba en posesión, como pudo demostrar durante su entrenamiento y en varios atentados en los que participó, de una puntería más que excelente. Nunca había sido fichado por la Policía nigeriana. Shekau no quiso enviarlo como miembro fundacional de la célula de Madrid, a pesar de su alto conocimiento del castellano, con el objeto de mantenerlo totalmente «limpio» para cuando llegase el momento de actuar. Y ese momento había llegado.

Las instrucciones que habían recibido él y Charles del consejo de Boko Haram eran claras y precisas: ambos se habían maravillado al explicarles Shekau el diabólico plan que había urdido para dar comienzo a sus fuegos artificiales en Occidente.

Kingsley se dirigió en taxi al hotel Palace. Con pasaporte y visado falsos, su avatar era el de un alto ejecutivo de una empresa nigeriana ferroviaria que venía a Madrid a negociar un importante contrato con ARD, compañía española especializada en alta velocidad. Recordó en la recepción su solicitud de habitación exterior con vistas a la plaza, que fue atendida con prontitud. Estaba situada en el tercer piso y contaba con un amplio balcón, desde el que podía observar de soslayo las columnas del Congreso de los Diputados y tenía una visión perfecta del Atheneum. No necesitó usar los precisos prismáticos que había traído en su equipaje para comprobar que el portero era blanco, por lo que supuso que Akín, cuyo expediente llevaba en el disco duro de su ordenador y había estado estudiando hasta sabérselo de memoria durante el viaje, no estaba de turno. En su reloj de muñeca vio que eran ya las tres de la

tarde. A pesar del largo viaje de más de quince horas, no estaba cansado: gracias al rol que se le había asignado había viajado en clase *business* con todas las comodidades. Ya era la hora para la oración de la tarde. Acudió al suntuoso baño de mármol blanco de Macael de la habitación a realizar el ritual de lavado de manos y cara. El instinto le indicó dónde se encontraba Oriente y, arrodillándose en la mullida alfombra de la Real Fábrica de Tapices del dormitorio, procedió a cumplir con el *salat*. Cuando terminó, bajó a la calle, sintiendo cómo el frío, al que no estaba acostumbrado, se le metía en los huesos. Callejeó por los alrededores del hotel y, cuando estuvo seguro de que no lo habían seguido, tomó un taxi y en perfecto español le indicó al taxista que lo llevara a la calle O'Donnell.

A Charles, a pesar de su mayor grado en la organización, se le había otorgado un avatar mucho más modesto para la operación «Al Andalus», como de manera muy poco original la había bautizado Shekau. En su visado de turista figuraba como motivo de su visita la asistencia a la boda de un hermano, nigeriano de origen con nacionalidad española. Se le había reservado habitación en el hotel Convención, en la calle O'Donnell, menos lujoso que el Palace y donde pasaría desapercibido entre sus 790 habitaciones. Una vez en la habitación, y antes de proceder al rezo, envió el número de habitación en un mensaje en clave a un número de móvil. Un minuto después recibió la contestación, también en clave. Kingsley estaría en su habitación en apenas una hora.

Abdul había pasado el fin de semana sumido en la inquietud. El sábado había recibido instrucciones de Nigeria donde le ordenaban recoger un paquete en un restaurante de kebabs. Allí le entregaron un envoltorio de comida preparada. Pagó la cantidad que le indicaron y volvió a su casa. No quería caer en la paranoia, pero juraría que lo continuaban siguiendo. En su habitación abrió el paquete y, en lugar de la carne asada de pollo que anunciaba el envase, había un teléfono móvil de precio medio con su cargador. Confirmó la recepción por *e-mail* y le contestaron que a partir de ahora solo utilizara ese terminal. Debería tenerlo encendido siempre y especialmente el domingo a las 18:00, y obedecer las órdenes que se le darían a través del aparato.

Kingsley mandó parar al taxista a quinientos metros del Convención. De nuevo deambuló por los alrededores del hotel. «Todas las precauciones son pocas», pensó. No le costó pasar inadvertido mientras atravesaba el amplio y concurrido vestíbulo, donde se mezclaban una delegación deportiva de Brasil con un grupo de estudiantes ingleses, hasta alcanzar el bloque de ascensores. Subió en uno de ellos y buscó la habitación de Charles entre el laberinto de pasillos de la sexta planta. Al segundo toque en la puerta, Charles le abrió. Lo invitó a pasar y a sentarse en el único sillón de la habitación, mientras él lo hacía en la cama.

—Todo ha ido bien, hermano —comentó Kingsley en un inglés con

fuerte acento africano.

—No, todo irá bien cuando hayamos cumplido nuestra misión. —Kingsley se sonrojó—. Imagino que has conseguido la habitación con vistas al Atheneum que solicitaste al hacer la reserva —afirmó más que preguntó.

—Por supuesto. Tengo una visión perfecta del mismo. Por cierto, el portero infiel no estaba trabajando a esa hora.

—Ya estará. Es muy importante que controles los aledaños del hotel. Es esencial asegurarnos de que cuando llegue el momento se haya desactivado la vigilancia a la que estamos sometidos. Ha llegado la hora de «despertar» al resto de hermanos. Espero que todos hayan recogido los nuevos móviles. Faltan ocho minutos para las cinco. Empezaremos las llamadas por Abdul; al fin y al cabo, él va a llevar el peso de la situación.

* * *

Abdul se atragantó cuando, al otro lado del móvil, escuchó la inconfundible voz del número dos de Boko Haram, que reconoció de inmediato, a pesar de que llevaba más de dos años sin hablar con él. La crueldad de Charles era legendaria en toda la organización. Él fue el encargado, en una grabación de vídeo que después se colgó en internet y que fue reproducida y censurada en parte por muchas televisiones, de ir degollando uno tras otro a diez varones arrodillados, que de cintura para arriba solo portaban una cruz de madera colgada del cuello. Aunque Charles estaba encapuchado, el odio, saña y salvajismo de sus ojos asustó más que el cuchillo rebañando los cuellos y empapando de sangre las cruces.

Charles no se anduvo con protocolos. Le indicó que debería acudir esa misma tarde a la mezquita de la M-30. Cuando al salir fuese a recoger sus zapatos que antes habría dejado en el lugar previsto para ello, notaría un pequeño bulto en el derecho. Le habrían introducido una tarjeta de memoria microSD. No debería extraerla hasta que no llegase a su casa. Allí la insertaría en el ordenador y seguiría las instrucciones que había en su interior. Charles le preguntó si seguía siendo espiado. Abdul asintió.

—Para eliminar ese control es importantísimo que cumplas las instrucciones que se te dan —continuó Charles—. No intentes contactar con nosotros por otro medio que no sea el habitual, a través del *e-mail* de Nigeria. Lleva siempre este móvil contigo y encendido, incluso en el trabajo.

Abdul, abrumado, solo abría la boca para contestar con monosílabos. Tenía muchas preguntas para hacer, pero el tono cortante y frío de Charles le hicieron desistir de ello. Nadie escuchó su despedida. Charles había colgado ya el teléfono.

—¿Qué piensas de Abdul? —preguntó Kingsley.

—Que ya podemos rezar para que haga bien su trabajo. Él es la llave de toda la operación. Shekau me lo ha recomendado. Lo recuerdo vagamente. Su aspecto desagradable esconde a una persona inteligente, y por lo que me ha dicho Shekau, fiel a la causa hasta la muerte, pero como cometa un error todo se vendrá abajo.

Retornaron a las llamadas, contactando con los otros dos miembros de Boko Haram en Madrid. Las instrucciones eran muy parecidas a las que había recibido Abdul: usar solo el nuevo móvil y permanecer muy atentos a la vigilancia a la que estaban sometidos. Cuando terminaron, Kingsley dejó la habitación y evitó tomar un taxi en la parada del hotel, regresando a pie hasta el Palace. Nadie lo siguió.

* * *

El domingo que ya moría había sido el más tranquilo de los últimos dos meses para Daniel Ruiz-Mansilla. Sentado en el sofá frente a la chimenea en el salón de su chalé de Pozuelo de Alarcón, cerró los ojos e intentó hacer resumen de la vorágine de las últimas dos semanas. No le había resultado sorprendente la llamada del presidente del Gobierno ofreciéndole el puesto de ministro del Interior. Era *vox populi* que el titular anterior estaba políticamente acabado cuando el diario *El Mundo* sacó a la luz unos documentos donde se demostraba la malversación que había realizado durante su etapa anterior al frente de la Diputación Provincial de La Coruña, utilizando fondos de dicha entidad para viajes privados a Londres. No lo ayudó que se supiera que la finalidad de esos viajes era visitar a una estudiante de veintidós años española que estaba realizando su Erasmus en la capital inglesa. Tampoco facilitó las cosas la intransigente postura que había tenido para solucionar el encierro que habían protagonizado un centenar de mineros en el Pozo Sotón hacía unas semanas.

El presidente del Gobierno le dejó bien claro que las elecciones estaban a pocos meses vista y el partido necesitaba lavar la imagen de su predecesor. El expediente de Daniel en el partido era intachable. De vida privada muy ordenada, sus escasas intervenciones en el Parlamento como diputado se habían caracterizado por su mesura y sentido común. Una profunda investigación que se había realizado a sus espaldas demostró que sus finanzas nunca habían tenido altibajos y que su posición desahogada en su chalé de Pozuelo junto a su marido Emilio y a sus dos hijos se debía no al austero sueldo y dietas de su condición de diputado, sino a la herencia que había recibido al fallecer su padre, presidente del consejo de administración de una de las industrias lácteas más importantes del país.

Emilio, a su lado en el sofá, leía relajadamente una novela de Enrique Llamas. Daniel abrió los ojos para mirarlo con respeto. Emilio,

arquitecto técnico, había rechazado numerosos encargos laborales de su profesión, a fin de disponer del tiempo necesario para poder llevar el peso de la organización de la casa y la educación de sus hijos. Ambas tareas las realizaba a la perfección, permitiendo a Daniel dedicarse en exclusiva a su labor como parlamentario y miembro de la dirección de su partido. La relación entre ellos se podía clasificar de fraternal. Ninguno de los dos echaba de menos una complicidad sexual que ya hacía tiempo estaba muy apagada. Daniel se limitaba, cuando hacían el amor, a dejar que su imaginación volase hacia paraísos muy alejados del cuerpo de Emilio.

El teléfono móvil de Daniel, del que no se despegaba nunca, vibró dos veces. En la pantalla vio que el remitente del aviso de WhatsApp era Tomas Gutiérrez, presidente de la ejecutiva de su partido. Intentó controlar su mano, que temblaba mientras abría el mensaje y miraba de soslayo a Emilio, quien seguía enfrascado en su lectura. El mensaje era muy escueto: «Ministro, nos vemos mañana… Confirma hora». La ilusión de esas siete palabras borró de un plumazo todo el cansancio que llevaba acumulado. Poco podía imaginar el presidente de la ejecutiva que su nombre era usado por el nuevo ministro para ocultar el auténtico remitente del mensaje. Daniel reprimió la sonrisa mientras respondía a Rafael de Utrera. «Sin falta. A las doce y media.» Dejó el teléfono a su lado, en el sofá. Miró a Emilio, que le devolvió la mirada mientras le tomaba la mano.

—Te veo alterado, Emilio. ¿Te encuentras bien?

—Nunca he estado mejor —contestó el ministro mientras su corazón ya volaba hacia el Atheneum.

XIV

El personal de mantenimiento del Atheneum había empezado ese lunes a montar los adornos de Navidad en la fachada que daba a la plaza de las Cortes. Dentro de pocos días empezarían las fiestas de Navidad, lo que al hotel le acarrearía un aluvión de almuerzos, cenas y cócteles de empresas y organismos.

Abdul tiritaba de frío colgado de uno de los andamios, a cinco metros del suelo, mientras sujetaba con unas bridas los hierros a la fachada. Miraba de continuo el reloj.

El día anterior, a la vuelta de su visita a la mezquita, había extraído de su zapato el pequeño envoltorio que contenía la tarjeta microSD. Una vez introducida en el ordenador empezó a tragar saliva mientras leía las instrucciones que le venían dadas en ella. Fue preparando todos los puntos que le indicaban. Introdujo en el ordenador un DVD grabable y copió los archivos que le habían indicado. Buscó en el piso un sobre grande, pero lo mejor que encontró fue uno de tamaño americano. Le pareció demasiado pequeño para sus fines.

Volvió a ponerse su anorak y bajó a la calle, entrando en un bazar que, regentado por una familia china, sabía que estaría abierta a esa hora, a pesar de ser festivo. Compró un par de sobres de tamaño cuartilla de color amarillo acolchados por dentro. De nuevo en casa, introdujo el DVD dentro de uno, no sin antes haber eliminado cualquier huella dactilar.

Cerró el sobre y lo dejó encima de su escritorio, sin poner dirección ni remite.

Ahora ese sobre estaba en su taquilla del hotel, pendiente de entregárselo a su destinatario. Había llegado por la mañana quince minutos antes de la hora de entrada para que nadie viese en los vestuarios cómo guardaba el sobre y, sobre todo, para tener acceso al ordenador de su jefe antes de que este llegase. El jefe de mantenimiento no tenía despacho propio, estando situada su mesa de trabajo en una de las esquinas del taller de mantenimiento. Abdul puso en marcha el ordenador, entró en el sistema de gestión del hotel y eligió la opción «Spa». Allí pudo acceder a la lista de reservas que tenían ese día para masajes y tratamientos.

Conocedor de que Rafael de Utrera se había alojado el día anterior en

el hotel, no había olvidado la conversación del comedor del personal, donde el recepcionista había indicado que el nuevo ministro era cliente habitual. No necesitó sumar dos y dos para ver clara la ligazón que podría haber entre el *spa* y la habitación del diestro. Recorrió todas las columnas de reservas, tanto de masajes deportivos como de tratamientos terapéuticos, sin que apareciera ningún rastro de Ruiz-Mansilla. Se quedó pensativo, imaginando que utilizarían otro nombre por motivos de seguridad o que en realidad no pensaba acudir. De cualquier modo, volvió a repasar la lista. A pesar de que todas las reservas tenían nombre, apellidos y teléfono de contacto, observó que a las «11:45 horas» había una reserva de masaje sin nombre pero con una anotación: «Privado». Memorizó la hora y regresó en el sistema al apartado de habitaciones. Allí comprobó que el torero tenía esta vez la 312. No le era posible introducir de nuevo la cámara de grabación en la habitación, ya que Rafael estaría dentro, pero memorizó el número. Apagó el ordenador y ya estaba saliendo del cuarto cuando se encontró con el jefe de mantenimiento, que le preguntó qué hacía en el cuarto.

—Yo buscar tú, jefe, para trabajo hoy.

Su jefe le entregó el parte de trabajo del día, que consistiría en el montaje de los adornos. El semblante de Abdul se oscureció cuando salió del cuarto. No podría deambular a sus anchas por el interior del hotel. Sería demasiado arriesgado, al tener adjudicado una tarea en el exterior del edificio. Respiró aliviado cuando recordó que su hora de comida sería de doce a doce y cuarenta y cinco. Si lo que había deducido al ver las reservas del *spa* era correcto, había muchas posibilidades de que el ministro subiera a la habitación del torero sobre esa hora, aunque también podía subir antes del masaje, pensó.

Cuando llegó la hora de su almuerzo, informó a su jefe de que se iba al comedor. Él sabía que el jefe de mantenimiento comería con los otros encargados del hotel en el último turno, sobre las dos de la tarde. Hizo acto de presencia en el comedor y en menos de quince minutos había despachado el potaje que había elegido en el bufé. Se levantó, comentando a sus compañeros de mesa que tenía trabajo. Bajó al vestuario, donde cogió el sobre grande y puso un nombre en el apartado de dirección. Lo introdujo dentro de su mono para que no se viese y subió a la tercera planta. La habitación 312 estaba a la derecha de los ascensores, muy cerca de ellos.

Torció a la izquierda, hacia una vitrina que había en el pasillo donde se encontraba la manguera de incendios. Abrió la vitrina con la llave que portaba y se limitó a esperar, mientras con unos alicates aparentaba apretar una de las tuercas del engranaje de la boquilla. Miró el reloj, eran las doce y veinte. Pensó que sería mucha *baraka* que todo saliese como había pensado, pero era la mejor opción que disponía. Si esta no funcionaba tendría que retomar otras posibilidades para llevar a cabo sus órdenes, todas más arriesgadas. A las doce y veinticinco habían

pasado por su lado varios huéspedes y una camarera que se limitó a saludarlo. No habían transcurrido cinco minutos cuando lo vio salir del ascensor. El ministro giró hacia su derecha y vio cómo daba cuatro toques en la puerta. Esta se abrió y Ruiz-Mansilla desapareció dentro de la habitación. Abdul respiró aliviado. Ya solo le quedaba esperar cinco minutos más. Pasados estos, cerró la vitrina de la manguera y se dirigió hacia la 312. Extrajo el sobre de su mono y lo introdujo, haciendo el menor ruido posible por la rendija de la puerta de la habitación. El sobre quedó encajado entre la puerta y la moqueta. Al no divisar a nadie en el pasillo salió disparado hacia el final de este, donde había el *office* de las camareras y la escalera de servicio. A las doce y cuarenta y cinco ya estaba incorporado a la cuadrilla exterior de operarios. Respiró profundamente, dando gracias al cielo. No podía imaginar que a pocos metros Kingsley estaba controlando todos sus movimientos, a la vez que observaba cómo un Akín sonriente atendía las solicitudes de taxis de los clientes.

* * *

Daniel Ruiz-Mansilla se hacía el remolón en la cama, jugueteando con los rizos negros del cabello de Rafael. Estaba llegando tarde a la sesión del Parlamento, pero hoy no tenía intervención. Por otro lado, había avisado a los escoltas de que se tomaría más tiempo en el masaje, aduciendo que tenía una contusión en una rodilla y que quería que se la mirasen.

Cada vez que admiraba el cuerpo desnudo del torero le parecía mentira que estuviera compartiendo la cama con él. Se habían conocido en la corrida de la Beneficencia de ese año, presidida por el rey en Las Ventas, a la que tuvo que acudir, a pesar de no ser amante de los toros, como parte de sus deberes de secretario de Estado de Cultura en ausencia del ministro. Al terminar la corrida, Rafael subió al palco real acompañado de los otros dos toreros.

Daniel se quedó sorprendido al ver que Rafael lo miraba de una forma muy especial durante todo el acto. Se sintió indefenso ante la profunda mirada del torero. Indefenso y seducido. Es cierto que se comentaba de él, como de muchos toreros, su posible homosexualidad, pero ni había salido del armario (algo impensable, por otra parte, para un torero) ni se le conocía ningún escándalo en ese sentido. Rafael, en un aparte, le preguntó a Ruiz-Mansilla si era aficionado a la fiesta.

—No mucho —contestó.

—¿No te gustaría, para conocerla mejor —Daniel se encogió ante el extraño e improcedente tuteo—, acercarte un día a mi finca? La semana que viene hay una tienta de ganado que seguro que te encantará.

Daniel no le aseguró nada, pero tomó nota del teléfono del diestro. Tres días después en los que el insomnio había sido su compañero por

las noches, lo llamó aceptando su invitación.

Por supuesto, acudió sin Emilio, alegando un acto oficial. Rafael tenía la finca en la provincia de Ávila y la tienta debería de ser muy privada porque solo estaba el torero junto a su cuadrilla y el personal de la finca. Después de la tienta había un almuerzo campero. Al acabar este, Rafael se ofreció a enseñarle la casa. Cuando llegó a su dormitorio, cerró la puerta y arrinconó al ministro contra la pared, besándolo con fuerza en la boca. Fueron muy pocos los segundos que tardó en reaccionar Daniel, abandonándose al abrazo del torero. Ya en la cama, después de hacer el amor, Daniel le preguntó cómo pudo adivinar que se había prendado de él. «Tú no lo sabes —respondió—, pero lo llevabas escrito en los ojos.»

La relación continuó, por supuesto a escondidas, preguntándose Daniel qué podía haber visto el gran Rafael de Utrera en un simple secretario de Estado cincuentón como él. Cuando lo nombraron ministro, una de sus mayores satisfacciones fue escuchar la voz de Rafael, susurrándole por teléfono cómo le «pondría» llamarle ministro la próxima vez que hicieran el amor.

Habían pasado ya siete meses y la pasión entre ambos no había decrecido, aunque ambos sabían lo discretos que tenían que ser por el peligro que corrían. Daniel pondría en riesgo su estabilidad familiar y la posible pérdida de la custodia de sus hijos, y Rafael el oprobio de una profesión que seguía negándose a admitir la homosexualidad de alguno de sus integrantes.

Daniel miró el reloj: marcaba la una y media pasadas. No debería tirar tanto de la cuerda. Apuró la copa de champán que tenía en la mesilla y observó cómo Rafael se metía una raya de cocaína que había alineado sobre la mesilla. Invitó a Daniel a tomar otra. Este aceptó y, a continuación, comenzó a vestirse mientras Rafael lo miraba desde la cama. Cuando terminó, se acercó a él y, besándolo en la boca, le preguntó cuándo volverían a verse.

—No corras tanto, ministro, que te vas a caer —dijo riéndose—. No te preocupes. La semana que viene vuelvo. Ya te mandaré un mensaje.

Daniel avanzó hacia la puerta, y estaba a punto de abrirla cuando observó el sobre amarillo en el suelo, que no había llegado a introducirse del todo en la habitación. Abrió la puerta para desencajarlo, lo cogió y, sin mirarlo, se lo llevó a Rafael.

—Te han dejado esto —dijo mientras le daba un último beso en los labios y volvía a la puerta. No había llegado a cerrarla cuando escuchó el chillido de Rafael.

—¡Daniel, ven!

Alarmado, Daniel volvió y observó cómo el color se había evaporado de la cara del torero. Le entregó el sobre sin mediar palabra. En este solo había dos palabras, escritas en mayúsculas, con un rotulador negro: «SEÑOR MINISTRO». Esta vez fue Daniel el que notó cómo ahora era a él a quien la sangre le desaparecía del rostro. Nadie sabía ni debería

saber que estaba allí. Por consiguiente, tanto él como Rafael eran conscientes de la gravedad de lo que estaba pasando. Con manos temblorosas, Daniel rasgó el acolchado sobre. Dentro, solo un DVD de color metálico sin ninguna inscripción o imagen a excepción de la marca TDK y el número 60. Rafael dio un salto de la cama y, sin que el ministro le dijera nada y desnudo como estaba, fue a uno de los armarios, de donde extrajo un ordenador. Lo encendió, comprobando que tenía batería, y se sentó de nuevo en la cama. Daniel lo hizo a su lado, entregándole el DVD. Rafael lo introdujo en el ordenador y ejecutó el programa correspondiente al lector de DVD. Había dos archivos: un documento Word y un archivo de vídeo. Con manos temblorosas, después de consultar con la mirada a Daniel, ejecutó el archivo de Word. A gran tamaño y en mayúsculas había una nota de solo unas pocas líneas escrito en perfecto castellano:

Ministro Sr. Daniel Ruiz-Mansilla,

Personal de diferentes cuerpos a su mando están sometiendo a una indecente, obscena y antidemocrática persecución a personas de la comunidad nigeriana bajo la falsa acusación de pertenecer a organizaciones supuestamente terroristas. Ese acoso debe cesar inmediatamente, levantando desde el día de hoy el servicio de vigilancia a estos ciudadanos del Estado africano.

Si a partir de mañana, a las ocho de la mañana, cualquiera de los que se encuentran en estos momentos bajo observación, sospecha que sigue siendo vigilado, o nos consta que el Estado español continúa esta incalificable persecución, el vídeo que acompaña a esta nota será enviado a las principales cadenas de televisión y colgado en internet.

Rafael cogió la mano del ministro mientras con la otra ponía en marcha el reproductor de vídeo del ordenador. De inmediato, la pantalla se llenó con las imágenes de la habitación en la que se habían alojado la semana anterior. La situación y calidad de la cámara había permitido que se observara con toda nitidez las escabrosas escenas que se habían desarrollado durante los treinta minutos que duraba la grabación. Como perla final, se podía observar cómo tanto el torero como el ministro se metían sendas rayas de cocaína por la nariz. La grabación terminaba de repente, sin ningún tipo de mensaje.

Rafael apretó la mano de Daniel y lo miró a los ojos.

—Por Dios, ministro, haz lo que te piden. Si el vídeo se hace público será mi ruina, y mi madre… —un sollozo hondo le salió del pecho—, no quiero pensar en mi pobre madre contemplando esto.

Daniel estaba temblando. El mundo se le acababa de caer encima. ¿Qué iban a pensar sus hijos, sus amigos, sus compañeros de partido? Ya se veía abandonando con vergüenza el ministerio y rompiendo su estable relación con Emilio, debido a las crudas escenas del vídeo, donde se constaba su adulterio y el consumo de drogas. ¿Qué pensarían en el

futuro sus hijos? Pero, sobre todo, ¿qué iba a pasar con su relación con Rafael? Intentó calmarse aceptando la dosis extra de coca que le estaba ofreciendo el torero, pero sabía que tenía que bajar al *hall* ya. Los escoltas estarían tirándose de los pelos, preguntándose qué estaba pasando. Retiró el DVD del ordenador y se lo introdujo en el bolsillo. Se acercó a Rafael, lo atrajo hacia sí y le habló al oído.

—Tranquilo, maestro. No permitiré que nos hagan daño. Confía en mí. Por supuesto, ya no podemos vernos aquí. No me fío ya de nadie. Compra un móvil nuevo para comunicarte solo conmigo y mándame el número de teléfono por WhatsApp, que es prácticamente inviolable, nunca por mensaje normal. Yo te llamaré desde otro número.

Besó fugazmente a Rafael, que seguía desnudo y sentado en la cama con el ordenador encima de las piernas. El color del diestro no había vuelto a sus mejillas. No había sentido tanto pavor ni cuando se enfrentó a los seis Albaserradas en esa famosa tarde de Sevilla. El ruido de la puerta de la habitación al cerrarse lo sobresaltó. Unas lágrimas empezaron a caer por el rostro.

XV

Según salía por la puerta principal del Atheneum, Ruiz-Mansilla decidió no acudir al hemiciclo. Necesitaba pensar. Y pensar deprisa. El plazo que le habían dado era muy corto. Recordaba cómo la semana anterior había recibido al director general de la Policía, junto a ese comisario tan mediático cuyo nombre no recordaba bien. Lo que a todas luces se le antojaba como el primer éxito de su gestión tenía todos los visos de convertirse en su tumba profesional y personal. No pudo reprimir mascullar una blasfemia cuando abandonó el hotel.

—Hijos de puta, espero no tener que volver a pisar jamás este antro, donde la privacidad de sus huéspedes es solo un chiste de mal gusto.

Atravesó los cien metros que lo separaban de la entrada de vehículos del Congreso y se dirigió a la zona donde estaba su coche oficial, cuyo conductor dejó el periódico que estaba leyendo al verlo. Montó en el coche y le indicó al chófer que lo llevase al ministerio.

Se sintió un poco mejor al encontrarse dentro de la zona de confort de su Audi oficial. No solo necesitaba pensar con rapidez, tenía que obrar con suma rapidez. Miró la hora: faltaba poco para las dos de la tarde. La lluvia ligera que caía a esa hora en Madrid no ayudaba mucho a levantarle el ánimo. Se encontraba ante el reto más grande que se le había presentado en su vida. Si obedecía el burdo chantaje que había en el DVD que llevaba en el bolsillo, estaría faltando al juramento que había realizado hacía apenas diez días en el Palacio de la Zarzuela ante el rey.

Pero eso no era lo más grave. Intuía que los autores del chantaje no se habrían molestado en hacerlo si no hubiera detrás una razón más poderosa que sentirse incomodados porque alguien estuviese controlando sus movimientos. No era imbécil, estaba claro que todo estaba encaminado a allanar el camino de esos individuos. Solo al pensar en los motivos que podrían tener hizo que sus manos temblasen. Le vinieron a la mente los atentados de Madrid y ya se veía como socio encubridor de alguna banda yihadista. Llamó por su móvil a la secretaria que ordenaba su agenda. Le ordenó cancelar el almuerzo que tenía apenas treinta minutos después con una delegación del Colegio de Huérfanos de la Guardia Civil y le dijo que citase al director general de la Policía en su despacho a las cuatro. Lo tenía claro. Le entregaría el DVD, exponiéndole toda la verdad. Pero antes pediría audiencia con el

presidente del Gobierno, le presentaría la dimisión y esta noche en su casa hablaría con Emilio, explicándole la verdad de su doble vida.

Volvió a sacar su teléfono móvil y empezó a marcar el teléfono directo del despacho del presidente. Según marcaba los nueve números notó como si una alimaña se le hubiera colado por el estómago y estuviera escalando por su pecho hasta llegar a la garganta. Nervioso, colgó, mientras respiraba con dificultad, buscando en el pequeño habitáculo del vehículo el aire que le faltaba en los pulmones. Se aflojó el nudo de la corbata, mientras su chófer, que había escuchado los extraños silbidos que emitía Daniel, se volvió hacia él alarmado.

—¿Se encuentra bien, señor ministro? —Daniel volvió a la realidad al escucharle.

—Sí, gracias, Francisco, me he atragantado. —El chófer lo miró de nuevo por el espejo retrovisor y devolvió su atención al tráfico.

Tenía dos horas para decidirse, pero sabía que el animal que le había poseído hacía unos instantes llevaba consigo un mensaje bien claro. Si decidía revelar toda la verdad, nunca volvería a ver a Rafael de Utrera. Tenía muy claro que este, por su profesión, nunca saldría del armario; jamás lo había hecho ningún torero. Ante la posibilidad de no estar otra vez en sus brazos, de no volver a verlo, sin duda preferiría desaparecer para siempre. No entendía la vida sin él. El torero era su primer pensamiento por las mañanas y no conciliaba el sueño hasta que no había conseguido engañarse, imaginando que los ligeros ronquidos que provenían del otro lado de la cama no eran de Emilio, sino del diestro sevillano.

Volvió a la realidad cuando advirtió que el chófer le estaba abriendo la puerta. Ya habían llegado a Castellana, 5, sede del Ministerio del Interior. Subió hasta la primera planta, donde en el antedespacho lo estaba esperando la secretaria con la que acababa de hablar. Esta le confirmó la anulación del almuerzo y la visita del director general de la Policía a las cuatro. Le pidió que no le pasasen ninguna llamada. La secretaria, que había observado el semblante desencajado del ministro, le preguntó si deseaba que le subiesen algo para comer de la cafetería. Daniel negó con la cabeza mientras entraba en su despacho, cerraba la puerta y se dejaba caer en el sillón giratorio que tenía frente a su escritorio. Se reclinó y cerró los ojos. Antes de dos horas tenía que tomar la decisión más difícil de su vida.

* * *

Amelia pudo ver salir al ministro del Interior del hotel mientras se encontraba en la fachada supervisando, junto al jefe de mantenimiento, la instalación de las luces y adornos navideños. En teoría, no debería estar allí hasta que la instalación estuviera terminada y pudiese ordenar a los *valets* la limpieza de los elementos, pero cualquier excusa era

buena para poder disfrutar de la cercanía de Akín, que observaba toda la acción intentando concentrarse y no dejar caer la mirada en exceso en Amelia. Los dos habían decidido que el día de Navidad les dirían a las mellizas que habían decidido vivir juntos. Amelia estaba exultante. También habían decidido no hacerlo público hasta que las niñas lo supieran.

Todos los pensamientos negativos que intentaban anegar el ánimo de Amelia desaparecían cuando pensaba en Akín, en sus caricias, el cariño con el que la trataba y el amor y respeto que le demostraba día a día. Su ánimo había cambiado por completo desde la escena del cumpleaños y se mostraba radiante ante sus subordinados y compañeros. Ya no le importaban para nada las miradas de lascivia que volvía a observar cada vez que se cruzaba con Abdul. Sabía que el camino iba a ser muy duro, en especial con sus familiares de Cuenca y los comentarios en el hotel, pero cada vez le importaba menos. En el otro lado de la moneda se veía a sí misma dentro de unos años sola y amargada. ¿Para qué le serviría entonces el «qué dirán»? Y si al final salía mal su apuesta con Akín, al menos no tendría que recriminarse toda la vida el no haberlo intentado. Ofreció su mejor sonrisa a Salvador Cano cuando se percató de que había salido a la calle para observar también el estado de los trabajos.

Salvador saludó a los dos jefes de departamento y realizó un par de preguntas técnicas al de mantenimiento. Miró el reloj y pidió a Akín que le llamase un taxi. Tenía un almuerzo en el hotel Miguel Ángel y llegaba tarde. Ya en el taxi, le agradó pensar que se podría haber equivocado con sus elucubraciones respecto a Amelia. Se la veía más feliz que nunca e inmersa en su trabajo. «Quizás demasiado», pensó.

Salvador era perro viejo y sabía que la gobernanta no pintaba nada observando el montaje de los adornos. Sin desearlo y odiándose por ello, computó el dato en el expediente mental que hacía unas semanas había abierto a Amelia. Su pensamiento volvió a su preocupación más acuciante: Ramón. No le gustaba para nada la inactividad en la que estaba sumido en ese tema hasta su almuerzo del día siguiente con Javier Gallardo, pero sabía que había elegido la mejor solución para descubrir qué había pasado de verdad en la habitación del señor Peterson.

* * *

El sonido de uno de los teléfonos que tenía enfrente sobresaltó a Ruiz-Mansilla. La secretaria le estaba anunciando la llegada del director general de la Policía. Miró el reloj. En efecto, solo faltaban un par de minutos para las cuatro. Le dijo que le hiciera pasar dentro de cinco minutos. Se levantó y entró en el baño personal que disponía en su despacho. Se lavó la cara, se peinó y se colocó bien la camisa y la corbata. Respiró profundamente y volvió a su mesa.

El director general entró en el despacho con cara de preocupación. No era normal que fuera requerido con tan poco tiempo y sin que le avisasen el motivo, a fin de que pudiera venir preparado a la entrevista. El ministro se levantó y le hizo sentarse en un sofá que había en uno de los extremos del despacho. Él ocupó un sillón al lado del sofá. Carraspeó antes de empezar a hablar.

—Lamento, director, haberle citado con tan poco tiempo, pero he estado reunido con el presidente y hay un asunto que requiere nuestra inmediata atención y que le afecta directamente.

El director asintió, esperando que el ministro continuase.

—Como conocerá, nuestras relaciones con Francia son inmejorables en la actualidad. De hecho, fueron muy importantes en el pasado para que el problema terrorista vasco se haya resuelto. Pero, como usted sabe, nada es gratis. El primer ministro francés nos ha realizado una petición que me temo que tendremos que atender. Su servicio de Inteligencia está realizando una operación de gran envergadura contra el yihadismo en Francia. Han descubierto, al igual que nosotros, una célula secreta de Boko Haram instalada en París. Pero ellos han llegado más lejos. Están casi seguros de que un atentado a gran escala se efectuará en algún lugar de la capital francesa en un corto espacio de tiempo. Tienen prácticamente controlada la célula, pero temen que cualquier maniobra que Boko Haram detecte contra ellos tanto en Francia como en los países aliados les obligue a forzar su calendario y efectúen el acto terrorista antes de que les dé tiempo a desenmascarar a toda la célula con sus ramificaciones. En resumen, nos han preguntado si habíamos detectado en España algún posible embrión de la organización. Como supondrá, pasé a nuestro presidente el informe que me entregó en este mismo despacho la semana pasada junto al comisario…

—Javier Gallardo —apuntó el director.

—En efecto, Gallardo. El presidente le ha confirmado al primer ministro francés lo que con tanta brillantez habían ustedes descubierto, y nos ha pedido que por un corto período de tiempo levantemos el aparato de vigilancia que tenemos montado en torno a Boko Haram.

El director general tragó saliva antes de hablar.

—¿Me está pidiendo, señor ministro, que quedemos desprotegidos y desinformados ante un posible atentado terrorista aquí, en Madrid, sabiendo que están a punto de realizarlo en París? —El ministro enrojeció.

—Primero, director, no se lo estoy pidiendo yo. Se lo está ordenando el presidente del Gobierno. En segundo lugar, ustedes mismos me dijeron en su informe que la célula no parece estar operativa aún, por lo que las posibilidades de que puedan atentar aquí son remotísimas. Finalmente, usted y yo estamos aquí para obedecer órdenes, no para discutirlas.

Ahora el que enrojeció fue el director.

—¿Podemos desmontar el aparato actual y proceder con otro, más discreto, que pasando desapercibido nos permita, aunque sea muy a distancia, no perder el contacto con los miembros de la célula?

—Disculpe, director, ¿mi castellano no es lo suficientemente correcto para que se me entienda? Desmonte de inmediato la vigilancia y al completo. Y cuando digo de inmediato me refiero a esta tarde. Ya recibirá nuevas instrucciones. Puede retirarse.

El director se levantó al mismo tiempo que el ministro, despidiéndose de él con un leve apretón de manos. Antes de llegar a la puerta, el ministro apuntilló:

—Llámeme esta tarde tan pronto se haya asegurado de que el operativo se ha desmantelado.

Daniel volvió a la mesa cuando el director cerró la puerta. Las manos le temblaban. Era imposible sentirse más miserable, pensó. Había traicionado a su país y solo para ganar tiempo. Tarde o temprano tendría que enfrentarse de nuevo al director general de la Policía. Sabía que la excusa que había puesto tenía fecha de caducidad, y esta no podía ser muy lejana. Miró el móvil. Aún no había recibido ningún *whatsapp* de Rafael comunicándole su nuevo número. Cogió de un cajón del despacho otro móvil diferente al que utilizaba. A partir de entonces llevaría los dos para poder comunicarse con su amado. Las manos le seguían temblando. Buscó en el último cajón de la mesa y encontró, al fondo, un sobre en blanco. Con él en la mano volvió a entrar en el baño. Extrajo del sobre una bolsita y esparció su contenido sobre la encimera del lavabo. Estaba seguro de que la cocaína lo ayudaría a tranquilizarse.

XVI

Javier Gallardo estaba anonadado. Aún no había salido del asombro que le produjo la llamada de su director general ayer lunes por la tarde, ordenándole desmontar la vigilancia a la que estaba sometiendo a los sospechosos de pertenecer a Boko Haram. La orden se la dio por teléfono, pero él insistió en ver en persona al director. A regañadientes, este aceptó. Javier subió sin esperar el ascensor los dos pisos que lo separaban del despacho de su jefe, que estaba ya preparado para recibir el chaparrón. Le mandó sentar y, antes de que Javier pudiera hablar, lo hizo él, transmitiéndole íntegra la conversación que había tenido con el ministro. Al terminar, suspiró, mirándolo a los ojos.

—No me lo hagas más difícil. Acabo de pasar por uno de los episodios más desagradables que recuerdo con un superior en mi carrera. Pero esto es lo que hay.

—Déjame al menos que continúe haciendo el seguimiento a través de los soplones que tenemos en la comunidad africana. Te prometo que retiro a los profesionales.

—Te aprecio demasiado para soltarte la grosería que me ha dicho el ministro cuando le he pedido algo parecido. La orden es tajante y sin derecho a réplica. Debes retirar el operativo. Ya. Esta misma tarde.

—Necesitaré una orden por escrito…

El director suspiró.

—Javier, Javier, ya no eres un simple comisario. Tu puesto está mucho más alto, rozando los límites con la política. Esto son las «grandes ligas» y a este nivel no se pide por escrito una orden de este tipo. Simplemente se obedece. Es lo que he hecho yo y es lo que vas a hacer tú. Ya me adelanto a decirte que esta situación no se podrá mantener mucho tiempo. Si en quince días no he recibido la contraorden, jugándome mi carrera puentearé al ministro y acudiré al presidente del Gobierno. Pero tú y yo sabemos que la célula está aún germinando. No se ha observado ningún movimiento extraño entre los miembros que vigilamos y parece ser que ni siquiera hay conexión entre ellos, por lo que aún están «dormidos».

—«Dormidos» estábamos nosotros en 2004, cuando nos explotaron en nuestras narices las bombas de los trenes en Madrid.

—Vale, vale. Quince días, ni uno más. Tienes mi palabra.

A Javier no le quedó más remedio que llamar a sus subordinados y cancelar la operación. Tuvo que aguantar las mismas caras de asombro que había puesto él con el director. Cuando se quedó a solas con Fernando, su ayudante de siempre, pudo explayarse a conciencia.

—Venga, Javier —lo intentó calmar—, tú sabes que en quince días no hay tiempo material para preparar nada y los informes que poseemos son determinantes. No hay relación entre los posibles miembros. Como te ha dicho el director, aún están «dormidos». No dejes que tu famoso instinto domine tu cerebro.

—Vale, no me des tú también la murga. Vámonos a tomar una copa fuera de aquí, que necesito respirar aire fresco.

Los dos salieron juntos del recinto de la Policía y enfilaron la Gran Vía de Hortaleza, entraron en el centro comercial y se sentaron en el interior de una de las cafeterías. Los dos pidieron un whisky con Coca-Cola.

—Fernando, no creas que se me ha subido el cargo a la cabeza, por muy importante que este sea. Llevamos muchos años juntos y me conoces muy bien. Esto no me gusta nada. Estoy de acuerdo que es alta política y que nuestra obligación es obedecer, pero no conocemos de nada al nuevo ministro. Solo se sabe de él que ocupó cargos de relevancia en Cultura y Exteriores. Nunca ha tenido nada que ver con Interior. Quiero que con toda la discreción que puedas indagues en nuestros archivos acerca de él. No es una corazonada, solo quiero descartar la existencia de algo extraño. ¿Puedo contar contigo?

—Me ofendes con la pregunta, Javier.

—Casi seguro que no encontrarás nada. Con todos los escándalos que ha habido de corrupción en el poder seguro que le han investigado a fondo antes de nombrarle ministro. Pero hazlo. Y hazlo con precaución. Ahora déjame que te invite al whisky.

La mañana del martes se le hizo larga esperando que llegase la hora de acudir al almuerzo con Salvador. No había dormido bien dándole vueltas a todo el tema de Boko Haram.

«Cuidado, Javier —se dijo—. A ver si los focos se te han subido a la cabeza. A veces, como decía Freud, un puro es simplemente un puro. Y tú a menudo quieres ser más listo que nadie.»

Habían pasado casi veinticuatro horas desde que recibió la orden y, a pesar de que podía entender el que a veces la política hace extraños compañeros de cama, no le entraba en la cabeza que el Gobierno español permitiera campar a sus anchas a unos posibles terroristas, sobre todo con lo sensibilizada que estaba la población con el grupo yihadista Estado Islámico y los radicales islámicos en general. Por otro lado, comprendía que su director se hubiera plegado a la orden. Se estaba jugando el pellejo y, como le había dicho ayer Fernando, en quince días era imposible montar una célula operativa.

Estaba ya a punto de levantarse para acudir a su cita con Salvador cuando entró Fernando en su despacho, una vez que este se hubo

asegurado de que estaba solo. Llevaba un expediente en la mano y, sin esperar permiso, se sentó frente a la mesa de Javier. Le pasó la carpeta, que Javier hojeó mientras Fernando hablaba.

—Está limpio. Creo que estás haciendo una montaña de esto, o te lo estás tomando por lo personal. —Javier asintió, pensativo—. Ahí lo tienes todo. Es uno de los primeros ministros homosexual declarado del Gobierno español. Se casó hace siete años con un arquitecto técnico y han adoptado dos niños. Padre y esposo ejemplar. Las cuentas del banco, saneadas no, saneadísimas. Ninguna detención conocida, ni siquiera durante las manifestaciones de la Transición o las redadas franquistas a los colectivos gays. Hizo un buen papel en Cultura y Exteriores, caracterizándose siempre por su ecuanimidad. Es el cuñado que todos querríamos tener —bromeó Fernando.

Fernando cambió de registro. Notó que no era uno de los mejores días de Javier.

—En su casa hay varios ordenadores. Estamos rastreando la dirección IP de los últimos meses.

Javier le dio las gracias y los dos regresaron a la Dirección General. Javier se dirigió al parking y montó en su coche, mientras seguía dándole vueltas a la orden de retirada del seguimiento. Llegaba tarde a su cita con Salvador Cano. Estacionó el vehículo en el aparcamiento de la plaza de Santa Ana y se dirigió hacia la calle Huertas. Salvador ya estaba en una mesa del restaurante Casa Alberto. Una ración de jamón y una copa de rioja estaban esperándole.

—Perdona el retraso. Llevo un par de días tremendos. ¿Has pedido ya?

—No te preocupes, no te faltarán tus callos —bromeó Salvador, conocedor de lo que le gustaban.

—Gracias, amigo. Ando fatal de tiempo. Como hay confianza, vete contándome.

Salvador lo puso en antecedentes. No le ocultó la admiración que tenía por Ramón. Había traído una fotocopia del DNI del botones, que le habían entregado en recursos humanos.

—Mal asunto. Déjame unas horas. Me imagino que dispones del número de cuenta donde le ingresáis la nómina. —Salvador asintió—. Mándamela por *e-mail* lo antes que puedas, la voy a necesitar. Si es posible te digo algo esta noche, aunque no creo que sepa nada hasta mañana. Por cierto, no tienes muy buena cara, ¿algún problema más?

—Nada serio. Estoy preocupado con lo de este chico. Me jodería mucho haberme equivocado con él, pero no sería ni la primera ni la última vez que me pasa. Por lo demás, el hotel va bien y mi vida privada, ya sabes, no puede ser más aburrida.

—Es la vida que tú quieres llevar, así que no te quejes tanto —bromeó —. Además, joder, tu trabajo es casi tan excitante como el mío. Por tu hotel pasa el «todo Madrid». —Javier se quedó un momento pensativo

con lo que acababa de decir—. Por cierto, me imagino que tu bar sigue siendo uno de los centros de cabildeos políticos.

—Ya sabes que los diputados de siempre prefieren el Palace. El mío es demasiado moderno para algunos gustos.

Javier permaneció callado hasta que finalmente se decidió a preguntarle:

—¿Daniel Ruiz-Mansilla pasa mucho por el hotel?

—¿El nuevo ministro del Interior? —Javier asintió—. Imagino que ahora parará menos, pero es cliente del *spa*. Suele venir una vez a la semana o cada quince días a recibir un masaje.

Javier enarcó las cejas. Empezaba a haber demasiadas coincidencias en el Atheneum. Abdul, que según la lista que tenía era uno de los principales sospechosos, trabajaba allí. Otro que podía estar también vinculado a la célula era el portero del hotel, y ahora resulta que el que había dado la orden de abandonar la vigilancia era usuario habitual del *spa*. Salvador se percató del ensimismamiento del policía.

—¿Pasa algo, Javier?

—La verdad es que no lo sé, cosas mías. Estaba pensando en los dos nigerianos por los que te pregunté el otro día. ¿Tienes algo digno de mención que me puedas añadir respecto a este tema?

Salvador calló durante unos instantes. Javier notó cómo dudaba. No quiso presionarlo, pero tampoco lo ayudó cambiando de conversación. Salvador apuró la copa de rioja que tenía delante antes de hablar.

—La verdad es que lo que te voy a contar puede ser una estupidez, pero llevo ya varios días dándole vueltas. Es un tema interno del hotel. Estoy muy preocupado con Amelia, mi gobernanta. Creo que la conoces.

—Vagamente, creo recordar a una mujer atractiva, sobre los cuarenta años.

—Si te cuento esto es porque, aunque pueden ser imaginaciones mías, uno de los dos nigerianos de los que hablamos tiene una muy ligera interacción con Amelia, por lo que me preocupa. —Javier, interesado, lo animó a seguir con la mirada.

Durante varios minutos le estuvo contando lo que él consideraba extraño en el comportamiento de Amelia, haciendo hincapié en el encuentro con Abdul del que fue testigo. Javier se quedó reflexionando durante un minuto.

—Gracias por tu confianza, Salva. Seguramente, como tú dices, no tenga importancia. Estará pasando una mala racha. No olvides mandarme el número de cuenta corriente del muchacho. Creo que hoy te toca pagar, ¿no?

Javier retiró ensimismado el coche del aparcamiento. Demasiadas coincidencias. Y si alguien no creía en ellas era él. Fernando lo estaba esperando en su antedespacho. Le indicó que pasara con él. Fernando puso encima de la mesa un informe sobre el rastreo de la dirección IP del ministro.

—¿Algo más que te haya llamado la atención?

—Nada. Ahí tienes todos los listados de las webs, correos oficiales, visitas a periódicos y revistas, cuentas bancarias, etcétera. No visita los diarios deportivos, pero sí a menudo las páginas de toros.

—¿Es aficionado a los toros?

—No nos consta, aunque lo estamos averiguando, por si nos puede ayudar.

—Bueno, tira de este hilo, es lo único ligeramente extraño que tenemos. Asegúrate, por las páginas visitadas antes y después, que es él y no su marido el aficionado, aunque no creo que sirva de nada. En Madrid las corridas de toros siguen estando autorizadas.

Javier sintió una punzada de odio hacia sí mismo. Él, que presumía de ideas progresistas y liberales, se estaba comportando como un policía de la época más represiva de la dictadura. De nuevo pensó que se estaba pasando con este tema.

Su teléfono sonó dos veces. Era un *whatsapp* de Salvador. Tomó nota del número de cuenta del botones y se lo entregó a Fernando junto a la fotocopia del DNI, explicándole la petición que le había hecho el director del Atheneum.

—OK, jefe. Me pongo con ello.

—Fernando, quiero que sepas cómo agradezco tu fidelidad y la confianza que me brindas.

—Tírate de la moto, capullo. Siempre creo en ti. Pero como esta vez te equivoques y nos pillen, el ministro y el director nos van a correr a gorrazos —bromeó, mientras salía del despacho.

Javier abrió el expediente del ministro disponiéndose a estudiarlo detenidamente, por si a Fernando se le había escapado algo. Para hacerlo tuvo que apartar a regañadientes de su cabeza la fachada ultramoderna del Atheneum.

—Demasiadas coincidencias —volvió a repetirse.

XVII

Charles empezaba a estar harto de la inactividad a la que estaba sometido en la habitación del hotel Convención de la calle O'Donnell, pero no quería jugar con la suerte. Desde que Kingsley se había marchado la noche del domingo, no había salido de su cuarto. Había colgado el cartel de «No molestar» en la habitación y se alimentaba de los pedidos que hacía al servicio de habitaciones. Cuando le subían el sándwich o la ensalada que había solicitado no dejaba entrar al camarero. Le cogía la bandeja con la puerta entreabierta y le mandaba esperar, mientras le entregaba la de la comida anterior. Tampoco dejaba pasar a la camarera para limpiarle la habitación. Se había propuesto no dejarse ver hasta que tuviera la confirmación de que la vigilancia había desaparecido. Era martes por la tarde y en su ordenador ya tenía dos de los tres informes que necesitaba. Tanto el infiltrado en RTVE como el del Aeropuerto Adolfo Suárez le habían confirmado hacía unos minutos que desde la noche de ayer no se había percibido de nadie que los controlase. Faltaba solo Abdul, pero este era el más importante.

Volvió de nuevo a dar vueltas al plan de Shekau. En cuanto los tres confirmasen la desaparición del control daría veinticuatro horas más como colchón de seguridad y empezaría el *show*. Sabía que no andaban muy sobrados de tiempo, pero pensó que, si mañana podía empezar la acción, dispondrían del suficiente para llevar a cabo el atrevidísimo plan de Shekau.

Kingsley, que seguía apostado tras los cristales de su balcón en el Palace, tampoco había observado nada extraño, a excepción de la vigilancia policial normal del Congreso. Le comentó que había visto a Amelia y a Akín entrar y salir por la puerta de servicio. Había tomado fotos de ella controlando la limpieza del exterior del hotel y de él desempeñando su labor de portero, pero no había observado nada raro entre ellos. Salían y entraban a trabajar a horas distintas. Charles envidió a Kingsley, al menos tenía algo que hacer.

El ordenador portátil de Charles, que por seguridad no estaba conectado al wifi del hotel, sonó una vez. El correo era de Abdul, desviado desde Nigeria. También confirmaba la aparente desaparición de la vigilancia. Usando el mismo ordenador, convenientemente manipulado para cifrar los mensajes, mandó un mismo *e-mail* a los tres,

con copia a Kingsley. Si mañana miércoles, decía, seguían sin ser controlados, debían presentarse en su habitación del hotel Convención. Los citó a intervalos de quince minutos a partir de las ocho de la noche, hora en que en teoría el *hall* del hotel estaría más bullicioso. Dio a la tecla de enviar y redactó un nuevo *e-mail*:

Todo despejado, Darul. Al-Andalus en marcha.

No necesitó esperar mucho. Apenas diez minutos más tarde le llegó la escueta contestación de Abubakar Shekau:

Adelante, hermano.

* * *

Javier Gallardo estaba tomando el primer café de la mañana con Fernando en una de las mesas más apartadas de la cantina de la central de la Policía.

—Nada —comentó Fernando—. Ni una puta multa de tráfico. Joder con el ministro, tiene un historial que parece san Francisco de Asís.

—¿Qué hay de los toros? —preguntó Javier.

—Lo mismo. Nada de nada. No tiene abono en San Isidro y los contactos que tenemos en Las Ventas no recuerdan haberle visto nunca por ahí. En su calidad de secretario de Estado de Cultura tuvo en su momento reuniones con representantes taurinos, que intentaban detener la prohibición de las corridas que al final se impuso en Cataluña. He buceado por internet a ver si pescaba algo, y tampoco nada. Solo hay constancia de una vez que tuvo que acudir a Las Ventas debido a una indisposición del ministro de Cultura, para acompañar al rey en el palco en la última corrida de la Beneficencia, pero era solo un acto oficial.

—No creo que encontremos nada ahí, pero mándame el *link*, por favor. Por otro lado, me imagino el cabreo de los inspectores y subinspectores al recibir la orden de abandonar la vigilancia.

—Ese marrón me lo he comido yo. Cada palo que aguante su vela y tú ya tienes bastante con lo tuyo. Por cierto, hasta hoy no me ha llegado el informe que me pediste del botones del Atheneum. Míralo tú mismo. Una fiera, el pollo.

Javier abrió la carpeta. No tenía antecedentes, pero el informe del banco no podía ser más demoledor. Realizaba ingresos cada pocos días en la sucursal que Deutsche Bank tenía en la Carrera de San Jerónimo. Esos ingresos eran cantidades que oscilaban entre los doscientos y los trescientos euros, pero cada quince días los ingresos superaban los dos mil euros. Continuamente hacía transferencias desde la tarjeta de débito de esa cuenta hacia la web «888bet». En los últimos tres meses el monto superaba los quince mil euros.

—Trabaja de botones y en esos hoteles de lujo las propinas deben de

ser fuertes —comentó Javier.

—Pero ¿quince mil euros? Joder, si es así pido la baja y me voy con ese amigo tuyo que tienes en el Atheneum. Sale a cinco mil euros al mes. Por otro lado, las transferencias se realizan a horas intempestivas, sobre todo de madrugada. Además, viene de una familia normalita, de curritos. El chaval está metido hasta las cejas en el juego, me apuesto un huevo.

Javier pensó en el disgusto que Salvador se iba a llevar con la noticia, pero Fernando llevaba razón. Mucha casualidad que sea sospechoso de robo y al mismo tiempo ludópata. Una pena; según le había comentado Salvador, el chico era inteligente y espabilado.

No había dormido nada durante la noche. Le dolía el alma solo de pensar que una operación de meses se estaba yendo al garete por lo que pensaba que era una bajada de pantalones del Gobierno español. Y cada vez que por fin conseguía cerrar los ojos, el recuerdo de las casualidades del Atheneum se los volvía abrir. Y ahora tenía además este asunto, en apariencia sin ninguna ligazón con el resto, pero en el mismo escenario.

Fernando, que se había dado cuenta de que la cabeza de su jefe ya no estaba con él, le dejó la carpeta en la mesa y se despidió alegando trabajo. Javier apuró el café que tenía enfrente, pero no se levantó. Seguía dándole vueltas al Atheneum. Ante todo, tenía que darle la noticia a Salvador. Sacó su móvil para llamarlo, pero mientras contestaba decidió decírselo en persona. Así tendría tiempo para madurar la estupidez que se le estaba viniendo a la cabeza.

Cuando Salvador le contestó, le dijo que ya tenía la información. Quedaron en verse en dos horas en una cafetería del centro comercial de la Gran Vía de Hortaleza. Salvador tenía una reunión, pero su ansiedad por conocer el resultado de la investigación le hizo cancelarla. Estaba seguro de que las noticias de Javier no serían buenas. No tenía sentido que no le adelantara nada por teléfono si Ramón estaba limpio.

Javier atravesó el enorme patio que había desde la cantina hasta el edificio donde tenía su despacho. Al no llevar abrigo el intenso frío de la mañana madrileña le hizo tiritar. Había empezado a nevar. Recordó lo poco que quedaba para Navidad, solo una semana.

XVIII

Abdul, el último de los citados por Charles para encontrarse en su habitación del Convención, ya había llegado. Los cinco nigerianos se acomodaron como pudieron en el pequeño recinto. Charles presentó a Kingsley a los tres, y Abdul, que conocía por supuesto a Charles, se sorprendió al ver en la habitación a los otros dos. Había coincidido con ellos en la mezquita de Madrid y en algún acto cultural, pero nunca los había asociado a Boko Haram. Los tres confirmaron que había desaparecido la vigilancia a la que habían estado sometidos.

—Bien, hermanos. Nuestro líder está muy contento con vuestro comportamiento durante este tiempo que habéis permanecidos inactivos, pero la hora de operar ya ha llegado. Abayomi —se dirigió al infiltrado en RTVE—, hace un año se te encargó que alquilaras un piso en una de las zonas con más influencia africana de un pueblo cerca de Madrid —miró sus papeles—, Torrejón de Ardoz. Se te dijo claramente que siguieras viviendo en el barrio de Usera y de vez en cuando te pasaras por Torrejón. Nadie que no fueras tú podría ver ese piso. ¿Está todo en orden? —Abayomi asintió—. ¿Cuándo es la última vez que fuiste por allí?

—Hace unos quince días, siguiendo vuestras instrucciones para que no piensen los vecinos que el piso estaba abandonado.

—Bien, ¿hace quince días habías notado ya que te seguían?

—Estoy seguro de que no. Además, no está a mi nombre. Lo alquilé con documentación falsa.

—Perfecto, usaremos esa vivienda como piso franco. ¿Cómo es tu relación con los vecinos?

—Inexistente. La mitad de ellos son africanos: la mayor parte guineanos. Me han visto de vez en cuando porque cuando voy me quedo a dormir.

—A partir de esta noche me trasladaré allí contigo. Entraré solo en el edificio sobre las dos de la mañana. Tú te habrás llevado antes mi equipaje. Imagino que habrás traído el juego de llaves que te pedimos por *e-mail*. —Abayomi se lo entregó—. Si alguien me ve y te pregunta, dices que soy un primo tuyo que ha venido de visita y que me marcharé en una semana.

Miró a otro de los nigerianos y se dirigió a él.

—Olamide, ¿todo en orden en tu trabajo en el aeropuerto?, ¿estás bien considerado? —Olamide asintió vivamente—. No quiero que dejes de trabajar, podría resultar sospechoso. Durante tu tiempo libre te dedicarás a controlar a Akín, o bien siguiéndole cuando él no trabaje, o merodeando cerca de su piso, para vigilar por si alguien extraño sube.

Olamide asintió de nuevo. Ahora se dirigió al tercero de los nigerianos.

—Abdul, Shekau habla muy bien de ti. Espero que no se equivoque, porque tu participación va a resultar clave. ¿Tienes controlados los turnos de Akín?

—Sí, libró el lunes y el martes. El resto de la semana está de tarde. La semana que viene está de mañana y libra el miércoles y el jueves.

—Perfecto. Ya hablaremos después de este asunto. Imagino que todos estáis deseando empezar la acción y que os cuente cuál es vuestro papel. Disponemos de menos de diez días para realizar el acto que hará temblar de terror a todo Occidente. Será la próxima semana, la de la fiesta más importante de estos infieles, y os puedo asegurar que el efecto mediático mundial que tendrá esta acción hará comprender a todo el mundo que nadie está seguro, ni siquiera en la confortable Europa. El escenario será el hotel Atheneum, donde nuestro hermano Abdul trabaja.

Charles detuvo con la mano a Abdul, que empezaba a hablar.

—Ya sé que hay una vigilancia extrema tratándose de ese hotel, debido a su situación en las inmediaciones del Congreso de los Diputados. Pero esta vez no se trata solo de colgar en YouTube un vídeo degollando a un rehén. Es una ocasión única de hacer saltar por los aires la confianza de todo el mundo cristiano en sus sistemas de seguridad y en su incapacidad para detener el avance de La Verdad.

Las palabras de Charles habían conseguido hipnotizarlos. Todos lo miraban fascinados. Cuando terminó, les entregó un móvil a cada uno.

—A partir de ahora utilizad estos móviles para comunicarnos entre nosotros. Vosotros tres, como le he dicho a Olamide, seguiréis en vuestros puestos de trabajo, no queremos despertar sospechas. Tú, Abayomi, te seguirás dejando ver por tu piso en Usera, aunque dormirás conmigo en Torrejón. Yo dirigiré la operación desde allí y Kingsley será nuestro contacto desde su habitación en el hotel Palace. Tened confianza. Dentro de pocos días todos nosotros estaremos a salvo en nuestra amada Nigeria, donde seremos recibidos como héroes. Abdul, creo que querías preguntar algo.

—Cuando se producen visitas de políticos importantes en el hotel, las veces que ha estado alojado algún jefe de Estado o cuando ha venido la familia real, la Policía o la Guardia Civil aseguran el perímetro del hotel, vigilando la entrada incluso del personal de servicio. Durante ese día se comprueban hasta las compras de mercancías que entran en el hotel. Es muy posible que pongan en acción un arco de seguridad por el que

deberán pasar todos los empleados al traspasar la puerta de servicio.

—Ya contamos con ello —le cortó—. Ahora voy a pasar a explicaros todo el proceso y el protagonismo que tendréis cada uno.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, Charles fue detallando el plan de Shekau. Observó con satisfacción cómo los rostros de los presentes pasaban del desconcierto al asombro. Sacó su ordenador y les enseñó a todos las fotos de Akín, las mellizas y Amelia que había conseguido Abdul, indicándoles que les había enviado una copia de las fotos por *e-mail* para que las memorizasen. Cuando terminó de hablar, todos lo abrazaron para posteriormente arrodillarse en la moqueta de la habitación y realizar la última oración del día.

* * *

Javier se maldijo en silencio por haber olvidado de nuevo el abrigo para acudir a su cita con Salvador. Aunque el centro comercial se encontraba a solo diez minutos a pie, el gélido viento de la sierra le hizo subirse el cuello de la chaqueta. Estaba a punto de llegar y aún no estaba seguro de lo que le iba a decir.

Su cabezonería lo estaba metiendo hasta el cuello en un follón del que seguramente no saldría bien parado, y ahora, encima, quería involucrar a un amigo. Pero también estaba cada vez más convencido de que algo extraño y peligroso estaba pasando, y de que el Atheneum desempeñaba un papel protagonista. Acogió como una bendición la oleada de calor que le envolvió cuando traspasó las puertas del centro, subió al primer piso por la escalera mecánica y entró en la cafetería, donde había quedado con Salvador. Este lo estaba esperando ya en la barra con cara de póquer. Le dio la mano y le indicó una mesa del vacío local donde sentarse. Los dos pidieron cerveza cuando el camarero los atendió.

—Dame ya el disgusto —apuntó Salvador. Javier resopló antes de contestarle.

—Lo siento, está metido hasta las cejas. El puto juego. Se gasta una burrada diaria en casinos virtuales. Te he traído una relación de los días en que realiza ingresos altos en su cuenta del banco para que la cotejes con las fechas de los robos.

Salvador miró la lista que le había entregado. Había apuntadas catorce fechas. La más antigua, de hace siete meses, y la más cercana, la semana pasada. Sacó su iPad del portafolios de piel que llevaba, abrió un documento y comparó las fechas que tenía apuntadas con las que constaban en la lista de Javier. Al terminar, dejó el iPad en la mesa y se quedó con la mirada ausente. Javier le dio un cachete cariñoso.

—Esto pasa hasta en las mejores familias. Si quieres, les digo a los de Asuntos Internos que te cuenten. Aunque sé lo que jode, te lo aseguro.

—Te juro que no es mi orgullo herido lo que más me cabrea, es la constatación de que ya no te puedes fiar de nada ni de nadie, y ya me

jode decirlo yo, que presumo de ser el abanderado de la presunción de inocencia.

—Por supuesto, no podrás usar estas pruebas. Como imaginarás, se han conseguido ilegalmente, pero en cuanto pongas una denuncia por robo contra el crío me juego lo que quieras a que se desmorona en la comisaría y canta hasta *Rigoletto*. ¿Qué piensas hacer? —tanteó Javier.

—Ahora mismo estoy perdido, pero, por supuesto, se le despedirá de inmediato y, como tú dices, le denunciaremos por robo. Habrá un escándalo, pero, por otro lado, servirá de escarmiento para los demás.

Durante varios minutos permanecieron en silencio, mientras apuraban sus cervezas. Javier llamó al camarero y pidió otras dos. Por fin, Salvador habló.

—Gracias, amigo, te debo otra más. La vida sigue, y más va a perder él. Pero te noto raro, a ver si vas a estar tú más preocupado que yo con este tema —bromeó.

Javier esperó a que el camarero sirviera de nuevo las cervezas y, cuando se retiró, se inclinó hacia Salvador.

—Lo siento, pero te tengo que narrar una historia. Cuando termine me puedes decir que estoy loco y que no cuente contigo. Te juro que lo entenderé y jamás te lo reprocharé.

Salvador abrió los ojos desmesuradamente.

—Sabes que estoy en deuda contigo. Los dos somos padres y lo que hiciste por mi hijo la pasada Nochevieja un padre no lo olvida jamás. Dispara de una vez.

En los siguientes diez minutos, Javier le contó con todo detalle los acontecimientos de los últimos días, empezando por el descubrimiento de la célula de Boko Haram, pasando por la extraña orden del ministro y acabando por el cúmulo de coincidencias que convergían en el Atheneum.

—Me niego a olvidarme del tema y, sin embargo, estoy con las manos atadas. En teoría, no puedo utilizar a nadie a mis órdenes para investigar. Y te juro que no duermo por las noches. El jodido instinto mío del que todos habláis me zarandea, urgiéndome a actuar. Salvador, te voy a pedir algo que se sale por completo de tus obligaciones y ya te adelanto que, si al final estoy equivocado, te podría ocasionar problemas con tus jefes.

Vio que Salvador estaba perplejo. Tomó un trago de cerveza antes de continuar.

—Intentaré ser lo más coherente posible. Necesito infiltrar a alguien en el hotel para que averigüe qué coño está pasando, por qué el Atheneum aparece siempre al final de cada ecuación. Y, por supuesto, no puedo hacerlo con nadie del cuerpo. Además, tiene que ser alguien ya conocido por el personal para no despertar sospechas.

—¿Quieres decir para espiar a los dos nigerianos?

—No solo a ellos. Me temo que el ministro puede estar también

dentro del juego. Y quiero saber por qué tu gobernanta se pone nerviosa cuando se cruza con uno de mis sospechosos de terrorismo.

—O sea, que también quieres espiar a tu jefe. ¿Sabes que te estás jugando la carrera?

—Claro, no soy gilipollas. Pero me jugaría mi tranquilidad de espíritu para siempre si ocurre algo irreparable y habiéndolo presentido no he tomado las medidas para detenerlo.

—Bueno, ¿y qué quieres, que me dedique yo a controlarlos? Sabes que por mi posición cantaría muchísimo y tampoco puedo pasar el marrón a ninguno de mis colaboradores.

—Lo sé. Quiero que me dejes entrevistarme con el muchacho de los robos. Según me has dicho, es muy avispado. Es la persona ideal para, siempre con tu consentimiento y, en el fondo, tu colaboración, vigilar a los dos nigerianos mientras están en el hotel y de paso averiguar si hay alguna ligazón entre ellos y el ministro.

—Das por sentado que el chaval querrá colaborar.

—Eso déjalo en mis manos.

—Pero tú mismo me acabas de decir que el chico no es de fiar.

—Ya me encargaré yo de ponerle las pilas.

Salvador movió repetidamente la cabeza.

—Sabía que eras un genio, pero no que estabas loco.

Javier se alisó el pelo y terminó su cerveza.

—No te preocupes, Salva. Lo que te pido es excesivo y, como tú dices, una locura. Te ruego olvides toda esta conversación. Ya le daré vueltas para encontrar otra solución. —Con una mano llamó al camarero y se echó la mano a la cartera.

—¿Eres imbécil? Solo he dicho que estás loco. ¿Qué hay en esa frase que te indique que no voy a colaborar? Por supuesto, cuenta conmigo, ya saldrá el sol por donde quiera. Siempre podemos acabar en un hotel del Caribe, yo de *maître* y tú de segurata.

Javier se echó a reír mientras miraba a su amigo de una manera totalmente diferente a como lo había hecho hasta ahora.

XIX

El barrio de San José, en Torrejón de Ardoz, había conocido desde luego mejores tiempos. Bordeando la arteria principal del pueblo, la avenida de la Constitución, durante la década de los ochenta y noventa estuvo habitado principalmente por parejas recién casadas que el sobreprecio del suelo en Madrid y alrededores les obligaba a buscar cobijo en zonas más alejadas de la capital y, por tanto, más económicas. Muchas de esas parejas, al ir progresando en sus vidas, abandonaron el barrio vendiendo o alquilando sus casas al aluvión de emigrantes que inundó España a partir del cambio de siglo. En la actualidad, el barrio de San José tenía una tasa de emigrantes próxima al cincuenta por ciento de sus ocupantes, la mayor parte trabajadores de raza negra.

En el número 7 de la calle Alicante, ese porcentaje subía hasta el ochenta por ciento. Abayomi, siguiendo las instrucciones que había recibido, había alquilado un piso en la última planta, la cuarta. La casa no tenía ascensor y en su descansillo había otras cuatro viviendas. El piso, de setenta metros cuadrados, disponía de un salón, un baño, dos dormitorios pequeños, otro un poco más grande y una minúscula cocina. Como le había comentado a Charles, Abayomi se dejaba ver de vez en cuando por la casa, encendiendo las luces y poniendo alta la televisión para que le oyesen los vecinos. Abayomi, que había cursado tres años de Medicina en Nigeria hasta que se unió a Boko Haram, era el más joven de los tres infiltrados.

Cuando terminó la reunión del hotel Convención, Abayomi bajó con la maleta de Charles. Cogió un taxi hasta su domicilio en Usera y allí cargó, en su Peugeot 107 de tercera mano, la maleta junto a una bolsa donde había puesto ropa y utensilios de aseo para él, además de su ordenador y un maletín negro de mediano tamaño. Se dirigió al piso de Torrejón y subió hasta la cuarta planta sin que nadie lo viera. Se mantuvo en vela hasta que oyó cómo la cerradura se abría. Charles venía solo. La crueldad de este era proverbial, por lo que Abayomi no había podido reprimir un sentimiento de pavor cuando se enteró de que conviviría con él durante toda la operación. Pero lo habían estado preparando para este momento y él no iba a fallar ni a su religión ni a sus hermanos.

Le dio la bienvenida. Charles tardó poco en revisar minuciosamente la

estancia. Eligió uno de los cuartos pequeños y le dijo a Abayomi que se instalara en el otro pequeño. Abayomi no hacía preguntas. Se limitó a explicarle que, en la nevera y la alacena de la cocina, como le había ordenado, había víveres para poder mantenerse una semana. Charles le preguntó a qué hora llegaba de trabajar.

—Torrejón queda al otro lado de Madrid y suele haber mucho tráfico, pero espero estar aquí sobre las cinco y media.

Charles meditó.

—Será suficiente. Como te dije, prefiero que no te echen en falta, aunque en la última fase de la operación seguro que tendrás que dejar de trabajar. Además, vamos a necesitar tus conocimientos médicos. Se te pidió, cuando viniste a Madrid, que tuvieras siempre contigo un maletín médico de primeros auxilios, ¿lo has traído? —Abayomi se lo indicó con el dedo, encima de una silla del comedor—. Bien, poco más podemos hacer hoy. Mañana no te retrases, tienes que estar aquí a las cinco y media.

Abayomi ya había cenado. Le ofreció tomar algo a Charles y este declinó. Media hora después, los dos estaban durmiendo. Faltaban pocas horas para que amaneciese el jueves 18 de diciembre.

* * *

Ramón Buendía estaba contento. A pesar del fallido intento de robo en la habitación 458, esa misma noche pilló un par de buenas manos y había recuperado mil quinientos euros de lo que perdió la otra jornada. Esto le permitiría respirar tranquilo durante unos días, sin tener que tentar a la suerte entrando en otra habitación. Y, además, hoy jueves, con el aluvión de salidas que había debido a la desbandada que se produce en los clientes siempre la semana anterior a Navidad, llevaba ya más de setenta euros en propinas ganados, y eso que solo eran las nueve y media de la mañana. Estaba en el *hall*, situado cerca de los ascensores, listo para ayudar a los huéspedes con sus equipajes, cuando Carlos del Valle, el jefe de recepción, lo llamó.

—Ramón, ¿has estado antes en el domicilio del director?

—Sí, está aquí al lado. Una vez le tuve que llevar unos documentos.

—Muy bien, acérquese en un momento. Le está esperando.

—¿Hay que llevarle algo?

—No. Él le informará cuando llegue.

Ramón salió de inmediato, no sin antes ponerse el tabardo azul que utilizaban los botones en invierno cuando tenían que hacer recados fuera del hotel o suplir al portero mientras cenaba. Imaginó que el director le iba a encargar algún recado especial que tendría que llevar desde su casa. Quizás algún regalo de Navidad, dada la cercanía de las fechas. En siete minutos ya había llegado al número 3 de la calle Alfonso XII. Subió hasta el cuarto piso y llamó al apartamento D. Le abrió el

director. Lo saludó y le hizo pasar al salón del pequeño apartamento. En un sofá estaba sentada otra persona, cuya cara le sonaba pero que no acertaba a adivinar. Salvador se sentó en el sofá, junto a Javier Gallardo, y le indicó a Ramón que tomara asiento en una silla que estaba dispuesta frente a ellos. A Ramón le pareció todo muy extraño. Sus dos interlocutores se lo quedaron mirando sin decir nada en un silencio que, pasado un minuto, a Ramón se le hizo muy incómodo. Salvador, que había tomado unos listados que tenía en una pequeña mesa accesoria, se dirigió a él.

—Ramón, ¿me puede decir qué hacía en la habitación 458 el martes de la semana pasada a las… —miró un listado— doce y veintitrés minutos?

Ramón se quedó petrificado. Ni en su más remoto pensamiento creyó que nadie lo podría asociar a esa habitación. Estaba seguro de que había retornado todo el dinero que se había llevado de la caja fuerte y no había olvidado de nuevo ningún papel dentro. Se odió a sí mismo al notar cómo empezaba a enrojecer.

—No comprendo, don Salvador. Subo muchas veces a las habitaciones y no puedo recordar los números de todas en las que he estado.

—Su llave figura en el registro de aperturas y ni el cliente ni sus jefes le habían pedido que acudiera a esa habitación.

—Perdone, don Salvador, pero sigo sin comprender. ¿Ha habido algún problema en la habitación, o ha faltado algo?

—Eso lo veremos después. Ramón…, ¿no tiene nada que decirme?

Ramón carraspeó dos veces antes de contestar.

—Le aseguro que no sé qué quiere decir.

Salvador le dirigió una penetrante mirada, manteniéndola durante unos diez segundos. Ramón no pudo aguantarla y bajó la cabeza.

—Ramón, le preguntó de nuevo: ¿no tiene nada que decirme?

Ramón, que seguía con la cabeza gacha, la movió, denegando.

—Me lo temía. En ese caso, yo ya sobro aquí. Me voy al hotel. Todo se habría arreglado mejor si hubiera querido hablar conmigo. Como no es así, no me queda más remedio que dejarle con el comisario.

Al oír la palabra comisario, Ramón se echó a temblar. Se tuvo que sujetar las rodillas, ya que era incapaz de controlar el trepidar de estas. Salvador se levantó, sin despedirse de él, le espetó a Javier un «Todo tuyo» y salió del apartamento. Javier se levantó del sofá y empezó a pasear por los veinte metros cuadrados del salón. Dejó de nuevo que pasaran varios segundos, sacó su placa y se la mostró a Ramón, que hizo un intento de levantarse. Tocándolo en el hombro, le indicó que continuara sentado. Él continuó de pie.

—¿Cuánto perdiste ayer, Ramón?

—No comprendo.

—Ya. No comprendes.

Sacó de un portafolios que había dejado en el sofá un par de

documentos y se los mostró a Ramón. En uno de ellos constaban las denuncias que había habido por robo y en otro las transferencias que había realizado desde el Deutsche Bank a la casa de juegos de internet. Ramón los miró intuyendo de inmediato la ligazón entre ambos folios. Tuvo que dejar los papeles sobre la mesita de apoyo porque era incapaz de sujetarlos firmemente.

—¿Sigues sin comprender? —Ramón mantenía la cabeza baja—. Has robado, que nosotros sepamos, más de quince mil euros en el hotel. Como ves, tenemos pruebas de todo y has cometido un error tremendo al usar tu llave electrónica en la última habitación que entraste. Te has aprovechado del cariño y buena fe con el que te han tratado tus compañeros y superiores y has puesto en el disparadero el prestigio del Atheneum.

Ramón, aturdido, no levantaba la cabeza.

—Por todo ello, no solo vas a perder el trabajo. La pena por robo en esas cantidades supera los cinco años, sobre todo cuando ha habido premeditación y abuso de confianza. Pero no te preocupes, cuando salgas aún serás joven. Y seguro que te lo habrás pasado muy bien en la cárcel; tú y los internos que sueñan todas las noches con que les caiga del cielo un yogurín como tú.

Ramón, aterrado con lo que acababa de oír, miró a Javier.

—Yo no he robado nada en la 458 —protestó. Su voz apenas era un susurro.

—Es cierto, pero no debes de ser tan listo como todos dicen. No dejaste el dinero en la misma posición que estaba.

—Usted no tiene pruebas de esto.

—Eso es lo que tú te crees. Bien, yo ya lo he intentado, como parece que no quieres cooperar conmigo, no te preocupes, ahora mismo llamo al furgón que te llevará a la comisaría de Huertas. Se te hará corto. Está aquí al lado. Allí estarás mejor, tendrás un montón de gente variopinta para charlar con la que no te aburrirás; primero en la celda de prevención y después en la sala de interrogatorios.

Javier sacó su teléfono y empezó a marcar. Paró cuando escuchó los sollozos de Ramón. Lo miró de otra manera; solo era un crío.

—¿Y bien?

—¿No podemos seguir hablando usted y yo?

—Soy todo oídos, Ramón.

Ramón no podía controlar el llanto. Javier le acercó una caja de clínex que había en la mesa auxiliar. Cuando acabaron los sollozos empezó a hablar entrecortadamente. Durante diez minutos estuvo explicando al detalle todo lo que Javier ya intuía; cómo el recepcionista le había dado las claves y cómo entraba en las habitaciones como Pedro por su casa. El fallo en seguridad era clamoroso. Salvador se iba a poner de los nervios.

—¿Qué crees que tengo que hacer contigo?

—Soy hijo único y mis padres se morirán cuando se enteren —

murmuró, de nuevo entre sollozos.

Javier acudió a la cocina americana que compartía espacio con el salón. Llenó un vaso de agua y se lo dio a Ramón. Este bebió con avidez.

—Mi nombre es Javier Gallardo, soy el comisario jefe de Información de la Policía Nacional. Ya te he enseñado mi placa. ¿Me conocías de antes?

—Creo que he visto su cara antes en televisión, o es posible que en el hotel.

Ramón recordó de repente. Lo había visto con el director alguna vez en el *hall* del Atheneum. Pero no entendía qué hacía un comisario tan importante en un asunto de tan poca monta como era la detención de un ratero. Javier le leyó el pensamiento.

—Me han hablado muy bien de ti, de tu mano izquierda con los huéspedes, tus conocimientos de informática, y ahora tú me has desvelado la facilidad que tienes para introducirte en sitios donde no deberías estar.

Ramón lo miraba, atónito. No sabía adónde quería llegar a parar. Javier, por otra parte, estaba empezando ya a cansarse de ese juego del ratón y el gato.

—Te voy a ser muy claro. La Brigada de Información de la Policía está investigando un asunto de vital importancia para el país. El Atheneum es una de las piezas de las que consta el puzle y nos vendría muy bien tener información desde dentro del hotel. No queremos infiltrar a nadie del cuerpo porque podría levantar sospechas. Necesitamos a alguien que ya lleve tiempo trabajando allí y además tenga buena prensa entre sus compañeros.

Ramón lo observaba sin pestañear.

—Esa persona podrías ser tú, pero va a depender de muchas cosas. La primera, que aceptes. Por supuesto, te puedes negar. Te prometo que tu negativa no influirá en nada en el marrón que te espera ahí fuera. Me explico; aunque te niegues, no haré nada para que los cinco años a la sombra se conviertan en siete.

Javier notó cómo Ramón volvía a estremecerse.

—También depende de que seas capaz de llevar a cabo los cometidos que te voy a dar, aunque aquí tengo menos dudas: tienes un don; has estado engañando durante mucho tiempo a tus jefes y compañeros. Si te prestas a colaborar, no te voy a prometer que vas a salir incólume de la que has organizado, pero sí que tienes mi palabra de que utilizaré todas mis influencias para que no entres en la cárcel. Esto es todo lo que te puedo prometer, y te aseguro que es mucho.

Ramón lo miró a los ojos. Javier pudo leer en su mente cómo estaba computando todo lo que le había dicho. Mientras el chico se decidía, se odió por lo que estaba haciendo. Cada vez se estaba convirtiendo más y más en una caricatura de policía de los años cincuenta. «Estás llegando demasiado lejos —pensó— y además te vas a poner en las manos de un

ladronzuelo de poca monta. ¿Quién te asegura que no te diga ahora que sí y mañana desaparezca? O lo que es peor: que busque a un picapleitos, le cuente todo este folletín, el abogado vea que en el fondo no tengo nada y me caiga una demanda de cojones. Déjalo todo ahora que estás a tiempo, vuelve a tu cómoda posición en el cuerpo que tanto esfuerzo te ha costado conseguir, y deja que las cosas fluyan a su ritmo. No eres el eje del mundo, capullo, por mucho que te lo creas.»

Ramón estaba concentrado mirando el parqué del suelo. El comisario no le había asegurado nada, pero sabía que su negativa podría implicar su ingreso inmediato en prisión provisional. Las pruebas que tenían podían ser sólidas y, además, ahora se daba cuenta, estaba su propia confesión, que seguro que había grabado el comisario. Se limpió las lágrimas con el reverso de la mano y sacó de sus ensoñaciones a Javier cuando se dirigió a él.

—Cuente conmigo. Dígame qué tengo que hacer.

XX

Si no fuera por el tremendo frío que pasaba en la calle, Akín no podría estar más feliz. El turno se le había dado muy bien. Tenía noventa euros más que hace ocho horas y el recuerdo de Amelia le hacía más llevadero el a veces monótono trabajo que tenía. La semana pasada, cosa extraña, había librado el domingo y había pasado el día con sus mellizas y Amelia en Segovia. Estaba maravillado de lo bien que se llevaban las tres. Tanto Faith como Patience habían acogido a Amelia como la madre que tanto echaban de menos y necesitaban. Y el trato de Amelia hacia ellas no podía ser más cariñoso. Disfrutaron muchísimo en Segovia. Para los tres nigerianos era la primera visita que hacían a la monumental ciudad y Amelia reía ante la cara de asombro que pusieron cuando vieron el acueducto y se enteraron de que tenía casi dos mil años. El cordero que tomaron en Casa Duque les supo a gloria, y después pasearon por las inmediaciones del Alcázar. Akín era consciente de las miradas extrañadas que recibía Amelia de los viandantes, al verlos cogidos de la mano, pero no solo parecía no importarle, sino que se apretujaba contra él cuando estas se hacían más descaradas.

Después, ella se había quedado a dormir en el piso de Vallecas. Las niñas, por otra parte, se habían integrado a la perfección en la vida madrileña. De hecho, Akín había tenido mucha suerte de encontrar plaza para ellas en el colegio concertado Nueva Castilla en el mismo barrio, donde ni por asomo eran las únicas alumnas negras, habida cuenta de la alta densidad de emigrantes de la zona. Faith y Patience superaron rápido la barrera del idioma y se encontraban estudiando cuarto de primaria, un curso por debajo de su edad pero muy encima de lo que se espera de dos niñas que llegaron a España sin saber una palabra de castellano. El colegio quedaba a poca distancia de su casa, por lo que los días que Akín tenía turno de tarde volvían solas a casa y calentaban en el microondas lo que su padre les había dejado preparado el día anterior.

Akín bajó andando hasta Atocha y allí tomó la línea 1 de metro con dirección a la Villa de Vallecas. En el trayecto siguió reflexionando sobre la relación con Amelia. Después de la noticia que les darían a las niñas el día de Navidad, habían decidido empezar a vivir juntos a partir del 1 de enero. Amelia parecía haber perdido por fin el miedo y él cada día

estaba más feliz de su relación. Sufría al ver las miradas de desprecio que a veces advertía en la gente, pero era algo que, estaba seguro, tarde o temprano dejaría de importarles.

Akín bajó del metro y cinco minutos después ya estaba en su calle. Esa noche, al igual que casi siempre que tenía el turno de tarde, Amelia se quedaría en Madrid. Esta, por otra parte, aprovechaba los pocos momentos libres que le dejaba su trabajo para ir preparando la intendencia necesaria para el cambio de domicilio que se produciría en pocos días. Habían decidido, en principio, vivir en la casa de Akín. Al finalizar el curso escolar, si todo marchaba como esperaban, buscarían otro piso en Madrid, más cerca del trabajo de ambos. Instintivamente, miró hacia la tercera planta de su edificio, buscando las luces en su vivienda. Estaban apagadas. Normal, pensó, ya era cerca de la una de la madrugada. Subió los escalones de dos en dos, deseando ver a sus hijas para besarlas.

Lo primero que le extrañó al abrir la puerta fue sentir el frío que hacía en el piso. Las crías deberían de haber olvidado conectar la calefacción. Fue encendiendo luces hasta llegar al dormitorio de las pequeñas. Las camas estaban como las había dejado al mediodía, arregladas pero vacías. La vista se le empezó a nublar. Recorrió los pocos rincones que le quedaban de la casa, buscándolas. El piso estaba desierto. En la nevera continuaba el táper con la cena que había dejado preparada para ellas. No sabía qué hacer. Miró su móvil, por si había recibido alguna llamada o mensaje. Nada. Se maldijo por haber hecho caso al tutor del colegio de las niñas, que le había recomendado no comprarles uno, ya que consideraba que aún eran muy pequeñas. El teléfono de la casa no tenía contestador, pero el auricular estaba colgado y la línea funcionaba perfectamente. Se sentó, abatido en una silla, frente a la mesa ovalada del comedor. No sabía por dónde empezar. Sin dudarlo, decidió llamar a Amelia. No había cogido el móvil todavía cuando lo vio: en la mesa había desaparecido el adorno de flores secas que Amelia había traído una de las veces que vino a cenar, y en su lugar había un paquete del tamaño de una caja de pañuelos. Estaba envuelto en papel de regalo con motivos navideños.

Rasgó el papel y descubrió un cofre de madera, propio de la artesanía nigeriana. Levantó la tapa. Dentro, un papel de seda ocultaba el contenido. Lo retiró y, al ver el interior, una profunda arcada le hizo vomitar con fuerza. Cuando terminó, un gemido fue naciendo desde el fondo de su pecho hasta convertirse en un alarido estremecedor. Intentó controlarse y volver a la realidad golpeando la cabeza contra la pared del comedor. Un pequeño hilo de sangre empezó a deslizarse por su frente. Con auténtico pavor, volvió a mirar el contenido de la caja. Allí seguían las dos pequeñas orejas negras. Las dos pertenecían al lado derecho de la cabeza y cada una llevaba en el lóbulo un pendiente: un delfín de plata. La sangre ya se había secado y apenas quedaban rastros

de ella en el papel de seda. Pensó que todo era un sueño. Estaba en España, Europa, y esas cosas aquí no pasaban. Y él no había hecho daño a nadie. Vio también la nota doblada que acompañaba a lo que sin duda eran las orejas de sus niñas. Necesitó sentarse para recuperar las fuerzas que requería para desdoblar la nota y poder leerla. Estaba escrita a ordenador en inglés con evidentes giros lingüísticos nigerianos.

Si deseas recuperar el resto de tus hijas, a partir de este momento debes obedecer todas las órdenes que te iremos dando.

Estas son las primeras:

- No intentes acudir a la Policía.
- Sigue en tu trabajo, sin comentar esto con nadie.
- Deja de inmediato la relación que mantienes con la zorra infiel del Atheneum. No la vuelvas a ver fuera del trabajo ni a hablar con ella. Mándale un mensaje desde el móvil diciendo que vuestra historia ha terminado, y si intenta acercarse a ti no se lo permitas ni por supuesto le cuentes lo que ha pasado.

Ya sabes lo poco que puede significar para nosotros la vida de dos niñas cristianas y que jamás dudamos a la hora de ejecutar la Justicia Divina, pero sigue al pie de la letra todas nuestras instrucciones y, antes de una semana, volverás a tener a tus hijas. Alguien de nosotros se pondrá pronto en contacto contigo. Cuando esto pase no tendrás dudas de que va de nuestra parte.

No olvides que controlamos todos tus movimientos.

La nota no tenía firma ni fecha. A Akín se le cayó de la mano, terminando en el suelo del comedor. La cogió y la volvió a leer. No pudo evitar tomar en sus dedos las inertes orejas y besarlas. Los delfines de plata que Amelia les había regalado por su cumpleaños refulgían a la luz de la lámpara central del comedor.

* * *

Abdul se admiró de lo fácil que había resultado todo. A las 16:30 ya había llegado a los alrededores del colegio Nueva Castilla. Le había dicho a Kingsley que aparcase cien metros antes de llegar al colegio el Citroën C4 que había alquilado en la recepción del Palace. Él estaba estratégicamente situado, enfrente, observando la salida de los alumnos. A las 17:05 las vio salir. Cada una portaba una mochila con un unicornio rosa pintado y caminaban cogidas de la mano. Las dejó andar hacia su casa mientras las seguía y, una vez que torcieron por la segunda calle y estaban fuera de la vista de todos los padres que esperaban a sus hijos, las abordó. Ellas no se sorprendieron mucho cuando vieron a su «tío» Abdul, incluso se alegraron.

—Hola, preciosas. Papá me ha dicho que os recoja. Vamos a una fiesta que dan unos primos de Nigeria. Habrá otros niños y muchas sorpresas.

—¿Y papá? —preguntó Faith.

—Viene más tarde. Ha pedido permiso en el hotel para salir antes. Tiene mucho interés en que vayáis los tres. Vais a ver gente que ya conocíais de Benín.

Kingsley, que los había seguido en el coche, paró a la altura de donde estaba.

—Mirad, este es mi primo Kingsley. Es amigo de papá. Nos va a llevar en su cochazo.

Kingsley las saludó, también en inglés. Las niñas montaron en el asiento de atrás. Utilizando el navegador que incluía el vehículo marcharon hacia Torrejón. Estaba chispeando, y a esa hora el tráfico en la M-30 y en la N-II era muy alto. Tardaron cerca de cuarenta minutos en llegar. Kingsley aparcó en la calle, cerca del piso franco, y subieron las cuatro plantas. Charles les abrió la puerta, invitándolos a pasar. Saludó a las pequeñas dándoles la bienvenida.

—¿Y los otros niños? —preguntó Patience.

—Enseguida vienen —respondió Charles—. Sentaos mientras tanto en el sofá a ver la tele. Vuestro papá vendrá también pronto.

Quitándose las mochilas y los anoraks, las niñas se acomodaron en el sofá, conectando de inmediato con los dibujos animados que había en la televisión. No se percataron de que Abayomi, que había llegado ya de su trabajo en RTVE, salía de uno de los dormitorios con dos apósitos de gasas. Entregó uno a Charles y avanzaron hacia las niñas. Les taparon la nariz y la boca con las gasas y el cloroformo hizo efecto con rapidez. Una vez dormidas, las trasladaron a la cama de matrimonio que había en la habitación más grande. Encima de la colcha había una sábana blanca. Tumbaron a las niñas y Abayomi, una vez que se aseguró de que estaban inconscientes, abrió el maletín que tenía en la habitación. Sacó una jeringuilla y la cargó con una dosis de novocaína. Pinchó en una de las zonas más carnosas de la oreja de Faith e inyectó el contenido. Hizo la misma operación con Patience. Dejó pasar cinco minutos para asegurarse que el anestésico había hecho efecto, y volvió de nuevo a Faith. Con el bisturí realizó un corte recto y firme por la zona exterior del pabellón auditivo. A continuación, aplicó gasas para parar la hemorragia y utilizó unas tijeras especiales que llevaba para terminar de recortar el apéndice. Lo depositó en una bandeja metálica para que soltara toda la sangre y se dispuso a coser la piel por donde había realizado el corte. Vendó la herida y comenzó de nuevo la operación con Patience. Cuando terminó, colocó a las dos en la cama bocarriba. A pesar de que aún quedaba algo de luz natural, en la habitación tenía que usar la luz eléctrica, ya que la contraventana había sido condenada desde dentro, para que no se pudiera abrir.

—Cada ocho horas —se dirigió a todos— hay que darles una de estas pastillas. —Les entregó una caja completa de amoxicilina—. Por las curas no os preocupéis, que las haré yo cada día cuando venga. Si les

sube la fiebre y no estoy aquí, me llamáis.

—Bueno, bueno. Menos miramientos. Si se infectan y mueren, habrá sido la voluntad del cielo —dijo Charles—. ¿Has traído tranquilizantes?

—Sí, aquí los tenéis. —Les proporcionó una caja de Orfidal—. Con su edad, una pastilla que tomen cada ocho horas será suficiente para que se mantengan medio zombis todo el día.

—¿Cuándo se despertarán?

—Dentro de dos horas.

—Kingsley —continuó Charles—, volverás a tu observatorio del Palace. Guarda el coche en el garaje público que hay enfrente del hotel, por si lo necesitamos. Vendrás aquí cuando yo te reclame. Abayomi, como te comenté, solo saldrás de aquí para ir a trabajar. Además, el fin de semana libras, ¿no? —Este asintió—. Esto quiere decir que como mucho te quedan solo dos días de trabajo. El resto del tiempo me ayudarás aquí con la preparación y con las niñas. Abdul, estaremos en contacto con el nuevo móvil. Creo que ya tienes en tu poder todo el material que vamos a necesitar, ¿no?

—Totalmente.

—Perfecto, continúa trabajando y controlando todo lo que pasa en el hotel. Ahora volverás a Vallecas y dejarás en la casa de Akín el «regalito» que tenemos para él. Tu próximo paso ya sabes cuál es. ¿Crees que seguirá nuestras instrucciones?

—Al pie de la letra, estoy seguro. Quiere a sus hijas más que a nada en el mundo. Durante mucho tiempo nos ha estado dando la tabarra a todo el personal del hotel sobre cómo las echaba de menos hasta que las trajo de Nigeria.

—Es muy importante que se mantenga alejado de la puta esa que trabaja con él.

—Déjalo de mi cuenta. Nos hará caso.

—Todo tiene que estar preparado y queda muy poco tiempo. ¿Seguís sin vigilancia?

Todos asintieron.

—Manteneos alerta. Esa vigilancia puede retornar en cualquier momento y eso sería fatal.

—Si ese ministro ya ha dado la orden —ahora habló Kingsley—, faltando a la lealtad a su país, ya no se volverá atrás. Por ahí no tendremos problemas.

—Bien, ya solo queda esperar. He repasado la comida y bebida que tenemos, será suficiente. Las niñas son muy pequeñas, pero no me fío de nadie. Antes de marcharte colócales las esposas y la cinta aislante en la boca. Seguro que querrán gritar cuando vean dónde y cómo están. Las cintas se las quitaremos solo para darles de comer y siempre con la amenaza de dañar a la otra si gritan. Todo está saliendo según lo previsto. Shekau y nuestros hermanos van a estar muy orgullosos de nosotros.

XXI

Javier Gallardo llamó por teléfono a Salvador cuando se quedó solo. Le dijo que seguía prefiriendo hablar con él de incógnito, no fuera que alguno de los nigerianos sospechosos lo reconociera, por lo que le pidió que volviera de nuevo a su apartamento. Allí podrían hablar con tranquilidad.

Mientras lo esperaba, repasó la conversación con el botones. En efecto, como Ramón había imaginado, había grabado la conversación que tuvo con el joven en su móvil. Una vez que a este se le pasó el llanto y pudo calmarse se mostró muy colaborador. Javier le explicó lo que esperaba de él, y no puso ninguna pega. Al revés; cuando le comentó las personas a las que debía controlar llegó incluso a sonreír. Parece ser, le comentó, que el tal Abdul no le caía nada bien a nadie en el hotel.

Sin explicarle la razón, le preguntó por Amelia y por Akín, pero poco podía aportar. Apenas tenía trato con ellos y su relación era normal, tirando a buena en el caso de la gobernanta, ya que esta también lo tenía muy bien considerado. Le brilló la mirada cuando Javier le preguntó si había visto alguna vez al ministro Ruiz-Mansilla. Javier se percató de inmediato que algo sabía. Esperó a que el chico se explayara. Este vio con alivio que ya tenía algo que aportar al comisario. Empezaba a ganar los puntos necesarios para conseguir su indulto particular.

—Viene desde hace tiempo a menudo por el hotel, casi siempre al *spa*. Aunque a veces lo he visto en la cafetería o entrando en el restaurante. —Al ver que Ramón titubeaba, Javier lo animó con la mirada a que continuase—. Precisamente hace unos días, en el comedor de personal, una camarera dijo que lo vio salir de una habitación. El recepcionista que estaba comiendo con nosotros dijo que era imposible, ya que la habitación pertenecía al torero Rafael de Utrera.

El pulso de Javier se aceleró. Fue consciente de inmediato de la importancia que podía tener la información en caso de que fuera cierta; lo mismo podía ser una invención de Ramón para irse congraciando con él.

—¿Estás seguro? —Ramón asintió—. ¿Recuerdas quiénes estabais comiendo en la mesa?

—La camarera, que tiene fama de ser un poco alocada —se detuvo, haciendo memoria—, el recepcionista, un camarero y… —se le

iluminaron los ojos al recordar— Abdul. Lo recuerdo muy bien, porque este se marchó antes de que terminase su tiempo de comida.

De nuevo las coincidencias, pensó Javier. Pero ahora era mucho más que eso. Por fin un hilo de donde tirar. Le preguntó a Ramón si tenía claro todo lo que tenía que hacer. Este asintió. Le dijo que apuntase su teléfono móvil y le pidió el número del suyo. Le recordó que tenía que llevarlo siempre encendido, incluso durante la noche, y que debería contestar de inmediato cuando fuera él quien llamaba. Le dijo que regresase al hotel y continuase con su turno. Estaba ya advertido de que solo podría hablar de este tema con él o con el director. Le despidió sin darle mano.

Mientras llegaba Salvador, llamó a Fernando Luengo y le pidió que buscara información sobre Rafael de Utrera y que volvieran a revisar las páginas web taurinas que visitaba el ministro. Después de colgar le entró una ligera aprensión.

Lo único que tenía claro de todo este embrollo en el que se había metido era que, tocara la tecla que tocara, siempre salía el mismo escenario: el hotel Atheneum; y los mismos actores: el ministro Ruiz-Mansilla, Abdul y Akín. Oyó el ruido de la cerradura e instantes después Salvador estaba sentado a su lado en el salón. Javier le explicó con todo detalle la conversación con el botones. Advirtió que el director del hotel se abochornaba al mostrarle el agujero en la seguridad que había provocado todo. Cuando el comisario le preguntó sobre la posible relación entre el torero y el ministro, Salvador denegó con la cabeza. No tenía ni idea.

—Bien —continuó Javier—, parece que Ramón va a colaborar, aunque, como imaginas, no me fío ni un pelo. Pero es lo único que tengo.

—Por cierto, su jefe, Carlos del Valle, sabe que es sospechoso de los robos. De hecho, fue quien vio en los listados de la cerradura sus datos. Además, es su superior directo. Será muy difícil contar con Ramón sin su conocimiento.

Javier se quedó pensativo. Salvador llevaba toda la razón. No había pensado en eso, pero tenía claro que no podía abrir el abanico. Ya era demasiado tener que confiar en Salvador y en el botones como para meter a más personas. Todo su plan se podía ir al garete si se producía una filtración. Con Salvador sabía que no habría problema. Era el primer interesado en guardar silencio; su posición se volvería muy inestable en el hotel si se descubría su participación. Y con respecto a Ramón, no le quedaba más remedio que confiar a que el miedo que tenía el muchacho le impidiera acudir a nadie con esta historia.

—Lo siento, Salvador, pero tenemos que inventar algo para que tu jefe de recepción no sepa lo que está pasando. Además, ahora me doy cuenta, es posible que tengas que cambiar los turnos del botones a mi conveniencia. Es más, te rogaría que, en principio, deje de librar y

trabaje todos los días.

—Es demasiado lo que me pides. Carlos se daría cuenta de algo. Nos conocemos desde hace muchísimos años y es una persona de mi total confianza. Le extrañaría muchísimo que yo no se lo comentara. Es más —sonrió—, incluso podría llegar a pensar que yo estoy en el ajo con el botones en el tema de los robos.

Javier se quedó dudando. En efecto, era un obstáculo inesperado. Pero no quería ceder. Al ver que el silencio continuaba, Salvador le ofreció hacerle un café. Javier asintió.

Aspiró con agrado el aroma de la taza cuando se la sirvió.

—Imagino que Carlos sabe de mi existencia, ¿no?

—A medias, sabe que somos amigos y que me has ayudado en algún caso en concreto, pero respecto a este asunto lo único que le dije es que te consultaría para ver si el chico tenía antecedentes.

—Me reitero en lo anterior. Nos estamos jugando mucho. Le vas a decir que se está haciendo una investigación profunda del chico, y que te estoy aconsejando que le pongas a prueba.

—No, lo siento, Javier. No lo voy a hacer. Por tres motivos. El primero, porque Carlos no es gilipollas. Esa historia está cogida con alfileres. El segundo, porque me estás diciendo que va a haber que cambiarle turnos y funciones; necesitamos su colaboración. Y la tercera y más importante: Carlos es mi amigo. Ni puedo ni quiero mentirle. No solo no me perdonaría cuando al final se entere de toda la movida. Lo peor es que no me lo perdonaría yo.

Javier apuró su café.

—Tú ganas. Si te parece, vamos a repasar lo que quiero de Ramón.

* * *

Akín seguía sentado con la nota en la mano. La sangre, que no cesaba de manar de su frente, goteaba en el papel. Había perdido la noción del tiempo. Continuaba pensando que la pesadilla iba a acabar en cualquier momento y que se despertaría en los brazos de Amelia. Salió de su estado de conmoción al oír que su móvil no paraba de sonar. Miró la pantalla y vio que era precisamente Amelia. Lo dejó sonar mientras releía de nuevo la nota. Todas las noches que Amelia no dormía con él le mandaba un mensaje de buenas noches al llegar a su casa. Hoy no lo había hecho y supuso que Amelia no se había dormido esperándolo. Miró el reloj. Era ya la una y media. Por enésima vez releyó la nota. Con el corazón encogido entró en WhatsApp y con dedos temblorosos redactó uno para ella.

> Amelia, he estado pensando estos días y mejor para todos es cortar relación. Gracias por todo, pero no volver vernos fuera de trabajo. Por favor, no insistir.

Sostenía el móvil con su mano derecha mientras redactaba el mensaje. Apenas podía controlar su dedo índice cuando intentó dar la orden de «enviar». Finalmente, lo consiguió. Vio que Amelia apenas tardó dos segundos en abrir el mensaje. Se quedó mirando la pantalla esperando la respuesta de ella, pero esta no se produjo. Tuvo tentaciones de apagar el teléfono, pero no lo hizo. En cualquier momento se pondrían en contacto con él los secuestradores. No necesitó darle muchas vueltas a la cabeza para llegar a la conclusión de que un grupo terrorista de Nigeria había secuestrado a sus niñas. Le habían dejado demasiadas pistas. Pensó de inmediato en Abdul, pero lo desechó de su cabeza. Abdul solo le había beneficiado desde que lo conocía, y, además, quería mucho a las niñas. Recordó con sufrimiento que había estado hacía solo unos días en esta casa felicitándolas. Se preguntaba por qué lo habían elegido a él. No tenía dinero, ni influencias, ni enemigos, que él supiera. Lo peor era el sentimiento de inacción que le empezaba a poseer. Quería a sus hijas más que a nada en el mundo.

El dolor que sentía era incluso superior a cuando perdió a Blessing en el incendio de la capilla. Poco después, el telefonillo del portero automático sonó produciéndole el mismo efecto que el cañonazo de un barco. Saltó de la silla hacia el pequeño recibidor donde estaba colgado el auricular. Ya iba a cogerlo cuando lo pensó mejor y se asomó por el balcón a la calle. Abajo estaba Amelia, sin abrigo. Un taxi con las luces de emergencia encendidas estaba aparcado en doble fila frente al portal. Acudió de nuevo al recibidor y levantó el aparato. Amelia, que había notado cómo descolgaba, empezó a hablar agitadamente.

—Akín, por favor, ¿estás ahí?

Este tragó saliva antes de contestar.

—¿No has leído mensaje?

—Claro, por eso estoy aquí. ¿Qué está pasando, amor?

—Ya te he dicho en mensaje. No quiero que sigamos juntos.

—¿Por qué, POR QUÉ, Akín? ¿Quieres matarme de dolor? Déjame subir, te lo suplico.

Akín vio que no le quedaba más remedio que cambiar el tono. Si no, ella no se marcharía de ahí.

—Mujer, ¿no quieres entender? FUERA DE AQUÍ, NO QUIERO VERTE MÁS.

Colgó el telefonillo mientras sentía que las lágrimas empezaban a correr paralelas por sus mejillas con las gotas de sangre que no cesaban de caer de su frente. Apagó la luz del comedor y se asomó por el balcón. Observó cómo Amelia montaba en el taxi y este arrancaba. Volvió al comedor a sentarse en la misma silla. Escondió la cabeza entre sus brazos apoyándose en la mesa. De nuevo un quejido que parecía no tener fin salió de su garganta.

XXII

Akín era incapaz de apartar la mirada del cofre de madera donde ya no estaban las orejas de las niñas. Las había metido en una bolsa de plástico y colocado dentro del congelador. En su total ignorancia médica no tenía ni idea si podían ser recuperables en un futuro para reimplantarlas. El móvil seguía encendido, pero no había tenido ni llamadas ni mensajes. El recuerdo de su comportamiento con Amelia había pasado a un segundo plano. Toda su atención se centraba en intentar obtener algo de luz de la nota que acompañaba a los apéndices, que releía sin parar. Se daba cuenta de que estaba entrando en un bucle sin sentido. Seguía sin entender qué podría tener él tan valioso para que alguien hubiera decidido secuestrar a dos niñas.

Cuando sonó de nuevo el telefonillo no lo oyó, ensimismado como estaba. Tuvo que repiquetear varias veces para que saliera de su abstracción. Se sobresaltó y miró la hora; eran ya las tres de la mañana. Volvió a asomarse al balcón, pensando que Amelia había vuelto, y observó, sin embargo, la silueta de Abdul esperando frente al portal. Le abrió de inmediato. El sentimiento de alivio que experimentó al observar a alguien conocido se evaporó. ¿Qué pintaba su paisano a esas horas en su casa? Era imposible que se hubiera enterado del secuestro. No había hablado con nadie, ni siquiera con Amelia. Asustado y expectante, abrió la puerta de la vivienda esperando a que Abdul llegara.

Este le dio las buenas noches y entró sin pedir permiso. En la cara de Akín advirtió su sufrimiento. Su compañero le indicó con la mano que se sentara en el comedor, mientras advertía que los ojos de Abdul se habían dirigido al pequeño cofre. Akín era incapaz de hablar. Empezaba a comprender que Abdul no traía buenas noticias.

—Akín, debiste hacerme caso cuando te pedí que te convirtieras al islam.

Al ver que no respondía, sacó un estuche y se lo entregó. Akín lo tomó con manos temblorosas. No tenía envoltorio. Lo abrió y vio que sobre una base de terciopelo negro refulgían dos delfines de plata. La verdad entró a hachazos en su cabeza. Saltó como un resorte, derribando su silla. Solo necesitó su poderosa mano derecha para levantar a un Abdul, que se había tapado la cara con las manos previendo sin duda el ataque.

Lo mantuvo unos segundos en el aire y lo estampó con un fuerte estruendo contra la pared. Cayeron al suelo dos cuadros que estaban colgados y no habían podido resistir el impacto. Mientras lo mantenía inmovilizado por el pecho, empezó a estrangularlo con la otra mano.

—¿Dónde están mis niñas, hijo de puta? —le escupió, más que preguntó, poniendo su boca a escasos centímetros de la de Abdul.

Este se mantenía impasible, con una media sonrisa en sus labios que a Akín le hizo aflojar la mano. El recuerdo de Faith y Patience se impuso al dolor y la locura momentánea en la que se había sumido al ver los delfines. Sabía que si mataba a Abdul no vería nunca más a sus hijas. Poco a poco fue retirando su mano del cuello y se apartó de él. Abdul cayó al suelo respirando con dificultad hasta que recuperó el resuello y se pudo levantar. Se volvió a sentar en la silla e indicó a Akín que lo acompañara. La media sonrisa se había convertido en un rictus de desprecio. Sabía que Akín no era tan imbécil como para matarlo. Podía haber utilizado la pistola que llevaba para evitar la agresión, pero Charles le ordenó que lo hiciera de esta manera, a fin de que Akín asumiera que estaba totalmente en sus manos.

—Escucha, maldito infiel. A partir de ahora yo soy tu dueño. Si quieres ver a las niñas deberás no solo seguir las órdenes de la nota. Obedecerás todo lo que te diga. Ya hemos visto cómo has despedido hace un rato a esa puta. —Akín apretó los puños, pero se mantuvo en la silla—. Bien hecho, pero ahí no termina todo. Acaba de empezar. Sé que la semana que viene tienes el turno de mañana, debes cambiarlo, de forma que trabajes todos los días por la tarde. No podrás librar entre semana, solo el sábado y el domingo.

—¿Y si mi compañero no quiere? —balbuceó Akín.

—Ese es tu problema. Le engatusas, le comes la polla o le matas, a mí me da igual. Cuando mañana salga de trabajar, tengo que ver en los turnos que guardáis en el cuarto de consigna de equipajes que se ha realizado el cambio.

—Pero mañana no entro hasta por la tarde —protestó Akín.

—Le llamas por teléfono, o te vas a verle antes al hotel y se lo pides. Escucha de nuevo, imbécil. Esto no es una broma. Creo que recuerdas cómo las gastamos en Nigeria. Te juro que si mañana a las cuatro de la tarde no me has obedecido y no se ha realizado el cambio, por la noche recibirás otro paquete. Y esta vez será más grande. Lo suficiente para que quepan dos cabezas.

Ahora fue Abdul quien cogió de la ropa a Akín, obligándolo a mirarlo a los ojos. Hizo que subiera a su garganta un oscuro y espeso esputo y se lo lanzó a la cara.

—Estúpido infiel, ¿creías que solo por venir a lo que vosotros llamáis un país civilizado podrías evitar la vergüenza de profesar una religión repugnante, traicionando a tu raza y a tu origen? Estate muy pendiente del teléfono. Seguirás recibiendo instrucciones.

Abdul se levantó y desapareció por la puerta, dejándola abierta. Akín se levantó a cerrarla y entró en el cuarto de baño. Se limpió los restos del escupitajo que aún quedaban en su cara y la sangre reseca del rostro y observó que la herida había dejado de sangrar. Toda la ira que no había podido sacar en su encuentro con Abdul se le vino encima. Cerrando los ojos, atestó un fortísimo puñetazo en el espejo que había encima del lavabo. Este cayó hecho pedazos, y un dolor muy agudo en su mano le indicó que posiblemente se había roto. Se recostó contra la pared de azulejos y se dejó caer al lado del inodoro. Dejó de sentir dolor en la mano. En su cabeza no había sitio para el dolor físico, ni siquiera para la ira que le embargaba o para el recuerdo de Amelia. Solo cabía la inmensa pena de no tener a sus hijas durmiendo en la habitación de al lado.

XXIII

Amelia estaba haciendo auténticos esfuerzos para mantenerse en pie. Se encontraba en la lavandería del hotel inspeccionando la ropa de cama que los *valets* subirían a las habitaciones. Por supuesto, no había pegado ojo en toda la noche. Cuando ayer entró de nuevo en el taxi para regresar a Madrid, se derrumbó por completo. Se tapó la cara con las manos intentando detener unos sollozos que iban subiendo de volumen hasta el punto de que el taxista, atónito, aflojó la velocidad del vehículo y se volvió hacia ella, preguntando solícitamente si la podía ayudar. Ella denegó con la cabeza y le pidió que la llevara lo más rápido posible a su casa.

En el refugio de su apartamento continuó llorando. No entendía nada. Había visto en el hotel a Akín por la mañana y se habían intercambiado miradas de complicidad y deseo. No era posible que hubiera dado un cambio tan brutal en apenas unas horas. Necesitaba una voz amiga y no se le ocurría ninguna a quien llamar. Uno de los resultados de su entrega casi absoluta a su trabajo se traducía en la ausencia de lo que más necesitaba ahora: la amiga íntima en quien descargar el pesado fardo que Akín le había echado encima.

Pasadas un par de horas, las lágrimas empezaron a cesar, pero no el sentimiento de vacío que sentía. Según recobraba un mínimo de consciencia empezó a buscar explicaciones. La más obvia era que el repudio se debía a su edad. O bien que otra mujer había ocupado su puesto en el corazón de él. Movió con fuerza la cabeza, intentando espantar ese pensamiento: el Akín que ella conocía era incapaz de fingir una doble relación.

Se levantó y se miró en el espejo del cuarto de baño. El rímel corrido y los restos de carmín habían creado un cuadro abstracto en el lienzo ajado en que se había transformado su cara. Los cinco años que siempre aparentaba de menos se habían convertido en veinte de más. Aprovechando que estaba en el baño, tomó un Orfidal del pequeño botiquín que tenía en una de las cajoneras del lavabo. Se echó vestida en la cama, esperando que el relajante la sumiera en un limbo que la hiciera olvidar el infierno en que se acababa de transformar su vida. La falta de costumbre de su cuerpo a los tranquilizantes hizo que poco a poco los párpados se le fueran cerrando.

El despertador digital que tenía en la mesilla sonó como todos los días a las siete en punto. Nada más abrir los ojos lo primero que pensó fue que salía de una horrorosa pesadilla y que esta noche estaría de nuevo en los brazos de su Akín. Pero al notar que estaba vestida y que un cansancio como pocas veces había sentido agarrotaba su cuerpo, la realidad se le mostró descarnada. Revivió la escena de la noche anterior, escuchando la crueldad del tono de voz de Akín, diciendo que no quería volver a verla más. Reprimió la tentación de no ir a trabajar al hotel. Avergonzada, se dio cuenta de que esta vez no era por sentido de la responsabilidad, sino por no perder la oportunidad de poder ver a Akín, que entraría en el turno de tarde.

* * *

Salvador había decidido comenzar el día hablando con Carlos del Valle, explicándole todo lo que estaba pasando. Lo hizo mientras desayunaban juntos en una mesa apartada del restaurante. Carlos lo escuchó con atención mientras Salvador intentaba justificar lo que hoy, cuando se despertó por la mañana, le pareció una locura. De hecho, él tampoco había dormido mucho por la noche. Su ética profesional estaba volando por los aires. Estaba autorizando que se espiase a unos trabajadores, en el fondo compañeros de él. No había dado parte al consejero delegado del hotel, como era su obligación, y para acabar de rematarlo estaba permitiendo que un delincuente como Ramón continuase llevando el uniforme del Atheneum. No estaba muy lejos de la realidad cuando, bromeando con Javier, le dijo que acabaría de *maître* en cualquier hotel.

Durante más de diez minutos solo habló él, explicando a su subdirector la conversación con Javier, pero también todas sus preocupaciones respecto a Amelia.

—Salvador —le contestó Carlos cuando terminó de hablar—, ¿cuántos años llevamos juntos?

—Tendría que hacer memoria. Muchos.

—Pues eso. Durante todos estos años te he respetado y colaborado contigo y solo puedo dar gracias por el privilegio que supone cada día para mí trabajar a tu lado. Siempre me has apoyado y guiado en mis funciones. ¿Qué piensas que voy a hacer ahora, asustarme como un becario y decirte que no, por Dios, que no me metas en líos? Cuenta conmigo. Al fin y al cabo, si tú te tienes que ir del hotel, yo me iría contigo a donde fueras.

—Gracias, Carlos. Me temía que podía contar contigo —sonrió—. Como te he comentado, a partir de ahora Ramón queda liberado de turnos y obedecerá las instrucciones que yo le daré, directamente o a través de ti. Intenta, por favor, hacerlo de forma que pase lo más desapercibida para el resto del departamento.

Movió la cabeza al ver la cara que puso Carlos.

—Ya sé —continuó—, solo me falta que te pida eso. Por lo pronto, Ramón hará turno partido. Quiero que esté el mayor número de horas posibles en el hotel. En teoría, los del turno de tarde no tienen por qué enterarse de las horas que ha estado por la mañana, y viceversa. Cuando todo esto acabe, ya arreglaremos cuentas con Ramón. O las arreglarán conmigo —volvió a sonreír—. Otra cosa. Necesito una llave maestra de las taquillas de los vestuarios masculinos.

Carlos enarcó las cejas, sorprendido.

—En recursos humanos no deben saber que la he pedido yo. Invéntate algo, como que uno de los recepcionistas ha perdido la suya y necesita abrir su taquilla. Haces de inmediato una copia en la ferretería que hay aquí al lado, en la calle del León, y devuelves el original. Javier Gallardo me ha pedido que se la entregue a Ramón. Prefiero no saber lo que va a hacer con ella.

Carlos asintió, terminó su café y esperó a que el director firmara la nota que le había presentado el camarero para salir con él del restaurante.

* * *

Las pocas horas que llevaba en el hotel se le estaban haciendo insoportables a Amelia. Se había cruzado con Salvador Cano en la recepción y este, de inmediato, se percató de que algo le pasaba. Amelia se dio cuenta de que, a pesar de sus intentos de fingimiento y el maquillaje con que intentaba ocultar sus ojeras, su estado de ánimo era tan desastroso que con solo una mirada su director lo había detectado. Salvador le pidió que lo acompañase al despacho, la hizo sentar en una de las sillas que había delante de su mesa y, en vez de ocupar su sillón, él se sentó en la silla de al lado.

—Amelia, ¿se encuentra bien? —comenzó preguntándole. Ella tragó saliva antes de asentir, intentando que las lágrimas no apareciesen de nuevo. Lo consiguió, aunque pensó que debía de haber llorado tanto que se había quedado seca.

—Amelia, no soy un extraño, ahora le habla Salvador, su amigo. Olvídese que soy el director. Estoy muy preocupado por usted y no solo desde esta mañana, cuando he visto en su cara un sufrimiento que nunca había observado. Hemos pasado juntos por muchas vicisitudes, tanto laborales como personales. Nunca olvidaré cómo estuvo a mi lado cuando mi divorcio. Confíe en mí, por favor, solo deseo ayudarla.

—Gracias, don Salvador. Se lo agradezco, pero le ruego que no se preocupe…

Tenía un nudo en el estómago que le impedía continuar, y Salvador sacó un botellín de agua del minibar que tenía en el despacho. Lo abrió, llenó un vaso y se lo ofreció. Amelia lo tomó y bebió un par de sorbos.

Depositó el vaso encima de la mesa antes de continuar. Con gran esfuerzo miró a los ojos de Salvador.

—Últimamente no me encuentro muy bien físicamente, pero se me pasará pronto. Le ruego que tenga paciencia conmigo.

Salvador se quedó pensativo con la respuesta. Le sonó a excusa. Recordó los nervios con que había encarado a Abdul hacía unos días. Y eso seguro que no tenía nada que ver con ninguna enfermedad. Pero poco podía hacer si ella se cerraba de esta forma con él. Pensó en Javier Gallardo: tenía razón, cada vez más casualidades estaban ocurriendo en el hotel.

—Está bien, Amelia. Sabe que me tiene aquí para lo que necesite. ¿Por qué no se va a casa a descansar?

Amelia intentó mostrarse ofendida.

—Sería la primera vez, don Salvador, que me vería dejar a medias mi trabajo. Además, como usted sabe, tengo guardia de dirección este fin de semana.

Salvador la acompañó hasta la puerta. Ella se alisó el uniforme y volvió a su despacho. Estaba rellenando unos partes de trabajo cuando Ramón Buendía tocó en la puerta entornada pidiendo permiso para entrar. Amelia intentó sonreírle mientras este le entregaba unas órdenes de servicio y esperaba a que las firmase. Advirtió que los ojos del botones la escrutaban. Apreciaba mucho a Ramón, por lo que no se sintió ofendida por la mirada, aunque pensó que su aspecto debía de ser lamentable cuando todo el mundo se daba cuenta de su sufrimiento. El botones no hizo ningún comentario y salió del despacho con las órdenes. Se olvidó de Ramón y miró su reloj. Desde que había entrado a trabajar lo había hecho en innumerables ocasiones, contando los minutos que faltaban para que los porteros cambiasen el turno y pudiese encarar por fin a Akín.

* * *

Salvador comenzaba a darle la razón a Javier Gallardo. Estaban pasando cosas muy extrañas en el hotel que dirigía y todas afectaban a las piezas del tablero de ajedrez que le había mostrado el comisario. Al comportamiento extrañísimo de Amelia se unía la sorpresa que había sentido cuando, al llegar al hotel después de un almuerzo con los miembros del gremio de hoteles, le había abierto la puerta del taxi un Akín desconocido. De la figura alegre y atlética cotidiana del nigeriano no quedaba apenas nada. Se le veía encogido y su peculiar y perenne sonrisa había desaparecido por completo. Le dio las buenas tardes en un susurro. En vez de entrar en el hotel se quedó hablando con él. Observó cómo intentaba ocultar con la manga del abrigo la mano derecha vendada. Salvador, tocándole amistosamente en el brazo contrario, le preguntó qué le había ocurrido.

Bajando la cabeza, Akín le contestó que se había caído por la escalera la tarde anterior en su casa. Había ido a urgencias; no había hecho falta escayolarle y le habían dicho que en un par de días estaría bien. Se disculpó por estar trabajando en esas condiciones. Salvador negó con la cabeza y le dijo que si se encontraba dolorido cogiera la baja, que lo primero era su salud. Apreció cómo el nigeriano apenas podía hablar cuando le dio las gracias y le dijo que no sería necesario.

—¿Seguro que se encuentra bien? —insistió.

El portero asintió con la cabeza y Salvador se dirigió a la entrada no sin antes echarle una última mirada.

La reunión que Salvador había tenido con Amelia en su despacho le había dejado mal sabor de boca. Apreciaba de verdad a la gobernanta y todo aparentaba que estaba metida en un buen lío.

Cuando Carlos le entregó la llave de la taquilla, le pidió que mandase venir a Ramón. El botones pasó avergonzado. Salvador le entregó la llave.

—Es una copia de la llave de las taquillas. El señor Gallardo me dijo que se la entregase. Usted ya debe de saber lo que tiene que hacer. En cuanto a sus horarios, queda a las órdenes también del comisario. Lo he arreglado todo para que pueda estar el tiempo que sea necesario en el hotel. No se preocupe por su jefe. El señor Del Valle le facilitará todo lo que necesite.

Salvador, a pesar de que había dado la conversación por terminada, observó que el botones no se movía. Continuaba cabizbajo.

—Yo, don Salvador, quería…

Salvador le hizo callar con la mano.

—Déjelo, Ramón, ya hablaremos más adelante. Ahora, por su bien, cumpla con lo que le manden.

Tras salir Ramón, volvió a entrar Carlos del Valle para comunicarle que Akín había cambiado los turnos de la semana que viene. Aunque el personal de puerta y mozos de equipajes podían cambiar los turnos, necesitaban el visto bueno del jefe de recepción.

—Si esta semana está de tarde, la próxima le tocaría de mañana, ¿no?

—Sí, y eso es lo que más me extraña. La semana que viene es Nochebuena y Navidad. Nadie quiere trabajar de tarde.

—¿Lo ha pedido él o su compañero?

—Eso no me lo han dicho. Se han limitado a pedirme permiso cuando han cambiado el turno. Lo he autorizado y he venido rápido a contarlo, por si puede afectar a nuestra conversación de esta mañana.

«Y ahora esto», pensó mientras Carlos salía de su despacho. Suspiró y tomó su móvil. Javier Gallardo le contestó al primer timbrazo.

* * *

Al comprobar Amelia que por fin eran las cuatro de la tarde, entró en

una de las habitaciones que tenía pendientes de repasar y daban a la plaza. Se asomó al balcón y lo vio. Akín ya estaba en su puesto atendiendo a los clientes. Sabía que él no podía verla si no levantaba la vista, por lo que aprovechó para observarlo con atención. Le chocó ver su mano derecha vendada. Ayer no la tenía. Advirtió cómo abría la puerta de un taxi y se bajaba el director.

Se ocultó un poco en el balcón para no ser vista. El director debía de haber notado algo extraño en Akín, porque se detuvo a hablar con él, seguramente preguntándole por la mano, ya que Akín se la mostró. Después de darle un golpecito de ánimo en el brazo entró en el hotel. Ella sabía que no debía hacerlo, pero necesitaba verlo y hablar con él, aunque temía que no iba a ser bien acogida. Bajó al *hall* y buscó a una de sus camareras que estaban limpiando en un salón y le pidió que la acompañase. Con el pulso desbocado atravesó la puerta principal seguida por la limpiadora y salió a la calle. Miró de soslayo a Akín, que al darse cuenta de que era ella murmuró algo ininteligible mientras se tocaba la gorra. Amelia empezó a dar órdenes de limpieza a la camarera mientras no perdía de soslayo al portero. Cuando este terminó de atender a un huésped, le dijo a la camarera que volviera al salón y Amelia se quedó haciendo que revisaba el estado de la marquesina. Akín no la quería mirar. Finalmente, ella se dirigió a él, una vez que estuvo segura de que nadie los veía.

—Akín, por favor te lo pido, mírame.

—Señorita, estoy muy ocupado. ¿Desea algo de trabajo?

A Amelia se le cayó el alma a los pies al notar de nuevo su tono desabrido y, sobre todo, al escuchar la palabra «señorita» y advertir que no la tuteaba.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—Tropecé en escalera, señorita. No se preocupe mí, estar bien en días.

—Por Dios, Akín —Amelia miró alrededor para volver a asegurarse de que estaban solos—, explícame qué ha pasado. No me puedes despedir así.

Akín intentaba no mirarla, mientras buscaba con la vista algún cliente o la llegada de algún taxi para evitar estar a solas con ella, que seguía insistiendo.

—Ayer a estas horas éramos felices y necesito al menos saber por qué has cambiado tanto en solo unas horas.

Él, aprovechando que seguía sin aparecer nadie en la puerta y haciendo un gran esfuerzo, la miró a la cara. Frenó por un momento la cortante frase que tenía ya en los labios al observar el estado de desamparo que lucía Amelia. Se dirigió a ella, volviendo al tuteo.

—¿Otra vez tener que decir? ¿Acaso tú sorda? Ya no te quiero.

Solo el recuerdo de sus hijas le impidió acercarse a Amelia, abrazarla y cubrirla de besos cuando esta, al oír las tres frases, se tuvo que agarrar a uno de los pilares de la marquesina para no caer desmayada. Frenó su

impulso y le dio la espalda, negándose a mirarla. Amelia necesitó unos segundos para recuperarse. Sabía que ya no hacía nada ahí, tenía que meterse en el hotel. Ya lo iba a hacer cuando, al ver que Akín no se giraba e incluso se había separado unos pasos, le preguntó en voz alta:

—¿Cómo están las niñas?

Akín no se volvió, pero ella pudo apreciar cómo su ancha espalda comenzaba a temblar y cómo se echaba la mano izquierda a los ojos.

—¿Qué ha pasado, Akín?, ¿están bien tus hijas? —Akín se volvió hacia ella con el rostro desencajado y los ojos brillantes por las lágrimas.

—¡Fuera de aquí, mujer. No hablar contigo!

Amelia entró como un fantasma en el *hall* y se marchó hacia su despacho en la primera planta, deseando cerrar la puerta y poder desahogarse a solas. En su huida no advirtió que Ramón Buendía estaba situado por la parte interior de la puerta principal, desde donde no había escuchado pero sí visto toda la escena.

Una vez derrumbada en la silla de su despacho, se secó las lágrimas con un pañuelo y se golpeó con la mano en la cara.

«Despierta, Amelia —se dijo—. Toda la vida has estado luchando contra todo y sin ayuda. ¿Te vas a rendir ahora? Ya no eres una puta cría. Levántate y demuéstrate lo que vales, como has hecho siempre.»

Tomó el *walkie* y llamó a una de sus subgobernantas para decirle que tenía que salir. Se cambió con rapidez y salió del hotel por la puerta de servicio. No se giró para mirar a Akín, por lo que no supo si este la vio marchar. Subió por la calle del Prado y giró en Santa Catalina, para poder coger un taxi en la Carrera de San Jerónimo, lejos de las miradas de Akín.

No dudó cuando le dio al taxista la dirección de la Villa de Vallecas. Durante el trayecto, ya más calmada, se ratificó en la idea de que algo estaba sucediendo con las mellizas. Se encogió en el asiento cuando pensó que era posible que lo único que estaba pasando era que las crías no la querían, y de ahí el temblor de Akín al mentarlas.

Pero su relación con ellas había sido inmejorable. También se dio cuenta de que estaba tratando con una persona que no se regía por los mismos patrones a los que ella estaba acostumbrada. Akín, independientemente de todo lo que había pasado en su vida, y que él le había contado al detalle, había sido educado en una cultura muy distinta a la suya, de la que en el fondo no sabía nada.

El taxista la sacó de sus ensoñaciones, al indicarle que ya habían llegado. Pagó y, según bajaba del coche, miró hacia las ventanas de Akín, por si pudiera ver a las niñas. Estas deberían haber llegado del colegio hacía apenas media hora. No vio ningún movimiento. Aunque sabía que podía encontrarse con un posible rechazo por parte de ellas, y sin querer pensar en cómo se pondría Akín al enterarse, decidió subir al piso para hablar con las mellizas. Algo le decía que en las niñas estaba la respuesta a la actitud de Akín.

Al no disponer de llaves llamó al telefonillo durante varios minutos, sin encontrar respuesta. Le extrañó mucho, ya que por la hora ya deberían estar en casa. Decidió esperar cerca del portal por si se habían entretenido en el colegio o en la calle y no habían llegado aún. El temprano anochecer del diciembre madrileño ya había oscurecido la calle cuando vio que un vecino de la casa iba a abrir el portal. Se acercó a él y lo saludó diciéndole que iba al tercer piso. El vecino, al observar el buen porte de Amelia, le devolvió el saludo y la dejó pasar.

Siguió al vecino, que se quedó en el segundo. Al llegar al tercero llamó al timbre de Akín. Nadie contestó. Acercó su oído a la puerta, pero no escuchó ningún signo de actividad. No sabía qué hacer. Pensó en acudir al colegio, pero eso sí que le pareció una locura. Ella no era nadie en la vida de las niñas y lo único que obtendría sería recelo por parte de los profesores si preguntaba por ellas. Decidió bajar y aguardar de nuevo fuera. Justo enfrente del portal había un bar.

Entró y, ante la ausencia de mesas, se sentó en un taburete de la barra, decidida a esperar.

Ya había pedido el cuarto café cuando miró la hora: las nueve de la noche. Pensó que estaba haciendo el ridículo. Estaba claro que Akín la había echado de su vida. Se dio cuenta, además, de que si a las niñas les hubiera pasado algo grave, con seguridad él no hubiera ido a trabajar. Quizás, pensó con tristeza, Akín había cambiado de casa para evitar volver a verla fuera del hotel. Pagó al camarero y se marchó hacia una de las arterias principales del distrito de Vallecas para encontrar un taxi y volver a su casa.

XXIV

Javier Gallardo había citado a Fernando Luengo a última hora de la tarde en su piso de la calle Almagro.

Luisa, su actual pareja, se había ido de viaje a visitar a su madre, por lo que se encontraba solo en el piso. Estaba en la habitación que usaba a veces como despacho, imprimiendo unas fotos que le había enviado Ramón por *e-mail* hacía una hora.

No le extrañó que Ramón se hubiera ganado la confianza de Salvador. Era inteligente y muy despierto. El informe que le había pasado por teléfono era casi de un profesional. Siguiendo sus instrucciones, había abierto las taquillas de Akín y Abdul, fotografiando el interior e intentando dejar todo tal como lo había encontrado. Ya le había adelantado por teléfono que no había visto nada extraño en la de Akín, pero que en la de Abdul había dos artilugios que aparentaban ser minicámaras. Lo puso también en antecedentes de todos los movimientos que había observado durante el día.

Javier imprimió las fotos y pudo ver que, en efecto, los aparatos que había fotografiado Ramón eran dos cámaras de alta resolución. En su taquilla, además de las cámaras, había ropa, un par de zapatos, un neceser de aseo personal, seis paquetes de Marlboro, un mechero, un *masbaha* o rosario musulmán, y un cargador de móvil. Nada más. Ni documentos ni nada que le pudiera aportar alguna pista, aparte de las cámaras.

En la de Akín, solo ropa, artículos de aseo y unas zapatillas. En su informe, Ramón hizo hincapié en el extraño comportamiento de Amelia y en la escena que había presenciado en la puerta principal entre ella y Akín. De Abdul no había observado nada raro. Se dedicó a cumplir con su trabajo y marcharse a su hora. También le comentó el cambio de turnos de Akín que había visto colgado en el tablón de empleados del cuarto de equipajes. Una vez que se hubo asegurado de que Ramón estaría trabajando el fin de semana, le dijo que mantuviera el mismo nivel de vigilancia. También le pidió que siguiera revisando las taquillas de los dos. Por supuesto, no le dijo que ya estaba informado por Salvador Cano del extraño comportamiento de la gobernanta, así como del cambio de turnos de Akín.

Acababa de imprimir las fotos cuando sonó el timbre. Abrió a

Fernando y lo acompañó hasta el despacho, donde le mostró y le explicó cada una de las fotografías. No habían hablado durante todo el día, por lo que lo puso en antecedentes de toda la información recopilada. Fernando iba asintiendo mientras tomaba nota de todo.

—Como ves, siguen pasando cosas extrañas. Todo apunta a que algo hay entre Akín y la gobernanta.

—Joder, Javier, que estamos en el siglo XXI. Tampoco es tan extraño que una señora mantenga una aventura con un hombre negro, aunque este sea mucho más joven. Ni tampoco que un ministro o incluso un torero sean homosexuales. Hablando del torero, ya tengo la información que me pediste. En efecto, muchas de las páginas web que visita tienen que ver con Rafael de Utrera. He hablado también con un contacto que tenemos en Sevilla y ha estado documentándose durante todo el día: Rafael de Utrera fue detenido hace más de diez años, cuando empezaba a destacar, en una redada que se hizo en un pub donde parece que había varios chicos rozando la mayoría de edad prostituyéndose.

—¿Cómo es que no está fichado?

—Rafael se libró por su ausencia total de antecedentes, la rápida intervención de sus abogados y, todo hay que decirlo, la devoción que tenía por él el comisario encargado de la redada. El asunto se silenció, pero debido a la importancia del protagonista, ha quedado en la memoria de los policías que intervinieron. Hubiera sido el fin de su carrera en los ruedos. Muchos aficionados taurinos son auténticos trogloditas que jamás le perdonarían su homosexualidad.

Javier asintió, dándole la razón. Fernando continuó.

—Nunca más se metió en problemas de ese tipo, pero según me han comentado, llama mucho la atención por los corrillos taurinos de Sevilla que ni se haya casado ni que se le conozca novia formal. Pero me temo, querido maestro, que volvemos al principio de la conversación. Todas estas casualidades, como tú las llamas, las coges por separado y no indican nada, a no ser que de la noche a la mañana te hayas convertido en Torquemada, y yo aquí, sin saberlo —bromeó.

Javier sonrió, pero la procesión iba por dentro; Fernando llevaba toda la razón con respecto a la gobernanta y el portero: ¿qué ocurre si un hombre y una mujer, además solteros, mantienen una relación?

Y aún en el caso de que fuera cierto que el ministro y el torero se vieran a escondidas, ¿quién coño era él —se repitió por enésima vez— para juzgarlos? Lo único que se lo podría echar en cara al ministro, y únicamente su pareja, era el adulterio que estaba cometiendo.

Contra Akín no tenía nada, a excepción de que se le había visto alguna vez con un sospechoso de terrorismo. Y de ese sospechoso solo disponía de una serie de informes, no de pruebas definitivas. Con respecto a las cámaras encontradas, Abdul trabajaba como técnico de mantenimiento y podía ser normal que las tuviera en su taquilla. Advirtió que Fernando lo miraba detenidamente.

«Seguro que sabe lo que estoy pensando —se dijo—. Despierta, Javier. Recupera la cabeza, te estás pasando de la raya. Fernando es tan prudente que solo te lo está insinuando. Desmantela todo este circo que has montado. Habla con Salvador, liberándolo de su compromiso, aplica el reglamento al botones e invita a un whisky a Fernando y dile que todo son figuraciones tuyas, que se olvide de esta historia y se vaya a descansar a su casa. Y tú haz lo mismo. Ponte esta noche una ópera en Blu-ray, o una de esas películas antiguas que tanto te gustan, y olvídate de todo. Aparte de que es muy posible que estés equivocado, vas a tirar a la basura todo tu prestigio si continúas con esto. ¿Acaso no notas que tanto Fernando como Salvador te están siguiendo solo por la amistad y el respeto que te tienen? ¿Quién mierda eres tú para jugar con el futuro de ellos?»

Ante el persistente silencio de Fernando, le ofreció un whisky que este aceptó de inmediato. Le dijo que pasaran al salón y se lo sirvió, tomando a continuación asiento junto a él en el sofá. Hizo un amago de brindis.

—Fernando, tienes razón. Creo que he ido demasiado…

Fernando lo detuvo con la mano.

—Ni lo sueñes si te crees que vamos a dejarlo. Con mis comentarios solo estoy haciendo de mosca cojonera, para que los dos seamos conscientes de cómo se puede ver este caso desde fuera. Pero no he perdido ascensos en el cuerpo, prefiriendo continuar a tu lado, para que ahora te rindas y arrincones tu increíble olfato, del que tanto he aprendido. Ya te lo dije el otro día. Estoy contigo siempre.

Javier lo dejaba hablar, mientras Fernando apuraba su whisky antes de continuar.

—Y déjame decirte algo más. Me temo que puedes llevar razón. Son muchas las coincidencias que convergen en el mismo punto. Créeme, yo tampoco podría llegar en paz a la vejez si aquí pasa algo gordo y he sido yo el que te ha retenido. Vamos a seguir adelante, son muchos años juntos, Javier. Y aunque yo no sea tan brillante como tú, soy lo suficientemente buen policía para imaginar adónde quieres llegar. Y me da escalofríos pensar que la historia que estoy imaginando que tienes en la mente llegue a cumplirse.

Javier quedó sorprendido por la perorata de Fernando. No podía decir que no la esperase, pero le conmovió ver cómo su segundo hacía caso omiso al riesgo personal que correría si seguían adelante.

—Déjame que te insinúe algo —añadió Fernando—. Vamos a necesitar a algún agente de campo que nos ayude. Me temo que solos no vamos a dar abasto.

—Creo que llevas razón, pero la elección es muy compleja. ¿Has pensado en alguien?

—Sí, en Raúl Olaya. Sabe que tú recomendaste su ascenso por su intervención en el caso del Teatro Real y te admira. Si te parece bien, hablaré yo con él. Seguro que cooperará.

Javier sonrió al recordar al inspector Raúl Olaya. La fama que este tenía en el cuerpo de guaperas hijo de papá nada tenía que ver con su profesionalidad y entrega que le había ya demostrado en las ocasiones que habían trabajado juntos.

—De acuerdo, amigo, tira adelante y me informas. ¿Tenías pensado salir este fin de semana?

—No, me temo que me toca ir a El Corte Inglés para hacer las compras de Navidad.

—Estate bien localizado. Estoy intentando poner en orden todo este puzle, pero me faltan aún piezas. El director general me ha llamado esta mañana. Despachó conmigo un tema sin importancia. Creo que me quería sondear, aunque no sacó el tema de Boko Haram. Yo no he entrado en el juego, pero es aún muy pronto para empezar a presionarle.

—Aunque no creo que nos aporte nada, pienso que sería bueno antes asegurarse de la relación del ministro con el torero.

—Sí, no creo que tenga nada que ver, es solo una corazonada mía, debido a la casualidad de que ambos se encuentren en el Atheneum, y ya sabes cómo odio las casualidades, por lo que no vamos a dejar ningún cabo suelto. Obviamente, al ministro no le podemos intervenir el teléfono, pero con el torero no tenemos ese problema. Averigua su número privado y mira a través de la compañía telefónica si podemos acceder a los números llamados y recibidos, digamos… del último mes.

—Vamos a tener que tirar de amistades y del «banco de favores» —apuntó Fernando.

—Por supuesto. No quiero ser pesado, pero ya estás viendo que trabajaremos sin ningún apoyo, a excepción de Raúl Olaya, si se une a nosotros, y los «aficionados» del Atheneum. Y lo que es peor, sin ninguna red que nos proteja. Me temo que si el ministro y el torero están liados y han sido descubiertos, no aparecerán ni de coña por el Atheneum. No olvidemos que el torero se está jugando su carrera y el ministro su estabilidad familiar. Preguntaré a Salvador si tiene reservas de habitación para el torero próximamente, o del ministro en el *spa*.

Javier se quedó pensativo y apuró también su whisky antes de continuar hablando.

—Pero si no se encuentran en el hotel tendrán que verse en otro sitio, y desde luego no creo que sea en la casa del ministro, delante de su marido… —siguió reflexionando—. Ya está: nadie nos ha impedido seguir al torero. Pon a alguien a trabajar en los partes de policía de los hoteles de Madrid y que te avisen si se hospeda en alguno.

Fernando asentía al mismo tiempo que tomaba notas.

—Fenómeno —apuntó—, esto empieza a moverse. Creo que deberías pedir a Salvador también un listado de los eventos previstos a realizar en el hotel, nunca se sabe.

Javier asintió.

—Espera, vamos a dar otra vuelta de tuerca. ¿Cuántos nigerianos

crees que pueden llegar al día a Madrid?

Fernando sonrió, mientras sacaba un documento de su cartera.

—Te estaba esperando. En Madrid entran al día unas cien personas de nacionalidad nigeriana, la mayor parte de las cuales son inmigrantes ya establecidos o que están de paso hacia otro destino. No hay estadísticas, pero me imagino que se alojarán en hoteles unos veinte o treinta.

—Sería mucha casualidad que uno de ellos se alojara en el Atheneum, ¿no crees? Pero aquí sí nos estamos moviendo en terreno muy arriesgado, debido a la orden del ministro. Es una labor de chinos, pero tendremos que hacerlo nosotros. Vas a pedir, para disimular, los listados de los ciudadanos de cualquier nacionalidad africana hospedados los últimos quince días… No —rectificó—, de un mes. Imagino que después lo podremos filtrar para que salgan solo los nigerianos. Mira a ver si consigues todo para que nos podamos ver mañana por la tarde y trabajar desde aquí. Lo siento, pero te espera un fin de semana cojonudo: El Corte Inglés y currar con tu jefe.

* * *

A pesar de ser viernes, ninguno de los cinco nigerianos había acudido a la mezquita de Madrid para orar. Lo estaban haciendo ahora en el pequeño salón del piso de Torrejón. Charles llevaba todo el día solo, controlando a las pequeñas. A pesar de haber pasado ya más de veinticuatro horas de la amputación aún permanecían en estado de semiinconsciencia debido al efecto de los sedantes. De madrugada se habían despertado. Aunque tenían la boca tapada con cinta aislante, Abayomi escuchó cómo se removían. Entró y las examinó. Las dos estaban bien, sin fiebre. Su extraviada mirada le indicó que aún no habían recobrado la consciencia del todo. Fue quitando una a una la cinta para darles un Orfidal con un vaso de agua que bebieron con avidez. Como esperaba, el Orfidal las hizo dormir de inmediato. Terminada la oración, Charles les indicó a todos que se sentaran y fueran detallando los acontecimientos del día. Empezó Abayomi.

—He visto a las niñas antes de orar. Están bien, pero despertarán dentro de poco, Habrá que darles de comer y hacerles la cura.

—Cada cosa a su tiempo —lo interrumpió Charles—. Parece que te ha ido bien con Akín, Abdul. Veo que estás aún entero.

—Me quería matar, pero ya os dije que no es tonto. Como pronosticaste, se acojonó cuando pensó en las niñas. Obedecerá, sin duda, todo lo que le digamos. Ha cambiado los turnos sin problema. Antes de dejar de trabajar pasé por la puerta principal del hotel para que me viera. Lleva una mano vendada, pero no recuerdo que se lo hiciera conmigo. Seguramente se lio a golpes cuando salí de su casa. Sin llegar a hablarle, le indiqué con una mueca que quería verle sonreír, porque semejaba un cadáver ambulante. Aspecto parecido tiene la zorra.

Ya ni siquiera aparenta estar buena. Me he hecho el encontradizo con ella y parecía un fantasma, de lo abatida que está y el acojone que me tiene.

—Pues te tendrá mucho miedo —intervino Kingsley—, pero no llevaba ni cinco minutos trabajando Akín cuando ha aparecido en la puerta y durante un rato han estado hablando, aunque él no tenía muchas ganas de hablar con ella. Es más, me pareció que se dirigía a ella de manera amenazadora. En efecto, lleva una mano vendada, pero no parece que le impida hacer su trabajo.

Kingsley sacó una tableta electrónica que llevaba y les mostró la escena que había grabado con *zoom* desde el balcón del hotel Palace. Charles frunció el ceño.

—Siguiendo tus órdenes —ahora fue Olamide quien habló—, he estado esta tarde por las inmediaciones del piso de Akín. Cuando llegué, en un bar frente al portal de Akín, vi a la puta de las tetas grandes sentada en la barra, mirando como una posesa la puerta. Se marchó sobre las nueve, poco antes de que me viniera yo aquí. No debe de tener llave del piso, ya que, si no, hubiera estado arriba.

Se produjo un silencio entre los presentes, que de nuevo lo rompió Charles.

—No me gusta nada esto. ¿Qué coño hacía esa zorra ahí, sabiendo que Akín no llegaría hasta medianoche? Seguro que quería ver a las niñas y ahora debe de estar muy mosqueada al no haberlo conseguido. Espero que no haya ido al colegio a preguntar.

—No creo —indicó Abdul—. No le ha podido dar tiempo. A las cuatro de la tarde aún permanecía en el hotel y los alumnos salen a las cuatro y media. Ha debido de ir directamente al piso de Akín, llamado al timbre, y al no contestar nadie las ha estado esperando.

—Asquerosa ramera, nos puede echar todo el plan abajo —insistió Charles.

—Lo mejor sería eliminarla cuanto antes —apuntó Abdul.

Charles no contestó interrogando a Kingsley con la mirada.

—Con esto no contábamos —comenzó este—. En efecto, puede tirarlo todo por la borda. No hay nada tan peligroso como una mujer despechada. Es capaz de ir a la Policía y contar lo que le ha pasado, aunque no creo que le hicieran mucho caso. También lo podría comentar con alguien del hotel, y no podemos permitirnos el lujo que Akín salga del anonimato en el que está ahora. Con respecto a la propuesta de Abdul —continuó—, si la hacemos desaparecer se dispararían todas las alarmas en el Atheneum. Habría muchas posibilidades de que saliera a la luz su relación con Akín, con lo que este ya no nos sería útil para nuestros fines.

Charles, que lo había escuchado con mucha atención, asintió con la cabeza.

—Kingsley tiene razón, hay que ponerla fuera de juego, pero sin que

se altere su vida de trabajo normal. Creo que deberemos tener una conversación privada con ella —sonrió siniestramente.

—Déjame a mí, hermano —saltó de inmediato Abdul—. Tengo muchas ganas de poner en su sitio a esa sucia cristiana.

Abdul mantuvo la respiración mientras Charles evaluaba su propuesta. «La suerte está de mi lado», pensó. Llevaba mucho tiempo soñando con tener la ocasión de estar a solas con Amelia. A solas y fuera de la protección que le brindaba el hotel; a ver qué haría entonces con su remilgada condescendencia y sus aires de superioridad.

—Está bien. Hazlo cuanto antes, pero con ayuda de Olamide. No falléis, nos tenemos que asegurar que mantendrá la boca cerrada. No le hagáis ninguna señal en su cuerpo que pueda ser visible ni la dejéis imposibilitada de acudir al hotel. Imagino que ella no trabaja los sábados, ¿no?

—No, pero le toca guardia de dirección. Eso quiere decir que llegará sobre las diez de la mañana y saldrá a las siete de la tarde, más o menos —apuntó Abdul.

—¿Dispones de su dirección o teléfono?

—Por supuesto —contestó ufano.

—En ese caso, es mejor adelantarse a los acontecimientos. La localizaréis ahora mismo. Invéntate algo para sacarla de su casa. Creo que en cuanto le nombres a Akín saldrá corriendo como una perra. Id marchando los dos ya. Y tú, Kingsley, regresa al Palace y no pierdas de vista a Akín. Cuando llegues aún no habrá terminado su turno.

No habían llegado los tres a la puerta cuando escucharon los murmullos provenientes de la habitación de las niñas. Charles les dijo que se marcharan y entró con Abayomi en el cuarto. Las dos niñas habían despertado. Estaban incorporadas en la cama. Se movían sin cesar pretendiendo hacer saltar las esposas que las unían a los barrotes de la cama e intentando chillar a través de la cinta aislante. En sus ojos no solo había incomprensión, traslucían también un terror infinito.

XXV

El trayecto desde Vallecas hasta su casa se le hizo interminable a Amelia. Cuando el taxi se detuvo, a duras penas pudo evitar la tentación de decirle al conductor que continuara hasta la plaza de las Cortes; Akín no habría terminado el turno y podría esperarlo a la salida. A pesar del cansancio físico y mental que tenía, se dio cuenta del desatino de su pensamiento; Akín había sido taxativo y firme las dos veces que la había expulsado de su vida.

Arrastrando los pies, entró en el apartamento; se sentía derrotada. El espíritu de lucha al que se había agarrado cuando partió hacia la casa de él se había enfriado del todo tras las cinco horas de plantón que había pasado frente al portal. A pesar de que llevaba todo el día sin probar bocado, le entraban arcadas solo de pensar en comer. Intentó ver la televisión, pero tuvo que apagarla; le era imposible concentrarse en nada. De nuevo echó de menos una voz amiga en quien confiar. Incluso se le pasó por la cabeza llamar a su director, aceptando el ofrecimiento que este le había hecho por la mañana. Se sonrojó solo de pensarlo.

Al ver el desorden en que había dejado su apartamento al salir, decidió intentar calmar su ansiedad ordenándolo. Cuando acabó, comprobó que lo único que había conseguido era sentirse más cansada. Observó en su reloj que Akín estaría ya a punto de terminar su turno, y se dio cuenta de que el bucle en el que estaba entrando la estaba mimetizando con él. Reprimiendo una punzada de remordimiento, tomó de nuevo un Orfidal. Esta vez se desnudó antes de meterse en la cama. El calmante cumplió otra vez su misión y a los diez minutos ya estaba durmiendo.

Su sueño se vio interrumpido bruscamente cuando escuchó sonar el móvil. Somnolienta como estaba, al principio lo confundió con el despertador, a pesar de la diferencia que había entre los dos tonos. En su reloj pasaban unos minutos de las dos de la madrugada. Tuvo que levantarse y acudir al salón, donde había dejado el aparato, que no cesaba de repicar. Al ver que en la pantalla salía «número desconocido», estuvo tentada de no cogerlo, pero la ansiedad y la curiosidad la impulsaron a pulsar el botón verde.

—¿Dígame?

—Buenas noches, señorita Amelia. Yo Abdul, de hotel. Perdone, yo

molestar.

A Amelia le dio un vuelco el corazón. ¿Qué podría querer ese indeseable de ella? El número del móvil de ella era muy conocido en el hotel, debido a las veces que la tenían que llamar desde cualquier departamento cuando se encontraba de guardia, como era el caso de ese fin de semana, pero… ¿Abdul? Si sucedía algún incidente, el protocolo indicaba que quien debía contactarla era el jefe del departamento involucrado. Intentó adoptar su tono más profesional posible.

—Buenas noches, Abdul. ¿Algún problema en el hotel?

—No señorita. —Se le notaba muy nervioso y afectado en la voz—. Hotel bien. Es Akín. Accidente fuera trabajo. Estar en hospital. Akín preguntar por Amelia. Querer ver.

Amelia notó que le flaqueaban las piernas. No le extrañaba, dado el estado en que lo había visto hacía unas horas, que le hubiera ocurrido algo en el camino entre el hotel y Vallecas, o adonde se hubiera cambiado a vivir. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no perder la compostura al contestar.

—Abdul, ¿qué le ha pasado? ¿Cómo está?

—Él accidente en carretera de Valencia. Ahora estar en urgencias de hospital 12 de Octubre. Él llamar a mí y yo en hospital esperando. No saber más. No dejar entrar en urgencias. Él decir también que llamar tú.

—Abdul, salgo ahora mismo para allí. Me ha dicho que está en urgencias del hospital 12 de Octubre, ¿no es así?

—Sí, señorita, yo esperar tú en puerta.

Amelia colgó y se vistió rápidamente con la misma ropa que había dejado tirada encima de la cama al desnudarse horas antes. A pesar de la hora, solo tardó un par de minutos en conseguir un taxi. Un cuarto de hora después estaba delante de la puerta de urgencias del hospital. Entre una docena de personas que estaban en la entrada, la mayor parte de ellos fumando, divisó enseguida a Abdul, que la estaba esperando. Este, que se encontraba acompañado de otra persona de raza negra, se acercó cojeando de inmediato hacia ella.

—Buenas noches, señorita. Qué bien que usted venir. Yo presentar a primo de Nigeria. —Amelia saludó al hombre que acompañaba a Abdul, más alto y más joven—. Muy preocupados, señorita. Aquí hospital todo lleno. Ellos —señaló a varias ambulancias aparcadas— mandar a otro hospital con camas libres para operar.

Amelia sentía cómo la velocidad de los acontecimientos le empezaba a superar. Deseaba con todas sus fuerzas estar cerca de Akín y enterarse por fin qué le había pasado.

—¿En qué hospital está?

—Primo saber. Él hablar con enfermera. Él tener coche y llevarnos ahora.

Mientras Abdul hablaba, Olamide sonreía asintiendo, mientras les hacía amistosos gestos con la mano de que lo siguiesen. Amelia obedecía

como una autómata. Llegaron al aparcamiento de la zona de urgencias. Allí, Olamide les señaló un Hyundai Accent y les dijo también en un español macarrónico que montasen. Amelia subió a la parte de atrás, mientras Abdul ocupaba el puesto del copiloto. Según arrancaban, Amelia preguntó al conductor a qué hospital iban.

—Ellos llevar a hospital de Getafe, allí decir que tener sitio.

Amelia se recostó contra el asiento, sintiendo ya en sus huesos el frío polar que hacía esa noche en Madrid.

Salieron del recinto del hospital y tomaron la avenida de Andalucía para enganchar después con la N-IV. Los tres iban en silencio. Apenas cinco kilómetros después, el vehículo tomó una desviación que indicaba un cambio de sentido y la salida hacia Getafe. Ante la sorpresa de Amelia, en vez de desviarse hacia la derecha, en dirección a Getafe, comenzó a tomar el cambio de sentido. Pensó que el conductor se había equivocado y se había saltado un desvío anterior, pero una vez cruzada la autopista, en lugar de regresar a la N-IV, tomaron un pequeño camino asfaltado.

Amelia empezó a preocuparse al ver que el camino, sin ningún tipo de iluminación, se encontraba desierto. Avanzaron cuesta arriba por lo que parecía un parque. En la tercera curva, Amelia pudo ver a unos quinientos metros unos focos que iluminaban la enorme estatua de un Cristo con los brazos abiertos. A pesar de no ser madrileña, por su condición de católica había visitado con anterioridad el monumento del Sagrado Corazón de Jesús, por lo que supo que estaban en el Cerro de los Ángeles. Sin entender nada, Amelia tocó a Abdul en el hombro, preguntándole si se habían perdido.

—No preocupar, señorita, primo sabe bien —le dijo, volviendo la cabeza hacia ella.

Al llegar a la amplia y desierta explanada situada a los pies del Cristo, el coche dio una vuelta por ella y fue a pararse en el extremo opuesto a la entrada de vehículos. Una vez que Olamide detuvo el motor y apagó las luces del coche, una siniestra semioscuridad se adueñó del interior del vehículo. A lo lejos se veían las luces que, iluminando el monumento, apuntaban al cielo. El instinto de conservación hizo salir a Amelia del estado de atontamiento en el que llevaba viviendo desde haccía más de veinticuatro horas.

—¿Se puede saber qué pasa, Abdul?, ¿por qué no vamos al hospital?

Abdul giró la cabeza para dirigirse a ella. Todos los rasgos de servilismo habían desaparecido de su rostro.

—Maldita zorra, ¿es que no vas a callar de una puta vez esa cloaca que tienes por boca?

Paradójicamente, lo que más aterrorizó a Amelia no fueron las soeces y amenazadoras palabras del nigeriano, sino el casi perfecto español en el que fueron pronunciadas. El cerebro de Amelia empezó, aunque tarde, a trabajar. Entendió la trampa en la que había caído, e imaginó que su

relación con Akín estaba detrás de todo el montaje.

Veía, a pocos centímetros, cómo de nuevo la boca de Abdul se abría ahora en una cruel sonrisa, mostrando a través de la oscuridad el contraste entre su tez y la blanquísima dentadura. Amelia, que estaba situada detrás del conductor, echó su mano izquierda a la maneta de la puerta con intención de abrir. Horrorizada, se percató de que la cerradura estaba bloqueada. Esa fue la señal para que los dos nigerianos salieran a la vez del coche.

Olamide abrió la puerta desde fuera, mientras Amelia intentaba arrastrarse por el asiento hacia la puerta contraria. De poco le sirvió. Abdul abrió esa puerta, la tomó por los tobillos y la hizo salir del coche de un tirón. Amelia, que había caído al suelo, se levantó dispuesta a empezar a correr. Solo pudo avanzar un paso. Abdul la prendió por el cuello otra vez, obligándola a girarse y empujándola contra el vehículo. Olamide se situó a su espalda y metió sus brazos entre las axilas de ella, cerrando las manos tras la nuca. Se giró y la colocó frente a Abdul. Inmovilizada de medio cuerpo, le lanzó una patada, alcanzándole en la entrepierna. Abdul se aproximó y le propinó un fortísimo puñetazo en la boca del estómago.

Amelia perdió el conocimiento durante unos segundos. Cuando lo recobró, un dolor como no había sentido en su vida se apoderó de su cuerpo. Era la primera vez que alguien la agredía. Respirando con mucha dificultad, notó, incrédula, cómo los dedos de Abdul empezaban a desabrochar los botones del chaquetón de cuero negro que llevaba. Intentó zafarse, pero Abdul se olvidó por un momento del chaquetón para obligarla a detenerse con un fuerte tirón del pelo. Debajo del chaquetón, ya desabrochado, Amelia vestía un jersey violeta de cuello alto. Abdul empezó a manosear su pecho, primero por encima del jersey, para después meter la mano por debajo y romper de un tirón el cierre central del sujetador que llevaba. Levantó el jersey hasta el cuello y por fin pudo contemplar sin tapujos ese pecho en el que tanto había pensado mientras se masturbaba en la soledad de su habitación, supliendo de esta manera la total ausencia de relaciones sexuales impuesta por Shekau mientras durase su estancia en Madrid.

Observó con curiosidad la medalla de oro que reposaba entre los dos senos. Como la oscuridad no le permitía verla bien, la arrancó de un tirón y se la acercó a los ojos. En el anverso se mostraba en relieve la figura de una virgen con un manto hasta los pies que portaba en sus brazos un niño. En el reverso había una inscripción que le fue imposible leer. Guardó la medalla en un bolsillo.

Amelia estaba petrificada por la situación. Intentó gritar, pero su garganta era incapaz de emitir sonido alguno. Sentía cómo las manos del lisiado primero acariciaban, para después estrujar con fuerza sus senos. Los dedos dejaron paso a unos labios fríos y agrietados que escondían una lengua áspera y pequeña que recorrió lentamente el contorno de los

pezones, para después subir hasta su boca e intentar introducirse dentro de ella. Ante la negativa de Amelia a aceptarla, Abdul tuvo que reprimir el ferviente deseo de morderle los labios hasta que sangraran por miedo a dejarla marcada. En vez de eso se alejó de ella lo suficiente para poder golpearla de nuevo en el estómago, que ahora se le mostraba desnudo y sin protección. Ella no cayó al suelo debido a que Olamide la seguía manteniendo en pie. Con una seña, Abdul le indicó que la tumbara. Así lo hizo: acuclillándose tras ella y cogiendo sus muñecas con las manos, las echó hacia atrás estirando sus brazos por encima de la cabeza y apoyándolos contra el asfalto. Tumbada e inmovilizada de cintura para arriba, Amelia, cuya vista ya se había aclimatado a la oscuridad, observó que Abdul se desabrochaba el cinturón y se bajaba la bragueta. La ausencia de ropa interior permitió que su pene, como una fiera que llevara enjaulada mucho tiempo, surgiera erguido y amenazador. Amelia, aún encogida por el dolor del segundo golpe, fue consciente por primera vez de que iba a ser violada.

El espanto ante esa certeza tuvo el efecto de liberar sus cuerdas vocales, comenzando a emitir con las fuerzas que le quedaban un agudísimo alarido. Nunca supo de dónde había salido, pero de pronto vio que dentro de su boca se había alojado el helado cañón de una pistola que Abdul, arrodillado frente a ella, empuñaba con decisión.

—Calla la boca, puta, o dispararé.

Fue sacando centímetro a centímetro el arma, constatando que el grito de Amelia moría con la misma rapidez con la que había nacido. Guardó la pistola en un bolsillo de su anorak y, manteniéndose arrodillado, desabrochó el pantalón de pana negro que ella vestía, bajándoselo hasta los tobillos. Deshizo el nudo del botín de ante del pie izquierdo de Amelia, se lo quitó y por ahí liberó el pantalón, manteniéndolo dentro de su pierna derecha.

Amelia llevaba unas comedidas bragas blancas, que Abdul, rasgando con sus manos uno de los laterales, hizo deslizar por la pierna de ella hasta terminar al lado de los pantalones. La obligó a abrir del todo los muslos, separándolos con brusquedad. Amelia, espantada y dolorida, se quedó sin fuerzas para resistir la presión de sus brazos. Notó que él se tumbaba encima de ella y volvió a advertir el agrio olor de su boca tratando de abrir de nuevo brecha en la de ella.

Finalmente, el renco consiguió introducir la lengua y buscó con ansia la suya. Amelia decidió dejarla inerte, notando asqueada cómo la de él recorría como una serpiente todos los rincones de su boca. Percibió también cómo los dedos de él empezaban a escarbar en su sexo. Instintivamente, intentó cerrar las piernas, pero Abdul reaccionó dando un fortísimo tirón del vello que poblaba su pubis. Amelia soltó un gemido.

Al relajar los músculos de las piernas, Abdul volvió a la carga. Introdujo con dificultad un dedo en la vagina y, ante la sequedad de

esta, y sin ningún miramiento, volvió a coger la pistola que había guardado y, centímetro a centímetro, fue introduciendo el cañón hasta que notó que había llegado al fondo. Entonces giró varias veces el arma. Instantes después, observó que un hilo de sangre se deslizaba a través del cañón de la pistola; al rotar dentro de ella el arma, el punto de mira de esta le había producido algún tipo de desgarro en las paredes de la vagina. Sacó la pistola y dejó que su lugar lo ocupara su miembro, que penetró sin ninguna dificultad. Amelia solo pudo permitirse dejar que las lágrimas fluyeran mientras sentía cómo el cojo se balanceaba rítmicamente encima de ella. Antes de dos minutos ya había terminado. Amelia abrió los ojos, que había mantenido cerrados, y oyó que Abdul se dirigía en inglés al otro.

—Tu turno, hermano. Imagino que has estado tanto tiempo como yo sin probarlo.

Olamide, que se había mantenido en silencio hasta entonces, asintió con la cabeza y esperó a que Abdul ocupase su lugar sujetando los brazos de Amelia. Esta, que había entendido a Abdul, deseó con todas sus fuerzas que el terrible dolor que le estaba abrasando la vagina acabara con su vida. No fue así. Cerrar los ojos no le impidió sentir cómo Olamide, que se había bajado también los pantalones, entraba dentro de ella. La fricción de su miembro en su vagina dio otra vuelta de tuerca a un dolor que ella pensaba que ya había llegado al límite. Para su desgracia, Olamide necesitó mucho más tiempo para acabar.

Cuando este finalizó y se incorporó, escuchó que la voz de Abdul le ordenaba levantarse y vestirse. Por primera vez fue consciente de la bajísima temperatura que hacía en el desierto aparcamiento. Intentó incorporarse, pero terminó de nuevo en el suelo. Las piernas no la obedecían. Olamide la alzó mientras Abdul, de malas formas, le subía los pantalones y le bajaba el jersey. Con ayuda de su compañero le puso el chaquetón y la volvieron a introducir en la parte trasera del vehículo. Esta vez, Abdul se sentó a su lado, mientras Olamide se disponía a arrancar el coche. Amelia se encontraba en un estado de semiinconsciencia que le mantenía los ojos cerrados. Notó que Abdul le volvía a pegar un fuerte tirón del pelo, que la espabiló y la obligó a abrirlos.

—¿Puedes escucharme, zorra cristiana?

Como Amelia no contestaba, el tirón se hizo más fuerte. Ella asintió.

—Parece que tu cristo y tu virgen —señaló la imponente escultura mientras balanceaba ante sus ojos la medalla que había sacado del bolsillo— se han olvidado de ti. No olvides lo que te voy a decir. Grábatelo bien en esa cabecita de marquesa venida a menos que tienes.

Abdul cambió ahora el registro de su voz cuando se dirigió a ella. De nuevo su rostro adoptó la mirada huidiza y servil que Amelia tan bien conocía del Atheneum y su voz se disfrazó del macarrónico castellano con el que siempre le había hablado en el hotel.

—Señorita Amelia. Si tú contar qué pasar esta noche, Akín morir. Si tú contar qué pasar esta noche, hijas Akín morir. Si tú contar qué pasar esta noche, tú morir. Tú obedecer siempre Abdul. Amelia no ir a Policía ni médico o Akín, niñas y tú morir. Amelia ir solo trabajo y casa, nada más. Si tú ir otro sitio, Akín, niñas y Amelia morir. ¿Tú entender Abdul?

Este dio otro fuerte tirón a su pelo esperando una respuesta que no tardó en llegar. Amelia asintió.

El vehículo arrancó y, respetando escrupulosamente las reglas de tráfico, tardó menos de quince minutos en llegar a la calle Cuchilleros. Abdul salió del coche y abrió la puerta a Amelia, indicándole que bajara. Eran cerca de las cuatro de la mañana y no se veía nadie en la calle. Abdul, viendo que Amelia apenas se tenía en pie, pidió ayuda a Olamide. Este descendió y entre los dos la llevaron hacia el portal. Allí, Abdul tomó el bolso de ella y buscó hasta que encontró un juego de llaves. Acertó con la primera.

Sin necesidad de preguntarle nada, entraron en el ascensor y apretaron el botón de su piso. Salieron al rellano, donde había dos puertas. Abdul comenzó a probar con las llaves para abrir la de la derecha. Esta vez necesitó dos intentos. Cuando la puerta se abrió, encendió la luz y medio arrastraron a Amelia hasta el salón, dejándola caer en el sofá. Abdul fue a la cocina y volvió con un vaso de agua a rebosar. Sin ningún miramiento, lo arrojó a la cara de Amelia, que dio un respingo y se quedó mirando aterrada a los dos nigerianos. Abdul habló de nuevo.

—Nos vamos. No olvides lo que te he dicho antes. Te estamos vigilando. No se te ocurra dejar de hacer tu vida normal. Por cierto… Abdul esperar que tú mucho disfrutar esta noche con morenitos.

Los ecos de la carcajada de Abdul machacaron su cabeza incluso cuando el ruido del portazo le indicó que los dos habían salido ya de la casa. Esta vez, Amelia no necesitó tomar ningún Orfidal. El estrés provocado por la oleada de recuerdos de las dos últimas horas, unido al intensísimo dolor que sentía en su vagina, provocó que finalmente se desmayara, quedando tendida en el sofá.

XXVI

Volvió en sí dos horas después. Un martillo neumático se había instalado en su cabeza, consiguiendo que el dolor que sentía dentro de su vagina pasara a un segundo plano. De hecho, solo se lo hizo recordar la pringosa humedad que sintió en los pantalones. Al mirarlos, vio que tenía restos de sangre en toda la zona de la entrepierna.

La amenaza de Abdul de no acudir a un médico la obligó a intentar hacerse personalmente una cura de la herida. Comportándose como una autómata, debido al tremendo *shock* emocional que le había producido la violación, a duras penas pudo levantarse para acudir al baño. Allí se quitó los pantalones y los arrojó encima del bidé. Con ellos salieron las bragas que Abdul había desgarrado y continuaban en una de las perneras. Aunque no mucho, la herida interior seguía sangrando. Se limpió los restos de sangre de los muslos con una toalla y abrió el botiquín casero. Primero, y aguantando el dolor, se introdujo un tampón para intentar limpiar de sangre el interior de la vagina. La fricción del tampón le produjo un fuerte escozor. Cuando lo sacó estaba manchado de sangre, pero no encharcado.

Abrió un bote de Betadine y, con la ayuda de un bastoncillo de algodón, impregnó las heridas interiores con el desinfectante. No sabía cuánta sangre había perdido, pero se encontraba muy débil. Del mismo botiquín extrajo una caja de Nolotil y se tomó un comprimido, bebiendo agua del grifo del lavabo para ayudar a tragarlo. Se quitó el jersey, lo que ocasionó que cayera el destrozado sujetador al suelo.

Ya desnuda, se metió en la ducha, donde durante más de diez minutos dejó que el agua caliente calmase su cuerpo magullado y ayudase a desbloquear su cerebro, que seguía negándose a reaccionar.

Cuando terminó, se puso una compresa y unas bragas y se miró en el espejo de cuerpo entero del recibidor. No observó ninguna herida externa en su cuerpo. Aparte del inmenso dolor de cabeza, le dolía también el cuero cabelludo, producto de los enérgicos tirones de pelo.

Sujetándose a las paredes con las manos, consiguió llegar al salón, donde se dejó caer en el sofá y miró en su reloj de pulsera. Eran ya las seis de la mañana. Por fin pudo hacer memoria de lo que había vivido hacía solo unas horas. Sentía que acababa de pasar por la prueba más dura de su vida. Solo un pequeño rayo de sol se intentaba colar en el

plúmbeo cielo que parecía querer desplomarse encima de ella: Akín no la había abandonado. Por las palabras que le había dicho Abdul, Akín debía de estar tan en peligro como ella. Eso quería decir que de alguna manera lo habían obligado a dejarla.

El ligero alivio que le proporcionó este descubrimiento fue muy efímero, dejando paso a un desasosiego aún mayor, que ya no era solo por ella, sino también por Akín y las niñas. Imaginó que la prohibición de acudir a un médico era debida a que una exploración rutinaria indicaría que había sido violada, obligando al médico a comunicar de oficio el hecho a la Policía. Pero a pesar de no tener estudios de Medicina, Amelia sabía que una hemorragia podía ser algo serio, aunque según acababa de comprobar, parecía que esta iba remitiendo.

Por otro lado, las instrucciones que le había dejado Abdul no podían ser más claras. Tenía que seguir con su vida normal, no intentar ver a Akín y no contar a nadie lo ocurrido. A través de la nebulosa en la que estaba inmersa cuando la llevaron a casa, fue consciente de que no necesitaron preguntarle dónde vivía. Sabían muy bien la casa y el piso. Casi desnuda como estaba, y con el piso sin caldear, se estremeció, aunque no fue solo de frío.

Se puso un pijama de felpa, mientras que el Nolotil empezaba a hacer efecto. Se dirigió a la cocina y se preparó una infusión muy caliente. Se sintió mejor cuando el líquido fue caldeando su cuerpo según descendía hacia su estómago. La pérdida de sangre continuaba, aunque había bajado bastante. Se metió en la cama tratando de descansar las horas que quedaban para que, como directora de guardia, tuviese que acudir al Atheneum. Abdul lo había dejado muy claro: tenía que seguir trabajando. Inconscientemente, como hacía todas las noches, su mano se dirigió hacia el pecho para tomar la medalla de la virgen de la Luz y besarla. Al no encontrarla, recordó con dolor cómo se la habían arrancado del cuello antes de violarla.

Pudo dormir un par de horas. Cuando se despertó no sabía dónde estaba. Poco a poco, el recuerdo del día anterior taladró su cerebro, retornándola al *shock* emocional en el que estaba cuando se durmió. Su sentido del deber pudo más, al recordar entre brumas que tenía que ir a trabajar. Se levantó, se cambió de nuevo la compresa y se vistió para acudir al hotel, dando una pincelada de color a sus mejillas pero sin pintarse los ojos, ya que temía que el rímel se le corriese si se le escapaba alguna lágrima.

Los directores de guardia no estaban obligados a llevar uniforme los días que ejercían como tal. Por eso Amelia, sin necesidad de cambiarse de ropa, entró por la puerta principal y se dirigió al mostrador de recepción a recibir las novedades. Le costaba horrores poder mantener el paso, ya que el dolor le hacía andar inclinada. El maquillaje no debía de haber hecho muy bien su trabajo, ya que el recepcionista, después de comentarle que todo estaba en orden, le preguntó si se encontraba bien.

Recogió las llaves de su despacho y se sintió mucho mejor en los apenas seis metros cuadrados de su feudo en el hotel. Se sentó frente a su mesa y, por primera vez desde el ataque, intentó racionalizar todo lo que le había pasado en las últimas horas. Como había deducido antes, Akín era más víctima que verdugo e imaginó que algo muy importante debía de estar pasando para que Abdul se jugara el puesto y la cárcel al actuar como lo había hecho a cara descubierta. Reforzó este planteamiento al recordar también el académico castellano con el que Abdul se había dirigido ella, tras llevar años disimulando en el hotel chapurreando el idioma.

Sin embargo, también le había quedado claro que estaba inmovilizada. Cualquier movimiento que intentara hacer implicaría saltarse las tajantes prohibiciones que le habían expuesto. Y ya había probado en su propio cuerpo que no estaban hablando en broma.

La sacó de sus pensamientos el golpeo en su puerta. Se atusó como pudo el pelo y, en busca de algo de color, se pellizcó las mejillas e indicó a quien llamaba que pasase. Para su sorpresa, en vez de la subgobernanta entró en el despacho Ramón con unas cartas. Estaban pasando cosas muy raras, especuló. El correo a su nombre lo recogía ella en la recepción, nunca se lo subían al despacho. Pensó también que en los últimos días se encontraba de continuo con ese botones.

—Buenos días, señorita Amelia. Le traigo su correo.

Amelia lo recogió sin contestar e intentando no levantar mucho la vista. Tuvo que hacerlo cuando Ramón le preguntó si podía hacerle una pregunta personal. Sorprendida y azorada, se enfrentó a él, asintiendo con la cabeza.

—Disculpe la pregunta, señorita, pero ¿se encuentra usted bien? No tiene buena cara últimamente. Pero la de hoy es incluso peor que la de ayer. No me quiero meter donde no me llaman, pero usted se ha portado siempre muy bien conmigo y me preocupa verla con ese aspecto.

—¿Tan mal me ve? Muchas gracias, Ramón. Le aseguro que me encuentro bien, debe de ser el frío horroroso que está haciendo.

Ramón asintió y se marchó, no sin antes echar de nuevo una escrutadora mirada a la directora de guardia.

Se sorprendió a sí misma al notar que, pese a la enorme carga emocional que arrastraba, su profesionalidad le estaba mandando alertas: ¿por qué Ramón se comportaba de una manera tan extraña con ella?, ¿tan importante era ella para que Abdul cometiera un acto criminal, y además le enseñase el falso entramado que tenía montado con el idioma?

Amelia retornó a sus elucubraciones. Sabía que Akín entraba por la tarde, y estaba deseando verlo, aunque era consciente de que tendría que ser a distancia. Ahora estaba convencida de que nunca la había dejado de querer. Pero ¿qué podía tener Akín, un simple empleado emigrante sin muchos estudios y sin dinero, tan importante como para

que se convirtiera en lo que tenía todos los visos de ser una pieza importante de un engranaje criminal?

No le dio tiempo a encontrar respuestas. Llamaron otra vez a la puerta. Se inclinó hacia su mesa mientras ordenaba pasar a quien llamaba. Al levantar la cabeza dio un respingo en la silla, que no la hizo caer debido a la proximidad de esta con la pared. Abdul estaba ante ella, vestido con su uniforme de trabajo negro. En su cara, la odiosa mirada servil.

—Buenos días, señorita Amelia. ¿Usted dormir bien?

Amelia era incapaz de mover un solo músculo. Pensó que Abdul iba a cerrar la puerta para volverla a agredir, por lo que instintivamente intentó protegerse la cabeza con los brazos. Este se mantuvo sonriendo donde estaba y le habló de nuevo en su castellano académico.

—¿Por qué tienes miedo? Haz las cosas como se te han dicho y no pasará nada más. Te recuerdo que te estamos vigilando, así que deja ya de pasearte encorvada por el hotel como una de vuestras vírgenes de Semana Santa y quédate en el despacho alegando trabajo. No se te ocurra aparecer por la puerta principal esta tarde. Imagina que Akín ha muerto para ti. Por cierto —su sonrisa se ensanchó, dejándole ver la hilera de dientes que no podría olvidar nunca—, ¿has pensado mucho en mí esta noche? Ah, el amor…

Salió del pequeño despacho cerrando con cuidado la puerta.

* * *

El recepcionista arqueó las cejas cuando vio entrar a Salvador Cano por la puerta principal. Se dirigió a recepción, dio los buenos días y preguntó si había alguna novedad. Aunque no era anormal que el director se presentase en el hotel en sábado, no lo solía hacer tan temprano. Le contestó que todo estaba en orden y su extrañeza aumentó cuando Carlos del Valle, su jefe directo, entró tras él cinco minutos después. Carlos no estaba de guardia y en el hotel no había habido ningún incidente esa mañana que aconsejase su presencia. Obviamente, había quedado con el director, pues preguntó por él al llegar al mostrador. Carlos se entretuvo hablando con el recepcionista unos minutos para después dirigirse a su mesa y empezar a imprimir informes.

Salvador Cano reprimió el deseo de subir al despacho de la gobernanta sin anunciarse, conocedor de que ella ya estaba en el hotel, porque al estar de guardia si no hubiera llegado el recepcionista se lo hubiera reportado. Antes quería hablar con Carlos del Valle. La noche anterior había dormido fatal. Sus muchos años de experiencia se manifestaron robándole el sueño y enviándole continuos avisos de peligro. Una vez que recolectase la información que necesitaba, y que Carlos le estaba preparando, volvería a su cercano apartamento, donde

había quedado con Javier Gallardo.

No llevaba ni diez minutos esperando cuando Carlos del Valle tocó en la puerta y entró sin apenas esperar permiso. En sus manos portaba varias carpetas.

—Mala cara tienes, Salvador. No parece que hayas dormido mucho.

—Dijo la sartén al cazo…

—Traigo todo lo que me pediste. Ahora lo analizamos al detalle, pero tengo que adelantarte un asunto. Acabo de hablar con el recepcionista y me ha comentado algo que te interesa, aunque cógelo con pinzas. Ya has visto que está de turno Eduardo Araujo, que no destaca precisamente por su discreción.

—Yo le he saludado y no me ha dicho nada —argumentó Salvador.

—Normal. Tú eres «el dire» e impones mucho, y al fin y al cabo lo que me ha dicho puede ser solo un cotilleo.

—Está bien, dispara.

—Amelia ha llegado a su hora, muy desmejorada. Según Eduardo —y repito, que hay que tomarlo con precaución—, andaba con dificultad y su aspecto general era de estar enferma. No ha vuelto a aparecer por recepción. Parece que no se mueve de su despacho.

—¿Has subido a verla?

—No, no he querido hacer nada sin hablar contigo.

—Has hecho lo correcto. Luego subiré yo. Deja aquí las carpetas y te llamaré en media hora. Ahora, por favor, mándame a Ramón, el botones.

Ramón tardó apenas dos minutos en aparecer por la puerta. Salvador no lo invitó a sentarse. Seguía muy herido con el botones. Y eso que él no se consideraba libre de toda culpa. Su poco profesional exceso de confianza con el muchacho había permitido, en el fondo, que pudiese llegar tan lejos en sus robos. Lo mantuvo de pie más de dos minutos mientras echaba un vistazo a las carpetas que le había dejado Carlos. Por fin levantó la mirada hacia él.

—Bien, Ramón, ¿alguna novedad?

—Creo que sí, don Salvador. He subido a ver a Amelia a su despacho, con el pretexto de entregar unas cartas, y la he encontrado muy desmejorada. Parece que ha envejecido veinte años. Debe de estar enferma.

—¿Algo más?

—Sí, tengo muy avanzado el informe del día que me ha pedido el señor comisario. Pero ya le puedo adelantar que Abdul, que siempre trabaja por la mañana, ha cambiado el turno la semana que viene para venir por la tarde. He podido hablar con alguno de sus compañeros y ha argumentado que lo hacía como favor, ya que al no ser cristiano no celebra estas fiestas.

Salvador se quedó pensativo. Los turnos del personal de mantenimiento eran muy distintos del resto. A diferencia de los

departamentos de cocina, comedor o recepción, que dividían el personal entre la mañana y la tarde, en el de mantenimiento la mayor parte trabajaba por la mañana. Esto era con el objeto de solucionar las averías que se habían producido en las habitaciones, ya que por la tarde muchas estaban ya ocupadas, quedando en ese turno solo un empleado, para cubrir emergencias.

Por otro lado, no era anormal que, debido a la religión de Abdul, este hubiera cambiado el turno durante la semana de Navidad, pero sí extraño. Y, de nuevo, como decía Javier, las putas coincidencias. Akín cambiaba el turno y horas después lo hacía Abdul.

—¿Ha observado algo chocante en Abdul?

—Bueno, tengo más fotos de su taquilla, que enviaré luego al comisario, pero, siguiendo las instrucciones que me ha dado, procuro estar lo más alejado de él, para que no detecte nada fuera de lo común en mi compartimento.

—Muy bien. Continúe con sus obligaciones y no olvide enviar su informe en hora al señor Gallardo.

Aunque lo despidió con la mirada, el muchacho permaneció delante de él. Estaba claro que quería tener la oportunidad de pedir perdón por su comportamiento. Pero Salvador no se lo iba a permitir, al menos por ahora. Le aguantó la mirada durante unos segundos, hasta que Ramón la bajó y salió del despacho.

Salvador se levantó y usó la escalera de servicio para llegar a la puerta del cubículo de Amelia. Aunque siempre entraba después de llamar, en esta ocasión dio dos toques y esperó la respuesta de ella. Una voz casi desconocida para él le dijo que podía pasar. Al mirarse, los dos se sintieron muy sorprendidos. Amelia porque no esperaba ni mucho menos al director, que creía de fiesta, y Salvador al comprobar que Eduardo no había exagerado al describir su estado.

Se sentó frente a ella, mientras Amelia bajaba la cabeza haciendo como que leía unos partes que tenía delante. Salvador se mantuvo en silencio durante casi un minuto, esperando a que ella lo mirase. Al no hacerlo, se levantó de la silla y, acercándose, la tomó delicadamente de la barbilla, obligándola a alzar los ojos. Amelia reprimió el instinto de rechazo y se dejó llevar, rogando que no quedasen en su rostro restos de las lágrimas que llevaba horas derramando. Salvador retiró la mano de su barbilla y se sentó de nuevo en la silla. Por primera vez en su vida se dirigió a ella hablándole de tú.

—Ya basta, Amelia. Me vas a contar qué te está pasando. Tienes un aspecto lamentable. Sin duda, estás enferma. He notado en tu piel que tienes fiebre y me han dicho que has entrado en el hotel arrastrándote. Ahora mismo nos vamos a ir tú y yo a la mutua médica del hotel para que te hagan un chequeo general.

La horrorizada cara que puso Amelia le adelantó la negativa que casi formuló en un grito.

—Estoy bien, ya se lo dije ayer. Creo que durante estos años me he ganado que pueda bajar la guardia durante unos días, ¿no cree, señor director? —dijo, enunciando con retintín el título de Salvador en vez de su nombre. Este respiró profundamente antes de contestar.

—Joder, Amelia. —Esta pocas veces le había oído decir tacos—. ¿Cómo coño puedo decirte que esto no tiene nada que ver con el trabajo, que te hablo como compañero y amigo tuyo? Y yo también me he ganado el derecho a preocuparme por ti, cojones.

También Salvador se sentía extraño e incómodo con el lenguaje y el tuteo que estaba empleando con ella. Pero pensó que era la única forma de hacerla reaccionar. Al ver que Amelia bajaba la cabeza y no contestaba, se puso en pie levantando los brazos al cielo y se marchó del despacho dando un portazo.

Amelia dejó pasar un par de minutos y se colocó en la boca un termómetro que se había traído de casa, junto a las compresas y el Nolotil. Tenía 38,5 grados. Entró en una de las habitaciones que en su listado figuraban como libres y se introdujo en el baño. Al cambiar la compresa comprobó que, aunque poco, continuaba sangrando. No podía seguir así. Como no fuese pronto a un médico correría serio peligro. Se tomó otro Nolotil, ya que el dolor empezaba de nuevo a dejarse notar. Añorando con nostalgia su medalla, se encomendó otra vez a la virgen de la Luz, recordando sus años de infancia, cuando acudía a la capilla pensando que la virgen solucionaría los triviales problemas que se tienen cuando aún no has cumplido los quince años.

Por otra parte, Salvador regresó muy preocupado a su despacho. Llamó a Carlos del Valle para estudiar los informes y, mientras llegaba, telefoneó a Javier Gallardo. Aunque habían quedado en el apartamento de Salvador a las dos, le dijo que los acontecimientos aconsejaban verse con anterioridad. Quedaron una hora antes. Javier le dijo que pediría también a Ramón que adelantase su informe de la mañana para poder tenerlo a esas horas.

XXVII

Javier llegó puntual al apartamento de Salvador Cano. Lo acompañaba Fernando Luengo, que había conseguido escaquearse a mitad de la visita programada que tenía con su esposa a El Corte Inglés. Salvador los acompañó al salón y les ofreció algo de beber, que ambos declinaron.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó el anfitrión.

—Por decirle a Fernando que presente excusas de mi parte a su señora. Debe de estar encantada, habiéndola dejado colgada en medio de las compras navideñas. —Los tres sonrieron—. Bien, Salvador, según veníamos hacia aquí ya he informado a Fernando, pero te pongo en antecedentes: Ramón me ha reportado hace una hora, por lo que estoy al tanto de lo que ocurre con tu gobernanta. Ahora mismo, una persona de nuestra total confianza y de manera muy discreta está realizando una visita a su apartamento. Por supuesto, Ramón, que sigue en el hotel, nos avisará de inmediato si ella se marcha, no sea que pille a nuestro hombre in fraganti. Por otro lado, corremos el riesgo de que haya ya alguien dentro, quizás Akín u otra persona. Abdul no puede ser porque está trabajando. Nuestro hombre se asegurará antes de entrar de no encontrarse con ninguna sorpresa.

—Perdona mi ignorancia, pero… —lo interrumpió Salvador— ¿cómo se asegurará? Si hay alguien dentro puede no contestar al timbre y mantenerse en silencio, con lo que si descubre que se la está controlando se puede derrumbar todo este castillo de naipes.

—Tranquilo, él es un número uno, sabe muy bien lo que hace y está con nosotros, pero para saciar tu seguridad te diré que usa detectores térmicos y acústicos de presencia, que utilizará antes de introducirse en el piso.

—Imagino —apuntó Salvador— que no dispone de ningún permiso judicial para entrar.

Fernando y Javier se miraron. Este continuó hablando, sin contestar a la pregunta.

—Todo apunta a que ha ocurrido algo muy extraño con Amelia. Parece que tú también la has visto muy mal, ¿no? —El director del Atheneum asintió—. Cuando Raúl Olaya, el inspector que está realizando la «visita», termine, vendrá directamente aquí. Mientras —echó un vistazo a las carpetas que Salvador tenía en su regazo—, veo

que has traído lo que te pedí. Si te parece bien empezamos.

—Sí, aquí está todo. —Le pasó una de las carpetas—. Estas son todas las reservas individuales que tiene el hotel para los próximos treinta días. Ya te adelanto que la experiencia nos indica que cuando viene alguien muy famoso, como cantantes o actores de cine, suelen utilizar nombres falsos para evitar avalanchas de admiradores en la entrada del hotel. De cualquier manera, independientemente de que estudies una a una las reservas, te he hecho una relación de los que Carlos del Valle y yo podríamos considerar las personas más importantes o conocidas.

Javier pasó la carpeta a Fernando y empezó a leer los nombres que figuraban en la hoja que le había entregado aparte:

Joan Manuel Serrat
Miquel Barceló
Milos Zeman
Condoleezza Rice
David Beckham
Grigori Sokolov
Magnus Carlsen
Al Gore
Andrew Lloyd Webber
Shirin Ebadi
Dan Brown
Antonio Banderas
Toyo Ito

Javier silbó admirado. Le pasó también la hoja a Fernando.

—Joder, Salvador, no te aburres en tu trabajo. El único que no me suena es Toyo Ito.

—Es un afamado arquitecto japonés —apuntó.

—Bueno, a pesar de no ser poli ya te habrás percatado de cuáles son los tres nombres más importantes para nosotros.

—Claro. Condoleezza Rice viene invitada por el Partido Popular. Llega el sábado día 26 y estará en el hotel hasta el 29. Otra supongo que es Shirin Ebadi; tiene reserva para el miércoles 23 y sale el 25. Me imagino que no tiene que celebrar la Navidad en su casa. —Todos sonrieron—. Al Gore no llega hasta el día 2 de enero.

—Vaya marrón —afirmó Javier—. La Rice fue secretaria de Estado con Bush hijo cuando la invasión de Irak. Shirin Ebadi es la ganadora del Premio Nobel de la Paz de 2003 y está amenazada de muerte por su país, Irán, y por otros países islamistas por su activismo a favor del feminismo y los derechos humanos. Cualquiera de las dos puede ser objetivo yihadista. Con respecto a Al Gore, su pasado demócrata con Clinton parece eliminarle como posible víctima. De todos, la que más preocupa es Shirin Ebadi. Un atentado contra ella tendría una repercusión internacional enorme. Ambas serían blanco fácil para Akín,

debido a su posición en el hotel.

—Pero Akín es cristiano —protestó Salvador.

—Sí, pero no olvides que lo tenemos en la lista de los que contactaban con Boko Haram. Vamos por partes, pásame la relación de los eventos que tenéis previstos.

Salvador le pasó otra carpeta, que contenía solo dos folios.

—En este caso no te he hecho ninguna criba. Al ser solo treinta en total, podrás analizarlos uno a uno. Ten en cuenta que a partir de Nochebuena los eventos caen en picado por las Navidades y no remontan hasta primeros de año.

Javier asintió y empezó a leer. Fernando se aproximó a él para poder leer por encima de su hombro. Durante diez minutos estudió las listas, mientras realizaba apuntes en una pequeña libreta. Antes de escribir, consultaba con Fernando.

—Está visto que has decidido ponérmelo complicado, Salvador. —Tomó la libreta y leyó—. Estos son los eventos que más me han llamado la atención. El lunes por la tarde tienes el cóctel que el partido socialista da a sus empleados. Seguro que viene su secretario general. —Salvador asintió—. El martes 22 por la noche está la cena que organizan los periodistas del Congreso.

—Sí —lo interrumpió—, y es muy posible que acuda algún ministro, así como los portavoces de los partidos.

—Buena observación. El miércoles 23 hay una cena homenaje para Shirin Ebadi organizado por Unicef. Es lógico pensar que pueda acudir la reina, que si no me equivoco es la presidenta de honor, lo que ocasionará que también venga el ministro de Cultura y, como apuntas en el informe, personalidades de la vida social y cultural. Hay que intentar averiguar —miró a los dos— la hora de llegada de Shirin Ebadi al hotel el día 23. También el miércoles tienes un almuerzo de cuarenta personas en un salón privado para Tarbut Sefarad…, ¿judíos?

—Sí —confirmó Salvador—, son los Amigos de la Cultura Hebrea de Madrid; es decir, los que cortan el bacalao a nivel económico. Parece que acudirá el embajador de Israel.

—Joder, ¿es que todos los actos importantes se tienen que celebrar en tu hotel por decreto?

—No olvides que estamos frente al Congreso. Toda la zona que rodea el edificio tiene una consideración especial a objetos de vigilancia y control, y eso les viene muy bien a los organizadores.

—No sé ni por dónde empezar. Cualquiera de los actos y las personas de las que hemos hablado son susceptibles de ser atacadas. Quizás menos en el caso de los empleados socialistas. El cóctel de la prensa puede ser perfectamente un objetivo, aunque no sabemos aún quién acudirá. Qué deciros del almuerzo de los israelíes. Durante siglos han sido el enemigo natural de esta gente. Me llama la atención el caso de Shirin Ebadi. Al igual que pasó hace años con Salman Rushdie, debe de

ser un claro objetivo para el yihadismo. Por si fuera poco —continuó Javier—, en la cena que le está organizando Unicef estará parte de lo más florido de la sociedad madrileña. Imagino que habrá una seguridad especial en todos estos eventos. Pero, como os he comentado, el puesto de Akín es ideal para disparar a bocajarro a cualquiera que pase por la puerta principal. No lo olvidemos.

—Esa seguridad le impedirá acceder al hotel con cualquier arma —comentó Salvador—. En esos días suelen montar un arco de control en la puerta de servicio.

—Sí —siguió Javier—, pero nada le impediría haber introducido y escondido el arma dentro del hotel algún día previo, cuando no hubiera arco de seguridad.

—Tienes razón —concedió el director—. Por cierto, no nos has hablado apenas del informe de Ramón.

—No se me ha olvidado. Imagino que ya sabes que Abdul ha cambiado también el turno la semana que viene. Todo apunta a que si van a realizar algo se circunscribe a esa semana. Como comprenderéis, ya no me fío ni de una sola casualidad más. —Sacó del bolsillo su móvil —. Estas son las fotos que me ha enviado Ramón de la inspección que ha realizado en las taquillas de los dos. Como veréis, poco varían de las de ayer, con la excepción de que ya no está el rosario musulmán.

La conversación la interrumpió el timbre de la puerta. Salvador salió a abrir y se encontró con un joven alto y moreno, vestido de *sport* con ropa de calidad. Llevaba una cartera de piel en la mano. Javier, que también se había levantado, se apresuró a saludarlo y a presentarle a Salvador.

—Este es el inspector Raúl Olaya, un auténtico *crack*.

Fue Javier quien invitó a Raúl a sentarse con ellos. Este tampoco quiso tomar nada cuando se lo ofrecieron. Abrió la cartera de piel y sacó una tableta. Todos estaban expectantes a que hablara.

—No ha habido ningún problema para entrar en el piso. En la calle no he detectado a nadie que estuviera vigilando el domicilio. Me aseguré de que el apartamento se encontraba vacío y pude entrar sin ningún problema. —Sonrió—. Como una imagen vale más que mil palabras, aquí os traigo las fotos que he tomado. —Señaló la tableta—. No tengo muy claro lo que estáis buscando, pero me temo que no os va a gustar mucho lo que vais a ver.

Raúl empezó ejecutando un vídeo que había grabado de todo el apartamento. En el baño había dos toallas tiradas en el suelo y una papelera de metal abierta. La cama del pequeño dormitorio estaba sin hacer y en todo el apartamento reinaba un desorden impropio de una mujer que era la gobernanta de un hotel de lujo.

Cuando acabó el vídeo, comenzó a enseñar fotos que había tomado. En la primera se veía un detalle de una de las toallas del baño. La blancura de esta se quebraba por lo que a todas luces aparentaban ser

manchas de sangre. Otra imagen mostraba desde muy cerca la papelera del baño abierta, donde se podían observar un tampón usado, así como su envoltorio, y varias compresas, también usadas. La siguiente foto era la del cubo de la basura de la cocina. Sobresaliendo se observaban un sujetador y unas bragas blancas. Raúl indicó que había sacado las prendas de la basura para fotografiarlas más detenidamente. En las imágenes que había tomado se veía que las dos prendas estaban rasgadas.

—Por supuesto, volví a poner las prendas en su sitio. También he tomado muestras de la sangre de la toalla, así como del tampón y la compresa, que ya están analizando, aunque, ya os adelanto, por el color parece que no es menstrual.

Salvador, perplejo, intervino.

—Disculpe mi ignorancia, inspector, pero ¿cómo puede saber eso?

—Por algo que no se aprende en la academia de Policía, sino conviviendo, como ha sido mi caso, en una casa con tres hermanas.

Raúl hizo una pausa y continuó.

—Como habéis visto en el vídeo, tanto en la mesilla del dormitorio como en el aparador del salón había varios marcos con fotos. He fotografiado un primer plano de algunas. Creo que os resultarán interesantes.

Mostró la primera. En un marco dorado se veía a Amelia con dos niñas negras. Tenía cogida a cada una de la mano. Se había realizado en la escalinata de lo que aparentaba ser un teatro, ya que al fondo se vislumbraba un cartel de *El rey león*. La siguiente estaba en un marco más pequeño. Un selfi había atrapado la sonrisa de felicidad de Amelia y Akín. Los dos tenían las mejillas juntas. La foto se había hecho en el apartamento de Amelia, por la noche y con *flash*. Un incómodo silencio invadió la habitación. Ninguno de los cuatro comentó nada cuando Raúl indicó que había terminado su exposición.

—Gracias, Raúl —apuntó Javier—. Y no solo por este espléndido trabajo. No olvidaré cómo te la estás jugando tú también por nosotros. —El inspector hizo un gesto con la mano—. Fernando, si no te importa, danos tu opinión.

—No nos precipitemos. Es muy importante recibir lo antes posible el informe del laboratorio, para asegurarnos de que no es menstrual. Amelia, que hasta ahora jugaba un papel secundario en todo este embrollo, ha adquirido una dimensión mucho más importante al confirmarse su relación con Akín. Es clave averiguar de inmediato cuál es su papel en todo esto. ¿Que qué pienso? Que, voluntaria o forzada, está metida hasta las trancas en todo este laberinto, que, por cierto, aún no me atrevo a describir. Y el gran Javier Gallardo —dijo con sorna—, ¿qué piensa?

—Gracias, Fernando. —Al ver la cara de circunstancias de Salvador, se dirigió a él—. Algo te estabas imaginando ya, no lo puedes negar. Lo

que de verdad pienso es que tengo que acudir ya al director general de la Policía y contarle todo. Cada vez me huele peor y nosotros solo somos cuatro «mataos». Si esto se complica más, se nos puede ir de las manos. Y si me sancionan, a joderse tocan. En peores garitas he hecho guardia.

—¿Y qué le vas a contar? —lo interrumpió Fernando—, ¿que en el Atheneum la gobernanta y el portero han tenido un lío?, ¿que esta gobernanta no se encuentra muy bien de salud y hace cosas extrañas?, ¿que hay que ver cuánto trabajo tienen en este hotel antes de las Navidades?, ¿o que el de mantenimiento fuma mucho? Ah, se me olvidaba, también le dices que a su jefe (el jefe de tu jefe) parece que le gusta follarse de vez en cuando a un torero famoso.

Salvador, buen observador, pudo advertir cómo Raúl Olaya aguantaba la risa. Javier no pudo por menos que sonreír también ante la exposición de Fernando.

—Hostias, Fernando, pareces Pepito Grillo. Y lo más jodido es que tienes razón. En el fondo no tenemos nada. O lo tenemos todo. Entre nosotros tres —miró a Raúl y a Fernando— llevamos más de sesenta años de servicio, por no nombrar los que lleva Salvador de hotelero. Y no me lo puedes negar, Fernando: todo apunta a que se está preparando algo gordo. Sin embargo…

Javier paró de hablar, ya que el móvil de Raúl empezó a sonar. Este contestó y durante apenas un minuto escuchó con atención. Con un escueto «Gracias» colgó. Todos lo miraron expectantes.

—La sangre de la toalla no es menstrual. Proviene de una herida reciente. Hasta aquí todo normal. Lo anormal es que la sangre del tampón y las compresas tampoco es menstrual. O tiene un problema interno que le hace sangrar o ha sido agredida sexualmente.

—Me lo temía —apuntó Javier—. Por lo que me ha contado Salvador, se niega a ir a un médico. En ese caso, si la montaña no viene a mí, yo iré a la montaña.

—Explícate —le pidió Salvador, que estaba muy alicaído por el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

—Ha llegado ya el momento en que empecemos a movernos de verdad los profesionales. No podemos dejar esto en manos, y ruego me disculpes, Salvador, de un botones ladrón y un director de hotel, aunque, ojo, tu ayuda nos está resultando imprescindible.

Salvador asintió a Javier, que continuó hablando.

—Como sabéis, tenemos prohibido hacer seguimiento a Akín y a Abdul, y aunque nadie nos ha prohibido seguir a Amelia, mucho me temo que ya lo están haciendo ellos. Creo que en Amelia puede estar el hilo de la madeja del que tenemos que tirar. ¿Alguien ha leído *La carta robada* de Allan Poe?

Solo Fernando asintió.

—Es un cuento del literato americano donde demuestra que el mejor sitio para esconder un objeto es mantenerlo a la vista desde el primer

momento. Y eso vamos a hacer nosotros. Sois conscientes de que como sigamos a los nigerianos o a Amelia muy posiblemente nos van a detectar y de inmediato nos quitarán de la circulación nuestros propios jefes. ¿Y cuál es el único sitio donde no pueden controlarnos y nosotros sí a todos ellos?

—El Atheneum, respondió Fernando.

—Bingo, camarada. Vamos a montar nuestro cuartel general en una de las habitaciones del Atheneum. Desde allí podremos interrogar, sin que nadie se percate, a Amelia. Nadie puede extrañarse si la gobernanta tiene que acudir a una de las habitaciones del hotel. También será mucho más fácil, por el mismo motivo, poder hablar con Ramón. Y no hay mejor lugar que el mismo hotel para controlar a Akín y a Abdul. ¿Es posible esto, Salvador?

—Sí, tiene bastante sentido. Con la colaboración de Carlos del Valle podemos dar de alta una habitación o una *suite* con un nombre falso, que la ocupes tú o quien decidas y hacer que acuda la gobernanta o el portero. Pero, permite que te apunte que no creo que puedas pasearte a tus anchas por todo el hotel. Hay gente que te puede conocer.

—Cierto, pero el Atheneum tiene garaje, y me imagino que habrá un ascensor de servicio que desde este permita acceder a las habitaciones. —Salvador asintió—. Voy a tomarme unos días de vacaciones. A partir de hoy me instalo en el hotel. Tú, Ramón y Amelia, por supuesto, no tenéis ningún problema para acceder a la habitación, y vosotros dos —miró a Fernando y a Raúl— me temo que no sois tan conocidos. Además, aquí el figura —señaló a Raúl— es un experto en disfraces.

Salvador intentaba no perderse ante la incontinencia verbal de Javier. Este se dirigió ahora a él.

—Consígueme, por favor, una habitación que dé a la plaza de las Cortes. Aunque no me dejaré ver mucho, podré observar a Akín mientras trabaja. —Miró al director del hotel, que tomaba notas de todo —. Otro marrón que te meto, ¿no, amigo?

—No te preocupes, ya me están tomando medidas para mi traje de *maître*. —Sonrió—. Por cierto, son las tantas y no hemos comido. En un minuto preparo una ensalada y un poco de jamón que tengo, ¿os parece bien? —Todos asintieron.

Antes de nada, Salvador abrió una botella de rioja, que dejó junto a unas copas para que se fueran sirviendo. Estaba ya cortando los tomates cuando sonó el móvil de Fernando. Este se trasladó al dormitorio para poder hablar más tranquilo. Tardó en volver cinco minutos. Javier lo interrogó con la mirada.

—Era el «banco de favores».

También con la mirada le preguntó si podía continuar hablando en presencia de Salvador. Javier asintió.

—El móvil de Rafael de Utrera tiene multitud de llamadas del teléfono oficial del ministro Ruiz-Mansilla, aunque la última es de hace cinco

días. También me han confirmado que se alojó anoche en el hotel Puerta de América. Tiene reserva hasta mañana.

—Odio decir «Te lo dije» —Javier miró a Fernando—, pero de nuevo otra casualidad; dejan de llamarse justo el día que el ministro ordena retirar la vigilancia a Boko Haram. No perdamos el tiempo. En cuanto terminemos de comer, encárgate tú, Raúl, del seguimiento del torero. Fernando, regresa al despacho y llama «al banco», a ver si te pueden dar información acerca de los eventos que hemos estado comentando. Sería bueno saber qué personalidades tienen previsto asistir a cada uno. Salvador, tú vuelve al hotel, me llamas y me esperas en la habitación que me vas a preparar. Yo subiré desde el garaje. ¿Hasta qué hora estará Amelia?

—En teoría, hasta las siete de la tarde. Y no ha salido del hotel porque me hubiera llamado a mí o a Carlos del Valle.

—Genial, como ha dicho el aguafiestas de Fernando, tenemos muy poco. Pero cada vez tenemos más. Y tú, Salvador, no te preocupes: si te echan, siempre podrás escribir una novela de las cosas tan raras que pasan en tu hotel.

XXVIII

Hacía muchos años que Javier Gallardo había dejado de fiarse de nada ni de nadie. Lo primero que hizo al «tomar posesión» de la habitación 532 del Atheneum fue correr el visillo del balcón. Salvador había hecho bien su trabajo: le había asignado una habitación «estándar» (una *suite* pudiera haber llamado la atención) lo más cerca posible del ascensor de servicio, que Javier había utilizado para acceder desde el garaje del edificio. El balcón de la habitación tenía una vista esplendida de toda la plaza, del Congreso, del Museo del Prado y de parte de las fachadas de los hoteles Palace y Don Quijote. Con discreción, miró hacia abajo y pudo comprobar cómo Akín se había incorporado a su puesto de trabajo. Antes, Javier había pasado un momento por su casa para coger una bolsa con un par de mudas y, sobre todo, el ordenador. La habitación tenía unas amplias dimensiones, propias de un hotel de cinco estrellas, con cama de matrimonio, una mesa que hacía las veces de despacho y un sofá de dos plazas. Salvador, como habían quedado, lo estaba esperando dentro.

—¿Te ha visto alguien? —le preguntó. Javier negó con la cabeza—. Tendrás que comer y te tendrán que arreglar la habitación. Para lo primero no tienes nada más que pedir al servicio de habitaciones lo que te apetezca de la carta que tienes en la mesilla. El problema es que el camarero te verá, lo mismo que la camarera cuando pase a hacer la habitación. Si deseas beber algo, tienes el minibar completo.

—No hay problema. Cuando me suban la comida me encerraré en el baño, como si me estuviera duchando. Con respecto a la camarera, pondré el cartel de «No molestar» para que no pase. No me voy a morir si me tengo yo que hacer la cama o no me cambian las sábanas y la toalla en varios días. Salvador, lo siento, pero el tiempo apremia y poco puedo hacer aquí si no empezamos ya a movernos. Quiero que llames a la gobernanta y la hagas subir.

—¿Estás seguro? Piensa que se asustará más al verte. Y dudo que te cuente algo. A mí me conoce desde hace muchos años y no he conseguido sacarle ni una palabra. Por otro lado, ¿quién te asegura que no esté implicada en la célula terrorista, y desbarate todo si te ve? Te recuerdo que ella te conoce.

—Estamos en un laberinto en el que ella es la única salida. Tú ya lo

has intentado sin éxito. Lo mismo cambia cuando se vea delante de un policía. Por otro lado, en efecto, puede estar metida hasta las cejas con los yihadistas. No olvido que está liada con el portero. Pero mi instinto me ha traído hasta esta habitación, jugándome mi carrera, y no lo voy a desdeñar ahora. Estoy convencido de que ella es una víctima de la situación. Además, por la hora que es —vio en su reloj que eran cerca de las cinco de la tarde—, Abdul ya ha salido del hotel, ¿no es cierto?

—Sí, pero ya has visto que ha entrado Akín.

Salvador se encogió de hombros y, en vez de utilizar el teléfono de la habitación, llamó por su móvil a Carlos del Valle, dándole instrucciones para que Amelia se presentase en la habitación como si la hubiera reclamado un cliente.

No habían pasado ni tres minutos cuando oyeron dos golpes seguidos en la puerta y una voz femenina que con timbre inseguro añadía «gobernanta» a los toques. Salvador fue a abrir y vio que Amelia echaba un paso hacia atrás al reconocerlo. Le indicó que pasara, pues el huésped tenía un problema, y nada más traspasar la puerta Salvador la cerró. El ruido de la puerta al cerrarse amedrentó más a Amelia. Cuando una gobernanta o camarera está en una habitación con el cliente dentro, la puerta debe permanecer siempre abierta, y el director debería ser el primero en saberlo.

Amelia reconoció a Javier Gallardo. Lo había visto en alguna ocasión junto a Salvador en el hotel. Se giró para volver a salir, pero Salvador se había interpuesto entre la puerta y ella.

—Amelia, por favor, siéntate. —Salvador volvió de nuevo a tutearla —. Imagino que ya conoces al comisario Javier Gallardo. Estamos aquí para ayudarte.

—No sé de dónde ha podido sacar que necesito ayuda, don Salvador. Me encuentro muy bien.

—Amelia —intervino Javier—, tiene que creernos. Para su tranquilidad, solo Salvador y el jefe de recepción saben que yo ocupo esta habitación. Le ruego que se siente.

Amelia sintió que una oleada de pánico comenzaba a invadirla. El aire empezó a faltarle en los pulmones mientras se preguntaba cómo podía haber llegado a aquella situación. «Esto es lo que me faltaba», pensó. Había tenido que hacer un esfuerzo ímprobo para levantarse de su despacho y acudir a la habitación. Seguía con fiebre y el Nolotil ya no le calmaba el dolor que sentía. A pesar de que por la hora imaginaba que Abdul ya no estaba en el hotel, no olvidaba sus palabras asegurando que la tenían controlada y que no debería moverse del despacho. Pensó que la presencia del policía no podía augurar nada bueno. Las sienes le estaban empezando a latir con fuerza. Un pico de dolor le sobrevino en el bajo vientre. No llegó a echarse las manos ahí. La habitación le empezó a dar vueltas y ya no fue consciente de cómo se derrumbaba sin remedio sobre el suelo.

Salvador, que era el que estaba más cerca, intentó sin éxito evitar la caída. Entre los dos la recogieron del suelo y la depositaron encima de la cama. Javier la tocó en la frente y comprobó cómo ardía. Preguntó a su amigo si tenían un médico en el hotel.

Salvador le explicó que todos los hoteles de alto nivel cuentan con un médico de confianza. Estos galenos, normalmente próximos a la propiedad o a la dirección, reciben a lo largo del año diferentes prebendas, consistentes en invitaciones al restaurante, asistencia a fiestas, etcétera. Es muy posible que nunca tengan que devolver esos favores, pero a cambio se les pide estar siempre localizados por si el director, que junto con los propietarios es el único que conoce su existencia, necesitara contactarlos. Y esa llamada se produciría solo en casos muy especiales: una personalidad que se ha excedido en consumo de alcohol y drogas y necesita ser atendido en el hotel con la máxima discreción, o, sobre todo, si se produce un fallecimiento por causas naturales en una habitación. En ese caso, se presentará de inmediato. Llamará a un servicio de ambulancias de su confianza y, si ve que el fallecimiento se ha producido hace poco, sacarán el cuerpo por la puerta de servicio, acompañando en todo momento al cadáver. La clave está en que certificará que el fallecimiento se ha producido durante el traslado desde el hotel al hospital. Esto evitará la propaganda negativa que caería sobre el hotel y la mala imagen que se daría entre los huéspedes al tener que ser testigos de todo el trasiego, ya que, si se certifica la defunción en el hotel, el cuerpo debe permanecer en la habitación hasta la llegada del juez de guardia, que será el que decida el levantamiento del cadáver. Incluso cuando este se produzca, la habitación deberá ser desinfectada al completo, por lo que estará varios días bloqueada sin poder utilizarse.

En el caso del Atheneum, este papel le correspondía al doctor Andrés Benítez. Amigo personal de Salvador Cano, solo tuvo que recurrir a él en una ocasión en el pasado. Una madrugada, uno de los más importantes *showmans* del país, que se había puesto hasta arriba de whisky y cocaína, entró en estado psicótico y se dedicó a destrozar literalmente la habitación. El guardia de seguridad y el recepcionista de noche a duras penas lograron inmovilizarlo. Gracias a la rápida actuación del médico, que se presentó en el hotel en menos de quince minutos, se consiguió sedarlo y, a través de la puerta de servicio, ingresarlo de urgencias en una clínica próxima, evitando que el Atheneum fuera portada de tabloides y magacines sensacionalistas de televisión durante días.

Salvador llamó al doctor, que debía de encontrarse muy cerca del hotel, ya que antes de diez minutos estaba frente a la puerta de la habitación. Salvador le presentó a Javier y fue este quien le indicó, gracias a la información que había pasado Raúl Olaya, cuáles podían ser las causas del desmayo de ella. Andrés Benítez se hizo pronto dueño de la situación y pidió a Salvador y a Javier que pasaran al baño para

poder examinar con privacidad a Amelia.

Le quitó los zapatos y la desnudó de cintura para abajo. Abrió su maletín y extrajo un espéculo. No le llevó mucho tiempo. Retiró la compresa y las alteraciones anatómicas que encontró en la exploración visual le indicaron lo que había ocurrido. Tomó muestras de la sangre y de los fluidos que encontró en la vagina. Procedió a realizar también un examen general de su estado. Al terminar, limpió la herida, la vistió de nuevo y la tapó con la colcha que había retirado para tumbarla en la cama. A continuación, llamó a Salvador y a Javier, que esperaban expectantes su dictamen.

—Ha sido violada de una manera brutal. Le ha tenido que costar mucho llegar aquí a pie. La pérdida de sangre no es excesiva, pero debería estar ingresada en observación en un hospital, aunque su vida en principio no corre peligro. Está inconsciente pero estable, despertará en cualquier momento.

No por esperada, la noticia de la violación dejó impactados a Salvador y Javier. Este último advirtió que el director del hotel a duras penas podía controlar las lágrimas. Javier, empatizando con él, le pasó el brazo por el hombro en un intento de animarlo. Salvador se recompuso, y agradeció con una mirada a Javier su gesto.

Amelia empezó a dar señales de actividad. Se movía nerviosamente en la cama mientras mascullaba palabras ininteligibles. El médico se acercó de nuevo a ella para intentar discernir algo de lo que decía.

—No la entiendo muy bien. Debe de delirar debido a la fiebre. Está mentando a unas niñas y un nombre que no acabo de entender.

—¿Podría ser Akín o Abdul? —preguntó Javier.

—Parece más el primero que el segundo.

—Akín tiene dos hijas mellizas —apuntó Salvador—. Las conocí el año pasado en la fiesta de regalos de Reyes que organiza el hotel para sus empleados. Unas preciosidades.

Dejó de hablar cuando observó que Amelia se estaba despertando e intentaba incorporarse de la cama. El doctor acudió a su lado para tratar de impedírselo. Ella se zafó de sus brazos, se quitó la colcha que la cubría y se sentó a un lado, mirando atontadamente a los tres hombres.

—Don Salvador, ¿me puede decir qué ha pasado?

—Te has desmayado, Amelia —contestó.

Esta miró su reloj y le vino a la memoria cómo había llegado a la habitación, aunque no recordaba muy bien la conversación que había tenido con el director y el comisario.

—¡Qué vergüenza por mi parte! Le ruego que me disculpe, hoy no me encuentro bien. Perdone, pero debo marcharme, hay mucho trabajo atrasado en el despacho.

A duras penas se incorporó. El médico la sujetó del brazo, esta vez con mano férrea, obligándola a sentarse otra vez en la cama.

—Amelia —continuó el director—. La persona que te está atendiendo

es Andrés Benítez, que ya sabes que es médico y amigo personal mío. Nos recomienda que te llevemos de inmediato a un hospital. —El doctor asintió—. De nuevo tengo que decirte que estamos aquí para ayudarte y sabemos que no te encuentras bien. —No le quiso hablar aún de la violación—. Y no te voy a dejar marchar en este estado. Ahora mismo te vienes con nosotros a un hospital.

Amelia empezó a temblar y a enrojecer al oír la palabra «hospital». El carácter indomable de ella no tardó en mostrarse en todo su esplendor.

—¡No voy a ir a ningún lado! No me pueden obligar. Y usted —miró retadoramente a Salvador— no es mi padre, así que ¡déjenme salir ahora mismo de esta habitación!

El agotamiento que le sumió la fuerza con la que se había expresado le hizo de nuevo tambalearse. Esta vez fue Salvador quien no la dejó caer y la sentó en la cama.

Javier, que a pesar de su bagaje policial estaba también afectado por el trance por el que Amelia estaba pasando, aprovechó que ella estaba tomando aire para intervenir.

—No sé por qué está usted tan asustada, pero si alguien la puede ayudar, le aseguro que somos nosotros.

Al ver que ella seguía negando vivamente con la cabeza, alzó los hombros en un gesto de impotencia.

—Está bien. Como nos ha dicho usted, no tenemos ningún derecho a retenerla, pero le voy a dejar salir con una condición: que guarde el número de mi móvil entre los contactos favoritos del suyo. —Le entregó una tarjeta—. Aunque utilice otro nombre por si el móvil cae en manos indeseables. Me tiene que prometer que si alguien intenta… —se detuvo un momento mientras pensaba la palabra adecuada— agredirla, me hará una llamada perdida.

Todos vieron cómo ella dudaba. Amelia, consciente de que ya había incumplido la orden, aunque hubiera sido a la fuerza, de no acudir al médico, pensó que aceptar lo que le pedía Javier era una vía de escape rápida para salir de una vez de la habitación. Asintió con la cabeza.

El médico, que deseaba hablar con Amelia a solas, pidió a Javier y a Salvador que los dejaran a solas. Cuando ambos salieron de la habitación, se dirigió a Amelia.

—Usted ha sido forzada hace menos de veinticuatro horas. Aunque su estado no corre peligro inminente, debería ir a un hospital y yo debería denunciar de oficio lo que acabo de examinar. Soy amigo de Salvador y no lo haré si él me lo pide, pero, esté en lo que usted ande metida, le recuerdo que lo único que no tiene arreglo es la muerte, y usted la está rozando con su empecinamiento.

Amelia, más calmada, necesitó un par de minutos antes de contestarle.

—En efecto, doctor. Gracias por su ayuda, pero usted no sabe todo lo que me pasa. Me vendría muy bien que me diera algo para el dolor. He tomado Nolotil, pero no llega a calmarme.

Andrés Benítez empezó a escribir una receta cuando ella lo interrumpió.

—No sé si podré ir a una farmacia, ¿no tendría nada aquí?

Al doctor no le extrañó la imposibilidad que ella argumentaba para poder ir a la farmacia. Ya se estaba percatando de todas las irregularidades que concurrían en el caso. Abrió su maletín y preparó una inyección de Dolantina, que administró en uno de los glúteos de Amelia. Le entregó también un frasco con varias píldoras.

—Estas pastillas son un derivado de lo que le acabo de inyectar. Intente no tomar más de tres al día. Imagino que en su casa tendrá paracetamol o ibuprofeno, ¿no? —Ella movió la cabeza afirmativamente —. Alterne también una después de las comidas. Es muy importante que se lave la herida cada dos horas. Si se encuentra peor, llámeme, aquí tiene mi tarjeta. Recuerde que la herida puede empeorar y entonces su vida correría auténtico peligro por una infección.

Amelia asintió, mientras empezó a notar cómo el opiáceo comenzaba a hacer efecto. Se incorporó en la cama y se alisó la falta y la blusa. Al salir de la habitación, observó que Salvador y Javier hacían guardia junto a la puerta, sin embargo, no se atrevió a mirarlos y no se despidió de ellos.

Entraron de nuevo en la habitación. Andrés les explicó lo que había hablado con ella.

—Tiene auténtico pánico no solo a acudir a un hospital o a un médico, incluso me ha dado a entender que no podría ni ir a una farmacia. Le he dado toda la medicación contra el dolor que llevaba en mi maletín, pero esto no servirá de nada si se infecta la herida. También tiene mi teléfono. Salvador, como imaginas, no quiero saber nada de lo que está pasando y me imagino que vosotros tampoco tenéis mucho interés en contármelo. No hace falta que os diga —miró al comisario— que estoy faltando a un montón de leyes, incluido mi juramento hipocrático al no denunciar la clara violencia a la que ha sido sometida. Estaré muy pendiente del móvil. —Ahora miró a Salvador—. No dejéis de llamarme si tenéis constancia que ella empeora.

Ante el silencio de ellos, Andrés Benítez recogió su maletín y, dándoles un apretón de manos, se marchó también de la habitación. Salvador estaba apesadumbrado.

—Levanta el ánimo —le dijo Javier—. Algo hemos sacado en claro. Amelia no está con los «malos». Ahora hay que averiguar de dónde proviene la violación y si Akín ha tenido algo que ver en ella. Pero ahora necesito tu ayuda, como amigo y como magnífico profesional que eres (y ahora te juro que lo digo muy en serio). Me temo que el tiempo se nos está agotando. Es muy importante que me mantengas informado durante toda la tarde de que Amelia y Akín continúan en el hotel. Por favor, confírmame —le dio una hoja de papel que llevaba en la chaqueta — que esta es la dirección de Akín.

Salvador llamó a Carlos del Valle, que pudo comprobar en el registro que tenía en su ordenador que el domicilio era el correcto.

—Hazme otro favor. Ramón está trabajando, que continúe en el hotel hasta que yo le diga. Hoy todavía tiene cosas que hacer. Si te parece bien, voy a ir adelantando temas aquí y te llamo después para comentarte.

Salvador se dio cuenta de que lo estaba despidiendo. Antes de salir por la puerta vio que Javier ya se había olvidado de él y estaba dando órdenes a través de su móvil. No quiso pasar por el despacho de la gobernanta y se metió en el suyo. Le había resultado muy duro haberse enterado de que había sido violada y ver cómo ella se negaba a dejarse ayudar. Apreciaba mucho a Amelia y no estaba seguro en absoluto de que estuviera obrando bien, pero él ya había elegido un camino, que era el que estaba marcando Javier Gallardo, y se dio cuenta de que para lo bueno o para lo malo estaba vinculado sin remedio a él.

XXIX

Cuando Abdul salió al final de su turno por la puerta de servicio, en vez de torcer a su derecha para coger la calle del Prado, cruzó hacia el pequeño parque situado frente al Atheneum. Se colocó delante de la puerta principal y esperó quieto a que Akín terminara de atender a un cliente que había pedido un taxi. Al volver a su puesto de trabajo, Akín se percató de inmediato de que su paisano lo observaba fijamente. Tuvo que clavarse las uñas en las palmas de las manos para no abalanzarse hacia él. En vez de eso le sostuvo la mirada hasta que un nuevo cliente requirió sus servicios.

Cuando terminó con él, volvió la vista hacia el parque, pero Abdul se había esfumado. Desde la noche que desaparecieron las niñas apenas había podido dormir ni comer. Se encontraba muy desmoralizado. Solo tenía claro que si quería volver a ver a sus hijas debería obedecer todo lo que le ordenasen, y ya sabía cómo se las gastaban los fundamentalistas de su país. Deseaba con ansia que le desvelasen lo que esperaban de él. Había dedicado todas las horas de insomnio y trabajo contemplativo en el Atheneum a intentar descubrir cuál era el valor que le otorgaban los raptores de sus hijas. Y Akín no era tonto. La incredulidad y la perplejidad en que se había sumido al principio habían ido madurando hacia una reflexión que le estaba corroyendo las entrañas. Su posición en el hotel era ideal para cualquier acción de fuerza que Abdul y quienes fueran sus secuaces hubieran pensado efectuar. Y lo peor era que ellos estaban tan seguros como él mismo de que llevaría a cabo cualquier orden que le dieran.

Aunque su mente, absorbida casi por completo por las niñas, había apartado a un segundo plano a Amelia, conocía sus turnos y sabía que estaba de guardia en el edificio. Le extrañaba que no se hubiera dejado ver aún por la puerta, pero imaginaba que tarde o temprano la vería. Esperaba que ella no lo volviera a poner en el brete de tener que hablarle de malas formas, pero si así fuera, no dudaría en hacerlo.

Abdul, por su parte, se encontraba en una nube mientras se dirigía hacia su casa. Ayer por la noche, después de que Olamide y él dejaran a Amelia en su apartamento, llamó a Charles para decirle que se habían cumplido sus instrucciones con respecto a ella. Le aseguró que cuando la dejaron en su casa se había quedado aterrada. Seguro que había dejado

de ser una amenaza. Charles no le preguntó los métodos que habían empleado. Les ordenó que la mantuvieran controlada a distancia, pero que no volvieran a excederse con ella. Abdul le aseguró que así sería. Charles los citó el domingo en el piso de Torrejón, pidiéndoles que se mantuvieran muy alerta por si detectaban que volvían a estar bajo vigilancia, y que continuaran con los preparativos que les había encomendado. No quería que hasta el domingo apareciesen por el piso.

Abdul olvidó por un momento a Charles y volvió a pensar en Amelia. Al verla esta mañana en su despacho, tuvo que reprimir a duras penas el deseo de cerrar la puerta, abalanzarse hacia ella y volver a poseerla allí mismo, sobre la mesa de su despacho. La violación de la noche anterior no solo no había calmado su excitación, sino que la había acrecentado. El pavor que le causaba Charles actuaba de freno para no intentar nada de nuevo, pero estaba convencido de que una vez que se hubiera alcanzado la sagrada misión que les habían encomendado, tendría tiempo de poder volver a tener otro «encuentro íntimo» con ella antes de regresar a Nigeria.

* * *

Abdul, Amelia y Akín no eran los únicos que apenas habían dormido en las últimas horas. Ruiz-Mansilla llevaba manteniéndose a base de café y cocaína desde que tomó la decisión de ordenar el cese de la vigilancia a Boko Haram. Hacía veinte minutos que su coche oficial, junto con otro de escolta, se había presentado en su chalé. Ya había avisado esa mañana a Emilio, su marido, de que a pesar de ser sábado tendría que bajar a Madrid para mantener una reunión con gobernadores civiles. Emilio no se extrañó. Estaba acostumbrado a los ajetreos de viajes y horarios que la política implicaba. Pero llevaba varios días preocupado, observando el anormal comportamiento de su marido. Por las noches no paraba de dar vueltas en la cama, hasta que irremediablemente acababa levantándose para refugiarse en el salón. Ya no volvía al dormitorio hasta que el despertador sonaba. Las pocas veces que comía y cenaba en casa apenas probaba bocado. Emilio achacaba este comportamiento a la responsabilidad de su nuevo puesto. Intentaba acercarse a él anímicamente, pero el ministro se encerraba cada vez más en sí mismo cuando lo tenía cerca. Por primera vez en su matrimonio llegó a pensar que su marido sentía repulsión por él. Ruiz-Mansilla no llegó ni siquiera a darle un beso de despedida cuando le informó que salía, ya que había llegado el coche oficial. También le dijo que no tenía claro si cenaría en casa, pero que si se acercaba la hora lo fueran haciendo ellos por su cuenta.

Ruiz-Mansilla ordenó a su chófer que se dirigiera al Auditorio Nacional. A las seis había un concierto del ciclo Ibermúsica. Dudamel dirigía la Orquesta Filarmónica en la *Quinta Sinfonía* de Tchaikovsky. La

expectación en el mundillo musical de Madrid era muy grande, incluso acudiría el presidente del Gobierno, reconocido melómano. Como el resto del gabinete, él también había recibido la correspondiente invitación hacía unos días. Ruiz-Mansilla, que no era un gran aficionado, en un principio había descartado acudir, sobre todo al celebrarse en la tarde de un sábado que él tenía muy marcado en su calendario. Estaba a punto de decirle a una de sus asistentas que declinara la invitación cuando recordó la estructura del Auditorio Nacional, que conocía por haber tenido que asistir a multitud de celebraciones oficiales en su anterior puesto como secretario de Estado de Cultura, y ordenó que confirmasen su asistencia aclarando que no iría acompañado.

Se había organizado para llegar media hora antes del comienzo del concierto, a fin de no encontrarse con nadie conocido. Mientras se aproximaba al auditorio, sacó del bolsillo de la chaqueta el minúsculo móvil que utilizaba solo para comunicarse con Rafael de Utrera. Le mandó un *whatsapp* confirmándole que estaba en camino. El torero le contestó de inmediato con un mensaje en el que solo se podían leer tres dígitos: «102». Se dio cuenta de que era la primera vez que acudía a una cita con Rafael sin que el corazón le estallara de gozo en el pecho. Se encontraba consumido por los remordimientos.

En estos días habían sido varias las ocasiones que había estado a punto de acudir a Presidencia y desvelarlo todo, pero, como le ocurrió la primera vez, la seguridad de que si lo hacía no vería nunca más al torero frenaba sus buenos deseos. Sabía que este no perdonaría nunca verse expuesto ante todo el mundo como homosexual: su carrera se iría al garete.

Llevaba sin hacer el amor con Rafael desde que recibieron el vídeo en el Atheneum y percibía abochornado que su insomnio no se debía únicamente al sentimiento de culpa por su comportamiento; ni siquiera el abuso de cocaína en que estaba cayendo evitaba la sensación de pérdida que le producía la lejanía del torero. Sentía una necesidad apremiante de abrazarlo, de decirle cuánto lo amaba y lo bueno que sería desaparecer juntos del infierno que estaban viviendo. Él estaba dispuesto a hacerlo, de hecho, se lo iba a proponer esta tarde, pero sabía que sería muy difícil que Rafael lo aceptase. Primero por su madre; ya lo había avisado de que no la haría nunca conocedora de su inclinación sexual. Y segundo, porque no abandonaría su profesión, que lo tenía colocado en la actualidad en lo más alto del escalafón.

Al detenerse el coche en la calle Príncipe de Vergara, frente a la entrada de la sala sinfónica, se le aceleró la respiración. Bajó del vehículo cuya puerta había abierto el chófer y se dirigió a los escoltas que lo estaban acompañando a la entrada. Les dijo que la función duraría unas dos horas y que aguardasen en la puerta. Ante la insistencia de ellos en entrar, les indicó que podían esperarlo en el amplísimo *hall* que había frente a las puertas del patio de butacas. Ellos

lo vieron entrar por la central, entregando su invitación con la localidad a la acomodadora.

Ruiz-Mansilla se sentó en la butaca, dejó pasar un minuto y miró hacia la puerta por la que había entrado. No se veía ni rastro de los escoltas, que ya deberían de estar sentados en los cómodos tresillos del vestíbulo. Debido a la hora, el patio de butacas estaba aún casi vacío. No vio a nadie conocido. Se levantó y avanzó hacia el escenario, saliendo de la sala por un acceso lateral. Al llegar al deambulatorio, giró hacia su izquierda y avanzó a lo largo del pasillo hasta atravesar la verja que separa la sala de cámara de la sinfónica. Él sabía que esa verja estaba abierta, ya que cuando coincidían conciertos en las dos salas, como se había asegurado de que pasaba esa tarde, permitía comunicar al público de cada lado con la cafetería principal, que se encontraba en la zona sinfónica.

Atravesó la verja y siguió avanzando hasta mezclarse con el público de la sala de cámara, que ya empezaba también a ocupar sus localidades. Se aseguró de que nadie lo seguía y salió del edificio por la entrada de esa sala, distante cerca de cien metros de la sinfónica, y que daba a una pequeña plazoleta que hacía imposible ser visto por los chóferes que tenían aparcados los vehículos en doble fila.

En vez de incorporarse a la calle Príncipe de Vergara, torció de nuevo hacia la izquierda para tomar la calle Suero de Quiñones. Cuando el viernes Rafael de Utrera le confirmó que estaría el fin de semana en Madrid, el ministro le pidió que se alojara en el hotel Puerta de América. Había estudiado en Google Maps el trayecto que había desde el auditorio hasta ese hotel, y podría realizarlo en menos de quince minutos caminando, evitando tener que tomar un taxi y poder ser reconocido. Avivó el paso y fue callejeando por el recorrido que había memorizado, y a los doce minutos ya estaba delante del hotel. Antes de entrar, tuvo que detenerse un minuto para recuperar no solo el resuello, sino el temblor que se estaba apoderando de sus manos ante la proximidad de Rafael. Finalmente, arrancó, y con paso vivo llegó a los ascensores, para a través de ellos acceder a la primera planta, donde en la habitación 102 lo estaba esperando Rafael de Utrera.

Aunque Ruiz-Mansilla hubiera examinado con detenimiento el concurrido e innovador *hall* del Puerta de América, difícilmente se hubiera dado cuenta de que el joven vestido de *sport* que estaba sentado en uno de los extrañísimos divanes, sosteniendo una copa de champán en la mano mientras besaba en la boca a una rubia menudita, no lo perdía de vista. Raúl Olaya dejó de besar a la chica en cuanto el ministro desapareció por el ascensor.

—Eres un sol, Patricia. Pocos pueden presumir de tener una novia como tú. Guapa, lista y que encima no le importe ayudar a su chico

cuando lo necesita.

—Menos rollo, Raúl. Te conozco. No me digas que ahora vas a desaparecer. —Hizo un mohín al ver que este asentía—. Mucho te tengo que querer para prestarme a estos juegos. Además —rio—, con tus besos ni siquiera me he enterado a quién estás siguiendo. Te aprovechas de mí, malvado.

—Pero sabes que te amo, y también lo que me seduce mi trabajo. Así que, aunque insistas, no te diré a quién hemos venido a ver. A lo mejor no era a nadie y solo es una excusa que me he inventado para tomar contigo este champán tan delicioso en este sitio tan *cool*. Disfruta de él, cariño, como yo disfruto de ti.

Raúl continuó charlando y besando a Patricia. Se sorprendió cuando vio salir al ministro mucho antes de lo que había esperado. Se quitó de su vista volviendo a girar la cara para besar a su chica. Nada más desaparecer por la puerta y mientras jugaba con su pelo dorado, puso cara de cordero degollado para dirigirse a ella.

—¿Me mandarás a la mierda si encima te pido que me acerques al centro? Te compensaré el próximo día, corazón.

Raúl pagó las consumaciones y esperó junto a Patricia a que el portero les trajera el coche que le habían dejado a la llegada. Apenas tardaron quince minutos en llegar a la plaza de las Cortes. Raúl se despidió con un largo y apasionado beso y le prometió que se verían por la noche si había acabado su trabajo.

Mientras subía a la habitación de Javier Gallardo, donde lo había citado, pensó en el riesgo que estaba corriendo. Las dudas se le disiparon al darse cuenta de que empezaba a cumplirse al pie de la letra todo lo que Javier había vaticinado.

* * *

Amelia se sentía mucho mejor desde que el doctor Benítez le había puesto la inyección. Había pasado toda la tarde encerrada en su despacho y, para su alivio, nadie más había llamado a la puerta, a excepción de la camarera del turno de tarde para recibir instrucciones. Tenía auténtico pavor a que llegase la hora de regresar a su casa. No le extrañaría volver a ser atacada por Abdul.

En la visita que le había hecho por la mañana había detectado en sus ojos que el deseo por ella no se había aplacado, pero, aunque lo ansiaba, sabía que no podía quedarse en el hotel. Las órdenes que le habían dado eran categóricas: tenía que continuar con su vida normal o la matarían. A ella, a Akín y a las niñas. En las horas que había pasado aprisionada en su despacho había entrado en internet y se había documentado sobre la situación política por la que pasaba Nigeria. Se le había erizado el cabello. Los actos terroristas en ese país ocasionaban más de mil muertes al año, de las cuales la mitad eran niños. Se imaginó lo poco que les

podía importar a quienes estuvieran aliados con Abdul deshacerse de una extranjera, blanca y cristiana, por más señas.

Cuando dieron las ocho, bajó hasta recepción para comunicar que se marchaba. Evitó salir por la puerta principal para no tener que enfrentarse con Akín, al que atisbó a través de los cristales del torno automático. Se fue por la de servicio. Continuaba caminando con dificultad, aunque los efectos de la inyección aún continuaban y le permitían no tener que hacerlo encorvada. Antes de doblar la esquina de la plaza no pudo evitar mirar de soslayo a Akín, que, iluminado por los focos de la fachada, mostraba una imagen muy diferente al que hacía apenas dos días, fuerte y optimista, le había hecho el amor en su piso de Vallecas. No solo había desaparecido su franca y peculiar sonrisa, parecía que por encima de la levita blanca tuviera que soportar un peso descomunal. Aparentaba haber envejecido diez años en estos dos días. Su mirada, perdida, no llegó a coincidir con la de ella.

Amelia dejó la plaza por la calle del Prado y aprovechó que subía en su misma dirección un taxi para pararlo. No se veía con fuerzas de llegar a su casa andando. Nada más sentarse en el taxi cerró los ojos. Quiso pensar que volvía a ser la niña que leía compulsivamente a escondidas novelas de intriga en el colegio y que lo que le estaba ocurriendo era solo el argumento de una de ellas.

Akín no vio salir a Amelia, pero desde tres puntos de la plaza su salida no pasó desapercibida. Kingsley, desde su atalaya en el hotel Palace, donde continuaba controlando todo lo que ocurría en el exterior del Atheneum, tomó nota en una libreta de la hora de salida de Amelia. En su habitación, Javier, avisado por Ramón de que Amelia se marchaba, descorrió ligeramente el visillo para contemplar cómo ella desaparecía de su visión después de permanecer, durante unos segundos, girada hacia la puerta principal. Observó también, preocupado, que Abdul se encontraba de paisano en la puerta del hotel Don Quijote. Temió que empezara a seguir a Amelia, pero desistió a los pocos metros y giró en dirección contraria.

Disimulando mientras charlaba con el portero del vecino hotel Don Quijote, Abdul cortó precipitadamente la conversación para seguir a Amelia a distancia. Masculló una maldición cuando observó que paraba un taxi. Dudó antes de tomar otro para ir tras ella. Estaba seguro de que Kingsley lo estaba observando y se extrañaría de su comportamiento. La sombra de Charles era demasiado alargada y, si por su lujuria echaba a perder la operación, desearía no haber nacido.

Se consoló sacando del bolsillo y acariciando la medalla que la noche anterior había arrancado del pecho de Amelia. Recordó que no había leído la inscripción cuando se la quitó. Ahora lo hizo, aprovechando la luz de una de las farolas que iluminaban la acera. Con letra gótica estaba grabada una fecha, «01/05/1980», y una frase, «Con todo el amor de tus padres». La apretó entre sus dedos y, renqueando, tomó el camino

hacia su casa.

XXX

El trabajo de la diseñadora iraquí Zaha Hadid había logrado transformar la habitación 102 del hotel Puerta de América en lo más parecido al puente de mando de una nave espacial de los Klingons. La cama semejaba un apéndice que hubiera brotado por generación espontánea de una de las paredes. De la misma pared surgía otro añadido, que hacía las veces de mesa. Con mucha imaginación podía llegar uno a figurarse que la masa amorfa situada junto al escritorio era un sillón para poder sentarse frente a él o ver la tele en el televisor de plasma que colgaba del techo. El blanco impoluto de todos los elementos casi deslumbró a Ruiz-Mansilla cuando Rafael lo invitó a pasar. De inmediato, el ministro se percató del nerviosismo del diestro. Este se giró ligeramente cuando lo quiso besar en la boca, ofreciéndole la mejilla. Deshaciéndose de su abrazo, le indicó que se sentara en el extrañísimo sillón mientras él lo hacía en el borde la cama. Estuvieron en silencio durante unos instantes que a Ruiz-Mansilla se le hicieron eternos, deseoso como estaba de cubrir de besos al torero. Finalmente, un hilo de voz salió de la garganta del triunfador de San Isidro.

—Perdona, pero estoy acojonado.

No necesitaba jurarlo. No hacía más que frotarse las manos. Llevaba el cabello sin peinar y todo su atuendo demostraba un abandono que Ruiz-Mansilla jamás había observado. O lo había visto desnudo, con un físico que parecía salido de los cinceles de Miguel Ángel, o iba siempre muy bien conjuntado, vistiendo ropa de firma. Ese valiente árbitro de la elegancia, que había sido capaz de enfrentase sin ningún temor hacía menos de un año, en la última corrida de la Feria de Sevilla, a seis victorinos de seiscientos kilos y que llevaban en sus genes el único objetivo de matar a su oponente, lo miraba ahora desde el borde la cama como un crío asustado.

—Lo siento, Daniel, no me encuentro nada bien. Sé que has tenido que hacer un gran esfuerzo para venir hasta aquí, pero en lo último que pienso ahora mismo es meterme en la cama contigo. Llevo luchando y jugándome la vida desde que era un niño para triunfar, y ahora todo se puede ir a la mierda como se descubra ese vídeo. Y mi madre… —Tuvo que dejar de hablar, pues un sollozo se lo impidió.

Ruiz-Mansilla estaba paralizado observando la escena. No podía creer

que un hombre del valor del que tenía enfrente se pudiera desmoronar de esa forma. Se levantó para acariciarlo y se encontró de nuevo con el rechazo del diestro.

Volvió a sentarse, perplejo. No lo hubiera esperado nunca. El sexo, por supuesto, tenía mucho que ver en el amor que sentía por él, pero eso no era todo. También amaba su donosura, la seguridad en sí mismo que proyectaba, la leyenda que ya acompañaba a su nombre. Durante estos últimos días de pesadilla nunca había pensado que lo encontraría así. El ministro le pasó una caja de clínex que había encima de lo que parecía el escritorio, ya que el diestro no paraba de llorar. Ante su rechazo, se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que esperar a que se serenase para poder hablar con él. Rafael necesitó más de cinco minutos. Por fin, se secó las lágrimas y lo miró a la cara.

—Yo te quiero mucho, Daniel, pero tienes que entender que hasta que todo esto se calme debemos mantenernos apartados el uno del otro. Si he venido hoy aquí no solo es por lo que has insistido. Te lo quería decir a la cara, aunque no puedo negar que también necesitaba verte. Pero durante un tiempo, hasta que todo esto termine, no voy a venir a Madrid. La temporada de toros no empieza hasta dentro de unos meses, y sabes que decidí acortar la gira americana para estar el mayor tiempo posible contigo.

Rafael giró la cara para no verlo y dirigió la mirada hacia el techo de la habitación.

—Ayer hablé con mi apoderado —continuó— para pedirle que me consiga contratos allí. La Temporada Grande en Plaza México aún no ha terminado, y sé que con mi cartel no le costará ningún trabajo conseguirme corridas. Pero todo esto es temporal, Daniel. Espero que todo se aclare pronto y que por tu bien y el mío volvamos a estor juntos como hasta ahora. Solo te pido, si de verdad me quieres, que no permitas que ese maldito vídeo salga a la luz. Sería mi ruina y —lo miró de soslayo—, me imagino, que la tuya también.

Cada vez que el torero usaba la palabra «Daniel» para dirigirse a él, Ruiz-Mansilla sentía como si estuviera introduciendo en su cuerpo uno de los estoques que utilizaba para matar los toros. Era la primera vez desde que se veían que lo llamaba por su nombre de pila. Estaba haciendo un gran esfuerzo también para no llorar. Pensar que tendría que afrontar todo sabiendo que Rafael no estaría a su lado le dio fuerzas para decirle las frases que había ensayado hasta la saciedad durante sus noches de insomnio.

—Rafael, vámonos los dos juntos de España. Lo tengo todo pensado. Ambos tenemos dinero suficiente para poder hacerlo, tú por tu carrera y yo por herencia familiar. Huyamos a un sitio donde nadie nos conozca y podamos envejecer juntos. Por supuesto, tu madre nos acompañaría. Si de verdad me quieres, te pido, por favor, que lo pienses. Desde que te conozco me he dado cuenta de que no hay en la vida nada más

importante que el amor. Ni siquiera el honor —añadió, mirándolo con tristeza.

Daniel no necesitó esperar a escuchar la respuesta. Le sobró ver cómo le iba cambiando la faz al torero según le exponía su plan. Lo estaba mirando como si fuera un extraterrestre.

—Pero ¿tú estás loco, Daniel? ¿De verdad crees que voy a tirar mi carrera por los suelos, y dar un disgusto a mi madre que la mataría? Ya te he dicho que yo también te quiero, pero todo tiene un límite y tú deberías saberlo; aparte de tu carrera, tienes hijos. ¿Qué pensarían ellos de un padre que huye dejándolos abandonados? Por tu alma, Daniel, reflexiona. Lo mejor es que no nos vean juntos durante una buena temporada. Tú, que te sabes manejar muy bien en las altas esferas, seguro que encuentras solución a todo este embrollo sin que el puto vídeo tenga que salir a la luz.

Daniel no lo dejó continuar. Como un autómata, se levantó y avanzó, anonadado, hacia la puerta de salida. A pesar de todo el dolor que sentía por dentro, se dio cuenta de que con sus ruegos se estaba poniendo en evidencia. Además, Rafael podía llevar razón. Aunque huyesen, tarde o temprano todo saldría a la luz. El vídeo finalmente se emitiría y con toda seguridad sería denunciado por colaboración con banda terrorista en cuanto se descubriese cómo había obstaculizado la investigación policial. Abrió la puerta sin mirar a Rafael, mientras este seguía hablando.

—Por Dios, Daniel, no hagas ninguna locura. No olvides lo que te he dicho. Deja que todo pase y te juro por mi santa madre que yo te estaré esperando.

Las últimas palabras apenas las oyó el ministro. En vez de tomar el ascensor, bajó a pie el único piso que lo separaba de la salida. Miró el reloj y sonrió amargamente. Al final le iba incluso a sobrar tiempo para ir tranquilo al auditorio, cuando antes de entrar en el hotel pensaba que la hora y media de la que disponía se le pasaría en un suspiro.

* * *

Fernando Luengo ya estaba haciendo compañía a Javier Gallardo en su habitación del Atheneum cuando llegó Raúl Olaya.

—Una de dos, compañeros, o tomamos algo de lo que hay en el minibar, o hacemos un pedido al servicio de habitaciones, pero en ese caso —bromeó el comisario— me temo que nos tendremos que encerrar los tres en el baño.

Javier los invitó a sentarse. Salvador había hecho bien sus deberes cuando le preparó en la habitación tres sillas extras, en prevención de que fueran necesarias. Miró a Raúl, dándole pie para que empezara.

—Llegó solo, sobre las seis y cuarto, con gafas oscuras y vestido de *sport*. Recorrió con rapidez el *hall* del Puerta de América y tomó el

ascensor, que le llevó hasta el primer piso. Mis contactos ya me habían comentado que el torero tiene la habitación 102. Por supuesto, ni se enteró de que yo estaba allí. Salió apenas media hora después. Totalmente alicaído. Parecía, como dice Sabina, «el fantoche que va en romería con la cofradía del santo reproche». Me temo que ha debido de tener una «agarrada» con el torero.

Javier miró a Fernando.

—Por mi parte, poca cosa. Al estar paralizado el seguimiento de los sospechosos, apenas hemos avanzado. He estado repasando archivos y, como esperaba, los tres nigerianos tienen hasta ahora un comportamiento impecable en España.

—Si quieres, llamo a Amelia, la gobernanta, y le cuentas lo del comportamiento impecable. —Durante diez minutos les estuvo explicando la escena que se había desarrollado poco antes en la habitación, con Amelia como protagonista. Los dos lo escucharon atentamente.

—Coño —comentó Fernando—, esto nos confirma muchas cosas. Por otro lado, os comento: del «banco de favores» me han asegurado la asistencia del ministro de Cultura a la cena de Shirin Ebadi. La presencia de la reina se da por segura, aunque ya sabéis cómo son en Zarzuela. Por motivos de seguridad jamás confirman de manera oficial la asistencia de los reyes a ningún acto. Lo que también es muy posible es la presencia del embajador de Israel al almuerzo judío del día 23. Con respecto al cóctel de la prensa, ese día hay pleno en el Congreso. Nadie del Gobierno ha confirmado asistencia, pero seguro que alguno se dejará caer. Ya sabéis, con tal de salir en la foto… El presidente hará lo de siempre; hasta última hora no se sabrá si acude, aunque me he enterado de que el año pasado no asistió. Creo que todo esto es más que suficiente para poder hacer ya una aproximación a nuestro director general.

—Fernando, ahora soy yo quien tiene que hacer de Pepito Grillo. Seguimos sin tener una mierda. La gobernanta no solo no ha puesto ninguna denuncia, sino que tiene auténtico pavor a hablar de lo que le ha pasado. Como has comentado tú, los tres sospechosos tienen un comportamiento ejemplar y, con respecto al hotel, ¿qué hotel de lujo en esta zona no tiene visitantes importantes y eventos políticos? Cuando nos presentemos en la Dirección General tenemos que llevar mucha más «chicha» o lo único que conseguiremos será meter en un serio aprieto moral a nuestro jefe, que por otra parte no olvidemos que es un cargo político, con las connotaciones que eso implica. Todo lo que tenemos se quedará en humo y, además, seremos desactivados por completo. Me temo que estamos como antes. Perdona; miento, y ahí tienes razón, Fernando: no estamos como antes, tenemos mucha información de la que carecíamos, pero por ahora la tendremos que usar nosotros solos. Mientras os esperaba, he tenido mucho tiempo para pensar. Me gustaría

hacer con vosotros una especia de *brainstorming*, o como coño se llame ahora lo que siempre ha sido un intercambio de pareceres. —Tomó un sorbo de la cerveza que había cogido del minibar—. Prestad atención, aquí van mis apreciaciones, espero las vuestras.

»Amelia ha sido violada —comenzó Javier—, pero no sabemos por quién. Podría ser por Akín, pero algo me dice que no es así. Ella lo nombró junto a sus hijas cuando estaba inconsciente. Por otra parte, la he estado observando cuando salía de trabajar. Se ha quedado observándolo desde la esquina con una mirada que no se podría definir como de odio o de temor.

—Todo indica que Amelia —intervino Fernando— ha sido forzada por alguien, que la ha amenazado con matarla si lo cuenta.

Javier asintió y continuó.

—Akín y Amelia mantienen una relación íntima, que por lo que os acabo de comentar parece que se ha quebrado, o que alguien ha quebrado.

De nuevo habló Fernando.

—Por la actitud tan amedrentada de él en las últimas horas, parece que alguien lo tiene amenazado si continúa con ella.

—Abdul lleva pululando desde hace tiempo por los alrededores del hotel —siguió Javier—. Hace un rato le he visto colocarse en actitud desafiante frente a Akín, aunque este ni le ha hablado. Cuando ha salido la gobernanta, ha hecho ademán de seguirla, pero ha desistido de hacerlo.

Ahora fue Raúl quien tomó la palabra.

—Sea lo que se esté preparando, todo indica que Abdul es el «jefe de operaciones» dentro del hotel. Está pendiente de todos y me temo que, por lo que sea, todos los implicados lo obedecen.

Ahora fueron Fernando y Javier los que asintieron. Este último volvió a tomar la palabra.

—Tenemos confirmada la relación íntima del torero con el ministro. Esto nos asegura que los rumores que nos contó Ramón sobre los comentarios de la camarera son ciertos. De una forma u otra, su historia de amor ha sido descubierta en el Atheneum y se está utilizando, chantajeándole, para obligarle a desmontar el aparato de vigilancia contra Boko Haram.

—Tómate un trago de cerveza, que se te va a calentar —bromeó Fernando—, ya sigo yo. Sabemos que en los próximos días se alojan en el hotel varias personalidades y que concurren muchísimos factores que las hacen proclives a un atentado. También se celebran varios actos en los salones del hotel, que si fueran atacados tendrían una gran repercusión en todos los medios.

—Exacto —apuntó Javier mientras dejaba la cerveza sobre la mesa—. Todo lo anterior y el cambio de los turnos de los principales «actores» de esta película, Abdul y Akín, me lleva a pensar que en el transcurso de

una de las tardes de la semana que entra se producirá en el Atheneum un atentado terrorista que colocará la ciudad de Madrid en la cabecera de todos los telediarios.

Los dos lo miraban atentamente, pero fue Fernando el que habló.

—Está muy bien, maestro, pero falta el enunciado más importante. Saca tu bola de cristal y mójate un poco. ¿Quién lo va a hacer y contra quién será el atentado?

—Me inclino a pensar en Akín, sobre todo por su ideal situación estratégica en la puerta principal. Lo que no tengo claro es si su colaboración será voluntaria o forzada. Con respecto a la víctima, tengo más dudas. Por un lado, tenemos el almuerzo de los judíos, primer objetivo del yihadismo, aunque tampoco es mala opción la cena de la prensa.

—Habrá mucha más seguridad debido a los guardaespaldas de los diputados que asistan —apuntó Fernando.

—Y tenemos a Shirin Ebadi —continuó Javier—. A raíz del Nobel se ha convertido en una estrella mundial. Llega el día 23 y sale el 25. Imaginaos el ruido mediático que supondría que uno de los principales quebraderos de cabeza del yihadismo fuera asesinada el día de Nochebuena en un país occidental, a escasos metros del Congreso que rige sus leyes, bien por un atentado personal o por otro más ambicioso, que incluyera a alguno de los asistentes a la cena en su honor entre los que posiblemente estará, no lo olvidéis, la reina de España. Como os he comentado ya, pensad en lo sencillo que sería para Akín desde su posición, a pesar de todos los guardaespaldas que las protegerán, sacar una pistola y disparar a cualquiera de las dos cuando estén llegando a su altura en la puerta principal.

—Pero sería un acto casi suicida —protestó Fernando—, más propio de un yihadista que de un cristiano como Akín.

—Exacto, Fernando. Esto es lo que me lleva a pensar que algo o alguien le obligaría a colaborar. Lo que no tengo ni idea es el motivo, pero lo vamos a averiguar.

—¿Cómo? —insistió Fernando—. Tenemos prohibido seguirlos. Ellos en teoría son terroristas bien entrenados que detectarían enseguida que estamos tras ellos.

—No los vamos a seguir. Aquí Raúl, nuestro *crack*, al igual que hizo con Amelia, va a realizar una «visita» al piso de Akín. Lo hará cuando tengamos la seguridad de que Akín se encuentra aquí, trabajando. Por tanto, no lo estaremos siguiendo.

—Eso no te asegura que no haya nadie controlando su casa —reflexionó Fernando—, aunque te concedo que no tiene mucho sentido que vigilen su vivienda cuando a él le tienen controlado en el Atheneum. Por otro lado, podrían estar las niñas dentro. De hecho, sería lo normal.

—En ese caso, Raúl ni siquiera llegará a entrar. Recogerá velas y se

viene para aquí. Respecto a la primera observación, que haya alguien controlando desde fuera su vivienda, te recuerdo que Raúl es un número uno. —Este se removió incómodo—. Hasta mañana por la tarde tiene tiempo para observar el terreno y pensar cuál es el disfraz que tendrá que usar para la ocasión.

Javier se detuvo para tomar otro sorbo de cerveza, dejando que sus compañeros fueran asimilando todo lo que les había dicho. Dejó el vaso sobre la mesita y continuó.

—Por supuesto, Raúl, ante la más mínima duda que tengas lo dejas y te vuelves. Creo que lo mejor sería mañana a primera hora de la tarde, antes de que oscurezca. Así no necesitas ni encender las luces ni iluminar la casa con una linterna. Podrían estar observando las ventanas desde fuera. Esto no es todo. He visto, por las fotos que me manda Ramón, que tanto Akín como Abdul vienen a trabajar con anoraks para protegerse del frío. Estos abrigos los dejan colgados en la taquilla. Fernando, hazte con dos GPS de seguimiento. Le explicaremos a Ramón cómo tiene que introducirlos en los anoraks. Respecto a Amelia, haremos un seguimiento de localización de su teléfono móvil. Si le ocurriera algo y me llamara, ya dispondría de su dirección.

—¿Y por qué no hacemos lo mismo con los otros dos? —objetó Raúl.

—Porque me juego las pocas perras que tengo en el banco a que han cambiado los móviles para evitar ser localizados a raíz de descubrir que estábamos tras ellos. Podríamos indagar en cuáles son los nuevos, pero perderíamos mucho tiempo.

—¿Y si descubren el GPS?

—Ese es un riesgo que tenemos que correr. Hay que ilustrar bien a Ramón en cómo los tiene que camuflar. Hasta ahora estoy casi seguro de que no tienen ni idea de quiénes somos ni de lo que llevamos avanzado. Y si aun así los descubren, joder, al menos lo hemos intentado.

—¿No sería más sencillo hablar con Salvador y que mande de vacaciones durante una semana a los dos sospechosos?

—Fernando, estamos en las mismas. Ante cualquier sospecha que tengan, recurrirán de nuevo al ministro y este llamará a quien tenga que llamar para salvar su culo, y perdonad el chiste fácil y soez. Si tenéis alguna duda más, ahora es el momento de exponerla.

Fernando y Raúl callaron.

—Una cosa más —añadió Javier—, traedme unos prismáticos normales y otros de visión nocturna. Los primeros los voy a necesitar para ver bien la cara de todos nuestros «amigos», y los segundos para quitarme una duda que lleva toda la tarde corroyéndome respecto a una de las habitaciones que tenemos ahí enfrente, en el edificio del Palace.

Fernando y Raúl miraron a través del visillo hacia donde Javier les indicaba. Solo había un par de habitaciones con la luz encendida y no se observaba a nadie dentro de ellas.

—Si no tenéis nada más —comentó el comisario—, mejor que vayáis

saliendo. Recordad que Amelia trabaja mañana desde las diez de la mañana hasta las ocho de la tarde, más o menos. Abdul vendrá por la mañana y Akín por la tarde. Lo digo porque el GPS para Abdul lo necesitaré a primera hora, para que Ramón se lo coloque. El de Akín lo pondremos por la tarde. No dudéis en llamarme ante la más mínima duda. Os será fácil localizarme; me temo que no voy a salir de estas cuatro paredes en bastantes horas.

—No te quejes tanto, jefe —dijo Fernando—. Pocos policías pueden presumir de pasar las Navidades en un cinco estrellas Gran Lujo.

XXXI

El último sábado antes de Navidad empezaba ya a morir en Madrid. Riadas de personas bajaban por la Carrera de San Jerónimo, buscando la arteria principal de la ciudad, donde tenían aparcados sus coches o les sería más fácil tomar uno de los autobuses que recorrían verticalmente Madrid. La mayor parte portaban bolsas con los regalos adquiridos en los grandes almacenes de la zona centro.

Akín observaba todo ese fluir de gente pensando que él debería estar entre ellos, comprando los regalos de Navidad para sus niñas y el collar de plata que había visto en una joyería de la calle Preciados y tanto le había gustado para Amelia. Reprimió un sollozo al darse cuenta de que nada de eso tenía ya sentido. Las luces de Navidad que iluminaban los árboles de la plaza no ayudaban en absoluto a combatir el estado depresivo en el que se encontraba. Pero por lo menos ahora estaba trabajando, con algo que hacer. Dentro de unas horas tendría que regresar a su casa de Vallecas, a consumirse esperando mano sobre mano a que los secuestradores de sus hijas tuvieran a bien decirle cuál iba a ser el precio que tendría que pagar por la liberación de las pequeñas.

Durante su turno intentó mirar lo menos posible hacia su derecha, donde tenía una visión perfecta de la puerta de servicio. No quería ver a Amelia. Pasadas ya las primeras horas del *shock* producido por la separación de las mellizas empezaba a echarla de menos. Ansiaba refugiarse en sus brazos y recibir de ella el consuelo que tanto necesitaba, pero sabía que era una quimera. No necesitaba que Abdul se le hubiera mostrado durante la tarde frente a él, dejándole claro que estaba continuamente controlado. Solo tenía que pensar en la bolsa de plástico que guardaba en el congelador de su casa.

Vio en el reloj de la plaza que su turno ya terminaba. Por la noche no había portero, por lo que cerró el armario auxiliar que tenía en la puerta y entregó la llave en la recepción. Luis Esteba, el recepcionista de noche, se la recogió. Al hacerlo le preguntó si se encontraba bien, al haber observado por primera vez desde que conocía a Akín que no se dirigía a él con una sonrisa o una palabra amable. Akín no lo oyó. Se encaminaba casi arrastrando los pies al suplicio insomne que le esperaba entre las cuatro paredes de su casa.

* * *

A quince kilómetros de allí, todos dormían en el chalé de Ruiz-Mansilla. Todos menos él, que nada más llegar de Madrid se había refugiado en su despacho, alegando trabajo atrasado. Negó con un simple monosílabo cuando Emilio, preocupado al ver su aspecto, le preguntó si iba a cenar algo. Por primera vez en su vida cerró con llave la puerta de su despacho. Al sentarse en el confortable sillón que tenía en la estancia, empezó a llorar como no recordaba haberlo hecho nunca. Esa tarde, al regresar al auditorio desde el hotel Puerta de América, vio que aún quedaban quince minutos para terminar el concierto. Al no poder pasar a la sala y no desear ser visto por los escoltas, entró también por la zona de música de cámara y se refugió en uno de los lavabos. Allí esperó a escuchar los aplausos y, cuando estos fueron decayendo, tiró de la cadena, se refrescó la cara y salió hacia el vestíbulo. Casi se chocó de bruces con el presidente del Gobierno. Intentó escabullirse sin que lo viera, pero este lo llamó por su nombre de pila. No tuvo más remedio que darse la vuelta y saludarlo.

—No sabía que estabas aquí, Daniel, no te he visto en la sala. Podíamos haber escuchado juntos el concierto.

—Me habían puesto al fondo, presidente. Ya sabes lo mal que se organizan en Cultura —intentó bromear. El presidente lo miró fijamente.

—¿Estás bien, Daniel? Te encuentro un poco pálido. —El ministro forzó una sonrisa.

—Tú tienes la culpa, presidente, por el peso que hace unos días has depositado en mis hombros.

Ahora, sollozando en su despacho, en lo último que pensaba Daniel era en su presidente. Mordió con fuerza sus nudillos, esperando a que el dolor lo hiciera reaccionar y cortase el llanto. El recuerdo de Rafael de Utrera no lo permitía. Aunque se había enamorado como un crío, ya no lo era. La tan manida venda del amor no le impedía ser consciente de que Rafael estaba huyendo de la situación como un conejo, importándole un ardite que en esa huida él quedase desamparado.

En el Puerta de América se había percatado de que lo único que en realidad le preocupaba al torero era que el puto vídeo no se emitiera nunca, y pensó que por eso le había dado una pequeña llama de esperanza, al decirle que cuando todo se calmase retomarían la relación. Pero el ministro no había llegado a su cargo por casualidad. Entendió que solo era una excusa para paralizar cualquier tentación que tuviera de revelarlo todo. Rafael había sido también muy hábil al unir esa promesa con el aviso de que una confesión arruinaría también su carrera política, su imagen y la familia que tan unida había mantenido desde que se casó con Emilio.

Pensar que sus dos hijos fueran conscientes de golpe de que su padre

era un traidor a su patria incrementó el nivel de los sollozos. Estudió la posibilidad de colocarse con coca y alcohol, pero no tenía ni fuerzas ni ánimo. Solo deseaba que el lunes no llegara nunca y no tuviera que incorporarse a su despacho oficial, donde sabía que cada segundo que pasara incrementaría la sensación de culpabilidad que se mezclaba con el recuerdo de la pasión que sentía por el torero.

* * *

En el otro extremo de la Comunidad de Madrid, Charles acababa de terminar de cenar. A pesar de compartir mantel con Abayomi, apenas había cruzado una palabra con él. Estaba muy satisfecho de cómo iba saliendo todo. Las niñas seguían en la habitación de al lado continuamente sedadas. Abayomi le había comentado que apenas se había producido la esperada infección producto de la amputación de los apéndices. Este, que era un hábil enfermero, se preocupaba de que las cicatrices evolucionasen bien. Charles se encogió de hombros cuando se lo comentó. Abayomi se percató de lo que ya había barruntado en las horas que llevaba compartidas con su compatriota. A este no le importaba en absoluto la vida de las niñas. Es más, estaba convencido de que hubiera preferido que una infección se las llevase por delante. Abayomi no daba un céntimo por el futuro de las pequeñas cuando la semana siguiente todo finalizase. Solo le pedía al cielo que no tuviera que ser él el encargado de acatar las órdenes que Charles daría con respecto a las mellizas.

Este había solicitado y recibido dos informes diferentes sobre el ataque que había ordenado que se efectuase sobre Amelia. El de Abdul fue muy somero, manifestando solo que se habían cumplido las órdenes y que la gobernanta no volvería a molestar. Pero el de Olamide fue mucho más completo. Le explicó con pelos y señales todo lo que ocurrió en el Cerro de los Ángeles, incluyendo su propia participación en la violación, y explicando también la violencia innecesaria y peligrosa para la vida de la gobernanta que había utilizado Abdul cuando le introdujo la pistola en la vagina. También le indicó que se había percatado de que Abdul no solo había cumplido las órdenes con morbosa satisfacción, sino que había atisbado en sus ojos una fuerte atracción por Amelia.

Charles, preocupado, tomó nota mental de todo. Podía resultar muy peligroso para la misión la obsesión sexual que Abdul parecía tener por la gobernanta. A partir de ahora lo tendría muy controlado, y en su momento tomaría las medidas correctoras oportunas, pero ahora mismo Abdul era la pieza más importante de todo el operativo que Boko Haram tenía montado en Madrid. Tendría que manejar con cuidado la situación.

Kingsley, por otra parte, estaba realizando a la perfección su cometido. Le pasaba cada pocas horas informes de todo lo que ocurría

en el Atheneum. No le extrañó que, a pesar de ser sábado, el director se hubiera presentado en el hotel. Abdul ya lo había avisado de que no era anormal que lo hiciera. También Kingsley lo había informado de que el lenguaje corporal de Akín mostraba a la perfección que obedecería sin dudar las órdenes recibidas. Por el ministro no se preocupaba en absoluto. Como ya habían comentado antes, una vez que no había comunicado a sus superiores el chantaje al que lo habían sometido, ya no lo haría nunca. En el fondo, pensó, todos estos infieles son un atajo de cobardes y degenerados. Abayomi lo observó sonreír con cara de satisfacción. Aunque no se atrevía a preguntarle el motivo, Charles, en un magnánimo gesto impropio de él, le echó el brazo por los hombros.

—Todo está saliendo a la perfección. En unas horas estaremos en nuestra amada Nigeria.

* * *

A Javier Gallardo le iba a costar dormir, y no solo porque extrañaría la cama. Desde que sus colaboradores se fueron, y a pesar de que había intentado concentrarse en los programas de la televisión del hotel, no paraba de dar vueltas a la situación. Aunque notaba que estaban avanzando, la investigación cada vez se complicaba más. La situación era muy endeble. El más mínimo fallo los descubriría, alertando a la célula, y los dejaría en evidencia ante la dirección de la Policía.

Con la que ya tenía encima, seguía dándole vueltas a su idea de presentarse ante el director general de la Policía. Sabía que, en principio, su puesto político impediría al este hacer ningún puenteo al ministro para hablar con el presidente hasta que no pasasen los famosos quince días que se había dado de plazo. Pero, por otro lado, el director venía de la carrera militar. Era general de brigada del Ejército de Tierra en excedencia, y si le pudiese aportar pruebas fehacientes de lo que él estaba ya seguro de que iba a ser un atentado, sabía que no dudaría en ayudarlos.

Sin embargo, Fernando y él llegaban siempre a la conclusión de que aún no tenían lo suficiente para poder llamar a la puerta de su despacho. Javier se alegró de que su alta posición en la Policía le permitía ausentarse durante varios días sin tener que dar demasiadas explicaciones y de que Luisa, su pareja, hubiera decidido ir a visitar a su madre a la Rioja. No la esperaba antes de Navidad. Su ausencia hacía que no entretuviese con nada lo único que debería ocupar su mente: que cuando llegase el momento, el último movimiento de la diabólica partida de ajedrez en que se estaba convirtiendo el caso lo diera él. Pensó en Fernando, Raúl y Salvador. Solo recordar cómo los tres se habían puesto sin condiciones en sus manos le compensaba el riesgo que estaba corriendo al saltarse deliberadamente las órdenes cortantes que había recibido. Sonrió al recordar a Ramón. No se había equivocado. El

chico estaba realizando su papel mucho mejor de lo que había pensado. Si todo salía bien cumpliría con gusto la promesa de librarlo lo mejor posible del castigo que le esperaba por sus robos en el hotel.

* * *

Ramón había recibido por fin en su móvil el mensaje de Javier dando por terminada su jornada. También le decía que mañana entraría a las ocho de la mañana y que debía acudir a la habitación 532. Ahora se encontraba ya en su casa, con la puerta de su cuarto cerrada y mordisqueando un plato de fiambre que a regañadientes había aceptado de su madre. Aún seguía temblando cuando recordaba la escena que había vivido en el apartamento del director. Desde entonces, había tenido tentaciones de consultar con un abogado, ya que era consciente de lo anormal que aparentaba ser toda la historia que le había comentado el comisario, amén de lo extraño de las instrucciones que le daban. Sabía que todas ellas, aunque no tenía estudios jurídicos, rallaban la irregularidad. Había buceado en internet acerca de Javier Gallardo. Eran cientos las páginas que hablaban de él. Y todas de forma laudatoria. En lo más íntimo, Ramón sabía que la única forma de salir más o menos bien librado de todo lo que había hecho era obedecer las órdenes del comisario. No tenía ni la menor duda de que este cumpliría su promesa de ayudarlo, pero de lo que sí estaba convencido es de que, cuando todo acabara, su periplo en el Atheneum podía darse por finalizado. Pero esto era lo que menos le importaba. Figurando en su currículum el nombre del Atheneum no tardaría en encontrar trabajo en otro hotel. Intentó concentrarse en el juego que estaba ejecutando en su PlayStation. Le costó mucho trabajo. Estaba haciendo ímprobos esfuerzos para no encender su ordenador y visitar su casino virtual. Aún le quedaba algo de dinero en la cuenta del banco y quién sabía si por fin esa sería su noche… Desechó la idea y volvió a concentrarse en superar por fin la pantalla del Call of Duty.

* * *

Amelia había necesitado tomar dos pastillas de las que le dio el doctor en la habitación. Sabiendo que el tope era de tres, aún le quedaba una por si los dolores volvían por la noche. Lo había pasado muy mal desde que bajó del taxi hasta que se encontró en su apartamento. Temía que Abdul surgiera detrás de cualquier sombra. Revisó los pocos metros del piso para asegurarse de que no había nadie dentro. Cerró la puerta dejando la llave puesta, aunque sabía que de poco le valdría si «ellos» deseaban volver. En su situación le extrañó sentir una punzada de hambre, pero recordó que llevaba sin probar bocado desde el día anterior. Mientras se preparaba un sándwich en la cocina, recordó la

escena en la habitación del Atheneum. Cada vez se acrecentaba más en ella el deseo de hablar con su director o con el comisario y contarle todo lo que estaba pasando, pero la imagen de las niñas de Akín se interponían entre su deseo y la realidad. Les había cogido muchísimo cariño en las pocas semanas que las había tratado, y solo de pensar que por su culpa pudiesen morir…

La apenó también observar desde lejos el desamparo de Akín. Ahora ya estaba plenamente convencida de que este era tan víctima como ella. No le costó imaginar que le habían impuesto la misma ley del silencio que a ella. Por primera vez en muchos años echó de menos su hogar en Cuenca. Cuánto daría ahora por poder encontrarse en la casa de sus padres, mirando como cuando era una niña por la ventana cómo cien metros más abajo el río Huécar se deslizaba con lentitud buscando el refugio del Júcar. Su madre la reñiría por apoyarse en el alféizar, y ella esperaría la merienda mientras terminaba de devorar el último libro que había caído en sus manos.

Movió varias veces la cabeza. Ese tiempo no volvería. Se acordó también con nostalgia de su padre. De cómo consiguió al fin doblegar su voluntad, haciéndole ver que ella era una mujer especial. Ahora tenía la ocasión de demostrase a sí misma que aquello no era solo una frase hecha y que *Amelita la Fantástica* tenía los suficientes arrestos para enfrentarse al mayor reto que se le había presentado hasta ahora en su vida. No pudo terminar el sándwich. Aprovechó que el dolor aún no había vuelto para echarse en la cama e intentar descansar. Intentó ayudar al sueño cerrando los ojos, mientras en su mano derecha apretaba con fuerza su teléfono móvil. Había obedecido al comisario y grabado su número en el apartado de «favoritos». El cansancio le hizo finalmente dormirse a la vez que suplicaba a su virgen de la Luz que no tuviera que pulsar el número de Javier Gallardo.

XXXII

Javier aprovechó que se tenía que duchar y afeitar para ordenar que le subieran el desayuno a la habitación. En prevención de las visitas que esperaba, había pedido también un termo de café y otro de leche, así como varias tazas y cucharillas. Había terminado de ducharse y se estaba afeitando cuando oyó que el camarero llamaba un par de veces y, al no recibir respuesta, abría con su llave e introducía un pequeño carrito cubierto con un mantel que contenía un café con leche, bollería, zumo de naranja, mermelada, mantequilla y los termos y material solicitados. Desapareció tan discretamente como había entrado.

Al salir Javier del baño y verlo todo ordenado, se maravilló una vez más de lo bien que funcionaba el protocolo impuesto por Salvador en todos los departamentos del hotel. Como sucedía en todos los grandes hoteles, el camarero de piso llevaba siempre una llave maestra a fin de, como acababa de pasar, poder entrar en la habitación sin molestar al cliente que pudiera estar en el baño. Javier pensó, y no iba muy equivocado, que este sistema seguro que había producido también alguna sorpresa sonrojante, sobre todo si la habitación estaba ocupada por dos personas y, en el furor del momento, no habían escuchado los toques en la puerta.

Por si alguna camarera se intentaba colar en la habitación para limpiarla, colocó el cartel de «No molestar». No había empezado aún a dar cuenta de su zumo cuando de nuevo oyó que alguien golpeaba dos veces la puerta. Sonrió. Los dos rápidos toques le indicaban que Fernando había madrugado. Entró y aceptó con gusto el café que Javier le preparó.

—Raúl debe de estar al llegar —le comentó—, no hemos querido subir juntos.

Efectivamente, apenas dos minutos más tarde se escucharon otros tres toques rápidos. Raúl aceptó también el café. Después de tomar un par de sorbos lo dejó en la mesa y abrió un maletín que había traído con él. Sacó dos estuches y se los entregó a Javier.

—Aquí tienes los dos juegos de prismáticos que me pediste.

—Gracias, Raúl, llevo toda la noche pensando en ellos. Con muchísimo cuidado de no ser vistos, haced el favor de mirar hacia la fachada del Palace. En el tercer piso, el quinto balcón por la izquierda.

Abriendo apenas unos centímetros el visillo que cubría el ventanal, primero Fernando, y después Raúl, enfocaron los prismáticos hacia donde les indicaba Javier. Cuando terminaron se los pasaron para que este a su vez pudiera mirar a través de ellos. Cuando acabó les pidió que volvieran a la mesa donde tenían los cafés.

—¿Qué os parece? —les preguntó.

—Joder, Javier —comenzó Fernando—, vaya vista tienes. Hasta se ha colocado el sillón al lado del balcón para no cansarse, pero apenas se ha tapado para evitar ser visto. Efectivamente, como nos adelantaste ayer, todo apunta a que no saben ni quiénes somos ni qué estamos haciendo. Han debido de bajar la guardia al constatar que se les desmontó la vigilancia a la que estaban siendo sometidos.

—En honor a la verdad —informó Javier—, me ha ayudado mucho que uno de los focos que iluminan la fachada enfoque ligeramente hacia ese balcón. ¿Quién de los dos se encarga?

—Déjamelo a mí —afirmó Fernando—. No es bueno que Raúl abuse del «banco de favores». Antes de terminar el día sabrás quién está en la habitación.

—Gracias, Fernando. Como habéis visto, no dan puntada sin hilo. Quien sea el que está en el Palace tiene una tribuna magnífica para observar lo que está pasando en el exterior del Atheneum… —Iba a seguir hablando, pero se calló de golpe. Continuó a los pocos segundos —, o me temo que para actuar como segunda opción en caso de que les falle la primera, que imaginamos es Akín. Fijaos la línea de disparo de la que dispone quien esté en el Palace. Sin ningún estorbo y a menos de cien metros de la puerta principal del Atheneum.

—Entonces —lo interrumpió Fernando— me temo que los tiros…, hostias, perdonad otra vez mis malos chistes, van por Shirin Ebadi. Atentarán contra ella cuando esté en la puerta principal, bien a su llegada o cuando esté saliendo o entrando en el hotel.

—En caso de que el objetivo sea ella, que no lo tengo nada claro, el sentido común —apuntó Javier— me empuja a pensar que lo harán a su llegada. Estará más expuesta mientras bajan su equipaje y se orienta. Bien, la buena noticia es que hasta el miércoles que llega disponemos de casi cuatro días, todo un mundo. Esto —señaló al balcón del Palace— no tiene que cambiar la estrategia que diseñamos ayer. Raúl, ¿has traído los GPS?

—No solo eso, ahora te voy a instalar en tu ordenador un programa de seguimiento. Haré lo mismo con el de Fernando. De esta forma, los tres estaremos informados en cada momento dónde están Akín y Abdul. Siempre que lleven el anorak puesto, claro.

—¿Y Amelia?

—Nosotros no podemos acceder al servicio de geolocalización de su compañía telefónica, pero mi contacto me ha dicho que estará las veinticuatro horas localizado por si necesitamos su ayuda. Por otro lado,

según quedamos, en cuanto estemos seguros de que Akín está ya trabajando aquí, me acercaré a su domicilio.

—No quiero ni preguntarte de qué irás disfrazado —bromeó Javier—. No hace falta que te repita que obres con mucha cautela. Como tengan a alguien controlando y te identifiquen, se irá todo a la mierda. Ahora voy a llamar a Ramón, el botones. Aunque no me gusta mucho que os vea, necesito que Raúl le explique detenidamente cómo tiene que colocar los GPS.

—Entonces, ¿yo me voy? —preguntó Fernando.

—Si no te importa, métete en el baño cuando entre. Cuanta menos información tenga, mejor. Además, me gustaría hablar contigo cuando se marche el botones.

Ramón apenas tardó un minuto en presentarse en la habitación cuando este lo llamó por el móvil. Si se sorprendió al ver a otra persona junto a Javier, no lo aparentó en absoluto. El comisario no le presentó a Raúl, pero sí le dijo que se sentara y le fuera informando de las novedades en lo que llevaba de turno.

—Abdul entró a las ocho a trabajar. Es a partir de mañana lunes cuando cambia el turno y empieza el de tarde. Hoy ya he abierto su taquilla, y los dos objetos electrónicos que había ya no están. Aunque Akín no viene hasta por la tarde, he abierto también la suya. Solo está el uniforme, los zapatos de trabajo y los útiles de aseo.

—¿Has hecho fotos de todo?

—Sí, como siempre. Se las he mandado a la dirección de *e-mail* que me dijo. Por otro lado, la señorita Amelia acaba de llegar. Sigue bastante pálida, aunque camina mejor. Como ayer, se ha metido en su despacho. No he querido subir a verla hasta que usted me diga.

—Está bien, Ramón. Ahora miraremos en mi ordenador las fotos que me has enviado. Hoy vas a tener que introducir un chip en el anorak de Abdul. Presta mucha atención a las instrucciones que te va a dar el inspector. —Señaló a Raúl sin decir su nombre—. Tienes que ser muy cuidadoso tanto en el método para colocar el GPS, como en la forma en que te aseguras de que Abdul no se puede presentar en los vestuarios.

—No hay problema, lo haré en su hora de la comida.

Javier abrió su ordenador y comprobó en el correo que habían llegado las fotos de las taquillas. Amplió la que mostraba el anorak de Abdul y le pasó el ordenador a Raúl. Este estudió durante un par de minutos la pieza, pasando a explicarle a Ramón cómo tenía que escamotear el GPS. Le explicó que tendría que hacer la misma operación en el de Akín cuando este llegase, siempre y cuando su anorak permitiera hacer lo mismo que le estaba enseñando para el de Abdul. Le entregó los dos GPS, guardados cada uno en una cápsula de plástico numerada, indicándole cuál de ellos debía ir en cada prenda. Asimismo, le entregó unas pequeñas tijeras, un juego de agujas e hilo. Cuando Javier estuvo convencido de que había comprendido bien cómo tenía que poner los

dispositivos, lo despidió, indicándole que no subiera por ahora al despacho de Amelia y lo llamase por teléfono cuando los hubiera colocado. Tan pronto como Ramón hubo salido, abrió la puerta del baño y le dijo a Fernando que se uniera a ellos.

—Raúl, ¿crees que los sabrá colocar adecuadamente? No parece una operación sencilla.

—El muchacho aparenta ser bastante espabilado. No creo que tenga problemas.

—No os quiero entretener mucho, porque los dos tenéis trabajo. Por favor, Raúl, estate pendiente del teléfono. Te llamaré en cuanto vea que Akín está ya aquí. Si consigues acceder a su piso, me llamas cuando salgas. Sabremos si los chips funcionan en cuanto Abdul salga del Atheneum. Estaremos en contacto los tres por teléfono durante todo el día. Si no es necesario, hoy no nos volveremos a ver aquí. Hay que ser precavidos con el *voyeur* de ahí enfrente.

—Con respecto a Amelia —continuó Javier—, tengo mis dudas sobre si volver a llamarla para hablar con ella. Entre otros motivos porque es posible que no le dé la gana subir. Está muy asustada y motivos suficientes tiene para ello. Por otra parte, no sé tampoco si quedar aquí con Salvador, el director. Ya ha venido ayer, siendo su día libre, y si le hago venir de nuevo hoy, podría despertar sospechas tanto en Abdul como en Akín. Recordad que sigo manteniendo a Akín en la nómina de sospechosos.

—Estoy de acuerdo con casi todo —dijo Fernando—, excepto con el tema de Amelia. Por lo que te comentó el médico, podría complicarse su estado si la herida no termina de cerrar, aparte del sufrimiento psicológico por el que debe de estar pasando. Creo que debes llamarla haciendo hincapié en que es solo para preguntarle cómo se encuentra y si necesita algún tipo de atención médica. Según nos contaste, ni se atreve a ir a la farmacia. Llámala por el teléfono interior del hotel, no por su móvil. Lo podrían tener intervenido a través de algún contacto que tengan en las compañías telefónicas.

—Llevas toda la razón —concedió el comisario—. Ahora llamaré a Ramón para que me consiga el número de extensión de ella. Yo aprovecharé el largo día que me queda aquí encerrado para quitarme trabajo del ordenador.

* * *

Raúl utilizó el metro para acceder al distrito de Vallecas. Observó con satisfacción cómo los pasajeros que iban entrando en el vagón en las diferentes paradas lo rehuían y procuraban sentarse o mantenerse en pie lo más alejados posible de él. Ni su propia familia lo hubiera reconocido. De barba cerrada, sabiendo que hoy le tocaba «actuar», no se había afeitado por la mañana. Había utilizado un producto especial que tenía

para dejar su cabello grasiento, ensuciándolo con polvo artificial. Lo llevaba despeinado. Se había aplicado también en el rostro una crema que eliminaba su saludable color y le hacía palidecer. Uno de los dos desastrosos zapatos negros que llevaba estaba roto por un lateral, dejando que la suela bailara cada vez que se movía. Los pantalones que vestía, chinos, tenían un gran agujero en la pernera derecha que mostraba parte de su rodilla. En la parte de arriba llevaba una sudadera sin cremallera y con capucha en la que se leía la palabra «Adidas», y con mucha imaginación alguien podría llegar a deducir que alguna vez fue de color crema. Estaba ennegrecida por varias partes y con claras manchas de vino y huevo en otras. Colgaba de su hombro una mochila oscura de mediano tamaño, muy sucia, cuyos bolsillos laterales estaban desgarrados.

Bajó del metro y fue andando hasta la calle donde vivía Akín. Javier lo había llamado por teléfono una hora antes para confirmarle que el nigeriano se había incorporado a su puesto en el Atheneum. Tenía hasta las seis de la tarde para actuar antes de que la temprana oscuridad le impidiera moverse por el piso sin el auxilio de la luz eléctrica.

Al llegar a la casa, vio que frente al portal había un pequeño bar que se encontraba abierto, aunque sin gente. Pidió un café ante la mirada desconfiada del encargado. Lo tomó sentado en la barra, observando quién entraba o salía del portal. Diez minutos después, pagó el café y se dirigió calle arriba durante doscientos metros. Hizo el recorrido inverso y, cuando ya estuvo seguro de que nadie estaba controlando el edificio, se acercó al portal. Aunque estaba cerrado con llave, apenas necesitó unos segundos para abrirlo con una de las ganzúas especiales que había sacado de su bolsillo. Subió hasta el tercer piso y, una vez frente a la puerta de Akín, sacó de su mochila un detector de movimiento y otro de sonido. Estos aparatos, los mismos que había usado en el apartamento de Amelia, le confirmaron que no había nadie en el piso. Forzar la cerradura le costó un poco más que la del portal, pero aún faltaba un cuarto de hora para las seis cuando se introdujo en el piso.

* * *

Javier Gallardo llamó a Amelia al poco de marcharse del hotel Fernando y Raúl. Notó que ella se sobresaltaba al identificarse. Javier se limitó a decirle que la llamada era solo producto de la preocupación que tenía por su estado. Al conciso «Estoy mejor, gracias», Javier le preguntó si necesitaba algún fármaco. Amelia se tomó su tiempo antes de contestar.

—Me vendría bien alguno de los calmantes que me entregó el doctor ayer, pero no quiero volver a subir a su habitación.

—No se preocupe. Buscaré la fórmula para dejar a su nombre un sobre con la medicación en la recepción. Amelia, créame, estoy tan

preocupado como usted por la discreción que nos ha pedido. No olvide que soy un profesional y, permítame decírselo, de los buenos. No le pido que confíe en mí porque imagino el trauma por el que ha pasado, pero quiero que sepa que estamos intentando por todos los medios ayudarla y protegerla.

Amelia no lo dejó continuar. Con un seco «Gracias» colgó el teléfono. Javier no lo tomó en cuenta. La pobre estaba pasando por un trago que no desearía a nadie. Y además llevaba razón. No quería ni imaginarse lo que le podría suceder como se descubriera que mantenía contactos con la Policía. Llamó a continuación a Salvador, le comentó la conversación con Amelia y le pidió el móvil del doctor Benítez. No le quiso contar nada aún del «curioso» que tenían en el Palace. Antes de llamar al doctor Benítez, estuvo pensando hasta que dio con la forma de hacer llegar el sobre a Amelia en la recepción del hotel.

Llamó entonces al doctor y le explicó la conversación con ella. El doctor comentó que era buena señal que hubiera acudido al hotel y que caminase mejor. Dijo que ya habían pasado casi cuarenta y ocho horas desde la violación y que, si se hubiese producido una fuerte hemorragia, Amelia no hubiera tenido fuerzas para llegar al trabajo. Le dijo también que se pasaría en una hora por el hotel para dejarle en la habitación ocho comprimidos como los que le había entregado a Amelia el día anterior.

Así lo hizo. Una hora después estaba charlando con Javier en su «campamento base». Le comentó que sería muy conveniente que Amelia subiera para examinarla, pero Javier le explicó que, de momento, eso no era posible. Una vez que el doctor se hubo marchado, introdujo las pastillas en uno de los sobres con membrete del hotel que había sobre el escritorio, escribió en él «Srta. Amelia» y llamó a Ramón. Al llegar, le entregó el sobre, pidiéndole que lo dejase con discreción en la recepción. Ramón le comentó que dentro de media hora Abdul bajaría al comedor de personal y él introduciría el GPS en su anorak. Una hora después, Ramón lo llamó al móvil.

—Todo según lo previsto —le dijo.

Tendría que esperar a que Abdul se moviera fuera del hotel para comprobar que funcionaba correctamente. Como había comentado a sus subordinados, aprovechó las horas de inacción que se le presentaban para despachar *e-mails* atrasados. Eran poco más de las seis de la tarde cuando su móvil sonó. Era Raúl. Le confirmó que acababa de salir del piso de Akín. Cuando Javier lo felicitó y comenzó a bromear a costa de sus habilidades para disfrazarse, Raúl lo cortó en seco.

—Javier, voy para el hotel. Tienes que ver algo inmediatamente. Te aconsejo que llames también a Fernando. Necesito una hora para poder ir a mi casa a cambiarme de ropa. Como voy ahora con estas pintas no me dejarían entrar ahí.

Javier asintió y colgó el teléfono. Conocía bien a Raúl. Algo

importante había encontrado en el piso de Akín para forzar su presencia en el hotel. Llamó a Fernando y le dijo que acudiese lo antes posible. Mientras los esperaba, volvió a echar una ojeada con los prismáticos nocturnos a la fachada del Palace.

—Joder, este no para ni para mear —pensó mientras observaba cómo el ocupante de la habitación de la tercera planta utilizaba también unos gemelos para controlar lo que ocurría en la entrada del Atheneum, donde Akín, con aire cansino, atendía a los pocos clientes que quedaban en el hotel un domingo por la tarde.

XXXIII

Fernando y Javier miraban con asombro las imágenes que Raúl les estaba mostrando en su ordenador. Pertenecían a la casa de Akín y las había descargado desde la cámara de fotos con la que las había tomado. Javier le pidió que ampliase una de ellas, en la que dentro de una bolsa transparente de congelación se apreciaban con claridad las dos orejas, destacando con fuerza el brillo de los delfines plateados. Al lado de ellas se veía un billete de cinco euros.

—Están fotografiadas al lado de un billete para que podáis apreciar el tamaño. Con mucho cuidado he tomado una minúscula muestra de cada una de ellas, que ya está en el laboratorio. Desgraciadamente, los análisis de ADN, por mucha prisa que queramos meter, no los tendrán hasta mañana.

—Me temo, querido Raúl —dijo Javier—, que el ADN solo va a confirmar lo que ya estamos imaginando. Como veis, las dos orejas pertenecen al lado derecho y aunque el frío las haya entumecido, son de raza negra, y por el tamaño parece que pertenecían a dos niñas. Ahora comprendo el lúgubre aspecto de Akín. Todo empieza a cuadrar. ¿Detectaste algo más digno de mención?

—La casa estaba más o menos ordenada, pero el espejo de baño estaba roto. —Les enseñó la correspondiente foto.

—También concuerda con la venda que he observado que lleva el portero en su mano derecha. ¿Algún signo más de violencia?

—Había un cuadro del salón al que le faltaba el cristal. Antes de que me preguntes, los armarios de las niñas estaban repletos de su ropa. También había en su cuarto mochilas y libros del colegio.

—Bien —comentó Fernando—, esto cambia muchas cosas.

—¿Por qué? —lo interrumpió Javier.

—Joder, Javier, ahora ya tenemos algo consistente. Está claro que las niñas no se han arrancado las orejas voluntariamente.

—Mientras Akín no ponga una denuncia, seguimos sin tener nada. Y me temo que no lo va a hacer voluntariamente. Es más, no hace falta que os diga que hemos cometido por dos veces allanamiento de morada, entre otros delitos. Cualquier tipo de prueba encontrada sin autorización judicial no tiene ningún valor.

—Ya, Javier —protestó Raúl—, pero no negarás que estas fotos nos

dan una pista meridiana de lo que está pasando.

—Cierto, pero tenemos que pensar qué hacemos con esta información. Yo por ahora no hablaría con Akín. Poneos en su lugar: según todos los indicios, sus hijas están secuestradas, y por el comportamiento que hemos observado, tampoco puede recurrir a su amiga-novia Amelia. Está en un país extranjero y, si los que han secuestrado a sus hijas son yihadistas, sabe muy bien cómo se las gastan en Nigeria. Además, si levantamos ahora la liebre es posible que desactiváramos el atentado, pero la mayor parte de los involucrados escaparían de rositas. No me creo que todo esto esté montado solo por el nigeriano de mantenimiento que trabaja aquí. Debe de tener una estructura importante detrás. Entre otras cosas, porque si las niñas están secuestradas, ¿quién cuida de ellas?

Fernando y Raúl asintieron, pensativos.

—¿Qué sabemos del capullo de ahí enfrente? —preguntó el comisario—. Debe de estar durmiendo la siesta o lo que duerman ellos, porque hace unas horas que no le veo en el balcón.

—Tiene la habitación 304 —informó Fernando—. Pidió una habitación exterior cuando hizo la reserva. Está registrado a nombre de Folami Nwankwo, y tiene visado de negocios. Según la solicitud que hizo en su embajada, aludió que venía a negociar infraestructura férrea con la empresa española ADR. ¿Hace falta que os diga la nacionalidad del encausado? —Javier y Raúl menearon la cabeza—. Efectivamente, nigeriano.

—Gran trabajo, sobre todo por la rapidez, siendo hoy domingo. Me imagino que has tenido que pedir favores a todo el mundo…

—Cuando esto termine vamos a estar devolviéndolos hasta que el Rayo Vallecano gane la Liga de Primera División.

—¡Hostias! —comentó Javier—, con todo esto se me ha pasado comprobar los GPS de rastreo.

Encendió su ordenador y ejecutó el programa que le había instalado Raúl. En la pantalla vio dos opciones de seguimiento: A y B. «Marca la A —le recomendó Raúl—, es la que debe llevar Abdul» Así lo hizo. De inmediato se desplegó en la pantalla la aplicación de Google Maps. Se podía ver un mapa con toda la provincia de Madrid. Un punto rojo destellaba en la parte derecha del mapa. Javier fue haciendo *zoom* centrando el punto. Este estaba situado en el centro de Torrejón de Ardoz, concretamente en la calle Alicante, a la altura del número 7.

—Es el barrio de San José —comentó Fernando—. Recordad que estuve varios años destinado en una comisaría de Torrejón. Ahora es una zona marginal repleta de emigrantes.

—¿Cómo de preciso es el GPS? —inquirió Javier.

—Tanto como nos permite el sistema de satélites del Pentágono, que como sabes son los que controlan el cotarro. En concreto, tienen una desviación aproximada de unos dos metros. Lo que no nos dice, por supuesto, es la elevación del terreno, por lo que ahora mismo puede

estar en cualquier piso de ese bloque —informó Raúl—. Sin embargo, por lo que he estudiado del caso, no es su vivienda habitual, ya que a Abdul le tenemos ubicado en Lavapiés.

—Así es —confirmó el comisario—. Fernando, tú que conoces la zona, ¿cuántas viviendas puede tener ese bloque?

—Suelen ser de cuatro alturas, con cuatro puertas por planta.

—Genial. Solo dieciséis. Quiero un informe detallado de toda la información que podamos obtener de cada vivienda del edificio: escrituras, contratos de alquiler… Raúl, ¿podemos saber cuánto tiempo lleva allí?

—Por supuesto —dijo Raúl mientras manipulaba el programa—. Llegó a las cinco y media, así que lleva unas dos horas.

—Esperad un momento. —Javier miró hacia el Palace a través de los prismáticos—. Ese cabrón sigue sin aparecer por el balcón. Me apuesto lo que queráis a que está también en el piso de Torrejón. Debe de estar toda la célula reunida. Ya vamos avanzando. Poneos de inmediato con esto y repartíos el trabajo para ganar tiempo. Tú, Fernando, utiliza los contactos que hiciste cuando estuviste destinado allí. Mientras tanto, Raúl va consiguiendo el papeleo.

—No te he comentado —dijo este— que he introducido en el programa informático de seguimiento un parche con la dirección del domicilio de Amelia. Este parche tiene dos funciones: la alarma del ordenador sonará cuando Abdul o Akín se encuentren en un radio de doscientos cincuenta metros de su domicilio. Recuerda que el código A, la luz roja, pertenece a Abdul, y el B, la azul, a Akín. Asimismo, el programa enviará automáticamente un *e-mail* a tu correo, indicándote también la posición de cualquiera de los dos cuando se acerquen a ella.

—¿Para qué es necesario que me envíe el correo si sonará la alarma del ordenador?

—Joder, jefe, por si no tienes cerca el ordenador. En tu móvil recibes también el correo, ¿no? —Javier asintió—, pues activa la alarma de recepción en tu móvil y estate pendiente cuando no tengas el ordenador cerca.

—Gran idea, Raúl. Hablando de Amelia, tengo que pensar si sería bueno o no darle la noticia de las orejas encontradas. No lo tengo claro aún. Con respecto a tus observaciones, Fernando, no las olvido. Pero sigo creyendo que no ganamos nada ahora mismo acudiendo al director general. A pesar de ser militar, repito que está en un puesto político. No lo conozco lo suficiente como para correr el riesgo. Nos puede dejar fuera de juego, dejando el campo libre a los terroristas. Pero dejadme darle otra pensada. Esto empieza a parecer demasiado gordo y solo somos tres. Se nos puede ir de las manos.

—¿Y el ministro? —preguntó Fernando—, ¿qué hacemos con ese prenda?

—Me temo que toda la información que necesitamos del ministro ya

la hemos conseguido —contestó el comisario—. Podríamos intentar coaccionarle, pero la vida me ha enseñado que vencer las revoluciones desde abajo es bastante complicado. No le demos más vueltas; mientras no tengamos pruebas palpables, definitivas y, sobre todo, legales, no nos va a quedar más remedio que continuar como estamos. —Miró el reloj —. Ya son las ocho. Poco más podemos hacer hoy. Necesitamos tener mañana lo antes posible las pruebas de ADN y a ver si conseguimos también los informes de la vivienda de Torrejón. Yo me quedo aquí castigado, consultando con la almohada qué hacemos con el director general y con Amelia.

Fernando y Raúl se marcharon. Javier abrió el minibar y se preparó un gin-tonic con uno de los minúsculos botellines de ginebra que había dentro. Dudó si llamar al camarero para pedirle hielo, porque, como ocurría en la mayor parte de los hoteles, el minibar no tenía. Prefirió no hacerlo y tomarlo sin él. Se recostó en la cama con el vaso y empezó a dar vueltas al dilema que se había planteado con sus subordinados.

Según se mirase, tenía los suficientes datos como para acudir a su jefe, reconocerle que había desobedecido sus órdenes y mostrarle todo lo que habían avanzado. Recibiría una fortísima reprimenda, pero pondría al director general en un brete, no dejándole otra solución que acudir al ministro y explicarle todo lo que había descubierto. Eso, o puentearle y acudir él mismo a hablar con el presidente del Gobierno. Fue este quien lo condecoró hace un año y, dado el prestigio que tenía, estaba seguro de que lo recibiría. Pero desechó de inmediato esa opción. Iba en contra de cualquiera de los principios que le habían inculcado en la Academia de Policía. Si se decidía a hablar, debería hacerlo con su superior.

El director general de la Policía llevaba solo nueve meses en el cargo y no le había dado tiempo a conocerlo bien. Militar de carrera, había ido ascendiendo en el escalafón con más rapidez de lo normal debido a su vinculación al Estado Mayor. De talante liberal, fue elegido por el anterior ministro del Interior, con el visto bueno del presidente del Gobierno.

Javier hizo una mueca al tomar el primer sorbo del gin-tonic. Sin hielo y sin limón le sabía a rayos. Con respecto a Akín tenía claro lo poco que obtendría hablando con él. Si lo habían amenazado con la vida de sus hijas, se cerraría en banda y no abriría la boca; es más, podría ser contraproducente, ya que había que contar con la posibilidad de que le entrara un ataque de pánico y contara a los presuntos secuestradores que la Policía lo estaba presionando.

Al pensar en el secuestro, Javier se dio cuenta por primera vez de que ahora había un elemento nuevo en juego: la vida de las pequeñas. El más mínimo paso en falso supondría la muerte de ellas y su obligación como policía era la de velar por la integridad de las personas; de todas las personas. El padre de las niñas era un hombre respetable que pagaba sus impuestos y se había comportado hasta ahora impecablemente, por

lo que le había dicho Salvador.

Luego estaba Amelia; quizás ella era la única rendija por la que se podría colar. Necesitaba saber hasta qué punto estaba informada de todo. Es posible que dispusiera de datos que los pudiesen ayudar. Ayer, cuando estaba semidesmayada en esa misma cama, había mentado con fervor a las niñas. Quizás si se le aplicase un tratamiento de choque, explicándole crudamente la situación, reaccionaría y se mostraría a colaborar.

Pensó también en Salvador. Se daba cuenta de que no lo podía mantener a su antojo al margen de los acontecimientos, cuando el director del hotel también se estaba jugando lo suyo. Además, lo podría ayudar a intentar convencer a Amelia para que colaborase.

Abstraído en todas estas variantes, no escuchó la alarma del ordenador hasta el quinto toque. Al mismo tiempo, sonó un pitido en su móvil, indicativo de que le estaba entrando un correo electrónico. Saltó de la cama y abrió el portátil. De inmediato se ejecutó el programa del GPS. Un punto rojo avanzaba en el plano por la plaza Mayor. Javier amplió el mapa. El punto rojo salió de la plaza por una de sus esquinas y empezó a moverse hacia el sur por la calle Cuchilleros. Javier se levantó y recogió el móvil que había dejado encima de la mesilla. Al volver al ordenador vio que el punto se había detenido. Aplicó la «vista de calle» al mapa y pudo verificar lo que ya se temía. El punto estaba detenido enfrente del número 12. Salvador le había dado como domicilio de Amelia el número 15 de esa calle.

Giró la cámara virtual y comprobó que el 12 quedaba casi enfrente del 15. Buscó en la agenda del móvil el teléfono de Amelia y estaba ya dispuesto a llamarla, pero se frenó al ver que el punto seguía inmóvil y decidió esperar. Recordó que Raúl le había asegurado que la precisión del GPS era bastante aceptable, por lo que dedujo que Abdul estaba esperando frente al portal de Amelia. Miró el reloj. Pasaban unos minutos de las nueve. Amelia se había marchado del hotel sobre las ocho. Se mantuvo expectante sin apartar la mirada del ordenador. El punto rojo seguía inmóvil.

Habían pasado cinco minutos, que se le hicieron eternos, cuando el punto empezó a moverse otra vez. En vez de cruzar la calle, se dirigió hacia el norte. Dos minutos después, ya figuraba en el recuadro la plaza Mayor. Javier respiró aliviado. Regresó a la cama y retomó el gin-tonic. Ahora le supo mucho mejor, pero se dio cuenta de que había sido muy optimista cuando había dicho a sus subordinados que andaban sobrados de tiempo. Los acontecimientos en cualquier momento empezarían a desbordarse.

Se percató también de que a pesar de la hora apenas tenía hambre. Le había desaparecido al sonar la alarma del ordenador. Tomó de nuevo el móvil y marcó el número de Salvador. Quería informarlo de todo lo que había pasado durante la jornada. Estaba seguro de que estaba esperando

sus noticias y, como había decidido antes, no tenía ningún derecho a ocultárselas. Además, le vendría muy bien hablar con su amigo. Seguramente le podría aconsejar también qué hacer respecto a la cada vez más necesaria conversación que tenía pendiente con Amelia.

XXXIV

Le había costado muchísimo a Amelia levantarse ese lunes en el que comenzaba la semana de Navidad. La única noticia buena que tenía era que la herida parecía remitir poco a poco. Continuaba con los dolores, pero estos se amortiguaban cuando tomaba la medicación que le había dejado la tarde anterior el policía, como le prometió, en un sobre en la recepción.

Después de recogerla se marchó a su apartamento, no sin antes comprobar con tristeza que Akín giraba la cabeza negándose a mirarla cuando la vio salir por la puerta de servicio. El estrés y el cansancio acumulado al menos habían tenido la virtud de hacerla caer rendida en la cama. Había dormido más de diez horas. El ligerísimo optimismo que le había insuflado el descanso se esfumó de repente cuando, al llegar a la plaza de las Cortes y mirar a la puerta principal, observó que en lugar de Akín había otro portero. Conocía a la perfección los turnos de Akín y esperaba verlo ahí.

Amelia no tenía ni idea de que Akín había cambiado el turno, por lo que se temió que le hubiera pasado algo. Cruzó la puerta de servicio y se dirigió hacia el cuarto de maletas. Allí respiró aliviada al comprobar en el cuadrante que Akín había cambiado los turnos toda la semana, preguntándose cuál sería el motivo. Akín, como cristiano, celebraba la Navidad. Incluso antes de que todo empezara a hundirse habían hecho planes para cenar juntos.

No quiso permanecer más tiempo en esa zona de servicio por si Abdul aparecía. Al recoger sus llaves en la recepción se percató de la mirada escudriñadora que le echó Ramón Buendía al darle los buenos días. Murmuró una respuesta y buscó con urgencia el refugio de su despacho. Por fortuna, hoy tenía trabajando a dos subgobernantas, por lo que si no surgía ningún imprevisto grave podría estar todo el turno al abrigo de su pequeña oficina.

La alta cantidad de papeleo que se le amontonaba cada lunes le permitió distraerse del mantra en el que llevaba sumida desde que Akín le dijo que no quería volver a verla. El «¿por qué, por qué, por qué?» se había convertido en una letanía que le impedía pensar con claridad.

Ya había despachado con sus subgobernantas, organizando el trabajo del día, cuando se sobresaltó al escuchar el teléfono interior. Era Carlos

del Valle, el jefe de recepción, informándola de que el cliente de la 109 quería hablar con ella. Amelia le dijo que enviaría a una subgobernanta, pero Carlos le contestó que tenía que acudir ella personalmente, ya que así lo había solicitado el huésped. Amelia comprobó en el ordenador que la habitación pertenecía al presidente del Patronato de Turismo de la Costa del Sol, que se alojaba siempre en el hotel cuando venía a Madrid. Tenía prevista la salida hoy y, seguramente, pensó, le quería dejar al cargo de alguna ropa y, como acostumbraban a hacer los clientes habituales, prefería hablar personalmente con ella, por la confianza que le tenía.

Dejó el informe que estaba rellenando, se alisó el uniforme y un par de minutos después ya estaba llamando a la puerta. Esta se abrió de inmediato y Amelia entró, dando los buenos días. Lo primero que le llamó la atención fue escuchar la puerta cerrarse. Ella, siguiendo el protocolo, no lo había hecho. Javier y Salvador, que se habían colocado fuera del ángulo de visión que había al entrar en la habitación, se dejaron ver. Javier se recostó contra la puerta de entrada. Amelia, que comenzó a temblar al reconocer al comisario, a duras penas pudo dirigirse a ellos.

—¿Qué clase de engaño es este? ¿Dónde está el huésped que me ha llamado?

—El señor López Tapias dejó la habitación hace veinte minutos —le explicó Salvador, mirándola fijamente—. No me digas nada, no se ha dado la habitación de baja en el ordenador a propósito. Hemos pensado que era la única forma que teníamos de verte a solas, en un lugar donde nadie pudiera enterarse que nos habíamos reunido.

El rostro de Amelia había pasado del rosa pálido del estupor inicial a una indignación que lo convirtió en carmesí.

—Pues ya puede ir dando por terminada la reunión, señor director, porque yo aquí no pinto nada. —Irguió la cabeza y se dirigió hacia la puerta, que estaba custodiada por Javier—. Y usted quítese de en medio y déjeme salir.

Javier no se apartó. Abrió una carpeta que llevaba en la mano, que en su interior llevaba una fotografía a tamaño folio.

—No me apartaré sin que vea esta foto. —Extrayendo la fotografía, la colocó a la altura de la cara de ella, a menos de veinte centímetros.

Amelia, que no quería mirar la foto, no pudo evitar ver de refilón un brillo plateado que la obligó a posar sus ojos en ella. Los delfines de plata relucían en los lóbulos de las orejas. Las piernas le flaquearon y no cayó al suelo porque Salvador estaba esperando una reacción así. La sentó en el sillón de la habitación y le puso en las manos un vaso de agua que ya tenía preparado. La dejaron sollozar durante varios minutos. Salvador fue el primero en romper el silencio.

—Lo siento, Amelia. Como puedes ver, todo esto es muy serio. Tenemos constancia del tremendo episodio por el que pasaste hace un

par de días y estamos aquí para que entre todos encontremos la forma de acabar con este infierno.

Amelia se encontraba derrotada. Toda la animadversión con la que se había cargado al descubrir cómo la habían engañado para atraerla a la habitación desapareció de inmediato al observar la desgarradora foto. Aceptó los pañuelos de papel que le pasó también Salvador y se limpió los ojos antes de hablar.

—¿Qué ha pasado con las niñas?

—No lo sabemos, es por eso por lo que estamos aquí. Pensamos que están secuestradas.

—¿Es que no entienden que si se enteran de que estoy hablando con ustedes se producirá una carnicería? Las niñas morirán, Akín morirá, y yo moriré. No saben con quién están ustedes jugando. No tienen ni idea.

—Amelia —la interrumpió Javier—. Ellos cuentan con la baza de que ni usted ni Akín se atreverán a denunciar lo que está pasando, pero nosotros estamos indefensos mientras no haya una denuncia. No podemos actuar. Por eso sería tan importante que usted colaborase y presentase una acusación oficial. Esto nos liberaría las manos y actuaríamos de inmediato.

—Yo no estoy dispuesta a jugar con las vidas de tanta gente, incluida la mía. Ellos están en todos los lados y lo controlan todo. Y, además, no entiendo por qué no actúan ustedes, la Policía, si disponen de tanta información.

Javier y Salvador se miraron.

—Amelia, voy a ser franco con usted —comenzó a explicar Javier—. Es lo menos que puedo hacer si también se lo estoy pidiendo a usted. Estamos atados de pies y manos. Déjeme que le explique todo.

Durante más de diez minutos, Javier le comentó todos los datos de los que disponía, excepto que habían estado «visitando» su apartamento. No le ocultó de qué forma el ministro del Interior estaba bloqueando sus acciones. Tampoco escondió cómo había conseguido las fotos de las orejas de las crías. La intentó tranquilizar explicándole al detalle la estrategia que estaban utilizando para mantenerse fuera del control del grupo islamista. En un momento de su monólogo empezó inconscientemente a tutearla.

—Salvador, tu director aquí presente, no desea nada más que lo mejor para ti. Él se está jugando su puesto de trabajo, al igual que todos nosotros. Amelia, por favor, necesitamos que nos creas y nos ayudes. Puedo entender que no quieras hacer la denuncia, pero necesitamos tu colaboración, y sé muy bien por Salvador, que te admira mucho, de tu valía y fortaleza. Te repito; nadie sabe que estamos aquí. Incluso Abdul no está trabajando ahora, ha cambiado esta semana su turno de mañana por el de tarde. ¿Lo sabías?

Amelia negó con la cabeza.

—Habrás observado que Akín también lo ha hecho. Necesito que me

informes de todo lo que te ha pasado estos días. De hecho, nos estamos planteando muy en serio la hipótesis de que un atentado importante vaya a producirse aquí esta semana, y tememos que de una manera u otra están involucrando a Akín.

Javier estuvo a punto de contarle lo cerca que estuvo Abdul ayer de su casa, pero no quiso asustarla más. Amelia se sonó la nariz con otro pañuelo. La mención de Akín tuvo la virtud de desnivelar la balanza en la que se estaba debatiendo. Miró a los dos, agotada, y comenzó a hablar con voz queda.

—Ante todo, quiero que quede claro que no voy a poner ninguna denuncia, y espero, don Salvador, que no estén grabando lo que les estoy contando. —Javier y Salvador negaron con la cabeza al mismo tiempo—. Hace tres meses coincidí con Akín y sus hijas en un centro comercial…

Amelia dejó que su voz fluyera como si a través de ella pudiera vaciar su cuerpo y su mente de toda la inmundicia de la que se había llenado en los últimos días. Según hablaba, su tono iba adquiriendo firmeza. Tenía los ojos fijos en la puerta, que solo bajó cuando contó, sin ahorrar ningún detalle, la violación de la que fue objeto en el Cerro de los Ángeles. Su profesión, que la obligaba a ser muy metódica y concisa, la ayudó para no dispersar el contenido de su narración. Cuando terminó, miró por primera vez directamente a los ojos de Salvador. Este se acercó a ella y apoyó la mano en su hombro. Los tres permanecieron callados. Javier no había tomado notas, pero tampoco las necesitaba. Tenía una memoria de elefante. La miró con simpatía mientras se dirigía a ella.

—Gracias, Amelia. Todo lo que nos has contado nos va a ser muy útil. Pierde cuidado, tienes mi palabra de honor de que no utilizaré indebidamente lo que nos has contado, pero sería muy importante poder hablar con Akín. Él, aunque se niegue a denunciar el más que seguro secuestro de sus hijas, probablemente dispondrá de información que nos puede resultar muy valiosa.

—Ni lo sueñen. —Aunque los dos la tuteaban, ella seguía llamándolos de usted—. Si la vida de sus hijas está en peligro, Akín no solo no hablará con ustedes, es posible incluso que para no correr ningún riesgo lo ponga en conocimiento de los que las tienen secuestradas. —Javier recordó que había pensado lo mismo el día anterior—. No sé si saben que su mujer, la madre de las niñas, fue asesinada por un grupo terrorista en un atentado que se produjo en una iglesia cristiana en Nigeria. Pudo salvar la vida de las niñas y la suya de milagro. Imaginen el pánico que les debe de tener.

—Me temo que tienes razón —concedió Javier—. Creo que llevas demasiado tiempo aquí. No sabemos si Abdul es el único contacto que tienen en el hotel. Es mejor que bajes a tu despacho y te sigas comportando como hasta ahora. Utilizaremos este mismo método si necesitamos contactarnos. Sería bueno también que el doctor Benítez te

echara otro vistazo, aunque parece que tienes mejor cara y caminas mejor.

—Gracias, aunque prefiero que no. Me encuentro mejor hoy. Apenas sangro ya y los dolores empiezan a desaparecer. Ahora debo volver a mi despacho.

Salvador interrogó a Javier con la mirada cuando la puerta se cerró tras ella.

—Es una gran mujer —comentó Javier—. El calvario por el que está pasando hubiera derrumbado a cualquiera. No te preocupes —lo miró a los ojos—, de ninguna forma la voy a poner en peligro. Pero estarás de acuerdo en que su declaración confirma lo que todos tenemos cada vez más claro. Y yo ya estoy hasta los cojones de estar escondido en tu jodida habitación, viendo cómo el tiempo se nos echa encima sin hacer nada más que elucubrar. Aprovechando que Abdul no está en el hotel, voy a salir por el ascensor del garaje y estaré unas horas fuera.

—¿Qué vas a hacer?

—Muy sencillo. Intentar detener esta ola antes de que se convierta en un tsunami y nos devore a todos.

* * *

El director general de la Policía escuchaba absorto a Javier Gallardo. Este había pedido cita a través de su secretaria y, cuando se la dieron para el día siguiente, lo llamó a su móvil personal, solicitando que lo recibiera inmediatamente. Ahora se encontraban los dos sentados uno frente al otro en la zona de sofás que el director general tenía en su despacho. Javier, como si fuera un actor que hubiera memorizado palabra por palabra de un guion, estuvo durante media hora explicando, sin vacilar, a su jefe todo lo sucedido desde que recibió su orden de desmontar el aparato de vigilancia. Aunque en un principio había pensado en no involucrar a Fernando y a Raúl, fueron ellos mismos los que se negaron a permanecer a salvo en el anonimato, apoyando su decisión de acudir al director general cuando Javier los informó sobre lo que había declarado Amelia. «Estamos contigo hasta el final —le había dicho Fernando—. Además, tarde o temprano se sabrá nuestra participación. Para qué esperar más.»

Cuando hubo terminado de hablar, a Javier le pareció que alguien le había quitado una losa de mil kilos de encima. Su interlocutor tardó en contestar, mientras asimilaba todo lo que el comisario le había dicho. Se levantó del sofá, se dirigió al teléfono que tenía en la mesa y dio instrucciones a su secretaria de no ser molestado.

—Como imagino que eres consciente de todas las implicaciones disciplinarias que tiene lo que me acabas de contar, no te soltaré por ahora ese rollo. Pero también debes de saber que mientras no haya una denuncia no tienes una mierda. Efectivamente, todo apunta a que se está

preparando una muy grande, independientemente que parece que hay dos niñas secuestradas y mutiladas y que una mujer ha sufrido una violación múltiple. Joder, Javier, me acabas de pasar un marrón de cojones. ¿Qué hago, suspenderos de inmediato a ti y a los otros dos salvadores de la patria, olvidar esta conversación, o jugarme yo también el puesto e ir a mi jefe a acusarle, sin pruebas, de traición?

—Ya dispone de todos los datos. Creo que lo único que tiene que hacer es obrar como le mande su conciencia, mi general.

El director general meneó la cabeza y suspiró, asimilando el rejón que Javier le había clavado en el costado recordándole su condición de militar.

—Lo que me manda mi conciencia es obrar de acuerdo con las ordenanzas —contestó—. Y estas son muy claras al respecto. Las órdenes se dan para obedecerlas.

—Entonces suspéndanos a los tres. Seguro que esa conciencia tan rígida le permitirá dormir sin problema.

—Eres un hijo de puta, Javier, y te estás pasando de la raya. Los jueguecitos que te traes con tu curiosa e irregular forma de manejar los casos a tu antojo no es nada comparado con el Apocalipsis que estás profetizando.

—Si está tan seguro de que estoy equivocado, le repito, lo tiene bien sencillo. Aplíquenos el reglamento y ábranos expediente a los tres.

Javier notó cómo el director general empezaba a dudar. Militar o político, no era un estúpido. Todo lo que le había contado Javier tenía mucho sentido, y si decidía no hacerle caso y al final ocurría el atentado o las niñas morían, no solo perdería su puesto, podría incluso tener responsabilidades penales. Además, y eso lo asustaba más, tendría que vivir el resto de su vida con el remordimiento de no haber escuchado a Javier. También era consciente de que el comisario podía haber acudido al presidente del Gobierno, puenteándole, y no lo había hecho. Se levantó y acudió de nuevo a su mesa. Marcó un número y esperó a que le contestasen.

—Señor ministro, soy el director general de la Policía. Lamento molestarle, pero necesito que me reciba inmediatamente.

Escuchó durante unos segundos y finalizó dando las gracias. Volvió a sentarse frente a Javier.

—Daniel Ruiz-Mansilla me recibirá esta tarde a las cinco. ¿Cómo coño le cuento todo esto?

—Imagino que no ha llegado al generalato ni a este puesto por la gracia divina. Solo tiene que explicarle lo mismo que le he contado yo a usted.

—Sí, pero tú no me has acusado de traidor, y yo a él se lo voy a tener que insinuar.

—Mi general, y ahora utilizo su rango con admiración: sabrá manejar muy bien la situación. Seguramente, el choque que le producirá a Ruiz-

Mansilla lo que le va a exponer le hará reaccionar y comportarse como lo que debería ser, un servidor público.

—Preferiría estar en una trinchera… ¿Cuándo me has dicho que viene esa Premio Nobel de la Paz, Shirin Ebadi?

—El director del hotel me ha confirmado hace unas horas que tiene prevista la llegada sobre las cinco de la tarde de pasado mañana.

—De acuerdo. Regresa al hotel. No comentaré con nadie esta conversación hasta que no hable con el ministro. Al fin y al cabo, en unas horas, o bien nos empuran a todos o tendremos las manos libres para actuar.

Javier no se levantó y habló tras unos segundos de duda.

—Mi general, no olvide que las vidas de esas niñas penden de un hilo. Si la célula se da cuenta de que han sido descubiertos, seguro que aplicarán la política de tierra quemada, arrasando todo lo que quede a su alcance. —Dudó un instante antes de seguir—. Si le parece bien, podría acompañarle a la entrevista con el ministro. Más que nada por si necesita algún dato y se lo puedo aportar allí mismo.

El director general lo miró escrutadoramente a los ojos, buscando en ellos desconfianza. No la encontró.

—Perfecto, así nos repartiremos las hostias. Dile a tu gente que sigan trabajando en lo que les has encargado.

XXXV

Después del infernal domingo que había pasado en su casa, entrar en su despacho de Castellana, 5 supuso un bálsamo para Ruiz-Mansilla. Estaba además deseando perder de vista la aprensiva actitud de su marido, Emilio, que no paraba de intentar acercarse a él, preguntándole continuamente si le pasaba algo.

La noche del sábado se acostó en la habitación de invitados sin cenar, alegando que no se encontraba bien y que podía pegarle algo si dormían juntos. Notó en la mirada de Emilio (al fin y al cabo, eran muchos años juntos) que no le creía. No le importó. Se llevó a la cama como un tesoro su segundo móvil, con la ilusa pretensión de recibir algún gesto en forma de mensaje de Rafael, pero el móvil se mantuvo mudo durante toda la noche.

La mañana del domingo la volvió a pasar encerrado en su despacho del chalé. No pudo evitar que sus ojos se encharcaran cuando entró en la web del periódico digital taurino *El Burladero* y pudo leer como noticia de portada que Rafael de Utrera había cambiado de idea y se incorporaba a la gira americana que en un principio había desestimado. De hecho, ya lo anunciaban en Plaza México para sustituir, el día 26, a José María Manzanares, que había sufrido un percance el día anterior.

Sin poderlo evitar, le mandó un mensaje al nuevo móvil diciéndole que lo amaba. Miró expectante el *whatsapp*, esperando a comprobar si el mensaje llegaba a su destinatario y este lo abría. El cambio de color de las «palomitas» del mensaje le indicaron que Rafael ya lo había leído. Pasados unos minutos, y desesperado al no recibir respuesta, guardó de nuevo el móvil en su bolsillo. Aceptó a regañadientes tomar algo a la hora de comer y volvió a enclaustrarse toda la tarde, dedicándose a rastrear por la red todos los datos que pudo acerca de Boko Haram. Aunque ya estaba muy documentado acerca de la organización terrorista, se le puso la piel de gallina al leer la estadística de asesinatos que tenían en los últimos años.

Pasó el resto de la tarde y la noche embotado en cocaína, buscando que la droga hiciera pasar más rápido el tiempo. Todo su mundo se estaba derrumbando. La última esperanza a la que se agarraba con desesperación, el amor que pensaba que el torero sentía por él, se esfumaba a cada minuto que pasaba sin tener noticias suyas. A última

hora había marcado el número del torero. El continuo repiqueteo del móvil sin que nadie lo cogiera se le antojó una cruel carcajada del destino.

El lunes por la mañana respiró aliviado cuando su chófer lo recogió en el chalé para llevarlo a Castellana, 5. No debía de tener muy buen aspecto. De hecho, Emilio se lo había comentado esa mañana, y su chófer también lo había mirado de manera extraña.

El ajetreo de audiencias y despachos de su agenda matutina le permitieron, si no olvidar, al menos mantener en un segundo plano la angustia que le estaba consumiendo. El teléfono directo de su mesa lo sobresaltó. En los pocos días que llevaba en el cargo apenas había sonado. Al escuchar que la voz se identificaba como el director general de la Policía, la mano con que sujetaba el auricular empezó a temblar.

Oyó que le pedía con urgencia que lo recibiera. Sabía que no podía negarse, pero intentó retrasar todo lo posible la reunión. Auguraba que las prisas del director general de la Policía no le reportarían nada bueno. Mientras llegaba la hora de la reunión, había tenido varias veces la tentación de aplazarla, argumentando una enfermedad u otro motivo. Pero algo le decía que, si lo hacía, el director general sería capaz de dirigirse directamente al presidente.

Media hora antes de las cinco se dio una ducha tibia en su aseo personal a fin de calmar los nervios. Mientras estaba bajo el agua había intentado autoconvencerse de que se estaba poniendo la venda antes que la herida, y que muy probablemente la reunión sería para temas que no tendrían nada que ver con Boko Haram.

Volvió a su mesa y miró de reojo el sobre repleto de coca que tenía en el primer cajón de su escritorio. Decidió no meterse más. Necesitaba estar muy lúcido en la reunión. Cuando su secretaria le anunció al director general, él le dijo que lo hiciera pasar de inmediato.

Cuando este entró en el despacho se sorprendió al ver que iba acompañado de Javier Gallardo. Les hizo sentarse frente a él en su escritorio, en vez de dirigirse hacia los sofás. Mantuvo la vista en unos documentos, antes de levantarse y ofrecerles la mano.

—Señor ministro —comenzó el director general—, le agradezco mucho que me haya recibido. Como imaginará, no le molestaría si el asunto que traigo no fuera de extrema gravedad. Me he permitido venir con el comisario Gallardo, por si necesito su ayuda en lo que le tengo que exponer.

—Soy todo oídos, director. Cuénteme que es eso tan urgente para que haya tenido que modificar mi agenda, que como imaginará está repletísima estos días antes de las vacaciones de Navidad.

El director general tragó saliva, aunque esperaba la actitud defensiva del ministro. Resistió la tentación de mirar a Javier. Este se mantenía en silencio, con la mirada fija en el ministro.

Ruiz-Mansilla había reclinado su moderno sillón y se balanceaba

mientras observaba a sus dos interlocutores.

A pesar de su sólida formación militar y las tablas que había adquirido en su trayectoria política, el director general sintió ganas de levantarse y escapar del despacho. Delante de Ruiz-Mansilla no se sentía tan seguro como cuando había tomado la decisión de provocar la entrevista. No tenía nada concreto y el ministro lo podría fulminar inmediatamente, ordenando su destitución. Respiró profundamente y comenzó a hablar sin apartar los ojos de Ruiz-Mansilla.

—Señor ministro, hace unos días usted me ordenó aquí mismo que por motivos políticos se desmontase el aparato de vigilancia de Boko Haram.

Ruiz-Mansilla intentó no parpadear al escuchar el nombre del grupo terrorista. La ilusa esperanza que había tenido en la ducha se le acababa de esfumar. Con mucha dificultad consiguió continuar con el balanceo de su sillón. Le hizo una seña al director general para que continuara.

—Pues bien, lamento decirle que esas órdenes no se han obedecido al pie de la letra.

Percibió que el color de la cara del ministro empezaba a palidecer. Lo interrumpió con la mano cuando Ruiz-Mansilla, que había dejado quieto el sillón y con los ojos inyectados en sangre, se disponía a intervenir.

—Le ruego que me dé solo diez minutos para explicarle. Luego tome la decisión que crea más conveniente.

Durante esos diez minutos le resumió toda la historia que le había relatado Javier Gallardo, a excepción de su relación con el torero y las implicaciones que esta había aportado al caso.

Cuando el director general terminó de hablar, Ruiz-Mansilla pensó que ni en el peor de los escenarios que había construido durante el fin de semana había imaginado una situación igual. Aunque no aportaba ninguna prueba, todo lo que le había contado el director general tenía mucho sentido, en especial para él, que había sufrido en su propia carne la palpable existencia de la célula. Quizás lo único positivo era que en ningún momento le había mencionado su protagonismo en el caso. Es posible que las investigaciones que había efectuado el equipo de ese comisario que le había caído tan mal no hubieran llegado tan lejos. Necesitaba tomar un vaso de agua de la botella de cristal tallado que tenía en su mesa, pero no se atrevía a hacerlo por miedo a que se le notase el temblor de las manos, que mantenía ocultas bajo el escritorio. Dejó de balancearse y se encaró con el director general.

—Tengo entendido que usted es militar. ¿De qué arma?

—Infantería, señor ministro. Estado Mayor.

—Infantería. Estado Mayor. Imagino que estudió en la Academia de Zaragoza, ¿no es así? —El director asintió—. ¿Y usted? —Por primera vez se dirigió a Javier Gallardo.

—En la Academia de Policía Nacional de Ávila, señor.

—¿Y dónde coño estaban ustedes el día en que les enseñaron que las

órdenes de un superior son para cumplirlas? ¿Visitando el Pilar de Zaragoza o el convento de Santa Teresa?

El director general miró los ojos crispados de su superior y dejó que pasaran unos segundos antes de contestar. Iba ya a hacerlo cuando se le adelantó Javier.

—Yo no, señor ministro. Ese día me vine a Madrid, a la plaza de toros de Las Ventas. Lidiaba un torero al que tenía mucho cariño.

El director de la Policía miró a Javier, asombrado por su audacia. Después desvió la mirada hacia el ministro. Tenía el rostro lívido.

El envenenado dardo de Javier le explotó a Ruiz-Mansilla en lo más profundo de su cerebro. Tuvo que sujetarse las manos, que ya empezaba a no controlar, sin saber qué hacer con la mirada, que por mucho que lo intentaba no conseguía mantener fija en unos ojos, los de Javier, que ahora lo taladraban sin piedad. La bajó hacia unos papeles. El director general se dirigió a él.

—¿Se encuentra usted bien, señor ministro? Parece que le ha dado un pequeño mareo. Si lo desea, le dejamos solo y esperamos afuera a que se le pase.

El ministro asintió aliviado.

—¿Desea que llame a un médico? —preguntó ahora Javier.

—No, no será necesario.

—Está bien —dijo el director general—. Estaremos fuera. Sepa, señor ministro, que no nos moveremos de su antedespacho hasta que usted nos reciba de nuevo. No me podría marchar con la incertidumbre de no saber cómo se encuentra.

Ruiz-Mansilla se desplomó sobre su sillón nada más salir los dos. No conseguía controlar sus manos. Abrió el cajón y, con una cucharilla de plata que tenía junto al sobre de coca, aspiró una generosa dosis de ella. Todo se había derrumbado. Ya no tenía ningún sentido mantener la pantomima. Necesitaba calmarse, volver a llamar al director general y al puto comisario, felicitarles y darles orden de que continuaran con la investigación. Luego acudiría a Moncloa a presentar la dimisión al presidente y contarle todo lo que había pasado.

Notó cómo la dosis extra de coca lo estaba calmando. Sabía que al día siguiente el vídeo con el torero estaría en todas las televisiones y correría como la pólvora por las redes sociales, pero el motivo más importante que tenía para él detener su emisión, Rafael de Utrera, había dejado de tener sentido. El torero había huido y no quería saber nada de él.

Se disponía ya a llamar al director general cuando escuchó los inconfundibles dos pitidos largos de recepción del *whatsapp* en el teléfono secundario que portaba en uno de los bolsillos de su chaqueta. Temblando, vio que el remitente, como no podía ser de otra manera, era Rafael de Utrera. En el mensaje solo había un par de frases: «Hola, ministro, ya estoy en México y me acuerdo de ti. No hagas ninguna

locura».

El gozo que le inundó al leer el mensaje fue dando paso al escepticismo. No tenía claro quién se lo había mandado, si el maestro triunfador de San Isidro, seguro de sí mismo y adorable, o el cobarde que había encontrado derrumbado en una habitación del hotel Puerta de América. El sentido común le decía que el mensaje era una burda estrategia del torero para que se mantuviera firme y no permitiera la emisión del vídeo. Sin embargo, Ruiz-Mansilla no podía olvidar en cuarenta y ocho horas todos los momentos de placer que el diestro le había entregado, así como el profundo amor que seguía sintiendo por él.

Recordó que lo estaban esperando en el antedespacho y que el director general y el comisario no se moverían de ahí hasta que no volviera a hablar con ellos. Intentaba desesperadamente encontrar una solución. El reloj rococó, regalo de Emilio, que reposaba encima de la mesa de su despacho, se la dio: tiempo. Lo que necesitaba era tiempo. No tenía claro muy bien para qué, pero quería agarrarse a las dos frases del *whatsapp*. Quizás Rafael había pensado mejor su proposición y después de cumplir sus compromisos en México se decidiría a dar el paso de huir con él. Tan pronto como pudiera hablarían. Respiró profundamente por la nariz y se la sacudió, para eliminar cualquier vestigio que hubiera quedado de coca. Tomó el teléfono y llamó a su secretaria. El director general y Javier entraron de inmediato.

—Disculpen, con estos fríos he debido de coger algo de gripe. No les voy a expedientar. Creo que han cumplido con su obligación. Necesito, como comprenderán, despachar con el presidente para explicarle la evolución del caso y que él, que fue quien me dio la orden de detener la investigación, me la revoque. Permítanme que por lo menos yo actúe de una manera correcta y profesional.

Miró a los ojos de los dos, pensando que la puya les haría efecto, pero ninguno pestañeó.

—Acabo de hablar con Moncloa pidiendo audiencia urgente. Imagino que me la concederán inmediatamente. Mientras tanto, le ruego mantengan en lo posible las órdenes que recibieron hace días, es decir, que los miembros de la célula en ningún momento se sientan controlados. Me imagino que como mucho en unas horas habré podido hablar con el presidente e inmediatamente podrán ustedes actuar. Esté localizado. —Miró al director general—. Tendrá noticias mías.

Ruiz-Mansilla se levantó esta vez para despedirlos dándoles la mano, pero no los acompañó hasta la puerta.

Tomó con premura el móvil donde había recibido el mensaje y marcó el número del torero.

* * *

Aunque Javier debería haber salido contento de la entrevista, sentía

un cierto sabor amargo que se le había instalado en la boca nada más dejar el despacho del ministro. Antes de hablar con el director general intentó racionalizar todo lo que había pasado. El nerviosismo que había detectado en el ministro durante toda la entrevista llegó a su máxima expresión cuando le nombró la plaza de toros. Estaba claro que, si tuviera la conciencia limpia, hubiera reaccionado hecho una furia ante el flagrante incumplimiento de sus órdenes, y no lo había hecho. Pero no le gustaba nada que les hubiera dado largas. El tema era lo suficientemente grave como para haber llamado al presidente en ese momento. Javier sabía que todos los ministros poseían su número de móvil y que podían hacer uso de él cuando lo considerasen importante, y no lo había hecho.

Por otro lado, aún quedaban casi dos días para la llegada de Shirin Ebadi. Tan pronto como tuviera el visto bueno del ministro se pondrían a actuar. Y por otro lado, si se precipitaban, la vida de las niñas correría serio peligro. Ahora se dio cuenta de que no estaban solo mediatizados por la indecisión del ministro: mientras las niñas estuvieran en peligro no podrían hacer ninguna acción de fuerza. Era primordial averiguar el escondite donde las tenían.

—Desde luego, tengo que reconocer que a cojones no te gana nadie. ¡Vaya huevos los tuyos, Javier, aún debe de estar temblando el ministro con tu frasecita! —le comentó el director de la Policía, ya en el coche oficial—. Dime qué te ha parecido la reunión.

Javier le expuso lo que pensaba, haciendo hincapié en su preocupación de que fuera el ministro quien marcase los tiempos. El director lo intentó tranquilizar.

—Mientras te asegures de que los nigerianos no detecten que están siendo controlados, te daré, ya mismo, todos los medios que necesites. Ahora vuelve a tu habitación del Atheneum y no te muevas de allí.

Ya en el hotel, a Javier le entró un ligero bajón. Una vez que habían dado el paso de hablar con el ministro, estaba deseando poder actuar a cara descubierta lo antes posible. El tiempo se iba agotando y apenas habían avanzado en uno de los puntos que había tomado vital importancia: localizar dónde tenían a las pequeñas.

El nigeriano que tenía enfrente apenas le preocupaba mientras lo tuviera controlado. Cuando llegara el momento, pediría una orden judicial e irrumpirían en el Palace.

Por otro lado, Amelia estaba en lo cierto con respecto a Akín: cualquier acercamiento que hicieran sería contraproducente. Había observado cómo este ocupaba su puesto a las cuatro en punto. Mantenía su andar cansino y su mirada perdida.

Dentro de una hora había citado a Fernando y a Raúl. Esperaba que trajeran alguna buena noticia. Ramón, el botones, le acababa de llamar para informarlo de que había hecho las fotos de las taquillas. Javier le dijo que se las enviase por *e-mail* como siempre y continuara en el hotel.

Ya le diría cuándo podía marcharse.

Las puñeteras cuatro paredes de la habitación se le seguían cayendo encima, pensó mientras por una rendija del visillo comprobaba que Kingsley no cejaba en su misión. Solo había faltado las tres horas de ayer tarde.

XXXVI

Abdul se mantenía en un estado de máxima excitación ante la proximidad del día en que Occidente sabría que la lucha contra La Verdad está condenada al fracaso. Ayer domingo habían estado reunidos todos los hermanos, incluido Kingsley, en el piso de Torrejón de Ardoz. Charles torció el gesto cuando Abdul preguntó por las niñas. Estaba claro que cada vez le estorbaban más. Le pidió permiso para pasar a verlas y las encontró dormidas en la cama. Abayomi, que estaba con ellas, le comentó que no se había producido infección. Extrañado de verlas dormidas a esa hora de la tarde, le explicó que Charles le había dado orden de mantenerlas sedadas de continuo, a pesar del riesgo que ello implicaba para la vida de las pequeñas.

Cuando todos estuvieron en el piso, Charles les pidió que informaran del estado de las tareas que había encargado a cada uno. Cuando todos terminaron de hacer su exposición, sonrió satisfecho. No podían estar saliendo mejor las cosas. Les dijo que esta sería la última vez que se verían en ese piso. A pesar de que todo parecía controlado, no quería correr riesgos. Hizo con ellos un repaso minucioso de lo que ya tenían muy memorizado: la función de cada uno en el atentado y el protocolo de huida que se había diseñado. De nuevo se mostró satisfecho cuando comprobó la profesionalidad con la que estaban manejando cada uno su papel. Después de dirigir la oración conjunta, tomó a Abdul del brazo y le pidió que lo acompañara a su dormitorio. Cerró la puerta antes de dirigirse a él.

—Sé que estás realizando un gran trabajo, y tendrás tu premio, pero te juro que como todo se estropee porque no sepas mantener a buen recaudo tu bragueta, nadie te salvará de mis garras.

Abdul empezó a palidecer. No había imaginado que Charles estuviera tan al tanto de su obsesión por Amelia. Intentó pensar con rapidez. O bien Olamide le había contado con pelos y señales el episodio de la violación, o Kingsley había observado desde su atalaya del Palace cómo la había estado controlando el sábado, cuando ella salía de trabajar. Fuese lo que fuese, pensó, ya podría andarse con mucho cuidado. La brutalidad de Charles era archiconocida, y sabía que no dudaría en eliminarlo ante el menor síntoma de que pudiese estropear la misión.

—Hermano, te ruego que confíes en mí. Ya he demostrado de sobras a

la organización mi lealtad. —Se tocó la pierna mala mientras hablaba.

—Lo sé, y por eso me permito avisarte. Puedes hacer lo que quieras con esa furcia cuando la misión se haya cumplido, eso sí, bajo tu propio riesgo. Como os acabo de explicar hace un momento, el plan de huida ya está diseñado y, si te lo saltas, solo por el capricho de volver a follarte a la infiel, será tu problema. Te aseguro que no cambiaré ni un ápice los planes por ti.

Abdul asintió y salieron de la habitación. Charles les dijo que abandonasen el piso en intervalos de quince minutos. El primero en salir fue Kingsley. Llevaba en los brazos un paquete alargado que le había entregado Charles, sin dar ninguna explicación al resto. No hacía falta ser un lince, pensó Abdul, para darse cuenta de que el paquete, con toda probabilidad, contenía un arma.

Cuando salió Abdul, se dirigió a la estación de cercanías. En el trayecto hacia Madrid no dejó de pensar en Amelia. Desde que la vio por primera vez en el Atheneum, rara era la noche en que no lo hacía. Durante muchos meses tuvo que obedecer sus órdenes en el hotel, fingiendo una sumisión que en absoluto sentía. La violación en el Cerro de los Ángeles no había calmado su obsesión por ella. Al revés, desde entonces notaba que su deseo se acrecentaba más y más, convirtiéndose en un padecimiento que lo estaba corroyendo por dentro.

Al llegar a Atocha, en vez de bajarse y dirigirse andando a su casa, hizo transbordo en el metro hasta la estación de Sol. Pensó, al mirar la hora, que con un poco de suerte podría ver cómo Amelia llegaba a su casa. No fue así. Se detuvo frente a su portal en la calle Cuchilleros y observó que en su piso había luz. Esta vez no necesitó tener que frenar su ansia de subir, ya lo había hecho antes Charles.

Acarició la medalla que siempre llevaba en el bolsillo y se dio la vuelta para regresar a su casa. En el camino se dedicó a calcular cómo podría encajar el poco tiempo de que dispondrían para huir para dejarle «un regalo de despedida», que haría que el que le dio delante de su cristo pareciera una simple bagatela.

* * *

Al entrar en la habitación de Javier, Salvador se dio cuenta de que ya empezaba a oler a suciedad y a tabaco: Fernando, ahí sentado, se saltaba a la torera la estricta prohibición de no fumar.

Salvador había subido a la habitación a instancias de Javier. Este quería explicarle la conversación que su jefe había tenido con el ministro. Salvador no entendió el tono fúnebre con el que Javier lo informó. Pensaba que la noticia era buenísima, ya que dejaban de estar en la clandestinidad. Incluso le comentó la posibilidad de hablar con los propietarios del hotel para terminar de «legalizar» su situación con sus jefes.

—Ni se te ocurra, Salvador. Seguimos más o menos como antes. El cabrón del ministro está intentando ganar tiempo, aunque no tengo claro para qué. Pero ahora mismo es primordial que los nigerianos sigan creyendo que nadie les controla. Créeme, ante la más mínima duda no vacilarán en matar a las niñas. Si no lo han hecho ya, por cierto. Es fundamental que sigamos manteniendo el estatus actual. Cuanta menos gente esté al tanto de nuestra actuación, y por desgracia ya son demasiados, más posibilidades tendremos de adelantarnos a sus movimientos.

—¿Tenéis alguna idea de dónde pueden estar las crías?

—Por ahora no, pero es primordial averiguarlo y en eso estamos trabajando. Si conseguimos liberarlas podremos actuar libremente. Lo que sí está claro es que no vamos a permitir que Shirin Ebadi corra peligro, sabiendo lo que sabemos. En último caso, si de aquí al miércoles no hemos adelantado nada, es posible que las altas esferas tomen la decisión de desviar su reserva y la cena-homenaje a otro hotel. Sí, ya sé que sería una putada para las crías, pero mucho me temo imaginar cuál sería la decisión del Gobierno si tiene que elegir entre la mediática pakistaní y las niñas.

Fernando, que, a pesar de la mirada incómoda que le había echado Salvador, seguía fumando, asentía a todo lo que Javier comentaba. Sonaron unos toques en la puerta y entró Raúl. Se acomodó como pudo y con la mirada le preguntó a Javier si podía hablar, extrañado de que Salvador estuviera con ellos. Javier asintió. Salvador, que se percató de la situación, hizo ademán de marcharse, pero el comisario se lo impidió.

—Si tienes que irte por tu trabajo, hazlo, pero solo faltaba que no confiáramos en ti. Además, aunque no seas policía, tienes mucho sentido común, y no nos vendrá mal un poco. Y tú, Raúl, espero que traigas buenas noticias.

Raúl abrió su cartera de piel y empezó a sacar papeles.

—Creo que no me ha ido nada mal. En efecto, el número 7 de la calle Alicante de Torrejón tiene cuatro alturas. En lo que se ha equivocado Fernando es en el número de viviendas por piso. Son cinco en lugar de cuatro. De cualquier forma, un número lo suficientemente corto como para que nuestros chicos de Información hayan podido preparar un informe bastante ajustado, y, por cierto, en tiempo récord. De las veinte viviendas del bloque solo seis de ellas están ocupadas por sus propietarios, todos españoles. El resto de los inquilinos tienen contrato de alquiler. Aquí es donde comienzan las dificultades, ya sabéis la cantidad de realquileres ilegales que se producen con estos contratos en ese tipo de viviendas más o menos humildes.

Al ver que Javier se empezaba a impacientar, decidió aligerar.

—Tranquilo, Javier, ya voy al grano. Aquí tenéis —les mostró varios folios— el contrato de alquiler correspondiente al piso 4.º D.

Javier lo estudió detenidamente. Todo parecía en regla. Lo único que

le llamaba la atención era la nacionalidad del arrendatario, nigeriano. Junto al contrato de alquiler había una fotocopia del pasaporte, a nombre de Michael Ogbeide.

Antes que le diera tiempo a Javier a preguntar, Raúl le pasó una ficha policial, en este caso a nombre de Abayomi Okoro. Javier conocía de memoria los nombres de los principales implicados en la célula de Boko Haram, y Abayomi estaba entre ellos. No miró a Raúl. Se limitó a contrastar las dos fotografías. Michael Ogbeide y Abayomi Okoro eran la misma persona. Javier sintió deseos de abrazar a Raúl. Fernando, que estaba mirando por encima del hombro de Javier, captó también de inmediato la importancia del hallazgo de Raúl. Ni siquiera esperó a que Javier le diera instrucciones. Llamó por su móvil y, después de saludar a la persona que le había cogido el teléfono, le ordenó que recabara toda la información de que disponía la comisaría de Torrejón de esa vivienda.

—Felicidades, Raúl. Ya puedo tener cuidado o dentro de poco me quitarás el puesto —bromeó Javier—. Fernando, ojo. Mucho cuidado con las instrucciones que acabas de dar. Como sospechen los del piso lo más mínimo, ya sabes lo que pasará. Creo que nos estamos aproximando, pero no tenemos ninguna seguridad de que sea allí donde tienen escondidas a las niñas. Por cierto, Raúl, recuerdo el nombre de Abayomi, pero hasta donde me llega la memoria no lo teníamos ubicado en Torrejón.

—Correcto. Lo tenemos controlado en la calle Nicolás Sánchez, en el barrio de Usera. Todos nuestros informes coinciden en que vive allí. Además, trabaja en Prado del Rey, en Televisión Española. Le vendría horroroso vivir en Torrejón a efectos de desplazamiento.

—Vamos a esperar a ver qué nos cuentan los informadores de Fernando, pero tiene toda la pinta de que es un piso franco que han tenido «dormido» y lo han activado para la operación. Me imagino, Raúl, que ya tienes las pruebas de ADN.

—Me las acaban de pasar por *e-mail*. Como imaginamos, pertenecen a dos niñas mellizas de raza negra de unos diez años. Aún no nos pueden asegurar que sean hijas de Akín, al no haber aportado todavía muestras de él, pero si este tiene mellizas, pues blanco y en botella.

—Lo haremos, todo apunta a que son sus hijas. Salvador, no te estoy echando, pero te digo lo mismo que le dije hace poco a Amelia. No es conveniente que vean en el hotel que pasas demasiado tiempo en esta habitación. Ten en cuenta que Abdul y Akín están trabajando y debes dar sensación de normalidad.

Cuando Salvador salió, Javier abrió el ordenador y miró el correo. Como todos los días, tenía las fotos de Ramón. Respiró aliviado cuando comprobó que en la taquilla seguía el mismo anorak de siempre de Abdul. Ramón, siguiendo sus instrucciones, había fotografiado todo el contenido.

Enseñó las fotos a Fernando y a Raúl, por si ellos podían detectar algo

que a él se le escapase. En la bandeja superior seguía el tabaco, el mechero, el cargador del móvil y el neceser de aseo, que Ramón había abierto para fotografiar también su contenido: un frasco de colonia barata, una maquinilla desechable, crema para zapatos, un peine y un cepillo de dientes con un tubo de pasta. En la bandeja estaba de nuevo el rosario musulmán. Amplió la foto de los zapatos, pero ninguno de los tres observó nada extraño en ellos. En una barra estaban colgados unos pantalones de calle, un jersey de cuello alto, un chaleco del tipo que usan los fotógrafos o los técnicos de mantenimiento y un mono de trabajo azul. Junto a los zapatos de calle había una bolsa de plástico con dos juegos de mudas. Javier interrogó con la mirada a los dos. Ninguno detectaba nada fuera de lo común. Javier llamó al director general de la Policía para informarlo de los avances que habían hecho. Habló con él durante varios minutos y colgó.

—Bueno, es un alivio saber que estamos ya en el mismo barco que nuestro jefe. Sigue sin noticias del ministro. Le ha llamado al despacho y la secretaria le ha comunicado que está en una reunión. Le han alegrado mucho las noticias acerca del piso en Torrejón. Va a tener preparado un destacamento de geos para que intervengan de inmediato si se confirma que las niñas pueden estar ahí.

—Te recuerdo que para que los geos intervengan es necesaria una orden judicial —apuntó Fernando.

—Joder, ya lo sé. Y es la pescadilla que se muerde la cola. Sin el visto bueno del ministro no la podemos conseguir. Fernando, a ver si dispones pronto de la información de Torrejón. Y os pido a todos, y me incluyo yo el primero, tranquilidad. Mañana, de una manera u otra, tendremos por fin carta blanca para actuar.

Eran ya las nueve de la noche cuando despidió a sus subordinados, que salieron escalonadamente. Salvador tenía razón, la habitación empezaba a parecerse a una pocilga. Tomó la carta del servicio de habitaciones. Estaba hasta las narices del sándwich de rigor. Se decidió por un entrecot y una ensalada. Se encontraba esperando a que le subieran la cena mientras contestaba *e-mails* cuando se echó la mano a la cabeza. Se había olvidado por completo de Ramón, y el chico estaría tan asustado aún que no se atrevía a llamarlo para preguntarle si se podía marchar. Lo llamó de inmediato, recordándole que mañana debía estar a primera hora de nuevo. «Mejor», pensó, cuanto más tiempo pase en el hotel, menos tentaciones tendrá de volver a jugar.

XXXVII

El director general de la Policía se subía por las paredes de su dormitorio. No había pegado ojo en toda la noche. La tarde anterior había dejado pasar dos horas de cortesía antes de llamar a Ruiz-Mansilla. En su secretaría le comunicaron que estaba en una reunión y que le pasarían nota. Llamó media hora después con el mismo resultado. Cuando lo intentó de nuevo, le cogió el teléfono el personal de seguridad. El señor ministro no estaba en el ministerio, le dijeron, había partido hacía quince minutos.

El director no se rindió. Aunque tenía su móvil particular, nunca lo había usado, ni con Ruiz-Mansilla ni con su predecesor. Sin dudarlo, marcó el número. Una voz metálica le contestó que el teléfono estaba fuera de cobertura o apagado. Empezaba a ver claro que el ministro le estaba dando largas, pero no llegaba a entender el motivo. En los ojos de Ruiz-Mansilla había notado pánico al nombrarle la plaza de toros, lo que indicaba claramente que se había visto desenmascarado. No comprendía por qué quería alargar la agonía. Aunque el director general no tenía el teléfono del domicilio particular del ministro, no le costó mucho conseguirlo. Marcó, y le contestó una voz masculina. Se identificó y preguntó si el señor Ruiz-Mansilla se encontraba en casa. La voz titubeó antes de contestar.

—Buenas noches, director. Soy Emilio Fuentes, el marido de Daniel. Él no se encuentra en casa.

—Gracias, disculpe que le haya molestado. Le ruego que le diga al señor ministro que me llame urgentemente. Si es tan amable, apunte el número de mi móvil, por si no lo tuviera ahí.

Durante toda la noche estuvo esperando a que el teléfono sonara, y solo lo hizo una vez, a medianoche, pero quien llamaba era Javier Gallardo.

—Siento muchísimo molestarte, mi general, pero quería asegurarme, antes de acostarme, que seguimos sin noticias —le dijo, pasando directamente al tuteo para dar sensación de proximidad.

—No te preocupes, Javier. Has hecho bien en llamar. Sigo sin noticias. Incluso he llamado a su domicilio. Su marido dice que no está en casa, pero no le creo. El cabronazo nos está toreando.

—Seguro que algo ha aprendido de su relación con Rafael de Utrera

—bromeó el comisario.

—Pero le va a dar lo mismo, porque pienso seguir insistiendo. Y en último caso, mañana, antes de la fiesta del Atheneum, le puentearé y acudiré al presidente. Quiero que estés de nuevo a mi lado, por si al final tengo que hablar con él.

—Cuenta con ello. Como te he comentado esta tarde, parece que estamos cerca de averiguar el paradero de las niñas. Es muy importante que tengas a la unidad de geos preparada para intervenir en Torrejón, aunque también vamos a necesitar otra unidad más pequeña para entrar en la habitación del Palace. Es clave, si llega el momento, que las dos unidades actúen absolutamente coordinadas.

—Pierde cuidado, ya lo había previsto. ¿Sería conveniente ir preparando ya otro plan para el alojamiento y la cena de Shirin Ebadi?

—No lo recomiendo. Podría, de alguna forma, llegar a oídos de los islamistas. Ten en cuenta que, o bien el ministro habla por fin con el presidente, o este mismo nos dará permiso mañana para actuar. Solo si no descubrimos y desmantelamos la célula de aquí al miércoles habría que cambiarla de hotel. Por cierto, imagino que eres consciente de lo que significaría para las niñas ese cambio si siguen secuestradas.

—No me estreses más, comisario, lo sé perfectamente. Despiértame a cualquier hora si se confirma el paradero de las pequeñas.

* * *

Ruiz-Mansilla, encerrado de nuevo en el despacho de su casa en Pozuelo, intentaba hacer memoria de todo lo que le había ocurrido en las últimas horas. Nada más despedir al director general de la Policía había marcado con ansia el número del torero. El teléfono sonó varias veces hasta que entró en acción el buzón de voz. Le dejó un mensaje pidiéndole que le devolviera la llamada. Seguía agarrándose desesperadamente al *whatsapp* recibido.

Cada momento que pasaba tenía más claro que la única vía de salida que le quedaba para escapar del hoyo en el que se había metido era huir con Rafael a algún país donde extraditarlo resultara muy complicado, quizás Venezuela.

Se fue animando mientras se autoconvencía de la viabilidad del plan. Él podría coger un avión mañana por la mañana para cualquier país sudamericano; su pasaporte diplomático le despejaría cualquier problema. Desde donde aterrizase, solo le quedaría un salto de pocas horas para llegar a Caracas. Allí solo tendría que esperar al torero. Entre los dos tenían suficiente dinero para disfrutar de toda una vida juntos en el trópico.

La euforia se empezó a apoderar de él. Una hora después, volvió a llamar a Rafael con el mismo resultado negativo. En su mesa se amontonaban *e-mails*, llamadas y papeleo, pero le era imposible

concentrarse en su trabajo. Se imaginaba ya compartiendo una cabaña con Rafael en cualquier playa del caribe venezolano. Sus ensoñaciones se interrumpieron cuando su secretaria lo informó que el director general de la Policía insistía en hablar con él, a pesar de haberle dicho que estaba reunido. Se negó a contestar.

La llamada del director le produjo un bajón en la euforia en la que se había instalado. Llamó de nuevo a Rafael y, al no contestarle, volvió a dejarle un mensaje, este más perentorio. Pasadas las nueve decidió volver a su casa e intentar contactar desde allí con él.

A su llegada al chalé, le dijo a su chófer y escoltas que los llamaría al día siguiente para comunicarles la hora de recogida. Notó que Emilio continuaba pálido cuando lo saludó. Este le preguntó si quería cenar y Daniel negó con la cabeza, mientras se dirigía a su despacho. Emilio sacó fuerzas de donde ya pensaba que no las tenía y se interpuso entre la puerta y su marido.

—Por Dios, Daniel, cuéntame de una vez qué está pasando. No me puedo creer que en tu nuevo puesto esté ocurriendo algo tan importante como para que desatiendas, como lo estás haciendo, a tu familia. Llevamos muchos años juntos, y aunque hayan faltado otras cosas, por lo menos siempre hemos mantenido una parcela de respeto y cariño. Creo que tengo derecho a que me digas qué ocurre.

—Lo que ocurre, Emilio, es que no entiendes nada. Ahora soy ministro y no un ministro cualquiera. Llevo una de las carteras más complicadas, y, por supuesto, ni te voy a contar, ni tienes ningún derecho a saber, cuáles son los problemas que asolan mi nuevo trabajo, que como imaginas son cuestión de Estado. Así que aparta de una puñetera vez de la puerta, déjame tranquilo, y no quiero volver a ver esa actitud lastimera en tu cara que me hace sentir como si fuera un maltratador.

Emilio bajó la cabeza y se apartó lentamente.

—Por lo menos cenarás hoy.

—Traigo mucho trabajo. Prepárame un sándwich y lo tomaré aquí. Por cierto, si preguntan por mí no estoy para nadie.

—Te acaba de llamar el director general de la Policía.

—Ya lo sé. Si es importante ya me llamarán al móvil. Otra cosa. Sigo medio constipado. Volveré a dormir en el cuarto de invitados.

Ya solo en su despacho, tomó ansiosamente el móvil y llamó de nuevo a Rafael. Seguía sin contestar. Miró la hora y calculó que en Ciudad de México serían las cinco de la tarde. Pensó que, aunque no toreaba hasta el día 26, iría a Plaza México a ver a sus colegas. Aun así, lo intentó media hora después. Esta vez se le ocurrió usar el móvil oficial, aunque sin ningún éxito.

Había visto que los *whatsapps* que también le había enviado los había abierto y leído, pero no contestado. Emilio entró, no sin antes llamar al despacho, y depositó, en una pequeña mesa accesoria, el sándwich y una cerveza. Salió silenciosamente. Daniel se levantó para cerrar con llave y

dejó el sándwich después de darle solo un par de mordiscos. No le entraba la comida. Como un autómata, volvió a llamar a Rafael. Se conectó a internet intentando concentrarse en algo que no fuese el torero, pero acabó visitando la página web de este.

Estuvo más de una hora recorriendo el contenido de la página. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que notó el salitre de las lágrimas en sus labios. Miró el registro de los dos móviles. Desde que había despachado al director general había llamado veintitrés veces al torero. Advirtió que estaba perdiendo el norte. Lo intentó una vez más, prometiéndose que sería la última.

Ante su sorpresa, Rafael contestó al segundo timbrazo. El tono con el que el torero dijo «Dime, Daniel» no le auguró nada bueno. Aun así, el ministro resopló de alegría al oír su voz.

—Rafael, qué alegría, te estoy llamando desde que me enviaste el mensaje. No te puedes imaginar qué ilusión me ha hecho. Llevo haciendo planes desde entonces, y te aseguro que vamos a ser muy felices.

—¡Daniel! —lo interrumpió Rafael.

El ministro detuvo en seco su parrafada y lo dejó hablar.

—Ya sabes lo que te dije el otro día, hay que dar tiempo al tiempo. Lo importante, como te he dicho en mi mensaje, es que no hagas ninguna locura.

—Ya, querido, pero he pensado que…

—Daniel, ahora no puedo hablar. Voy a estar muy liado estos días, así que es mejor que esperes a que yo te llame.

Rafael de Utrera no contestó cuando, para despedirse, el ministro le dijo «Te quiero». Se limitó a colgar el teléfono.

Una desoladora sensación de vacío se apoderó de Ruiz-Mansilla cuando comprobó que la conversación había terminado. El personaje que le había hablado no era el torero triunfal ni el cobarde del Puerta de América. Frío y cortante, era una persona desconocida para él. No había conseguido distinguir ni un solo gramo de ternura en su voz.

Finalmente, lo entendió; Rafael de Utrera había tomado ya una decisión. Estaba claro que ni por asomo pensaba compartir su vida con él. Se dio cuenta de que al igual que él con el director general, Rafael también estaba intentando conseguir tiempo, retardando el momento en que el ministro fuera desenmascarado y el vídeo se difundiera.

Ruiz-Mansilla intuyó que el torero necesitaba ese tiempo para irse preparando con sus asesores y abogados para el aluvión mediático que se le venía encima, pero, a diferencia de él, Rafael de Utrera no tendría que responder ante la Justicia.

Daniel se dio cuenta de que se había quedado solo. De poco valdría ya que confesase todo lo ocurrido al presidente del Gobierno. Había ocultado demasiados días un problema de Estado importantísimo. De hecho, ya se había producido una violación doble por su inacción en el

caso, pero había algo para él mucho más importante: sentía que había perdido al torero para siempre.

Durante una hora se mantuvo inerte en el sillón. Era incapaz de reaccionar, ahora que la verdad se le había mostrado con toda su crudeza. Se levantó y subió al dormitorio principal. Emilio estaba acostado, pero no dormía. Se incorporó de la cama y le preguntó qué tal se encontraba. Con voz cansada, le dijo que seguía con mucho trabajo y que aún le quedaban horas en su despacho. Le recordó que no lo molestaran bajo ningún concepto.

Entró en el baño que estaba anexo al dormitorio y abrió uno de los cajones, donde tenía su botiquín. No le costó nada encontrar, entre gasas y cajas, lo que estaba buscando. Lo tomó, dio las buenas noches a su marido, y bajó de nuevo a su despacho, volviendo a cerrar la puerta.

En la caja de Lexatin solo faltaban dos de las treinta pastillas. Fue desgranando todas las píldoras y las situó en un montoncito en la mesa del despacho. Se levantó y tomó una copa de balón del pequeño aparador que tenía al lado del escritorio. Abrió una botella de brandi y llenó la copa. Lenta, muy lentamente, fue alternando cada sorbo de brandi que daba con la ingestión de dos pastillas. Antes de tomar las dos últimas, alzó la copa a un cielo imaginario: «Va por ti, Maestro».

No empezó a sentir los efectos de los ansiolíticos hasta media hora después. Su respiración comenzó a ser anormal. La habitación empezó a darle vueltas y notó que era incapaz de fijar la mirada en un punto concreto. Al comprobar que no sentía el paso del aire por su boca y nariz, hizo un esfuerzo ímprobo para llenar sus pulmones, pero no lo consiguió. Aterrado, notó que a pesar del esfuerzo su pecho se mantenía inactivo. Finalmente, la parada respiratoria que los barbitúricos habían provocado le hizo perder por completo el sentido. Diez minutos después, su corazón había dejado de latir.

Un piso más arriba, Emilio, insomne, no podía apartar de su cabeza el recuerdo de la lóbrega expresión de su marido cuando le había dado las buenas noches.

XXXVIII

A pesar de la cercanía de su casa con el Atheneum, Amelia tomaba siempre un taxi para ir o venir al trabajo desde el día que sufrió el ataque. Durante el cortísimo trayecto de apenas cinco minutos, seguía dándole vueltas a la dicotomía en la que se veía inmersa desde la reunión que había tenido el día anterior en la habitación del hotel con su director y el comisario. No podía ocultar el alivio que había sentido cuando le comunicaron que estaban convencidos de que la actitud de Akín hacia ella no se debía a un rechazo expreso de este. Pero ese sentimiento se vio de inmediato ahogado por la preocupación hacia Akín y las niñas. A pesar de haberlas tratado muy poco tiempo, les había tomado un gran cariño.

Saber que la vida de las niñas estaba en manos de unos desalmados, como había podido comprobar en sus propias carnes, le hacía incluso pasar a un segundo plano el pavor hacia Abdul, que hasta ahora la tenía atenazada. A eso ayudaba que el comisario la había tranquilizado al respecto, asegurándole que la tenían controlada en todo momento y que no consentirían una nueva agresión.

Tardó en comprender por qué la Policía, con los datos que tenía, no actuaba ya, pero finalmente entendió la voluntad del comisario de intentar asegurar a toda costa la vida de las pequeñas. Se sentía inútil al no poder acceder a Akín y mostrarle su amor y su apoyo, pero a pesar del poco tiempo que había pasado con él ya lo conocía lo suficiente para estar segura de que no daría ni la más mínima opción que pudiera poner en peligro la vida de sus niñas; recordaba muy bien la noche en que, abrazado a ella y entre lágrimas, le contó al detalle el episodio que había causado la muerte de su esposa y a punto estuvo de costarle la vida también a él y a las pequeñas.

Ese conocimiento es lo que le servía a Amelia de freno cuando tenía tentaciones de llamarlo por teléfono, o presentarse de nuevo en el piso de Vallecas. El comisario no le había ocultado que pensaban que de una forma u otra estaban obligando a Akín a colaborar en el posible atentado que se estaba fraguando. Pero, mirándola a los ojos, Javier también le había asegurado que, si todo salía según lo previsto, estarían en tiempo de poder evitarlo.

Amelia era muy escéptica al respecto. Mientras las niñas no

apareciesen, Akín seguiría siendo una marioneta en manos de los islamistas y obedecería sin rechistar cualquier orden que le diesen. Pero también era consciente de que, ante la posibilidad de poder evitar una posible masacre, el valor de la vida de las niñas pasaría a un segundo plano para quien tuviera que tomar la decisión.

Con respecto a Abdul, a pesar de haber coincidido ayer lunes durante varias horas en el hotel, no había subido a su despacho ni se había cruzado con él.

Siguiendo las indicaciones de Javier Gallardo, se limitaba a seguir obedeciendo las órdenes que le habían dado en el Cerro de los Ángeles. Dividía su tiempo exclusivamente entre el trabajo y su casa. No podía evitar que el miedo a un nuevo ataque se apoderara de ella cuando se encontraba a solas entre las paredes de su pequeño apartamento, pero el hecho de sentir en su mano el móvil, del que no se despegaba ni para dormir, era un bálsamo que aliviaba en parte su ansiedad.

Al llegar a su despacho comprobó en su agenda la ingente labor que le esperaba ese martes. Una de sus subgobernantas empezaba sus vacaciones de invierno, por lo que ella tendría que multiplicarse. Además, tenía que supervisar que todo lo que a ella le afectaba en la preparación del importante cóctel de esta noche estuviera impecable. También, a pesar de que Shirin Ebadi no llegaba hasta mañana, habría que dejar la *suite* que le asignarían bloqueada para poder darle un repaso general.

* * *

Emilio cayó dormido cuando apenas quedaba una hora para que sonase el despertador. Durante la larga noche había echado la vista atrás intentando revivir los momentos más importantes de su relación con Daniel. Jamás en sus años de matrimonio lo había tratado como lo llevaba haciendo los últimos días. Si no fuera porque su nombramiento había coincidido casi con su radical cambio de actitud hacia él, hubiera pensado que por medio se había cruzado otra persona. Sabía que entre ellos nunca había existido una pasión demoledora, pero como le había dicho antes a él, una pátina de respeto había disfrazado de cariño la relación entre los dos. Y ese respeto se había hecho pedazos en solo unos días.

Miró con nostalgia el frío y vacío hueco de la cama donde ahora debería estar su marido. Aunque ya ni recordaba la última vez que habían hecho el amor, echaba mucho de menos tenerlo a su lado. La ausencia de pasión no había restado un ápice la profunda devoción que sentía por él.

Cuando sonó el despertador, el agotamiento que sentía le hizo ser consciente de lo poco que había dormido. Se levantó cansinamente y oyó que sus hijos ya estaban en la cocina preparándose el desayuno

antes de ir al instituto. Tomó un café con ellos y los acompañó a la puerta para despedirlos.

En vez de regresar al dormitorio para vestirse, echó un vistazo a la habitación de invitados, cuya puerta estaba abierta. La cama estaba hecha, sin signos de que hubiera dormido nadie. Preocupado, bajó al despacho de su marido, llamó dos veces e intentó pasar, pero no pudo al estar cerrado desde dentro. Llamó otras dos veces sin obtener respuesta.

—Daniel, ¿estás bien? —preguntó en voz alta.

Al no contestar, Daniel decidió no insistir. Imaginó que él había estado trabajando hasta tarde y se había quedado dormido en el sillón. Subió a asearse y a vestirse. Tomó otro café en la cocina y dejó una nota para él en la puerta del frigorífico, sujeta por un imán.

> Daniel, no he querido despertarte. Tengo que salir a ver a mi madre. Comeré con ella. Hoy no le toca venir a la asistenta. Si vienes a comer a casa, te he dejado un táper con cordero guisado en la nevera. Que pases un buen día.

Antes de ir al garaje para coger su utilitario y dirigirse a Villalba, donde su anciana madre estaba ingresada en una residencia de la tercera edad, Emilio hizo un último intento en el despacho de Daniel. Seguía sin contestar. Cuando salió del garaje observó que no estaban esperando en la calle los dos coches oficiales que cada mañana recogían a su marido. Eso lo tranquilizó. Supuso que su ausencia significaba que Daniel no pensaba acudir a su despacho hasta más tarde.

* * *

Javier Gallardo estaba intentando, desde su teléfono, calmar el humor de perros del director general de la Policía: estaba indignado. A pesar de sus múltiples esfuerzos, le había sido imposible el día anterior contactar con Ruiz-Mansilla: su móvil estaba siempre fuera de cobertura y su marido decía que no se encontraba en casa. Y en el ministerio eran incapaces de darle ninguna pista de dónde podría estar. A las doce de la noche lo dejó por imposible. Nada más levantarse y desayunar, y antes de incorporarse a su despacho, había realizado de nuevo la ronda telefónica: el móvil seguía fuera de cobertura, en la casa no contestaba nadie y en el ministerio lo único que le pudieron decir fue que sus coches de escolta tenían orden de esperar sus instrucciones antes de ir a recogerlo a su casa. Pidió hablar con el jefe de la escolta del ministro, un subinspector. Este le informó que la noche anterior lo había dejado en su casa sobre las nueve y media. Estaba claro que el esposo de Ruiz-Mansilla, o no le había dado el recado, o él no había hecho ningún caso.

—Le doy de plazo hasta las cinco de esta tarde. Si no tengo noticias antes de esa hora, acudiremos los dos al presidente.

Javier, preocupado también por la desaparición del ministro, intentó

animarlo.

—Mira el lado bueno, por lo menos no le tenemos poniendo palos en las ruedas. Prepárate para alguna sorpresa, mi general. O se ha marchado del país o los terroristas le han hecho algún tipo de «proposición». Ahora lo importante es tener este puzle lo más resuelto posible para cuando haya que presentárselo al presidente. Y hace unos minutos acabó de encajar otra pieza; los contactos de Fernando en Torrejón se han movido rápido. Ese piso ha estado prácticamente vacío durante el último año, en contadas ocasiones venía a dormir un individuo de raza negra, sin embargo, desde hace varios días, se ha detectado una actividad inusual en la vivienda. Se han visto subir a varias personas también de raza negra. Todas adultas.

—¿Algún vecino sabe algo de las niñas?

—No, pero si las tienen allí seguro que las mantienen drogadas, para que no se las escuche. Por cierto, Abdul no ha vuelto por allí desde el domingo. Akín se limita a ir del hotel a su casa y viceversa.

—¿Cómo ha conseguido Fernando la información de Torrejón? ¿Es de fiar?

—Hemos tenido la suerte de que en el mismo edificio vive un camello confidente de la Policía. Bueno, habida cuenta de la cantidad de camellos por metro cuadrado que hay en el barrio, tampoco era tan difícil…

—¿Y tu instinto, qué te dice?

—Que las niñas están allí —contestó Javier—. Y si no están allí, nos da lo mismo. Tenemos que entrar. No hay ningún hilo más de donde tirar, y el tiempo se nos ha echado definitivamente encima. Hay que tener la unidad preparada para intervenir de manera inmediata.

—Tan pronto como el presidente lo autorice. En cuanto tengamos su visto bueno y la orden judicial, tiramos para adelante. Ordenaré ahora mismo que el jefe de la unidad de los geos empiece a estudiar ya los planos para decidir la vía de acceso. Con respecto al elemento que tienes ahí enfrente, en el Palace, más de lo mismo. En este caso será más fácil. Puerta abajo y punto. ¿Cómo están las cosas por el hotel?

—Con mucho lío. Debido al cóctel de esta noche, se ha montado un aparato de seguridad considerable. Han puesto arcos detectores en la entrada principal y en la de personal de servicio. Ya no los desmontarán hasta que Shirin Ebadi se marche del hotel. He hablado hace un momento con Amelia. Está bastante más calmada y se encuentra mucho mejor físicamente. Abdul y Akín no llegan hasta las cuatro de la tarde. En el caso de que la actuación de Torrejón se efectúe con éxito, no tendremos que buscar mucho para encontrarlos. Los tendremos aquí mismo.

—Gracias, Javier. Voy a seguir persiguiendo al ministro. No le envidio la que le va a caer.

* * *

Emilio se quedó a comer con su madre, como solía hacer los días que acudía a visitarla. Durante todo el tiempo que le estuvo haciendo compañía en el salón del amplio y lujoso chalé donde la tenían ingresada, no pudo quitarse de la cabeza a su marido. Lo llamó un par de veces, pero estaba fuera de cobertura. Llamó al ministerio y habló con su secretaria personal. No sabían nada de él; ella también lo estaba intentando localizar.

Atribulado, almorzó con su madre en una cafetería cercana a la residencia, sin poder apartar a Daniel de su cabeza. Después de comer se despidió de ella recordándole que la recogería el día de Nochebuena para cenar juntos y regresó a Pozuelo. Entró en la casa y se dirigió al despacho de Daniel. Seguía cerrado por dentro. Los titubeantes golpes con los que llamó a la puerta se convirtieron en auténticos porrazos al no recibir ningún tipo de respuesta. Con la voz quebrada, apenas podía gritar su nombre. Intentó empujar la puerta para ver si cedía, pero recordó que Daniel había instalado una cerradura especial para protegerse de un posible robo que afectara a documentos oficiales.

Desolado, se dejó caer en el suelo. Pensó en llamar a sus hijos al colegio, pero le vino a la memoria la llamada que había recibido del director general de la Policía anoche. ¿Quién mejor que él para ayudarlo? Recordó que había apuntado el número en un bloc que tenía en la cocina. Entró en ella y comprobó que el cuaderno seguía al lado de la encimera. El director general de la Policía debía de tener el número de la casa guardado en la memoria de su móvil, porque apenas tardó un tono en contestar.

XXXIX

El director general de la Policía hacía una hora que había regresado de comer y ahora estaba en su despacho, esperando que dieran las cinco para llamar al presidente, cuando sonó su móvil. Efectivamente, había guardado el número de la casa de Ruiz-Mansilla en la memoria, por lo que contestó de inmediato. Le resultaba muy difícil entender lo que decía la entrecortada voz del hombre que lo llamaba. Pidió a su interlocutor que intentara respirar profundamente para poder calmarse lo suficiente como para resultar inteligible. Durante unos segundos, en la línea solo hubo silencio.

—Director, soy Emilio Fuentes. Hablamos ayer por la noche. Me temo que algo le ha pasado a mi marido, el ministro Daniel Ruiz-Mansilla. Lleva desde anoche encerrado en su despacho y, a pesar de los fuertes golpes que estoy dando en la puerta, no contesta.

—¿Y no se ha dado cuenta usted hasta ahora, que son las cuatro y media de la tarde?

Emilio, con voz angustiada, le explicó que esta mañana no le dio importancia al imaginar que había dormido en el despacho, y él se había marchado a visitar a su madre, pensando que este continuaba dormido.

—Por favor, intente mantener la calma. Salgo yo con una unidad técnica para allí. Tengo su dirección en Pozuelo, pero le ruego me la confirme. —Emilio asintió, dándole las señas—. Antes de quince minutos estaremos allí.

El general se movió rápido. Requirió su coche y que lo acompañase otro con especialistas en cerrajería. Tres minutos después ya estaba en camino.

Atravesaron Madrid con rapidez, abriéndose paso con las sirenas. Mientras llegaba, llamó a Javier Gallardo para informarlo de la llamada del marido del ministro.

—Espérate cualquier cosa, mi general, pero si no lo has hecho ya, te aconsejaría que fueras pidiendo una ambulancia. ¿Quieres que salga para allá?

—Prefiero que sigas en el hotel. Te llamo en cuanto tenga noticias, ahora tengo que colgar. Llevas razón, voy a llamar a una ambulancia.

El vehículo sanitario, que había salido de la Clínica de La Zarzuela, llegó al mismo tiempo que la comitiva policial. El director general saltó

del coche y avanzó por el pequeño sendero de piedra que conducía a la entrada del chalé. Emilio lo estaba esperando con la puerta abierta. Sin saludarse apenas, le mostró el camino hacia el despacho del ministro. Con un gesto, el director general indicó a los dos especialistas que lo acompañaran. Dejó un policía en la entrada ordenándole que no pasara nadie a la casa sin su permiso.

Emilio, desolado, les indicó la puerta del despacho. El director general no perdió el tiempo en protocolo e indicó a los especialistas que forzaran la cerradura. Estos, que iban ya provistos de una taladradora de grandes dimensiones, apenas tardaron treinta segundos en liberarla. El director general fue el primero en entrar en el despacho. La cabeza de Ruiz-Mansilla reposaba de lado encima del escritorio, con el brazo derecho muy cerca de ella. El otro brazo colgaba desvaído de su cuerpo. En el escritorio descansaba una copa de balón casi vacía. Emilio gritó al verlo en ese estado y se abalanzó hacia él. El director general, con ayuda de uno de los especialistas, se lo impidió, mientras le pedía a otro que hiciera pasar al médico de la ambulancia.

—Lo lamento, ahora mismo llega el médico. No debe tocar nada mientras tanto, se lo ruego.

Emilio se dejó caer en una de las pequeñas butacas que había enfrente del escritorio, sollozando. El médico entró inmediatamente. Levantó con mimo la cabeza del ministro y le tomó el pulso en el cuello.

—Lo siento, ha fallecido.

Emilio comenzó a sollozar. Los dos policías, a instancias del director general, lo condujeron hasta el salón de la casa, haciendo que se sentase en uno de los sofás. El director se dirigió al médico, mientras le mostraba su documentación.

—Doctor, soy el director general de la Policía. ¿Puede calcular cuánto tiempo lleva fallecido? —El doctor examinó de nuevo el cadáver.

—Unas doce o quince horas. No se observan signos de violencia, pero será por supuesto necesario hacer un examen forense para determinar la hora exacta de la muerte y las causas.

—¿Sabe quién es el fallecido?

—Me suena la cara de haberle visto en el telediario, pero no le podría decir con seguridad.

—Es Daniel Ruiz-Mansilla, el ministro del Interior. Apelo a su profesionalidad y sentido del deber para pedirle que no haga ningún comentario acerca de este fallecimiento hasta que no se haga público de forma oficial. Voy a llamar de inmediato al juez de guardia, que vendrá acompañado de un médico forense, que junto a usted redactará el certificado de defunción.

—Por supuesto, puede usted contar con mi absoluta discreción.

El director general llamó por teléfono a su asistente personal, explicándole todo lo que había pasado. Le urgió a que se presentara lo antes posible con el juez de guardia y con el inspector jefe de

Homicidios. Salió del despacho y se acercó a Emilio. Le preguntó cómo estaba y le ofreció que el médico lo examinase. Este no pareció entender la pregunta, debido al estado de *shock* en que se encontraba.

Preguntó al médico si podía hacer algo para calmarlo y este asintió. Miró el reloj. Faltaba muy poco para las seis. Recordó que no había mirado la existencia de alguna posible carta o nota en el despacho del ministro y volvió a buscarla. No encontró nada. Sabía que resultaría inútil interrogar al marido del ministro mientras no se calmase.

Llamó a Presidencia del Gobierno y pidió que le pasasen con el presidente. Le dijeron que estaba en el pleno del Congreso. Sin dudarlo, llamó al jefe de seguridad del presidente, cuyo móvil también tenía. Apenas lo dejó hablar, le ordenó, más que pidió, que dijeran al presidente que tenía que hablar de forma extremadamente urgente con él, para lo cual se iba a trasladar al Congreso, donde llegaría en quince minutos.

Montó en su coche y pidió al chófer que pusiera la sirena y se dirigiera a la plaza de las Cortes. Recordó que no había llamado a Javier Gallardo. Debía de estar esperando ansioso la llamada.

—Está muerto, Javier. Todo apunta a que el ministro se suicidó la noche pasada. No conseguimos encontrar ninguna nota suya aclaratoria ni podemos hablar con su marido hasta que este se calme, aunque tampoco creo que nos aclare mucho.

—Me imagino que estás manteniendo un férreo control de la información, pero déjame insistirte en la importancia de mantener esta noticia en el más absoluto de los secretos. Si la prensa la publica, y llega a oídos de los terroristas, ya los hemos visto. A ellos y a las niñas.

—Pierde cuidado, ya estoy en ello. El juez de guardia debe de estar a punto de llegar, así como el inspector jefe de Homicidios. He dejado a cargo de este toda la operativa aquí y yo estoy ya camino del Congreso. Tú sal lo más discretamente posible del hotel, si es posible por el garaje, y me esperas en el despacho del jefe de seguridad del Congreso. Hablaremos juntos con el presidente. Las dos unidades de geos están dispuestas para actuar tan pronto tengamos la orden judicial. Y esta estará lista en cuanto el presidente nos confirme lo que tú y yo ya imaginamos: que él nunca dio la orden al ministro de retirar la vigilancia de la célula.

Llamó esta vez al jefe de Homicidios. Ya estaba en el chalé y le dijo que el juez de guardia acababa de llegar. Pidió que le pasara con él. Sin entrar en muchos detalles, lo informó someramente de los acontecimientos, rogándole que se preocupara de que no saliera ninguna información. El juez le comentó que el forense, que había venido con él, había ajustado la hora de la muerte sobre las tres de la madrugada.

Antes de llegar a la plaza de las Cortes pidió al conductor que apagara la sirena y metiera el coche en el garaje del Congreso. No olvidaba que el nigeriano del Palace seguía de guardia. Desde el aparcamiento subió a

la primera planta del edificio nuevo, donde se encontraba el despacho del jefe de seguridad. Allí lo estaba ya esperando Javier.

Apenas tuvieron tiempo de hablar. El presidente del Gobierno entró en la habitación acompañado de dos de sus escoltas. Estos revisaron el despacho y salieron, quedando en la habitación solo el presidente, el director general y Javier.

El comisario ofreció al presidente que se sentara en el sillón frente al escritorio, y el director general comenzó a hablar. Javier, excelente observador, vio cómo la tonalidad del semblante del presidente iba cambiando de color mientras escuchaba. Pestañeó varias veces cuando el director general le confirmó la muerte del ministro.

El director de la Policía, buen orador, tuvo la necesaria capacidad de síntesis para, en apenas diez minutos, detallarle todos los acontecimientos que habían pasado en los últimos días. El presidente no pudo evitar recordar la escena que había tenido con Ruiz-Mansilla en el auditorio. Cuando el director general acabó de hablar, todos los presentes se lo quedaron mirando, expectantes.

—Parece que todos ustedes han decidido trasladar por su cuenta estos últimos días el despacho del presidente del Gobierno al hotel de ahí enfrente. Aunque me temo que lo único que tengo que reprocharles es el no haber acudido antes a mí, debido a que el acendrado respeto al escalafón que tienes ustedes, los militares —miró al director general—, se lo ha impedido. Pero ya hablaremos de todo esto cuando este asunto termine. Efectivamente, no me consta que el Gobierno francés haya hecho esa petición, y le aseguro que, si así fuera, yo me hubiera enterado, y no solo por mi posición. Les recuerdo la fuerte amistad que me une con el presidente francés, pues ambos somos miembros de la ejecutiva de nuestro partido a nivel europeo. Por supuesto, tiren adelante con todo lo que habían previsto. Mientras obtienen la orden judicial necesaria para la actuación de los geos, que según me ha comentado no les llevará mucho tiempo, voy a llamar al ministro de Exteriores, pero ya les adelanto que se va a quedar tan absorto como yo.

Respiró profundamente antes continuar.

—Para variar, espero que me den una buena noticia y las niñas queden libres sin ningún daño. Lo que le faltaba a este país —suspiró, mientras movía la cabeza— es que asesinen aquí a Shirin Ebadi. Manténgame informado al minuto.

—Perdone, señor presidente —dijo el director general—, ¿pensaba acudir al cóctel de la prensa que hay esta tarde en el hotel Atheneum?

—Dependía de la hora que finalizase el pleno, pero después de esto, como supondrán, ni se me pasa por la cabeza poner los pies en ese hotel. Coño, parece el hotel de los líos.

XL

El equipo 10 de la sección operativa del Grupo Especial de Operaciones (GEO) solo estaba pendiente de recibir el visto bueno de la dirección ejecutiva para intervenir.

Los quince agentes de la unidad que esperaban en el interior de dos furgonetas blancas de camuflaje ya habían recibido todas las instrucciones necesarias para el asalto al piso franco. Los vehículos, situados en el aparcamiento al aire libre de un centro comercial de Torrejón de Ardoz, solo necesitarían un par de minutos para recorrer los escasos setecientos metros que los separaban de su objetivo. Eran las ocho en punto cuando el inspector al mando recibió la orden de ataque.

Las furgonetas, sin utilizar ningún tipo de sirenas, en vez de acudir al número 7 de la calle Alicante lo hicieron al 12 de la calle Sevilla, paralela a la otra. Varios policías de paisano ya los estaban esperando con el portal abierto. Rápida y silenciosamente, los geos accedieron a la azotea del edificio, que estaba adosado al de la calle Alicante. Una vez arriba, anclaron tres sogas al tejado y tres agentes se prepararon para descender con ellas por la fachada.

El edificio contaba con cuatro plantas, y el objetivo estaba situado en la última. Sabían que disponían de dos accesos por el exterior: la pequeña terraza del piso y la ventana de uno de los dormitorios.

Perfectamente sincronizados, y aprovechando el impulso que les daba el balanceo, uno de ellos irrumpió por la ventana del dormitorio y los otros dos por la terraza. En casos similares siempre utilizaban granadas aturdidoras tipo Stum, pero al desconocer cuál era el estado en el que se encontraban los oídos de las pequeñas, el jefe del grupo decidió usar en esta ocasión granadas de iluminación.

Al mismo tiempo que los agentes destrozaban los vidrios de la ventana y el balcón, irrumpiendo en el piso, arrojaron dentro dos de esas granadas. El efecto fue inmediato. Una luz cegadora iluminó la vivienda. Los agentes, que portaban gafas especiales protectoras, debían aprovechar los diez segundos que duraría el impacto lumínico para hacerse cargo de la situación.

En ese momento, en el piso solo estaban Charles y Abayomi. El primero manejaba un ordenador en el salón, que fue por donde penetraron dos de los agentes. No le dio tiempo a reaccionar. Estaba

empezando a cubrirse los ojos para paliar el dolor que le causaba la luz extrema cuando uno de los agentes ya lo había inmovilizado, tirándolo al suelo y colocándole la bota encima del cuello, mientras con una brida unía sus manos por la espalda.

Los asaltantes imaginaban que, de estar las niñas en el piso, lo más lógico era que se encontraran en uno de los dormitorios interiores, para evitar cualquier posibilidad de que se pudieran asomar al exterior. El agente que entró por la ventana del dormitorio lo encontró vacío, por lo que, acompañado de uno de los dos compañeros que había entrado por el salón, fue al pasillo, donde observaron tres puertas. Obviaron la primera de la derecha, que por los planos que habían estudiado ya sabían que pertenecía al cuarto de baño, y se lanzaron hacia la primera puerta de las dos que estaban situadas en el lado izquierdo.

Abayomi, que estaba junto a las mellizas en ese dormitorio, había oído el fuerte estruendo de las ventanas al romperse y observó cómo se colaba a través de la rendija de la puerta una luz perturbadora. Su entrenamiento en los campamentos de Nigeria le hizo reaccionar como un autómata. Supo de inmediato que un comando los estaba atacando. Empuñó la pistola que llevaba colgada en el cinturón y apuntó hacia la puerta. Uno de los agentes echó la puerta abajo de una patada. Aún no habían transcurrido los diez segundos, por lo que la cegadora luz se coló en el cuarto por el umbral de la puerta y obligó a cerrar los ojos a Abayomi. No obstante, el nigeriano, a ciegas, comenzó a disparar hacia la entrada. Solo pudo hacerlo tres veces, impactando las balas contra una de las paredes. Una ráfaga de subfusil del agente le atravesó el pecho, lanzándolo contra la pared.

Mientras otros tres agentes se descolgaban por las cuerdas y accedían al piso, el agente que había quedado libre forzó también la puerta del dormitorio que quedaba, no encontrando a nadie en su interior. Inspeccionó el baño y la cocina, al igual que los armarios y debajo de las camas. En el salón, el primer geo mantenía tumbado a Charles. En el dormitorio de las niñas, estas habían hundido la cabeza en el colchón donde yacían, intentando escapar del dolor que les había producido en la vista la luz que se había filtrado de las granadas de iluminación.

Dos de los agentes de la segunda oleada tomaron a las niñas en brazos y las sacaron del piso utilizando la puerta de entrada.

Mientras se había producido el asalto por la fachada, otros cinco agentes habían entrado por el portal de la calle Alicante, controlando la escalera y el acceso a la vivienda. Dos UVI móviles, que esperaban dos calles más arriba, también habían acudido raudos al portal de la calle Alicante.

El inspector jefe al mando, que esperaba en el portal, vio cómo las niñas bajaban en brazos de los agentes. Comprobó, junto al médico de las ambulancias, que estaban vivas y sin daños aparentes, aparte de la sensación de aturdimiento que tenían y de las gasas que cubrían la oreja

derecha de cada niña, de lo cual ya estaba informado. Ordenó que las llevaran de inmediato a las ambulancias, no sin antes haber tomado con su teléfono móvil una foto de cada una. A pesar de que toda la operación se había grabado con diferentes cámaras, entre ellas las que portaban encima del casco cada agente, había recibido instrucciones de enviar tan pronto acabase la operación un documento gráfico que probara el éxito y donde se demostrara que las niñas seguían con vida. Mandó las fotos por WhatsApp al director operativo de la Policía. Por radio lo informó también del fin de la operación. El inspector jefe respiró satisfecho. Desde que los primeros agentes habían irrumpido en el piso solo habían transcurrido seis minutos.

La actuación en el Palace fue muchísimo más sencilla. Con la estrecha colaboración de la dirección del hotel, un grupo de cinco agentes habían entrado de paisano por la puerta de servicio portando varios baúles. Ocuparon una habitación en la misma planta que la de Kingsley y allí se cambiaron y prepararon el material para cuando les llegase la hora de actuar. Justo en el mismo momento que la acción comenzaba en Torrejón y utilizando una tarjeta magnética maestra que les habían proporcionado, abrieron de golpe la puerta arrojando dentro una granada aturdidora. Ante la duda de que el ocupante de la habitación pudiera estar en el baño, con la puerta cerrada, decidieron utilizarla en lugar de la cegadora, aun sabiendo que el tremendo ruido de esta haría que los huéspedes del hotel se asustaran al escuchar la explosión. A Kingsley, que se encontraba en su puesto de observación, no le dio tiempo a echar mano a su fusil con mira telescópica que descansaba apoyado en una silla a pocos centímetros de él. Al escuchar el colosal estruendo se echó las manos a los oídos. Cuando se quiso dar cuenta de lo que pasaba, dos agentes lo habían arrojado contra el suelo, inmovilizándolo con sus botas de asalto.

* * *

Javier conversaba con Fernando y Raúl en la habitación del Atheneum, explicándoles la conversación con el presidente y esperando con impaciencia el informe de los geos, conocedor ya de que estos habían recibido la orden para actuar.

El director general estaba en la planta baja, cerciorándose de que todas las medidas de seguridad impuestas para el cóctel de los periodistas se estuvieran cumpliendo a rajatabla. El pleno del Congreso había acabado en hora y ya habían llegado casi todos los invitados, entre los que solo reconoció al ministro de Agricultura, a los portavoces y al presidente de la Cámara Baja.

Javier recordó que, con todos los acontecimientos desbordándose, hoy no había mirado el correo que a diario le mandaba Ramón con las fotos de las taquillas de los dos nigerianos. Mientras esperaba la llamada

decidió abrir los *e-mails* y revisar las fotos. En ellas no había nada extraño: ropa de calle y zapatos. Observó, eso sí, que en la de Abdul ya no estaba el tabaco y el rosario, aunque permanecía el mechero y el neceser de aseo. Justo en ese momento, Fernando encendió un cigarrillo. Ya estaba empezando a ponerle mala cara cuando observó que su ayudante fumaba la misma marca que durante estos días había observado en la taquilla de Abdul.

Distraídamente, cogió la cajetilla y se la quedó observando. Había algo en el paquete de Fernando que le llamaba la atención. Intentó averiguar qué era. Abrió de nuevo el ordenador y miró las fotos que Ramón le había enviado el día anterior; ahí estaban los paquetes de Marlboro, perfectamente alineados en la repisa superior de la taquilla. Hizo *zoom* y los estuvo observando durante un minuto. Volvió a tomar el paquete de Fernando y lo colocó encima del escritorio. Sacó su teléfono e hizo una foto de la cajetilla. Manipuló el móvil y se envió a su correo la foto que acababa de tomar. Fernando y Raúl, absortos, miraban a su jefe sin comprender nada. Apenas cinco segundos después entró en el correo de su ordenador el *e-mail* con la foto. La abrió y la amplió. Las manos le empezaron a temblar cuando empezó a comparar esa foto con las tomadas por Ramón en días anteriores. Los dos se habían acercado a él sin hacer preguntas y seguían, por encima de su hombro, todos sus movimientos. Raúl fue el primero que adivinó lo que provocaba el temblor en su jefe. Este se dio cuenta de ello.

—Lo ves tú también, ¿verdad? —le preguntó Javier.

—Perfectamente, los paquetes de la taquilla no tienen brillo. Está claro que les han quitado la funda de celofán que siempre llevan al comprarlos.

Javier tuvo que hacer uso de toda su experiencia para calmarse mientras abría de nuevo el *e-mail* de hoy y empezaba a comprobar la ropa que había en la taquilla de Abdul: el mismo anorak de siempre, ropa y zapatos de calle y el mono de trabajo. El chaleco de fotógrafo que había visto ayer había desaparecido. Necesitó respirar hondo antes de poder hablar.

—¡Hijos de puta! ¡No es Shirin Ebadi! ¡Tienen una bomba que van a hacer estallar en cualquier instante! —Al ver la cara de asombro de Fernando continuó hablando—. Como sabían que hoy el aparato de seguridad y los perros no les permitirían introducir ningún explosivo, lo han estado haciendo los días anteriores, utilizando cajetillas de tabaco previamente vaciadas. La ausencia de la chaqueta de fotógrafo me lo confirma. Han utilizado los innumerables bolsillos que dispone para distribuir el explosivo.

—¿Y por qué piensas que Abdul lo va a hacer explotar en la sala donde se está celebrando el cóctel? De entrada, es posible que no le dejen pasar, y si lo hace sería un suicidio.

—Le dejarían entrar seguro. Es miembro del personal del hotel y

podría alegar una avería. Además, podría usar las puertas de servicio del salón, donde no hay arcos de seguridad, ya que se ha instalado uno en la puerta de entrada al hotel para el personal. En cuanto al suicidio, no sería el primer yihadista que se inmola… Pero ni siquiera necesitan hacerlo, para eso tienen a Akín. Le van a obligar a entrar en el salón, alegando que tiene un recado para algún congresista o algo parecido, y una vez dentro, de alguna forma remota, harán explotar la bomba.

—Pero le habrán obligado primero a ponerse el chaleco, y el portero no es tonto. Se imaginará para lo que le van a utilizar y sabrá que puede morir.

—Piensa, Fernando. Sus hijas están en su poder y sabe que morirán si no obedece. Dime qué harías tú, que también tienes hijos.

Tuvo que dejar de hablar. Un fuerte estruendo atravesó el balcón procedente del vecino Palace. Tomó los prismáticos y los enfocó hacia la habitación de Kingsley. Comprobó que los geos se habían hecho dueños de la situación. Ya que estaba en el balcón, miró hacia abajo. Akín continuaba en su puesto. Alguien llamó perentoriamente a la puerta. Raúl abrió y dejó pasar a un Ramón que, con cara demacrada, se acercaba a Javier con un sobre en la mano.

—Comisario, tiene que leer de inmediato el contenido de este sobre. Me lo ha dado hace unos minutos Akín, pidiéndome que se lo haga llegar a Amelia. Lógicamente, lo he abierto. Para su conocimiento, Amelia ha salido del hotel hace media hora. Se lo he dicho a Akín cuando me preguntó por ella y me ha suplicado que se lo entregue mañana sin falta.

A Javier no le dio tiempo a abrir el sobre. Su móvil le anunció en la pantalla al director general de la Policía.

—Buenas noticias, Javier. Las niñas están a salvo. Ha muerto un terrorista en el asalto y otro está detenido. El capullo de ahí enfrente está también a buen recaudo. Te acabo de enviar a tu móvil las fotos que han tomado de las niñas nada más ser liberadas. Ya podemos localizar y detener a los dos nigerianos.

—¿Dónde te encuentras ahora?

—En el *hall* del hotel. Acabo de dar la noticia por teléfono al presidente.

—Escucha atentamente, porque no tenemos tiempo para explicaciones. Da instrucciones de que bajo ningún concepto dejen entrar ni al portero Akín, ni al empleado de mantenimiento, Abdul, al salón del cóctel. Tú espérame en el *hall*, yo bajo ahora mismo. Nos vemos allí.

—¿No me puedes decir qué coño pasa?

—Están a punto de hacer estallar una bomba.

Javier colgó y se dirigió a la puerta. Le dijo a Fernando que esperase en la habitación sus órdenes, que no perdiera de vista a Akín y que fuera llamando al inspector de los geos del grupo del Palace para que enviara

varios efectivos al Atheneum.

Mandó a Raúl que bajara al salón para asegurarse de que no entraba Abdul, mientras él se dirigía hacia donde estaba Akín. Abrió el sobre que le había entregado Ramón. Lo leyó mientras el ascensor descendía hasta el *hall*, notando cómo las palabras de la carta iban explotando en su cerebro según las leía. Apenas pudo esperar a que las puertas automáticas se abrieran del todo para salir. Respiró aliviado cuando vio desde el rellano de los ascensores que Akín continuaba en la puerta principal. Sabiendo que se estaba jugando la vida, se encaminó hacia él.

XLI

Akín ya había pasado por las fases de negación, incomprensión e ira. Los dos últimos días se había limitado a vivir en un estado de aplanamiento, limitándose a ir de su casa al hotel y del hotel a su casa. Se consumía esperando las instrucciones de los captores de sus hijas, pero lo único que obtenía de ellos eran las miradas sardónicas con las que Abdul le regalaba cuando se cruzaba con él en el hotel, o cuando se quedaba observándolo desde el parque después de salir de trabajar.

Sentía un ligero remordimiento por no pensar más en Amelia, pero el recuerdo de las pequeñas le tenía entumecido el cerebro. Había visto a la gobernanta mirándolo desde la puerta de servicio cuando esta terminaba su turno, pero no volvió a presentarse en la puerta principal. Desde lo más profundo le agradecía no ponerlo en apuros.

En su casa se limitaba a sentarse frente a la mesa del comedor, observando sin parar el cofre de madera nigeriano donde habían llegado envueltas las orejas de sus hijas. Apenas comía. De vez en cuando abría alguna de las latas de conserva que tenía en la alacena y que ya se le estaban acabando.

Una vez que se asomó al balcón creyó ver un rostro negro que se le hacía familiar, pero su debilitada mente no quiso pensar en ello. Empezaba ya a creer, dado los días que habían pasado desde el secuestro, que algo les había fallado a los terroristas, y habían decidido abandonar lo que fuera que estuvieran preparando, deshaciéndose de las niñas. Pero la presencia y seguridad con la que se movía Abdul lo convencía de lo contrario.

Ayer lunes se percató de que el lisiado había cambiado también el turno, haciéndolo coincidir con el suyo. Estuvo durante las ocho horas esperando que de alguna forma contactara con él, pensando que algún sentido debía de tener que hubiera hecho coincidir los dos turnos, pero su espera fue en vano. Regresó a su casa más desanimado aún que los días anteriores. Como le costaba muchísimo conciliar el sueño, cuando lo conseguía, casi amaneciendo, se despertaba con la mañana muy avanzada. Eso le pasó hoy. Vio que tenía el tiempo casi justo para asearse y dirigirse a la plaza de las Cortes.

Se bajó del metro en la estación de cercanías de Sol, y caminaba por la Carrera de San Jerónimo cuando el móvil le sonó. En la pantalla

aparecieron las palabras «número oculto». Apenas pudiendo controlar los dedos, respondió a la llamada. La persona que lo llamaba se mantuvo en silencio durante varios segundos. Con voz temblorosa, Akín preguntó en dos ocasiones quién lo llamaba. Finalmente, escuchó la voz que tantas horas llevaba esperando.

—Buenos días, paisano. Parece que te estás comportando como se te ordenó.

Akín se detuvo en medio de la calle, recostándose contra la pared de uno de los edificios que hacían esquina con la calle Ventura de la Vega. Solo el recuerdo de Faith y Patience le dieron fuerza para contener el balbuceo que salía de su boca y poder contestar coherentemente.

—¿Dónde están mis hijas?

—Felices y contentas, muy bien cuidadas por sus tíos nigerianos y esperando encontrarse pronto con su padre.

Akín se mordió el labio, frenando el insulto. Sabía que lo único que haría sería empeorar las cosas. Abdul, sin esperar a que hablase, retomó la palabra.

—Escúchame bien atento, porque no te lo voy a repetir, ¿está claro? —Akín contestó afirmativamente—. Cuando entres en el hotel, encontrarás en tu taquilla un chaleco. Quiero que te lo pongas debajo de tu levita. Ve a tu puesto de trabajo y espera nuevas instrucciones. Se te darán en el transcurso del turno.

—¿Cómo? —preguntó Akín—. Ya sabes que tenemos prohibido llevar o usar nuestros móviles privados en el puesto de trabajo.

—Eso es cosa nuestra. Pero antes, una vez que te incorpores a tu puesto en la puerta principal, quiero que mires en dirección a la fuente de Neptuno y te abras durante unos segundos la levita, mostrando el chaleco. Como no reciba la confirmación de que lo llevas puesto, yo mismo estrangularé a las pequeñas con mis propias manos. Después obedece al pie de la letra las instrucciones que recibirás.

Akín preguntó si podía hablar con las niñas, pero al no recibir respuesta miró la pantalla. Abdul ya había colgado.

Los cien metros que le faltaban para llegar al hotel se le hicieron eternos. Nada más traspasar la puerta de servicio se encontró con un arco de seguridad atendido por varios policías por el que debían pasar todos los empleados y proveedores. Imaginó que en el hotel habría algún acto importante o un huésped de altísimo rango. No pudo evitar pensar que la llamada de Akín tendría algo que ver con ello.

Entró en el cuarto de taquillas y, efectivamente, colgado al lado de su levita había un chaleco de fotógrafo de nailon negro. Con dedos trémulos lo descolgó de la percha, se dirigió a uno de los reservados del baño general que había anexo a la zona de taquillas y se encerró en él.

Observó que el chaleco contaba con innumerables bolsillos, tanto en la parte delantera como en la trasera. Lo sopesó, no pesaba mucho. Todos los bolsillos parecían contener algo, aunque no se atrevió a

descorrer ninguna de las cremalleras que los cerraban. Los bolsillos se comunicaban entre sí a través de unos cables de color rojo y negro. De pronto, le entró un pánico cerval al percatarse de que lo que tenía entre sus manos era una bomba ambulante.

Se sentó en el inodoro y dejó extendido el chaleco en el suelo frente a sí. Pasado el primer momento de pavor intentó racionalizar. Los chalecos bomba que había visto en los reportajes de televisión o en internet eran muchísimo más aparatosos, con innumerables cartuchos de dinamita que no hubieran cabido en los bolsillos de este chaleco. Además, pensó, al girar y buscar en el chaleco, no se observaba ni escuchaba ningún reloj o mecanismo que pudiera hacer estallar la hipotética bomba. Su cerebro empezó a trabajar aferrándose desesperadamente a esa idea, cuando la lógica le hizo detenerse en sus elucubraciones.

Fuera lo que fuera, estaba obligado a ponérselo, y debería hacerlo ya, puesto que la hora de incorporarse a la puerta principal estaba muy próxima. De lo único que estaba convencido era que, si no obedecía, la vida de sus hijas no tendría ningún valor. Salió del reservado y se dirigió a su taquilla con el chaleco en la mano. Estaba terminando de vestirse cuando entró en la habitación un camarero que acababa su turno. Se quedó mirando el chaleco negro que Akín ya se había puesto. Este, al darse cuenta, se colocó la levita encima. El camarero lo seguía mirando.

—Joder, qué poco estáis acostumbrados al frío los morenitos. Con tanta ropa que llevas no te vas a poder mover ahí fuera. Cómprate ropa interior térmica, hombre, que tampoco cuesta tanto.

Akín le sonrió con una falsa mueca mientras terminaba de abrocharse la levita.

—Tienes razón, pero no imaginas el frío que paso aquí en invierno.

Subió con urgencia al *hall* del hotel. Lo atravesó y realizó el cambio de turno con su compañero. Después de asegurarse de que se encontraba solo en la puerta, y antes de que algún cliente le pudiera solicitar un servicio, se situó mirando al frente, a la plaza de Neptuno, y se desabrochó la levita, abriéndola por completo y mostrando el chaleco negro. Se mantuvo así durante quince segundos, rogando que no apareciese alguno de sus jefes. No fue así. La cerró y se dispuso a enfrentarse con lo que iba a ser la espera más larga de su vida.

A las siete de la tarde sonó el teléfono que tenía colgado cerca de la puerta y que utilizaba para comunicarse con el interior del hotel. Antes de descolgar, algo le dijo que era Abdul.

—Presta atención. Son las siete. A las ocho y media bajarás al salón principal, donde se está celebrando el cóctel de la prensa del Congreso. No uses la escalera de clientes, baja por la de servicio. Utiliza también la puerta de camareros para entrar en el *hall* del salón. Una vez allí no hables con nadie, dirígete a la doble puerta del salón y entra. Es posible que te pongan problemas. Diles que has quedado con el corresponsal de

La Razón para entregarle las llaves de su coche, que has aparcado en el garaje. Cuando estés dentro, camina hasta el centro. Haz como que le buscas entre los asistentes, deja pasar un par de minutos y te vuelves a tu puesto. Termina tu turno. Cuando llegues a casa, tus hijas te estarán esperando allí.

Abdul volvió a colgar antes de que él pudiera hablar. Durante las dos horas que llevaba en la puerta continuaba tratando de convencerse de que lo que portaba no era una bomba, pero no encontraba ningún motivo que se lo reafirmase. Después de hablar con Abdul intentó de nuevo agarrarse a la posibilidad de que lo que llevaba encima era un sistema de grabación, y simplemente querían utilizarlo para eludir los controles. No se hizo demasiadas ilusiones. Se dio cuenta de que su idea estaba muy cogida por los pelos, ya que Abdul, por su posición en el hotel, podría colocar sin problemas los micrófonos que le diera la gana y donde quisiera.

Aunque la certeza de que lo estaban obligando a inmolarse cada vez cobraba más sentido, desde muy niño había aprendido en Nigeria el relativo valor que tenía la vida. Recordó cómo había recogido los restos calcinados de su mujer en el ataque a la iglesia y cómo, sin embargo, la vida había continuado. En su orden de valores, su existencia estaba muy por debajo de la de sus hijas. Si tenía que morir, la recompensa de que podía servir para que ellas sobrevivieran era suficiente como para que no dudara a la hora de decidirse. A las siete y cuarto debía bajar a cenar al comedor de personal. En vez de hacerlo, se encerró de nuevo en el reservado del baño de las taquillas. Antes había cogido de la mesa de hospitalidad de los clientes del *hall* una cuartilla y un sobre. Sentado en el inodoro, y con el apoyo de una revista que había encontrado, comenzó a escribir.

> Querida Amelia. Cuando leas tú esta carta ya sabrás que Akín es muerto. Quiero decir a ti que yo siempre amar. Si he rechazado ti estos días es porque vida de hijas depender de ello. Yo soy muy feliz poco tiempo que tú y yo estado juntos. Seguro que si vida dejado nosotros felices uno al lado de otro. Pero no ser así, porque Akín es obligado a morir para salvar vida de hijas. Si de verdad tú también amas, como así pienso, pedir algo muy importante. Akín suplica que ahora que yo haber muerto te cuides de mis niñas. Sé que tú quieres mucho y yo poder asegurar que ellas adoran a ti. Por favor, por favor, por favor, cuida de mis niñas.
>
> Te quiero.
>
> Akín

No pudo evitar que las lágrimas que caían de sus ojos emborronasen la cuartilla. Metió esta en el sobre y escribió en él «Señorita Amelia». Subió de nuevo al *hall*. Había observado antes que Ramón Buendía, el botones, estaba de turno. Siempre se había llevado bien con Ramón. No

solo porque supiera que era el protegido del director. Atento y cariñoso, jamás había tenido ningún roce con él, a pesar del fuerte estrés al que se veían sometidos los días de mucho trabajo y los problemas que solía causar el reparto de propinas entre botones y porteros. Se acercó a él y le entregó la carta.

—Ramón, por favor, entrega este sobre a Amelia.

Ante la sorpresa de Akín, al botones no le extrañó su petición. Le dijo que Amelia acababa de salir. Por respuesta le preguntó si mañana él trabajaba, y cuando Ramón asintió, le pidió que se la entregara entonces.

Como un autómata se dirigió a su puesto de trabajo. Por un momento imaginó que en realidad todo esto no le estaba pasando a él, que era solo el espectador de una película de misterio, y que en cualquier momento se encenderían las luces indicando que la sesión había terminado. Lo devolvió a la realidad un fuerte estruendo procedente del vecino hotel Palace. Miró hacia el edificio, pero no observó nada en el exterior que justificara el petardazo que había escuchado.

Buscó el reloj de la plaza y comprobó con tristeza que apenas quedaban quince minutos para que llegase el momento de bajar al salón principal. Esos últimos quince minutos se le hicieron interminables. Cuando el reloj marcó las 20:28, se dispuso a bajar. Había aprovechado los minutos anteriores para rezar, pidiendo al cielo que le perdonasen los pecados que hubiera podido cometer y, sobre todo, que cuidara de sus niñas. Se colocó bien la gorra de plato del uniforme, respiró profundamente y se dispuso a descender al salón. Al girarse y encarar el *hall*, observó a Salvador Cano, acompañado de otras dos personas. Los tres lo miraban mientras avanzaban con rapidez hacia él.

* * *

El salón principal del Atheneum, situado bajo el *hall* principal, y que era una de las joyas del hotel, podía albergar a más de trescientas personas cuando se servía un cóctel. En sus paredes colgaba una de las colecciones privadas más importantes del mundo de tapices holandeses del siglo XVII. Como se esperaba, el cóctel de la prensa del Congreso había provocado el lleno de todos los años. La posibilidad de que a dicho acto acudiese el presidente del Gobierno, así como los líderes de los diferentes partidos, hacía muy difícil que los privilegiados que habían recibido la invitación desearan eludir acudir al acto.

Antes de atravesar las dobles puertas del salón había un amplio vestíbulo que hacía las veces de guardarropa y donde se habían colocado las mesas de control para los organizadores del evento. Nada más bajar la escalera principal, y antes de entrar al vestíbulo, se había colocado un arco de seguridad por el que debían pasar todos los invitados.

En ese vestíbulo se encontraba Abdul, medio escondido detrás de una puerta de armario en una de las esquinas, haciendo que manipulaba el cuadro de luces que había dentro. Cuando Kingsley le confirmó que Akín vestía el chaleco, Abdul dio gracias al cielo por sus estudios de Ingeniería en Nigeria, que le habían otorgado la destreza suficiente para distribuir y hacer operativos en el chaleco los explosivos de última generación, miniaturizados y de altísima potencia, que había ido almacenando los días anteriores en su taquilla escondidos en cajetillas de tabaco.

Trataba por todos los medios de ocultar el nerviosismo que se iba apoderando de él según se acercaba la hora en la que Akín atravesaría la puerta de camareros y entraría en el vestíbulo.

Eran ya las ocho y media cuando vio bajar por la escalera principal a una persona de mediana edad con el semblante demudado, que se detuvo para hablar con el personal de seguridad que controlaba la entrada principal y volvió a subir hacia el *hall*. Miró de nuevo su reloj. Pasaban ya tres minutos de las ocho y media y por la puerta de servicio seguían entrando camareros sin que la alta figura de Akín destacase entre ellos. No se lo podía creer.

Sacó del bolsillo el teléfono interior que permitía la comunicación entre el personal, marcó el número de la puerta principal, y nadie le contestó. Percibió que algo estaba saliendo mal. Con el corazón al galope, y olvidando toda precaución, utilizó la escalera principal para subir al *hall*. Si hubiera tomado el ascensor se hubiera dado de bruces con Raúl, que salía de él y se dirigía a la puerta del salón.

A llegar al *hall*, Abdul miró hacia la puerta principal y vio que Akín hablaba con tres hombres. A pesar de la distancia reconoció enseguida a Salvador Cano y al hombre que había visto salir precipitadamente del salón hacía unos minutos. El tercero no sabía quién era. Intentó calmarse y fue avanzando hacia ellos. Según lo hacía, escuchó cómo la conversación que mantenían con Akín iba subiendo de tono y este comenzaba a hacer aspavientos con las manos.

Pensó con rapidez. En vez de seguir caminando por el *hall* hasta la puerta principal, donde no sabía lo que se podría encontrar, decidió desviarse por la zona de servicio hacia su puerta de entrada. Desde el umbral de esa puerta, y dada la relativa proximidad con la principal, podría ser testigo de la conversación y averiguar qué es lo que se había torcido. No podía creer que Akín hubiera decidido sacrificar antes a sus hijas que a él mismo. Pasó al lado del arco de seguridad que habían instalado para controlar al personal que entraba, sin que el policía que lo atendía le pusiera ningún problema, al estar abandonando el edificio.

Una vez en la calle, y sin dejarse ver, oculto por el retranqueo de la puerta, pudo escuchar a Akín negar a voz en grito algo que los otros le estaban pidiendo. Sacó ahora su teléfono móvil particular y marcó el número de Charles. La llamada fue aceptada, pero nadie respondió.

Preguntó dos veces por él. Una voz desconocida le preguntó quién llamaba. Colgó inmediatamente. Hizo lo mismo con Kingsley, con parecido resultado. Todo estaba saliendo mal, y se percató de que estaba solo. No podía recurrir a nadie que le aconsejara qué decisión debía tomar.

XLII

Javier casi se choca con el director general de la Policía al salir del ascensor. Este había subido en tiempo récord desde el salón y ya lo estaba esperando. Javier señaló con el dedo hacia la puerta principal, donde se veía de espaldas a Akín. Salvador Cano, que estaba en el mostrador hablando con Carlos del Valle, se dio cuenta de inmediato de que algo grave pasaba al ver la cara demudada de los dos policías. Los interceptó cuando atravesaban el *hall* en dirección a la calle.

—Javier, ¿qué está pasando?

—Estoy casi seguro de que Akín lleva una bomba debajo de la levita. Hazme un favor, vete despejando el *hall* de huéspedes y empleados. Hay un serio peligro de que pueda estallar un artefacto, aquí en el *hall* o abajo en el salón principal.

—¿Y por dónde saco a los clientes del salón?

—Buena pregunta. —Miró al director general, que se había quedado tan perplejo como él al escuchar la pregunta de Salvador—. Hazlos subir por la escalera y, sin usar los ascensores, que vayan hacia las plantas de habitaciones. Que esperen en los pasillos. Ahora mismo sería un riesgo que intentaran atravesar tanto la puerta principal como la de servicio. El director general y yo vamos a intentar convencer a Akín para que se desembarace de la más que probable bomba que lleva encima.

—No lo hará —dijo Salvador—. El miedo a perder a sus hijas se lo impedirá.

—Sus hijas han sido liberadas y están bien —intervino el director general—. Llevamos fotos de las pequeñas para enseñárselas.

—Pues yo voy con vosotros. Es posible que a mí me haga más caso. A vosotros no os conoce de nada.

Javier se quedó dudando.

—¿Has dado orden de que no dejen pasar a Abdul al salón? —El director general asintió—. Perfecto. Raúl está también abajo cuidando de que no entre. Salvador, es cierto que nos ayudarías bastante, pero te vas a jugar la vida, ¿lo sabes?

—Prefiero no saberlo. Ahora mismo le digo a Carlos del Valle que vaya despejando el *hall*. Pero ¿vamos a ir solos, sin apoyo policial?

—Fernando, mi ayudante, está llamando a los geos, que acaban de actuar en el Palace. Ya están de camino.

Akín, al cerciorarse de que el director del hotel y las otras dos personas venían hacia él, hizo el intento de eludirlos cuando se acercaban. Salvador lo llamó por su nombre, pidiéndole que se quedara donde estaba, en la calle, y que no pasara al interior del hotel.

—Lo siento, señor director, tengo que entregar llaves en salón.

—No lo harás, Akín —intervino Javier—. Soy el comisario Javier Gallardo y este señor es el director general de la Policía. Sabemos al detalle todo lo que pasa. Tengo una buenísima noticia para ti. Tus hijas han sido liberadas y están bien.

Los tres pudieron observar que los ojos de Akín brillaban por un momento, pero inmediatamente se volvieron a oscurecer.

—No sé de qué hablan. Mis hijas están bien y yo bajar al salón ahora mismo.

De nuevo hizo ademán de entrar en el hotel. Los tres al unísono le bloquearon el paso. Javier sacó su móvil y ejecutó el programa de fotos, mostrándole la pantalla. Esta vez, los ojos de Akín soltaron dos lágrimas al reconocer a sus hijas. Dudó. Todo podía ser un montaje por parte de la Policía para obligarlo a entregar la bomba. Lo único que tenía claro era que seguía en manos de los terroristas. Hacía apenas una hora y media había hablado con Abdul y no había observado que nadie lo hubiera detenido, ni había recibido ninguna contraorden. Javier se percató del mar de dudas que albergaba el corazón del nigeriano.

—Akín, nos tienes que creer. Llevamos investigando este asunto hace tiempo. Tú recibiste las orejas de tus hijas amputadas en tu casa, ¿no es cierto? —Akín se mantuvo tenso y no contestó—, y ahora llevas un chaleco cargado de explosivos. Te repito, todo ha terminado. Los geos han liberado a tus hijas en Torrejón de Ardoz, y los terroristas están detenidos.

—¿Todos? Es mentira, hay uno en el hotel con el que he hablado hace una hora y media y no veo que le hayan detenido.

—Sí, es Abdul, lo sabemos. Pero le detendremos, es solo cuestión de minutos.

—Entonces, cuando esté detenido vuelvan a hablar conmigo. Ahora tengo que bajar al salón —insistió, mientras hacía ademán de apartar a los tres hombres. Estos se mantuvieron firmes.

—No vas a entrar, Akín —subió el tono de voz Javier—, y te aconsejo que te quites inmediatamente ese chaleco.

Salvador lo interrumpió.

—Por favor, Akín, siempre me he portado bien con usted y nunca le he mentido. Créame ahora. Haga caso al comisario.

Ni siquiera las palabras de Salvador, al que Akín tenía gran respeto y admiración, le hicieron cambiar de idea. Levantó las manos hacia ellos, en un gesto que se podría interpretar como amenaza.

—¡Dejar pasar ya, o saltaré por encima!

Javier se dio cuenta de que no les iba a quedar más remedio que

quitarle el chaleco por la fuerza. La ayuda que esperaban de los geos del Palace no llegaba. Sacó su pistola y le encañonó. Se percató con tristeza, al ver los ojos del portero, que no le iba a quedar más remedio que usar el arma o Akín se inmolaría ahí mismo si comprobaba que no podía pasar.

Buscó con la mirada dónde podía llevar Akín un posible interruptor para accionar la bomba, pero no encontró nada. Respiró, sin embargo, aliviado cuando observó cómo cuatro geos llegaban a paso ligero y se dirigían hacia ellos. Akín, que había visto el movimiento de los ojos de Javier, se giró para comprobar qué le había llamado la atención.

Los geos, protegidos con escudos, estaban ya a solo diez metros y se disponían a asaltarlo. El pánico lo hizo desistir de entrar en el hotel y echó a correr hacia el parque, cruzando la calle que los separaba. Los geos rectificaron su trayectoria y salieron tras él. En el parque, debido al frío reinante y al temprano anochecer, apenas había un par de personas paseando sus perros.

Cuando Akín llegó a la altura de la estatua de Cervantes, miró hacia atrás para calcular la distancia con sus perseguidores. Apenas estaban a diez metros. La levita y el chaleco le impedían tomar distancia con ellos, que ganaban terreno poco a poco. Los tenía ya casi encima cuando advirtió la imposibilidad de ganarles a la carrera y frenó en seco, dispuesto a enfrentarse a ellos. Se precipitó hacia el que tenía más cerca, que interpuso entre su cuerpo y Akín el escudo que portaba.

Akín tomó el escudo con las dos manos, intentando arrancárselo al agente. Advirtió que los otros tres policías lo estaban rodeando, próximos ya a abalanzarse sobre él. Consiguió arrebatar el escudo al agente y se dispuso a utilizarlo como arma contra los otros tres.

No pudo hacerlo. Primero escuchó la explosión. Inmediatamente después, una lengua de fuego, proveniente del infierno en el que en un instante se había convertido su torso, fue creciendo hasta envolver por completo su cuerpo de atleta. Lo último que fue capaz de captar su cerebro antes de estallar fue la perplejidad que le supuso ver cómo uno de sus brazos dejaba de formar parte de su cuerpo y volaba en cámara lenta hacia donde durante dos años había estado su puesto de trabajo.

La onda expansiva no llegó a tirar al suelo a Javier Gallardo. El comisario observó que el director general de la Policía también seguía en pie. Tenía los oídos aturdidos por la explosión, pero hizo acopio de la formación militar que había recibido en la Academia General y se preparó para intentar organizar el inmenso caos en el que, estaba convencido, se convertiría la zona en cuestión de segundos.

Lo primero fue comprobar los daños que había sufrido Salvador Cano, que estaba en el suelo a pocos metros de él, mientras observaba que el director general de la Policía, sano y salvo, acudía raudo a intentar socorrer a los geos caídos en la plaza. Javier pensó apenado que, debido a la proximidad que tenían con Akín en el momento de la explosión, y

pese a la protección que llevaban, sería muy difícil que no tuvieran heridas serias.

Se agachó hacia Salvador y lo palpó por todo el cuerpo. No notó nada extraño, tan solo el aturdimiento por el golpe que se había dado contra una de las hojas de cristal de la puerta principal, que había estallado hecha pedazos. Salvador, que mantenía los ojos abiertos, lo tranquilizó y le pidió ayuda para levantarse. Una vez en pie y ya seguro de que se encontraba bien, Javier le instó que entrara en el hotel e intentara auxiliar en la evacuación de los huéspedes que él iba a ordenar ya. Aunque no parecía que fuera a ser necesario; de repente, una avalancha de personas se precipitó sobre la puerta principal del hotel, buscando la salida.

Entre todo el gentío, que casi lo aplastan, Javier pudo ver que dos guardaespaldas sacaban casi en volandas al presidente de la Cámara Baja, obligándolo a dirigirse corriendo al vecino edificio del Congreso. La misma dirección tomaron parte de los que salían, muchos de ellos parlamentarios. Pasados dos minutos, pudo entrar en el *hall*, donde observó que Salvador y Carlos del Valle estaban ya poniendo en marcha con eficacia el procedimiento de evacuación. Se dirigía a hablar con ellos cuando se encontró con Fernando y Raúl, que habían acudido a la carrera al escuchar la explosión, y con Ramón Buendía, que a pesar del pánico que reflejaban sus ojos le preguntó si podía ayudar de alguna manera.

—Gracias, Ramón. ¿Alguien sabe dónde puede estar Abdul?

—Les he estado observando antes a ustedes cuando iban hacia la puerta con mi director. Vi también que Abdul, que subía por la escalera principal, se les quedaba mirando, para meterse de inmediato por la puerta trasera de la recepción que da acceso a la puerta de entrada del personal.

—¿Sabes si continúa en el hotel?

—No tengo ni idea.

—Baja ahora mismo al cuarto de taquillas y averigua si continúa su anorak allí. Es muy urgente.

Ramón salió disparado a cumplir la orden. Javier pensó que debía acordarse, cuando esta pesadilla hubiera terminado, del comportamiento ejemplar que estaba teniendo el muchacho. En pocas palabras puso en antecedentes a Fernando y a Raúl de todo lo ocurrido.

—¿Crees que sigue habiendo peligro de otra explosión? —le preguntó Fernando.

—Lo dudo, pero hasta que no aparezca el puto Abdul no lo doy por seguro. Parece que todos los asistentes a la fiesta están ya fuera del hotel. Salvador se está encargando de sacar a los huéspedes de las habitaciones.

En ese momento vio que el director general de la Policía se acercaba a ellos. Al comprobar el desastroso aspecto que tenía, Javier imaginó cuál

debía de ser el suyo. Confirmó a Javier lo que ya se estaba esperando.

—Uno de los geos ha fallecido, y los otros agentes tienen heridas de diversa consideración. La bomba debía de llevar un explosivo fortísimo. Ha llegado a traspasar la protección de los escudos. Hay dos muertos más: Akín y un hombre que paseaba a su perro en las cercanías. Javier, imagino que tú te puedes hacer cargo de la situación aquí. Yo debo acudir al Congreso. Seguro que el presidente querrá que esté cerca cuando convoque la reunión urgente de su gabinete, que no creo que se demore mucho.

—Tranquilo, mi general. Aquí parece que está todo controlado, excepto que no hemos localizado a Abdul.

Ramón Buendía llegó a la carrera hacia donde estaban y, sin pedir permiso, interrumpió al comisario.

—¡El anorak continúa en la taquilla!

Javier soltó una blasfemia que hizo que el director general lo mirara extrañado.

—No recuerdo si te lo había comentado. Habíamos instalado un GPS de seguimiento en el anorak de Abdul. Al continuar la prenda aquí perdemos la baza de tenerlo controlado.

—¿Crees que habrá podido ir hacia su casa o al piso de Torrejón?

—No lo sé. Según me ha comentado el botones, en el momento de la explosión estaba en la puerta de servicio, relativamente cerca de donde estábamos discutiendo nosotros con Akín. Ya veremos lo que dice el informe técnico, pero me temo que fue él quien hizo explotar el chaleco de Akín utilizando un teléfono móvil, como en la matanza de 2004 en los trenes, ya que debido a la proximidad del Congreso los inhibidores impedirían accionar la bomba por otros medios. Ojo, no le infravaloremos, alguien capaz de montar por sí solo un explosivo tan sofisticado no debe de ser un estúpido.

—Estúpido no lo sé —dijo el director general—, pero el hijo de puta se ha cargado a uno de mis mejores hombres. Este fue también el cabrón que violó a la gobernanta del hotel, ¿no es cierto?

Javier se quedó en silencio, sin contestar a su pregunta. Por un momento olvidó que le estaba hablando su superior, y se dirigió a Fernando.

—Te vas a quedar aquí al cargo de la evacuación. Raúl, tú te vienes conmigo. Y necesito un coche con dos agentes especialistas más.

Al salir corriendo, cayó en la cuenta de que el director general de la Policía esperaba una respuesta a su pregunta y una explicación a su forma de actuar, y le gritó ya a lo lejos:

—Voy tras él, mi general, creo que sé dónde puede estar.

XLIII

Abdul apenas fue alcanzado por la fuerza expansiva de la explosión. Al estar protegido por el retranqueo de la puerta, no sufrió daños. Sin embargo, buscó su teléfono móvil, que había salido despedido de sus manos, pero no lo encontró. No le importó mucho, ya había cumplido con su principal función: hacer estallar el chaleco de Akín.

Cuando vio que este huía de los geos y de los tres hombres de la puerta, y huérfano de instrucciones precisas por parte de Charles, decidió ejecutar la llamada que activaría los explosivos que portaba Akín, y también observó cómo el brazo de Akín volaba hacia la puerta principal.

Se incorporó aliviado al comprobar que se encontraba bien y fue testigo del maremágnum en que se había convertido la plaza. Los cuatro geos yacían sangrando en el suelo. En la puerta principal, donde habían desaparecido los cristales que la sustentaban, Salvador Cano estaba también en el suelo. Sus dos acompañantes, que en apariencia no habían sufrido daños, intentaban dar órdenes entre el inmenso caos en que se había transformado la entrada principal. Todos los guardaespaldas de los parlamentarios, que esperaban pacientes la finalización del acto en sus coches cerca del Congreso, acudieron al hotel, chocando al intentar entrar con la multitud que quería salir.

Abdul lo tuvo claro. Tenía que huir inmediatamente de allí. A pesar de llevar puesto el uniforme de trabajo y haber dejado en la taquilla su ropa de calle, echó a correr hacia la calle del Prado. No paró hasta llegar a la plaza de Santa Ana. Allí tomó aire durante unos segundos y, sin dirección concreta adonde dirigirse, siguió avanzando por la plaza.

«Todo se ha torcido», pensó. Tanto Charles como Kingsley debían de haber caído en manos de la Policía. Habida cuenta de la hora y procedencia, hubieran contestado sin dilación a su llamada. La fuerte discusión que Akín había tenido con los tres hombres y la posterior intervención de los especialistas de la Policía le indicaban que el secreto con el que se había llevado a cabo el plan se había quebrado por completo. Por lo tanto, era consciente de que sería un suicidio acudir a cualquiera de los pisos que tenían en Madrid y alrededores. Así que no podría acceder al plan de huida que Charles les había prometido, aunque pensó que de poco le serviría; aeropuertos, estaciones de tren,

de autobuses y autopistas estarían controlados por la Policía.

Por otro lado, tenía que quitarse de inmediato las ropas que vestía. Además, en su cartera de mano, tenía solo veinte euros y una documentación que mejor que no enseñase y, por si le faltaba poco, iba casi desarmado; solo tenía la pequeña navaja suiza que llevaba siempre consigo. Debido a las fuertes medidas de seguridad que sabía que habría hoy en el hotel, no había traído su pistola.

Mientras caminaba, alejándose del Atheneum, intentaba encontrar una solución para todo ello. Se dio con la mano un golpe en la frente. La respuesta la tenía muy cerca y era tan obvia que la había olvidado: en la calle Cuchilleros, en el piso de Amelia. Estaba a apenas cinco minutos andando a buen paso. Amelia, con toda seguridad, se encontraría en su casa. En estos días no había desobedecido ni una sola vez las órdenes que le habían dado. Ella, además, no estaría enterada de lo que acababa de pasar. Por muy inmediata que fuera la información hoy, apenas habían pasado tres minutos de la explosión. Allí encontraría suficiente comida y posiblemente dinero para poder comprar ropa y comenzar su huida del país.

Se tranquilizó al palpar sus bolsillos y notar el bulto de la navaja, y sonrió al pensar lo útil que le iba a resultar el entrenamiento que había recibido en Nigeria, en concreto en lo que se refería a forzar cerraduras.

Debía darse prisa. No tenía que descartar la posibilidad de que la Policía estuviera también al tanto de todo lo que le había pasado a ella. Al pensar en ello, la idea ya no le parecía tan buena. Estaba empezando a buscar otra solución cuando le vino a la memoria la escena del Cerro de los Ángeles. Eso desniveló la balanza. Se había prometido que no se marcharía del país sin «despedirse» de ella, y ahora ya no había ningún Charles que se lo pudiera impedir. Apretó el paso y, con enfermizo orgullo, notó cómo, a pesar del frío y la falta de ropa de abrigo, una ola de calor empezaba a apoderarse de su sexo.

* * *

Amelia no se enteró de que Abdul había entrado en su apartamento. Había llegado del hotel hacía unas horas al límite de sus fuerzas, agotada por tantos días de insomnio, miedos y ansiedades. Después de cambiarse se tumbó en el sofá e intentó aislarse durante unos minutos del bucle sin fin en el que estaba instalada. Cerró los ojos y cayó dormida.

Pensó que estaba teniendo la pesadilla de los últimos días cuando los abrió al sentir el tacto de unos dedos en su rodilla y se encontró de frente con Abdul. Esta vez no mostraba en la cara su sonrisa sardónica. Se fijó en que llevaba el uniforme de trabajo cubierto de polvo y que presentaba un aspecto atroz. Su pelo ensortijado estaba despeinado y apreció la suciedad en su rostro y manos.

Amelia se incorporó dando un respingo y, al golpearse en la cabeza con la parte superior del sofá, comprendió que por desgracia lo que le estaba sucediendo era real. Quedó inmovilizada, mirando los ojos oscuros de Abdul. Este los bajó hacia los dos primeros botones de la blusa, que estaban desabrochados, y ella, instintivamente, se echó la mano derecha hacia ellos, intentando taparse. De un golpe, él apartó su mano.

—No tengas prisa, cuando llegue el momento ya te ayudaré yo a desnudarte.

Amelia, paralizada en el sofá, seguía hipnotizada por la mirada del tullido. Se alegró al recordar que se había cambiado al llegar a casa y llevaba puestos unos muy poco excitantes pantalones de chándal. Abdul la seguía mirando, acuclillado ante ella.

—Pero antes vamos a hacer una pequeña excursión por tu pisito. Quiero todo el dinero que tengas aquí, así como tus joyas y relojes. Si te entran tentaciones de esconderme algo, te aconsejo que recuerdes el cañón de una pistola al introducirse en tu coño. Así que levanta ese culito que tanto me gusta, y enséñame todos los rincones de tu casita, que el otro día no tuve ocasión de recorrer.

Akín se incorporó, mientras que al mismo tiempo tiraba brutalmente de uno de los brazos de ella. Miró a su alrededor y fue abriendo varios cajones que había en el mural de caoba que presidía el salón. Sonrió satisfecho cuando encontró en uno de los cajones lo que buscaba. Extrajo una bolsa roja vacía de Carolina Herrera y le indicó a Amelia con la mirada que empezara a llenarla.

Amelia, angustiada, no sabía por dónde empezar. La ayudó a reaccionar el bestial bofetón que Abdul le propinó. No pudo reprimir soltar un grito, pero al ver que ahora Abdul la amenazaba de nuevo, esta vez con el puño, tomó el bolso que había dejado encima de la mesa del salón cuando llegó y sacó el billetero. Le entregó a Abdul todos los billetes que llevaba. Este tiró al suelo las tarjetas de crédito, que Amelia le estaba también tendiendo.

—Más dinero, zorra. ¿Dónde lo guardas?

Se dirigió, seguida por él, hacia su dormitorio. Abrió uno de los dos cuerpos del armario y descolgó parte de los vestidos que había. Quedó al descubierto una pequeña caja fuerte que estaba anclada a la pared. Con dedos temblorosos introdujo el código de seguridad y la abrió. Abdul la apartó rudamente. Extrajo todo el contenido de la caja. Arrojó al suelo los documentos que contenía y tomó un cofre de piel de color rosa.

Unos acordes de «Para Elisa» empezaron a sonar cuando lo abrió. Fue sacando todos los anillos, que reposaban alineados en un lecho de terciopelo blanco. El cofre tenía, asimismo, varios compartimentos. Amelia observó la codicia en sus ojos según los iba abriendo y trasladaba a la bolsa todas las pulseras, pendientes y relojes que contenían. Además del joyero y los documentos, en la caja había una

cartera de mano barata, cerrada con una cremallera. Abdul la abrió y masculló algo que le resultó ininteligible a Amelia, cuando comprobó que dentro había más de dos mil euros. Sacó el dinero y se lo metió en el bolsillo.

Por primera vez desde hacía horas, Abdul sonrió. Había tomado la decisión adecuada. Con lo que tenía en la bolsa le iba a ser mucho más sencillo abandonar el país. Un retortijón en el estómago le recordó que llevaba sin probar bocado bastante tiempo. También sería bueno llevarse algo de comida para las primeras horas, evitando de esta forma tener que acudir a supermercados o gasolineras, donde podría ser que la Policía ya hubiera distribuido su foto. Todo se estaba arreglando, pensó mientras miraba lascivamente a Amelia. Incluso podría tomar el «postre» antes que la cena. Una voz interior le dijo que debería salir del piso lo antes posible, ya que ahí corría grave peligro. Pero podía más para él comprobar cómo se excitaba al ver el rostro de sufrimiento de Amelia. Tampoco pasaría nada por estar cinco minutos más en su casa…

—Poco te fías de los bancos, ¿no? Ahora quiero ir contigo a la cocina y que me des latas, carne y pan.

Amelia salió del dormitorio y avanzó hasta la pequeña cocina que tenía en la entrada del apartamento. Abdul, desde el quicio de la puerta, le dijo que cogiera una bolsa de basura sin usar y fuera metiendo la comida. Amelia comenzó por introducir en la bolsa un paquete de pan de molde integral que había encima del frigorífico. A continuación, abrió la puerta. La luz automática interior que se encendió la hizo salir del letargo en el que se había instalado desde que Abdul la había despertado. Notó que la puerta abierta del frigorífico dejaba fuera de la vista lo que estaba haciendo con las manos. Abdul solo podía observar sus hombros y su cabeza. Recordó que el móvil, del que nunca se separaba, descansaba en uno de los bolsillos del pantalón de su chándal. Dejó la bolsa en el suelo y, mientras con la mano izquierda hacía chocar para hacer ruido varias latas que tenía en la nevera, con la derecha extrajo el móvil. El modelo que tenía no necesitaba introducir ningún código. Solo debía colocar su pulgar en el botón central para activarlo. La pantalla del móvil se iluminó al hacerlo. Pulsó el signo de llamada y a continuación el de «favoritos». El número de Javier figuraba el primero. Oprimió el botón y silenció el aparato, deslizando una de las teclas laterales. Desconociendo de dónde sacaba el valor, lo guardó de nuevo en el bolsillo, con la pantalla hacia dentro. Toda la operación no le había llevado más de diez segundos.

Empezó a utilizar las dos manos para rellenar la bolsa de comida. Abdul, impaciente, había avanzado hacia ella y estaba a su lado, mirando por encima de la puerta del frigorífico. A Amelia le dio un salto el corazón. Estaba segura de que la había pillado.

—Date prisa, puta. No tengo todo el día, y además quiero dejarte un pequeño regalo de despedida.

Quizás esta última frase fue la que despertó en Amelia un instinto de lucha del que ni por asomo pensó que tenía. Mientras se incorporaba pensando en lo poco que tenía que perder, lanzó con todas sus fuerzas la bolsa de comida a la cara de Abdul. Este, que no esperaba el golpe, trastabilló durante unos segundos, los suficientes para que Amelia lo empujara contra la pared de azulejos, haciéndole caer. Saltó por encima de él, buscando la salvación de la puerta de la calle.

Estaba a punto de alcanzarla cuando notó que Abdul, que se había abalanzado sobre ella, tiraba de uno de sus talones arrastrándola hacia el salón. Cuando sintió que la obligaba a tumbarse en el sofá, mientras le empezaba a arrancar la ropa, utilizó las uñas de la mano que le quedaba libre para dibujar cuatro profundos surcos de sangre en su mejilla. Abdul reaccionó con saña, golpeándola con el puño en la sien. Amelia perdió de inmediato el sentido, desmoronándose sobre el sofá.

* * *

A Javier le comenzó a sonar el móvil cuando el vehículo policial avanzaba por la calle Atocha hacia Cuchilleros. No resultó una gran sorpresa para él comprobar que quien llamaba era Amelia. Lo cogió y esperó unos segundos antes de contestar. Sabía que sería una llamada de emergencia e imaginó que ella no quería hablar por si Abdul la podía oír. Escuchó con toda claridad el soez insulto de este apremiando a Amelia. Tocó en el hombro del conductor y le dijo que fuera más aprisa. Apenas un minuto más tarde ya habían llegado a Cuchilleros. Todos los ocupantes, incluido el chófer, saltaron del vehículo al detenerse y siguieron a Javier. Este, que se había asegurado de la dirección exacta de Amelia mientras llegaban, decidió no coger el ascensor y subir los escalones de los tres pisos de dos en dos. Al llegar a la puerta de Amelia, Javier se apartó y dejó que Raúl inspeccionara la cerradura.

Con signos, este le indicó que lo más rápido sería hacerla saltar por los aires de un disparo. Los dos agentes, que a diferencia de Javier y Raúl iban protegidos por chalecos antibalas, prepararon sus fusiles de asalto. Javier asintió. Uno de ellos disparó a la cerradura y el otro, de una patada, se aseguró de que la puerta cedía. Los dos agentes se precipitaron dentro del piso, seguidos por Raúl y Javier. No necesitaron buscar mucho. El salón se podía observar en su totalidad desde la entrada, ya que no había ningún recibidor.

Abdul, con los pantalones en los tobillos y de pie en el centro del salón, estaba contemplando con lascivia cómo había quedado Amelia después de que el golpe le hiciera perder el conocimiento. Apenas notaba el dolor de las cuatro heridas que marcaban su mejilla, pensando en que al fin obtendría lo que había venido a buscar.

El ruido de un disparo le hizo desviar su mirada hacia la puerta, percatándose inmediatamente de la irrupción de la Policía en el

apartamento. Sabiéndose acorralado y desarmado, y viendo que los pantalones no lo dejaban apenas maniobrar, se preparó para repeler el ataque de los agentes, que se abalanzaban hacia él.

Estos, bien aleccionados por Javier, que les había ordenado que intentaran apresarlo con vida, utilizaron casi al unísono las culatas de sus fusiles cuando Abdul lanzó sus puños desnudos hacia ellos. Uno de los agentes lo golpeó con fuerza en la mandíbula. El chasquido de esta al romperse coincidió con el alarido que Abdul soltó al sentir cómo el otro agente hundía su culata en su bajo vientre, haciendo estallar el saco escrotal. Cayó como un fardo pesado al suelo, retorciéndose de dolor y escupiendo sangre mezclada con varios de sus dientes, que portaban restos de tejido epitelial.

Los agentes, haciendo caso omiso a sus aullidos y sin ningún miramiento, le giraron situándole de cara al suelo y le esposaron las muñecas por detrás de su espalda. Mientras, Raúl, pistola en mano, recorría las otras estancias del apartamento. Javier se quitó la chaqueta y empezó a cubrir la desnudez de Amelia. Esta apenas le dejó. Se echó en sus brazos y presa de un fuerte ataque de nervios lloró. Lloró como no lo había hecho jamás. Entre los sollozos, Javier solo era capaz de entender una de las palabras que ella balbuceaba insistentemente. El comisario se percató de que su labor aún no había acabado. Una vez que ella se calmase, tendría que explicarle qué había ocurrido con la persona cuyo nombre no cesaba de repetir.

EPÍLOGO

Javier Gallardo casi se queda sin lengua al llevarse a la boca el primer trozo del apetitoso plato de callos que le acababan de poner enfrente. Todas las mesas de Casa Alberto se encontraban ocupadas, pero el dueño, Alfonso, los había colocado en el reservado que disponía el local, apartado de la vista de los demás comensales. Salvador no pudo reprimir una sonrisa al observar el cómico gesto que hizo su amigo cuando sintió que se estaba abrasando.

—Un día te va a costar un disgusto la adoración que tienes por este plato.

—Ya, pero me encantan como los hacen aquí y llevábamos casi dos meses sin venir. Vosotros dedicaos a la carne que estáis compartiendo, y a mí dejadme disfrutar de lo mejor que ha aportado esta ciudad a la cultura universal. Por cierto, mi general, ¿conocías el sitio?

El director general de la Policía negó con la cabeza. Salvador y Javier, que tenían pendiente desde hacía días esta comida, decidieron saltarse la norma no escrita de comer siempre a solas y lo invitaron a que los acompañara. El director general aceptó encantado. Habían pasado dos meses del atentado en el Atheneum y pensó que era un buen momento para reunirse con los dos. Cuando les trajeron el rioja que Javier había insistido en pedir, a ninguno se le ocurrió brindar por todo lo que habían pasado. El sentimiento que les quedaba a los tres era bastante agridulce. A pesar de haber evitado lo que hubiera sido sin duda una carnicería si la bomba llega a explotar dentro del hotel, el recuerdo de las tres víctimas inocentes acallaba cualquier atisbo de euforia. El entierro del compañero asesinado fue una dura prueba para Javier y su jefe.

Salvador, que observaba en el semblante de sus dos acompañantes que la tristeza empezaba a invadirlos, quiso romper el incómodo silencio que se había hecho en la mesa.

—No me habéis contado cómo se tomó finalmente el presidente del Gobierno toda esta historia. Ya observé en los medios que la información oficial difería un poco con lo que en realidad pasó.

—Eres un cachondo —lo interrumpió Javier—. Sabes mejor que nadie que lo que se dijo no tenía nada que ver con lo que pasó. Pero la verdad es que lo comprendo. ¿Cómo vas a explicar a tu país que uno de los

ministros claves de tu gabinete ha cometido traición porque estaba liado con un torero y lo chantajeaban? Luego también le cuentas que el máximo responsable de la Policía, de buen rollito con uno de los comisarios a sus órdenes, se han dedicado a desobedecer las órdenes de ese ministro, que casualmente era el superior de los dos, y a mantener durante varios días oculta al presidente de la nación una operación que, aparte de saltarse la legalidad flagrantemente, podía haber puesto en serio riesgo la estabilidad del país.

—Joder, Javier —intervino el director general—, a ver si voy a ser yo, que como el marido engañado fui el último en enterarme de lo que pasaba en mi propia casa, el que te tenga que animar. Además, qué esperabas, ¿una medalla o un ascenso? Eras consciente de que nunca saldría a la luz lo que pasó realmente. Confórmate con que hayamos salvado más o menos el pellejo.

—No me jodas, mi general. Sabes por dónde me paso las medallas y los ascensos. Me doy por pagado con la tranquilidad de haber obrado según me mandaba mi conciencia. No soy gilipollas ni quiero parecer arrogante, pero si no llega a ser por nosotros, hubieran tenido que habilitar uno de los pabellones de Ifema para dar cabida a los cadáveres de todos los que habrían muerto en el atentado. Me hubiera dado por satisfecho con que el presidente nos hubiera ofrecido un gin-tonic cualquier tarde (y, por supuesto, incluyo a Fernando y a Raúl, que se lo jugaron también todo), aunque no fuera en Moncloa, y simplemente hubiera dicho: «Buen trabajo, chicos». Al fin y al cabo, él eligió al puñetero ministro, al que Dios tenga en su Gloria, pero eso sí, a buen recaudo.

—A mí me vas a contar —continuó el director general—. No me han cesado ya porque sería muy descarado, y algún periodista podría levantar la liebre. Pero sé que me quedan un par de telediarios en el cargo. De todos modos, he salido bien escaldado de la política. Tampoco debe de ser tan malo volver a dedicarme a lo que he hecho toda mi vida anterior. El Ejército también tiene sus alegrías. ¿Y a ti? —Miró a Salvador—. Imagino que no te habrán podido ascender tus jefes. No creo que haya un cargo superior en un hotel al que ostentas ahora.

Salvador miró sonriendo a Javier, que estaba al cargo de su situación.

—A mí me queda en ese cargo más o menos el mismo tiempo que a ti. —El director general se sorprendió—. Al consejo de administración del hotel no le hizo ni la menor gracia que les hubiera ocultado información. A los pocos días me llamaron a capítulo y, como ya me temía, en vez de felicitarme me recordaron que soy un empleado de ellos y que debería haberlos puesto en antecedentes de todo lo que estaba pasando. Uno de los consejeros fue más lejos aún y me dijo que la próxima vez que quisiera jugar a policías y ladrones me comprara un hotel y entonces podría hacer en él lo que me diera la gana. Tengo los días contados en esa empresa, pero, como a ti, tampoco me importa en

exceso. No me vendrá mal un cambio de aires. Al fin y al cabo, voy ligero de equipaje. Solo tengo detrás a un hijo que ya vuela prácticamente solo. Así podrá viajar al Caribe para comprobar qué tal le sienta a su padre el uniforme de *maître* —bromeó.

—¿Cómo está Amelia? —preguntó el director general.

—Tirando para adelante. Es una mujer ejemplar. Ha vuelto a su puesto hace solo dos semanas. Las mellizas le están dando mucha fuerza. Por cierto, os está muy agradecida por haber movido cielo y tierra para que le permitieran quedarse provisionalmente al cargo de las pequeñas, aunque sabe que no es definitivo y que le va a tocar luchar mucho en los tribunales para conseguir la custodia permanente.

—¿Cómo están las crías? —volvió a preguntar el director general.

—Se están recobrando muy bien. Amelia les está pagando un tratamiento estético para recuperar en lo posible la pérdida de las orejas. Por supuesto, no fue posible reinsertar las que su padre había congelado. Por cierto, ella me ha insistido también en que os pida que le entreguéis los pendientes de los delfines de plata. Sabe que tendrá que esperar para recuperarlos, ya que es una prueba del sumario, pero tiene muchísimo interés en ellos. Deben de poseer algún recuerdo emocional importante para ella. La semana que viene va a viajar a Nigeria con las pequeñas para conocer lo que queda de la familia de Akín y convencerles de que la dejen quedarse con las niñas. Le quería mucho, y va a ser también muy duro para ella tener que revivir todo lo que sucedió cuando se celebre el juicio del hijo de puta de Abdul. Por cierto, se os ha escapado vivo uno de los terroristas, ¿no?

—Sí —ahora respondió Javier—, un tal Olamide. Además, fue el otro que participó en la violación de Amelia. A pesar de todo lo que hicimos, que fue mucho, se lo ha tragado la tierra. El consuelo es que el resto de la célula están o muertos o en la cárcel. Por cierto, ¿qué ha sido de Ramón, el botones? No he tenido noticias de él desde que, un par de días después del atentado, le cité en mi despacho de la central. Venía acojonado, el pobre. Aunque luego salió dando saltos cuando comprobó que se había librado de una buena temporada a la sombra.

—Ramón… —contestó Salvador, mirando al techo del restaurante—, ¿dónde estará Ramón…?

* * *

Ramón sonreía educadamente al director del hotel Goya mientras le entregaba un documento que había solicitado. Apenas llevaba un mes en el hotel, pero ya empezaba a comentarse en los corrillos del mismo la educación y perspicacia del botones nuevo que había venido del Atheneum. Javier Gallardo había cumplido con su palabra, evitándole la denuncia que pendía sobre su cabeza. Sin embargo, como temía, la entrevista que mantuvo con Salvador Cano al día siguiente de

encontrarse con el comisario no fue tan positiva.

Salvador le confirmó que el hotel no iba a presentar cargos y que, debido a su colaboración en el caso, se le concedía la posibilidad de que pudiera solicitar la baja en el hotel, en vez de ser despedido por robo. A fin de que le resultara más fácil encontrar trabajo sin que figurase que estaba en el paro, Salvador Cano estaba dispuesto a mantenerlo en nómina por una corta temporada. Eso sí, no quería verlo más por el hotel. Se consideraría que estaba de vacaciones. Tampoco le daría ninguna carta de recomendación, pero Salvador se comprometió a no dar ningún tipo de informe sobre él, ni positivo ni negativo, si alguien los solicitaba.

Ramón apenas necesitó quince días para encontrar trabajo en otro de los hoteles emblemáticos de la ciudad. Su pertenencia al Atheneum hizo que el director de recursos humanos del hotel Goya mirase con interés el currículum que había enviado y fue contratado después de una corta entrevista donde Ramón alegó que iba a estudiar la carrera de Turismo y quería cambiar de trabajo para conocer el funcionamiento de un hotel totalmente diferente, en tamaño, categoría y localización, al Atheneum.

Una vez entregado el documento, Ramón salió del despacho del director del hotel Goya muy contento. Ahora empezaba una nueva etapa. Sabía que se había librado por los pelos en la anterior, aunque pensaba que lo único que le había fallado fue su falta de cuidado al manipular la caja fuerte del jodido cliente americano. No le volvería a pasar, pensó. Por primera vez desde que le anunciaron que habían descubierto sus trapicheos en el Atheneum, se sentía feliz. Llevaba varias noches jugando de nuevo en «888bet», con la seguridad de que no hacía nada malo. Estaba jugando con el dinero que le habían pagado por su liquidación y además estaba ganando. Poco, pero ganando. Y cuando la suerte le diera la espalda, agradecería sin duda haber elegido un hotel con el doble de habitaciones que el Atheneum; la cantidad de puertas abiertas por descuido de los huéspedes que se encontraría cuando lo necesitase, sería, por pura estadística, también el doble.

AGRADECIMIENTOS

Al cineasta Javier Elorrieta, que creyó desde el principio en esta historia y no paró hasta conseguir llevarla a la gran pantalla. Trabajar con él en el guion ha sido una de las experiencias más gratificadoras de mi vida.

A Jorge Sánchez Gallo y José Alberto Sánchez, productores de la película, que consiguieron, a pesar de todas las dificultades, llevar a buen puerto esta aventura.

A todos los que participaron en el rodaje del film, que me hicieron sentir uno más de ellos durante los días que duró.

A Gregori Dolz y todo el equipo de Editorial Alrevés que, tres novelas después, continúan apostando por mí.

A Mercedes Castro, clave en el proceso de revisión de esta novela.

A Lola y Jorge. Imprescindibles en mi trayectoria como autor.

A Rafa, Jaime, Luis, Julio, Juan, Ramón, Fede y José Manuel. Gracias por regalarme con vuestra amistad y apoyo.

Y, por supuesto, a mi esposa Silvia y a mi hijo Sergio, siempre a mi lado.